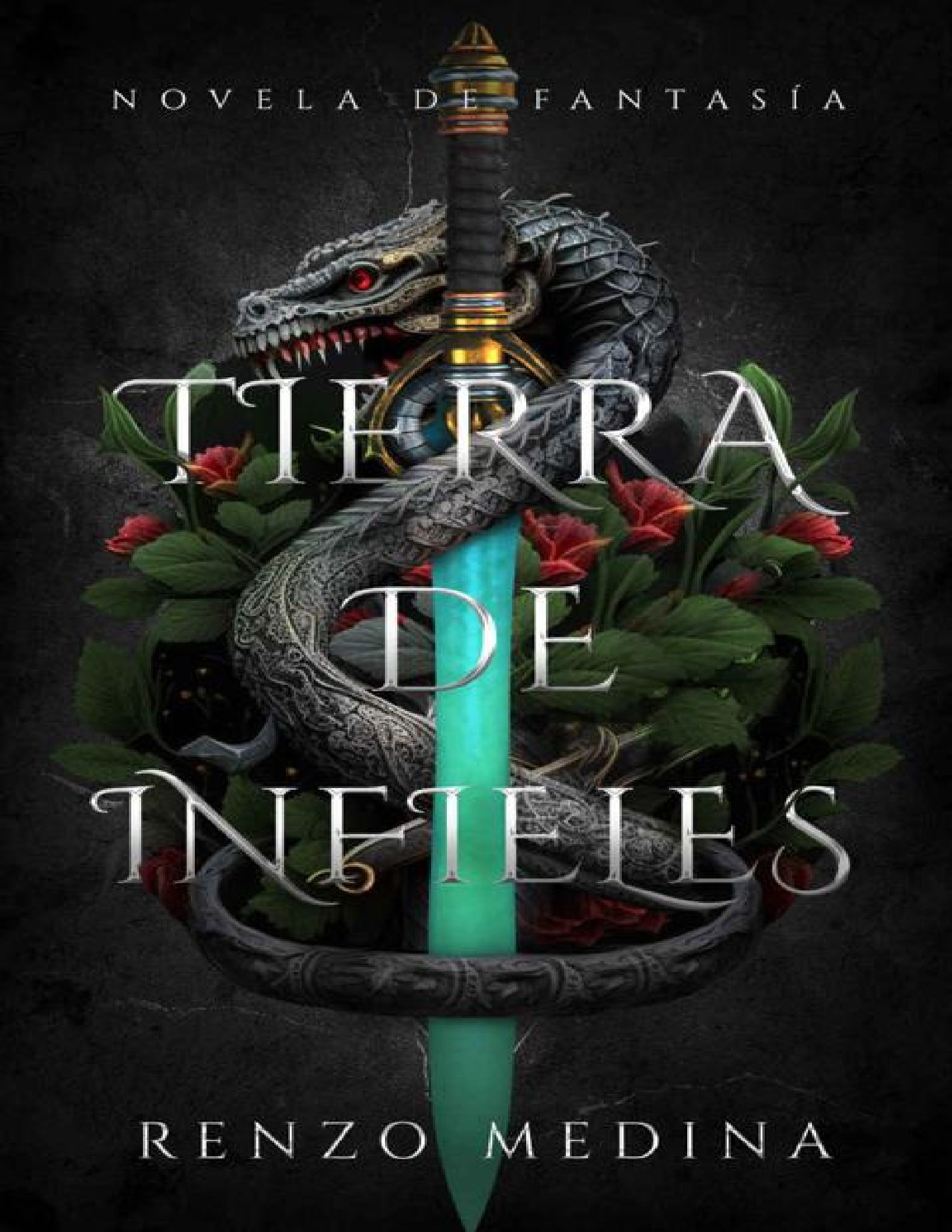
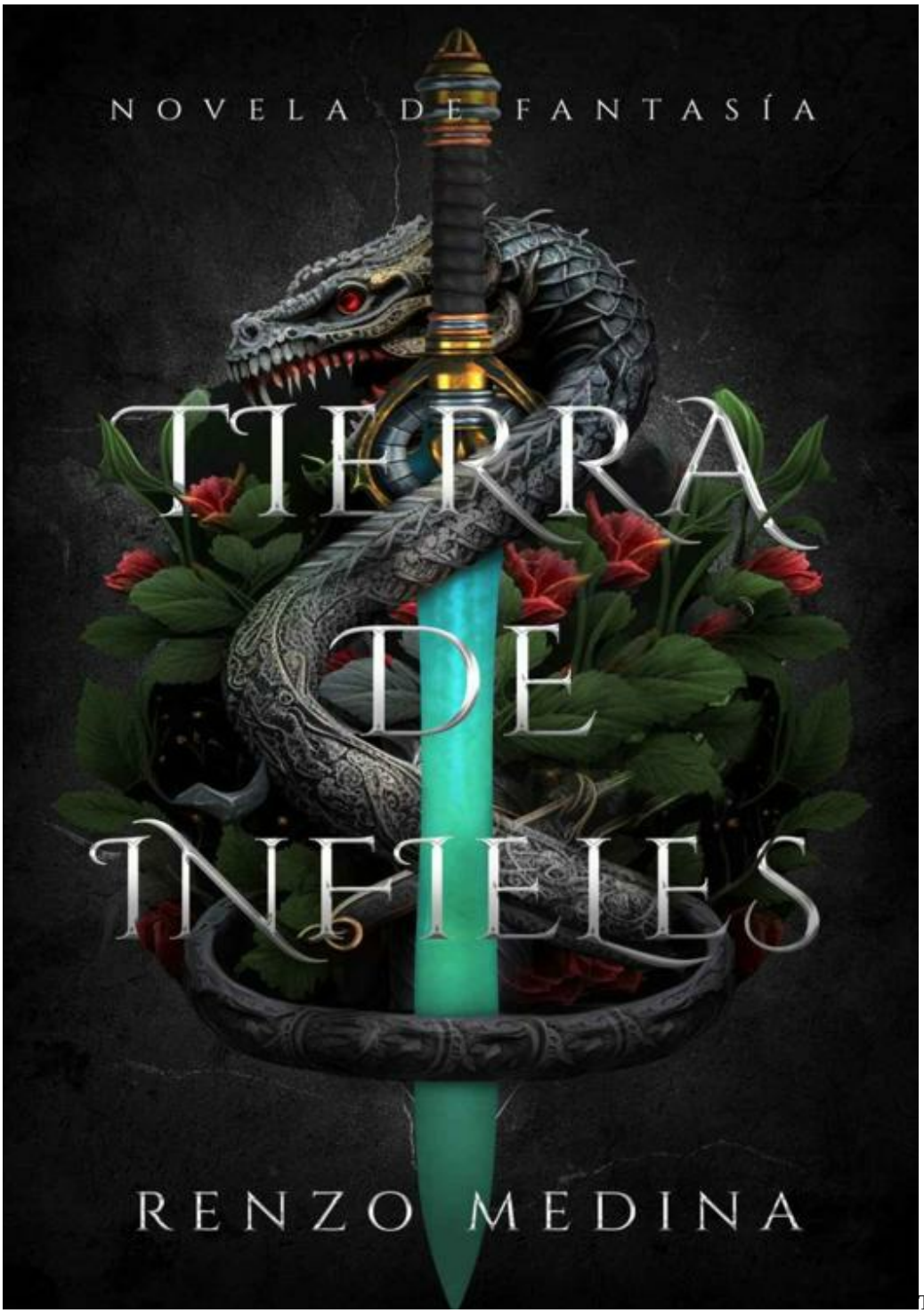
NOVELA DE FANTASÍA



TIERRA DE INFIELES

RENZO MEDINA



Todos los derechos reservados bajo el código: 2309245401800

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS
MAPA DEL REINO
PRÓLOGO
UNA FAMILIA PINTORESCA
PRIMERA PREGUNTA
VIEJO Y MUJERIEGO
SEGUNDA PREGUNTA
CACERÍA DE FIELES
LEJOS DE CASA
EL GRAN BOSQUE
DOS MUNDOS
RARA ESTADÍA
MONEDA AL AIRE
VERDE Y BLANCO
VIAJE AL SUR
NO PIERDAS EL FOCO
ENTRE RISAS Y SANGRE
OLOR A DESGRACIA
NO OLVIDO, NI PERDONO

AGRADECIMIENTOS

No hace falta llevar capa para ser un héroe o heroína. Infinitas gracias a las siguientes personas por su especial aportación al proyecto, antes de que este fuese lanzado.

Carla Ornía Martínez
Ian lembo
Violeta Castillo Paniagua
Jairo Alfonso
Margarita Bueno Flores
María José Camacho

MAPA DEL REINO



Tomar como referencia para ubicar las localizaciones mencionadas dentro de la historia.

PRÓLOGO

En algún lugar del viejo continente, hace muchísimo tiempo, cuando todos hablaban el mismo idioma y la magia aún no había desaparecido por completo. Existió un reino llamado Jacinto, que abarcaba un extenso territorio; con un majestuoso castillo —que fue la más grande de las edificaciones construida por el hombre de aquella época, con doscientos cincuenta metros de alto— situado en su centro y con un panorama completo de él.

Dentro de Jacinto también había un gran bosque —apartado de la zona central más poblada del reino, con árboles que podían llegar a medir los cincuenta metros y que eran visibles a kilómetros de distancia—. En su interior, había asombrosas bestias que de seguro jamás hayas visto en persona, pues el paso del tiempo se ha encargado de desaparecerlos, como lo fue el diente de sable.

Sé que Jacinto aún no te suena distinto a los reinos de los que has oído hablar antes. Pero esto es apenas la punta del iceberg. Dentro del reino había dos cosas más importantes que las que te mencioné antes. La primera de ellas era un antiguo y colosal muro redondo, que rodeaba todo el reino —sin puerta de entrada, sin puerta de salida—, estaba hecho de un material impenetrable —del cual a día de hoy se desconoce su composición— y medía doscientos metros de alto. No era la estructura más alta de Jacinto, pero sí su símbolo más representativo.



La segunda cosa más grande del reino, no era algo material, sino los hombres que allí habitaban, y no me refiero a su estatura, ya que en promedio medían un metro setenta y seis centímetros, lo digo por la manera en que el sistema del reino los privilegiaba. Allí, en ese lugar, el hombre tenía todo el derecho —y para algunos el deber— de serle infiel a cualquier mujer, incluso tratándose de su esposa; lo cual estaba muy bien visto. A mayor cantidad de mujeres, mayor el estatus del hombre dentro de esa sociedad. Y si no te parece del todo correcto o justo, debo mencionarte que también era válido para el hombre —cómo no— casarse con cuantas damiselas su bolsillo pudiese mantener.

Todo esto se daba gracias a que en el reino había más mujeres que hombres, y el sistema creó leyes que propiciaban ese hecho.



Dentro de la gran muralla, la mujer no podía hacer lo mismo que el hombre, no según las leyes de la época, y la infidelidad hacia él era penada con la humillación absoluta, y, dependiendo de la gravedad del adulterio, con la muerte. Además, sus funciones principales —y casi únicas— se reducían a ser madre y esposa, y quienes no obedecían con ello eran mal vistas por el resto, pues se consideraba que no estaban cumpliendo con su deber básico. Y las pocas de ellas que se atrevían a trabajar fuera de casa, recibían un salario mucho menor al del hombre —hasta cinco veces menos—. Aun con todas esas leyes —algo discriminantes, debo decir—, una gran parte del total de las mujeres se sentían cómodas con ese sistema, se percibían seguras, conocían bien su rol dentro de la sociedad y sus hombres las protegían ante la adversidad de otros. Sí, como

lo vivido en el siglo XVI, pero con esteroides.

Sin duda alguna, de todas las cosas que había en Jacinto, el hombre era la más grande de ellas, incluso si este medía medio metro. La sociedad y su sistema los convirtió en gigantes. Pero entre todos los hombres que habitaban el reino, había uno que se alzaba por encima de los demás: el rey Dante Rulls III —si hubieses oído la mitad de las cosas que yo he escuchado de ese señor, ya te habrías dado cuenta de que es el antagonista de esta historia—. Se trataba de un anciano con cabello y abundante barba blanca, ojos azules, una cicatriz en el ojo izquierdo —producto de una batalla de guerra cuando joven—, prendas con gemas y la habilidad de manejar el flujo de la electricidad —algo que solo podían hacer quienes tuviesen sangre real—. El rey tenía su propio harén conformado por las mujeres más hermosas de Jacinto, y era el único hombre con el derecho de estar con cualquier mujer, casada o no.



Claro, en este reino, al igual que en muchos de los que has oído hablar antes, hubo intentos de golpes de Estado, sobre todo por parte de grupos de mujeres alzadas que buscaban romper la hegemonía del rey y crear un nuevo sistema, uno más equitativo, pero ningún atentado había tenido éxito. El rey contaba con miles de tropas fieles a él y armamento suficiente como para convertirlo en un ser invencible. Y el rey Dante solo castigaba con una moneda —esa que todos estamos seguros de recibir, algún día—, la muerte.



«¿Si ese reino fue tan peculiar como dices por qué nunca había escuchado acerca de él?», te preguntarás. La verdad, siendo un lugar tan peculiar, yo me cuestiono lo mismo, ¡¿Cómo no has oído hablar sobre Jacinto antes?! De las atrocidades que allí se cometieron, de las guerras que allí se libraron, de las historias de amor que allí se vivieron, y, sobre todo, de la leyenda del chico de la espada verde… Supongo que un par de milenios es suficiente para borrar de la memoria una buena historia. Por suerte, conozco la historia completa sobre el reino de Jacinto, del gran muro y del chico de la espada verde; y estoy más que dispuesto a contártela si me lo permites, claro está.

I

UNA FAMILIA PINTORESCA



En el reino de Jacinto existieron personas que iban en contra de la corriente y eran juzgadas como raras —a esas personas se les denominaba “excéntricas”—. Este era el caso de la familia Pinto, conformada por los esposos: Tobías, un hombre reservado, —pero de gran corazón—, alta estatura, contextura media, cabello liso color marrón oscuro, tez blanca y ojos café. Sarah, una bella dama —demasiado para estar con Tobías — muy alegre, de estatura medía, cabello castaño, piel trigueña clara y ojos café—. Y su único hijo, Tommy —quien era una versión de su padre en miniatura, aunque risueño e inteligencia como su madre. También estamos hablando del futuro protagonista de esta historia, pero en ese momento, con solo nueve años de edad, no era más que un niño soñador aficionado a ver las estrellas, que se alzaban muy por encima de la muralla, por las noches —ya que por el día lo único interesante que se podía ver en el cielo, eran las aves de todo tipo que caían muertas con flechas incrustadas en sus cuerpos. Los soldados del reino tenían ordenado aniquilar a cualquier animal volador que entrase a Jacinto desde las afueras de él, ya que se decía que estaban infectadas con la peste—.

La rareza de la familia Pinto radicaba en que no estaba conformada por un padre mujeriego y un hijo que ya desde pequeño imitaba sus acciones, sino que era una de esas familias excéntricas que representaban el 0,02 de la población de Jacinto —tal vez menos—. Con padres fieles el uno al otro y un hijo que crecía con la perspectiva de la monogamia (régimen familiar que prohíbe tener más de una pareja al mismo tiempo).



Los padres de Tommy eran prejuzgados a donde quiera que iban, y aunque eso le molestaba un poco al chico —sobre todo por las miradas despectivas de quienes ya los conocían—, no se inmutaba demasiado, pues el amor y la atención de sus padres lo calmaba y lo mantenía feliz. Tommy a su corta ya pensaba que el reino podría mejorar de algún modo; pero, ¿qué podría hacer un niño miedoso de nueve años contra todo un ejército? Más aún cuando la única habilidad que tenía por aquel entonces era la de imaginarse a sí mismo como un guerrero formidable, cosa que en algún tiempo fue su abuelo paterno.

Un día como cualquier otro —que en nuestros días sería considerado como uno muy caluroso, debido a que el muro impedía el paso del viento casi en su totalidad dentro del reino—. Mientras la familia Pinto almorzaba en su humilde casa hecha de madera, en el distrito Marabina (uno de los lugares más pobres y descuidados del reino, ubicado en la zona este), tocaron la puerta y de inmediato Tommy se levantó de donde estaba sentado y corrió para abrirla y ver quién era. Ya que la casa era tan pequeña y el niño tan inquieto, llegó a la puerta en un segundo y la abrió. Se trataba de su tío William —un hombre robusto, bromista y alegre, del cual Tommy había heredado su sentido del humor, puesto que su padre carecía de él—, quien como siempre lo abrazó y le dijo con alegría que había crecido mucho —pues no era usual que William visitase a su hermano mayor Tobías—. Su tío entró a la casa acompañado de sus dos esposas, Marta y Violeta. Una vez dentro, saludaron a Tobías y a Sarah, se sentaron en la mesa principal y esperaron a que se les sirviera algo de comer, como era costumbre en la casa de los

Pinto.

Luego de que todos comieran y quedasen a gusto, Tobías y William salieron a conversar al patio trasero de la casa. Tommy, tan curioso como siempre, los siguió para espiarlos a través de una ventana que daba al patio trasero, y notó que ambos se veían preocupados, fuese lo que fuese que estuviesen hablando, no era bueno. Así que el chico decidió agudizar su oído al máximo para poder oír lo que decían. Sin embargo, su esfuerzo fue en vano, William y Tobías hablaban en voz baja, el chico no pudo escuchar nada.

Cuando el padre y tío de Tommy terminaron de hablar, entraron de nuevo a la casa. Ambos tenían caras largas, el tío del chico no se veía igual a como había llegado —lo cual era muy raro, Tommy jamás había visto a su tío triste—. Tobías se desvió hacia la cocina para decirle algo a su esposa en voz baja. Sarah, al escuchar de que se trataba, abrió sus ojos en señal de sorpresa y su expresión facial cambió también. Tommy estaba allí, parado a unos metros de ella, tratando de descifrar la noticia que había traído su tío. Sarah se percató de ello y decidió voltear un momento, dándole la espalda a Tommy, cambió su expresión facial y giró de nuevo hacia su hijo, esta vez con una sonrisa, tratando de disimular que todo andaba bien.

Tommy empezaba a darse cuenta de que algo estaba muy mal. Sin embargo, decidió conservar la postura y no mostrarse ansioso por saber lo que ocurría, pero tampoco pretendía quedarse con la duda. Así que volvió a la sala en donde estaba su tío junto a sus dos esposas para preguntárselo directo a él, pero los invitados ya se preparaban para irse —en realidad solo habían ido a llevar la mala noticia—.

El tío William se despidió de su hermano y de su cuñada, abrió la puerta, y, antes de irse, casi olvidándose de su sobrino, se volvió hacia él y lo abrazó, diciéndole con tono serio: —Tommy, tu abuelo quiere verte.

—¿El abuelo? ¿Para qué? —preguntó Tommy extrañado, su abuelo era bastante amargado y rara vez pedía que lo visitaran.

—Él mismo te lo dirá mañana —replicó William. Tommy se volteó para ver a sus padres luego de escuchar las palabras de su tío, aguardando una respuesta de ellos, pero se limitaron a verlo con caras largas.

—Ok, supongo que esperaré a mañana para saber qué es lo que el abuelo quiere —le respondió Tommy a su tío.

—Bueno, ahora sí me despido, familia —dijo William alzando su brazo en señal de despedida, con una sonrisa forzada en su rostro—. Nos vemos mañana en casa del viejo Jorge —como se le solía llamar al abuelo de Tommy, o simplemente: *el viejo.*

William salió de la casa junto a sus dos esposas y se marchó en su carruaje, el cual había sido fabricado por su hermano Tobías, el carpintero de la familia.

Luego de que su tío se fuera, Tommy insistió en saber para qué quería su abuelo que lo visitaran, preguntándole una y otra vez a sus padres —el chico tenía de curioso lo que tenía de insistente—. Pero ellos solo le respondieron que ya lo sabría al día siguiente, así que no le quedó de otra más que resignarse y esperar a que ese día terminara para poder averiguarlo.

Al día siguiente, un sábado por la mañana, Tommy y sus padres ya estaban listos para partir a casa del viejo Jorge. Salieron de su hogar vestidos con ropas de tonos oscuros —no por una razón en concreto, sino porque en Jacinto, las ropas que fabricaban los sastres eran por lo usual de tonos oscuros, como marrón, gris, vinotinto, verde oscuro y, como no, negro— y caminaron hasta el límite del distrito de Marabina para llegar a la estación de transporte, en donde había decenas de carruajes con sus respectivos caballos esperando partir a cualquier distrito del reino. Tobías tuvo que pagar cuatro monedas plata por el viaje, lo cual era un gasto significativo para él, ya que la familia Pinto sobrevivía solo con quince monedas de plata al mes, producto del trabajo de Tobías como carpintero. Sin embargo, la importancia de su visita justificaba el precio, aun sabiendo que tendría que pagar lo mismo de regreso.

El viaje fue largo, pero entretenido, mucho tiempo había pasado desde la última vez que visitaron al viejo. Durante el trayecto cruzaron el río largo —el encargado de suministrar agua a todo el reino, emergiendo de un gran ducto de la zona noreste, atravesando por el corazón del reino y saliendo por otro ducto en la zona suroeste—. Pasaron por iglesias —sí, a pesar de sus ideales un tanto cuestionables, estás personas eran muy creyentes—; tiendas, herrerías, campos de entrenamiento y bares. Tommy estaba encantado de ver todos esos lugares y distritos tan coloridos, muy diferentes a

Marabina y su predominante tono amarillo decadente. El chico incluso llegó a notar el contraste en el comportamiento de los soldados a medida que se acercaban a la zona norte (la más adinerada y conservadora del reino). Los soldados allí parecían cuidar y socializar con los civiles de manera pura e integra, y no solo disparar flechas a los pájaros que surcaban libres por los aires y oprimir a las personas que se supone deberían cuidar, como ocurría en el corazón de la zona este, el lugar en donde el chico vivía.



Todos aquellos paisajes le hicieron sentir al chico alegría y decepción por igual. Pues a medida que más se maravillaba con lo que veía, más sentía que su vida y su hogar no eran para nada maravillosos.

Luego de ocho horas y media en carruaje llegaron a Larisa, el distrito en donde vivía el abuelo de Tommy, ubicado en el extremo norte de Jacinto, adyacente al gran muro. Era un distrito conformado en su mayoría por trabajadores del castillo y comerciantes adinerados, además, se caracterizaba por la vanidad de su gente y los privilegios que tenían en cuanto al trato de parte del rey y sus soldados.

La familia Pinto bajó del carruaje y caminaron unos cinco minutos hasta llegar a su destino. Tobías se paró frente a la casa de su padre, suspiró hondo y tocó la elegante puerta de madera tres veces. Al cabo de unos segundos, una hermosa chica rubia, de tal vez veinticinco o veintiséis años, le abrió la puerta. La joven tenía puesto un uniforme de enfermera, sin embargo, dicho uniforme dejaba ver un poco de sus enormes pechos,

eso, junto a su cadera delgada, hermosa cara, cabello rubio, ojos verdes y sonrisa perfecta, cautivó de inmediato a Tommy. Quien, a pesar de ser un niño confundido en cuanto al modo de tratar a una mujer, de lo que sí estaba seguro era de que le gustaban, y mucho.



—Adelante, Sr. Tobías —indicó la bella dama con uniforme de enfermera.

El viejo desde hacía unos años padecía de una terrible enfermedad que los doctores y curanderos del reino no podían tratar, así que, con la gran fortuna que poseía, pagaba enfermeras privadas para que lo atendiesen. Y claro, al ser un mujeriego y sádico de primera clase, solo contrataba a las más hermosas del reino.

La familia Pinto entró y recorrió la casa siguiendo a la joven enfermera, que caminaba con paso de modelo. Tommy despegó su mirada de aquella mujer y paseó su vista por las paredes de la casa, apreciando los grandes y pequeños cuadros, adornos y animales disecados allí colgados. La última vez que Tommy entró a esa casa había sido unos años atrás, cuando solo tenía cinco años de edad, por lo que no recordaba mucho de ella. Tommy, ahora con algo más de consciencia que la última vez que había ido, se preguntaba cómo era que su abuelo podía tener tanto dinero y tantos lujos dentro de su casa, y sus padres y él vivían —mejor dicho, sobrevivían— en uno de los peores sitios

del reino.

Los Pinto subieron por las escaleras hacia el primer piso, en donde estaba la habitación principal de la casa, en la cual estaba el viejo, qué tiempo atrás se había rehusado a usar las habitaciones de la planta baja, ya que afirmaba que, si los demás se enteraban de que ya no podía subir o bajar escaleras, lo considerarían un hombre débil y enfermo.

«Me podrán llamar viejo, amargado, avaricioso, sádico, buscapleitos y hasta cruel» —exclamó Jorge Pinto con ira en su voz cuando las enfermeras le dijeron que ya no podía subir escaleras—; «¡pero jamás, jamás débil!» —Luego de aquello, nunca más se volvió a hablar del tema.

La enfermera rubia, Tobías, Sarah y Tommy entraron a la habitación principal, y en cuanto lo hicieron todos los que se encontraban allí dentro voltearon a verlos.

Acostado en el borde de su enorme cama estaba el viejo Jorge, con apenas fuerzas para mover su cabeza, rodeado de tres enfermeras más —todas igual de hermosas que la primera—. A dos metros de la cama se encontraban sus tres esposas arrodilladas, rezando por él. Y en una de las esquinas de la habitación estaba sentado William junto a sus esposas.

—Ahora sí, estamos todos aquí —dijo el viejo con voz ronca y titubeante—. Señoritas, salgan un momento de la habitación, necesito hablar con mis hijos y mi nieto. Las cuatro enfermeras salieron en fila —Tommy llegó a pensar por un segundo que eran gemelas, su parecido era abrumador y lo único que las diferenciaba era el color de su cabello—. Ustedes también —les indicó a sus tres esposas—. Salgan un momento, por favor.

Las esposas del viejo salieron de inmediato, como si de soldados entrenados se tratasen —actitud que no era rara en muchas de las mujeres de aquel entonces—, quedando dentro de la habitación el viejo, William, sus dos esposas, Tobías, Sarah y Tommy.

La familia del viejo se acercó a él y se arrodilló alrededor de su cama. Jorge Pinto los observó uno a uno con sus ojos cafés, que en algún momento fueron tan brillantes que se rumoraba que con solo una mirada podía llegar a enamorar a la mujer más bella,

pero que ahora ya no reflejaban luz alguna. Y empezó a hablar…



—Como ya lo saben, mis hijos —dijo el viejo—, desde hace ya varios años padezco de una enfermedad incurable que ha traído a mi vida mucho dolor y desesperación —tomó una pausa y suspiró, sin dejar de pasear su mirada por cada uno de los integrantes de su familia—. Planeaba vivir al menos hasta los ciento ochenta años —cosa que era posible por aquel entonces—, como lo hizo mi padre. Pero la vida ya me lo ha confesado, solo llegaré hasta los ciento cuarenta y tres años —esbozó una pequeña sonrisa en su rostro. Tommy pensó que su expresión se debía a lo dicho de su edad, ya que ciento cuarenta y tantos años le parecía demasiado, pero Tobías sabía que esa mueca de alegría en su rostro se debía a que, por un instante, el viejo había recordado a su padre, el bisabuelo de Tommy.

—A pesar de todo —continuó Jorge— opino que esta enfermedad ha traído una cosa muy buena a mi vida: la reflexión interna —el viejo miró hacia el techo y volvió a suspirar—. Durante este último mes no me he podido levantar de la cama ni por un instante, y he aprovechado mi tiempo para recordar cada uno de los momentos más trascendentes de mi vida. Como cuando me casé por primera vez, cuando ustedes dos nacieron —miró a William y a Tobías, e insinuó otra leve sonrisa, lo cual era un acontecimiento. El viejo era tan áspero y amargado que nadie fuera de su familia se esperaría dos muecas de alegría de su parte en un mismo día, incluso estando al borde de la muerte—, o cuando empecé a trabajar para el padre del actual rey, Dante Rulls II, siendo solo un chico de veinticinco años…

—Abuelo, ¿acaso vas a morir? —interrumpió Tommy sin pensar, de la manera más imprudente posible. Luego de aquello, el silencio se apoderó de la habitación. Tommy

miró con cara petrificada a su padre. Debido al silencio que se generó de súbito, el chico sintió había hecho la peor pregunta posible.

—Así es, Tommy. Hoy es mi último día —anunció el viejo, mientras sus ojos recobraron de nuevo su brillo al ver a toda su familia reunida—. Fue por eso que los llamé. Sé que he sido un abuelo y padre muy malo, pero… No quería irme de este mundo sin despedirme de las personas que en verdad amo.

—Siempre has estado para nosotros, papá —indicó el tío William, sosteniendo una de sus manos—, tú nos has enseñado todo lo que sabemos, lo bueno y lo malo —pero en realidad, William llegó a ver muy poco de lo bueno del viejo, ya que su nacimiento se produjo luego de que perdiera el control sobre sí mismo.

—Eso es cierto, padre, y créeme que entendemos que si te has distanciado de nosotros ha sido por tu enfermedad —dijo Tobías, quien, al ser el hijo mayor, sí había presenciado las cosas buenas de su padre, que no fueron pocas, pero pocas fueron las que quedaron luego de perder lo que más amaba y cambiar por completo.

—Gracias, hijos. Aunque no lo demuestre, quiero que sepan que ustedes y ese pequeño niño —refiriéndose a Tommy— son lo más importante en mi vida. Si me lo permiten, me gustaría hablar con cada uno de ustedes, a solas.

—Por supuesto, padre —respondieron Tobías y William al mismo tiempo.

—Ok, entonces hablaré primero contigo —contestó el viejo, refiriéndose a William.

Tommy, su padre, su madre y las esposas de su tío salieron de la habitación y esperaron sentados en los muebles que estaban al frente del cuarto.

Esperaron allí sentados un largo tiempo, todos pensativos y nostálgicos, excepto Tommy, pues él no tenía demasiados recuerdos de su abuelo, así que durante el tiempo de espera se limitó a observar los cuadros que estaban colgados en el primer piso. Uno de ellos le llamó la atención más que los demás; era uno grande, en el que se mostraba a una mujer sentada desnuda en el borde de una cama, tratando de recoger su cabello largo y suave, dándole la espalda al espectador, dejando ver sus curvas y mostrando un poco

de sus glúteos, pero con su mirada postrada hacía un costado; como si estuviese tratando de mirar al espectador de forma discreta. Tommy duró mucho viendo aquel cuadro, pero no por perversión, no había llegado a esa edad —aún—, sino por impacto. La silueta de aquella mujer le cautivaba y le hacía sentir algo raro en su estómago. Tobías, al ver a su hijo hipnotizado con aquel cuadro, decidió levantarse de su asiento y acercase a él, colocó su mano derecha sobre la cabeza de su hijo y sonrió —aun en uno de los peores momentos de su vida—. Tommy alzó su mirada y vio a su padre sin decir nada…



—Es muy bonito el cuadro, ¿no? —opinó Tobías viendo la pintura.

—Sí, es muy bonito —afirmó Tommy con algo de vergüenza, quitando la mirada de su padre y postrándola de nuevo en la pintura.

—Aún recuerdo el día en que tu abuelo compró ese cuadro, yo era apenas un adolescente. Tu tío y yo nos quedamos igual que tú al verlo, hipnotizados, pero razones distintas. Tu tío quedó perplejo ante la pintura solo por su valor económico, ya que le costó a tu abuelo cien monedas de oro —el equivalente a mil monedas de plata, o a más

de cinco años de trabajo de Tobías como carpintero—. Y yo por la silueta de aquella hermosa mujer, que por alguna razón no deja ver su rostro, aunque parece querer mostrarlo, ¿no?

—Sí, yo pensé lo mismo —respondió el chico.

—Tu abuelo nos explicó a tu tío y a mí que ese cuadro representa la máxima expresión de arte en este mundo —dijo Tobías con emoción, mientras él y su hijo seguían viendo la pintura—. Él decía que: “los humanos creamos arte casi por inercia, pero ni en nuestros más profundos sueños podríamos competir contra el arte que Dios crea, y que entre tantas obras de arte que Dios ha creado, la mujer es la representación máxima de aquello que llamamos arte”.

Tommy notó como su padre se exaltó por un instante durante el relato. Tobías recordaba de manera vivida ese momento junto a su padre, y aquellas palabras que el viejo le dijo tuvieron mucho que ver en el hombre que se convertiría más tarde.

Mientras Tobías y Tommy seguían hablando del cuadro, William salió de la habitación del viejo secando sus lágrimas, estaba hecho pedazos, y en cuanto pudo le indicó a su hermano que entrara.

Cuando Tobías entró a la habitación del viejo, Tommy volvió a observar el cuadro y comprendió lo que su padre le había dicho. Él opinaba igual, la silueta de una mujer no tenía comparación alguna. Sus ojos estaban aún más cautivados que antes con lo que veía, pues ahora entendía el porqué de la belleza y valor de aquella pintura. El chico había comprendido una parte de la belleza de las mujeres, la exterior, pero, para que pudiese comprender la otra, la interior, debería hacer más que tener una charla con su padre.

II

PRIMERA PREGUNTA

Tommy pidió permiso a su madre para recorrer la casa, y luego de que ella le diera su consentimiento, el chico bajó las escaleras hacia la planta baja y empezó a pasear por toda la casa.

No tardó mucho en maravillarse con la cantidad de adornos exóticos que tenía su abuelo. Había desde espadas, escudos y armaduras, hasta una cabeza disecada de un Cantus —animal muy parecido al elefante en cuanto a tamaño y aspecto, pero con colmillos más largos (como los del extinto mamut) y piel mucho más robusta y dura, lo cual los hacía bestias de guerra muy difíciles de herir— pegada a una pared ubicada en la sala principal de la casa. A Tommy le daba algo de miedo la cabeza del Cantus y le resultaba imponente el tamaño y los enormes colmillos de esa bestia, él solo sabía de ellos por las historias que su papá le contaba.

El chico siguió recorriendo la casa, preguntándose cada vez más cómo era posible que su abuelo no le diese ni una moneda de plata a su padre, teniendo toda una fortuna. Y, cuando Tommy no pensaba en eso, se imaginaba blandiendo una de las espadas colgadas en la pared o portando una de las tantas armaduras.

Tommy Pinto era un chico muy tranquilo y reservado, pero desde pequeño su padre le contaba historias de guerreros legendarios que habitaron el reino antes de que el gran muro se construyera. Su padre le relató que, en aquel momento, antes de la creación del muro, el rey de aquella época había muerto y no tenía un sucesor, por lo que hubo una gran disputa por el trono y había dos grandes candidatos para quedarse con él, con ideales muy distintos y muchos seguidores que los apoyaban. Por lo que el reino se dividió en dos facciones y se luchó una gran guerra durante cien años para decidir quién sería el nuevo rey. Millones de personas murieron protegiendo sus ideales, cientos de miles de espadas se blandieron y se mancharon de sangre, miles de bestias lucharon codo a codo con los humanos. Y, al final, luego de cien años, uno de los descendientes de los candidatos originales al trono se rindió, previendo su derrota inminente, y así, el rey Dante Rulls I —nieto de uno de los dos hombres que había comenzado la guerra— obtuvo el trono e inició su régimen. Creando nuevas leyes y levantando el gran muro

para representar la unión y la grandeza del reino.

Esa historia, junto a muchas otras de guerreros que su padre le relataba, llevaban a Tommy a imaginarse multitud de escenarios en los que él era un gran guerrero, protector y salvador del reino, como lo fue el rey Dante I.

Mientras Tommy imaginaba que volaba en un Guelot —bestia voladora feroz, cuyas alas extendidas podían llegar a medir los diez metros (no habitaba Jacinto)—, sosteniendo un arco y apuntando a un malvado guerrero, su padre lo llamó desde el primer piso y lo sacó de su fantasía.

—¡Tommy, es tu turno de hablar con el abuelo! —gritó Tobías.

—¡Ok, ya voy papá! —respondió el chico y subió las escaleras de nuevo.

Tommy caminó hasta llegar frente a la puerta de la habitación de su abuelo. La abrió y entró un poco nervioso. No sabía por qué su abuelo quería hablar con cada uno de ellos a solas, podía haberlo hecho en conjunto, pensó el chico. Caminó a paso lento hasta pararse justo a un lado de la cama en la que estaba su abuelo acostado.

—Has crecido mucho, Tommy —dijo el viejo mirando al pequeño a los ojos—, lo suficiente como para poder responderme una pregunta que te quiero hacer. Pero primero me gustaría que tú me preguntases algo, ya que nunca lo has hecho.

—¿Lo que sea, abuelo?

—Lo que sea, pero solo una, puesto que yo también te haré solo una pregunta.

El chico se quedó pensando durante unos instantes aquello que le deseaba preguntar a su abuelo. Primero consideró preguntarle cómo había conseguido la cabeza del Cantus que tenía en su sala, después, pensó en cuestionarle si la infidelidad era algo incorrecto, ya que él no parecía pensar de la misma manera que su padre con respecto a ese tema. Era ese dilema moral el que le causaba más inquietudes al chico.

Pero justo cuando iba a formular aquella pregunta, otra vino de súbito a su cabeza y la soltó, sin más.

—Abuelo, ¿Cómo conseguiste tanto dinero, y por qué aún con todo lo que tienes, papá sigue siendo pobre? —cuando sus palabras terminaron de salir de su boca se dio cuenta de dos cosas. La primera era que había formulado dos preguntas en una sola, y la segunda, era que de seguro había hecho creer a su abuelo que él lo veía como un tacaño y mal padre, aunque en el fondo Tommy sí lo veía de esa manera por todo lo que él tenía y nunca le dio a su padre.

—Hay algo de trampa en tu pregunta, me hiciste dos en una sola —alegó el viejo —. Sin embargo, las responderé con gusto. Créeme que si por mí fuera tu padre lo tuviese todo, es él quien no acepta mi dinero.

—¿Y por qué abuelo? —cuestionó Tommy.

—Por la manera en la que lo conseguí —prosiguió el viejo—. Cuando era joven logré entrar a trabajar en el castillo. Allí comencé lavando la ropa de los sirvientes de los altos mandos del castillo —soltó una ligera carcajada al recordar, y luego, esa misma carcajada se convirtió en una tos seca. Cuando consiguió parar de toser, continuó con voz más gruesa de lo habitual—. Luego trabajé lavando la ropa de los altos mandos, para, al fin llegar a lavar la ropa del rey Dante II. Sé que no suena como un gran trabajo, pero no te miento si te digo que había personas que hubiesen muerto por estar en mi lugar en ese momento. Trabajé, entrené, demostré mi valor e hice muchas cosas de las que hoy me arrepiento, hasta que a la edad de cuarenta y cinco años —siendo un joven aún, ya que en esa época la gente empezaba a envejecer a partir de los ochenta años— me nombraron como uno de los seis caballeros protectores del rey. Pertenecía a la más importante orden de caballeros del reino, liderados por el príncipe de aquella época y actual rey, Dante Rulls III.



—Wau, abuelo, eso es increíble —dijo el pequeño con voz exaltada—, eso explica todas las espadas, escudos y armaduras que tienes en casa.

—En aquel entonces llegué a pensar lo mismo que tú, que mi trabajo era una maravilla. Me pagaban mucho, las mujeres hacían fila para estar conmigo, era respetado y adorado por todo el reino, y tenía la confianza del rey Dante II, que era lo más valioso para mí. Pero no todo era gloria y alegría, también era el verdugo personal del rey, y cualquier persona que el rey no considerara leal a sus ideales, sentía el filo de mi espada.

—Eso es genial, abuelo, castigabas a todas las malas personas del reino —dijo Tommy, malinterpretando lo que su abuelo había dicho.

—Aunque en aquel entonces pensaba que era así, hoy me doy cuenta de que las personas que ejecutaba eran iguales a tu padre.

Tommy no supo que responder.

—Yo pude haber matado a mi hijo en aquel entonces y creer que hacía el bien —el

viejo Jorge estaba empezando a contar más de lo debido, pero quería que su nieto lo recordara cómo fue en realidad—. Y lo hice durante muchos años, castigué a cientos de personas… Hasta que mi vida cambió por completo, todo por una mujer, tu abuela —Tommy estaba intrigado, su mirada así lo demostraba—. La conocí en una de mis excursiones al gran bosque, con el objetivo raptar animales exóticos para el rey. Fui con otro de los caballeros protectores, y en la búsqueda del famoso león blanco, que hoy sus hijos yacen en el castillo, encontramos a una hermosa, no, superhermosa mujer vestida de blanco, que como sabrás, es un color de tela muy raro de ver en el reino; comiendo de un árbol de manzanas. Al principio mi compañero y yo pensamos que se trataba del león blanco por el color de su vestido, ya que estábamos muy lejos, pero una vez nos acercamos, nos dimos cuenta de que estábamos equivocados. Capturamos a la mujer y la llevé al castillo, mientras que mi antiguo compañero se quedó en el bosque rastreando al león blanco.



—Una vez en el castillo se la mostré al rey —prosiguió el viejo—. Él la observó de pies a cabeza. Ella estaba llena de arena, despeinada y maloliente, pero, aun así, era muy bonita, por lo que supuse que el rey la dejaría para él, pero no, luego de verla durante un rato no apreció nada especial en ella. Debido a su cara de trauma, el rey creyó que se trataba de una chica que había sido raptada y llevada al bosque por uno de sus soldados —ya que solo ellos tenían acceso a esa zona— para complacer sus más

retorcidas perversiones. Entonces me dijo que me la regalaría como recompensa por mi lealtad hacia él, y me permitió llevarla a mi casa, una oferta que no podía rechazar. Durante todo el trayecto hacia el castillo y luego hasta mi casa, se estuvo quejando y pidiendo que la soltara, a excepción de cuando se la presenté al rey, ya que le advertí que si decía una palabra indebida frente a él le cortaría la cabeza de un tajo.

—Abuelo, eras muy cruel —interrumpió Tommy, incrédulo por lo despiadado que era el viejo en su juventud.

—Lo era, nieto —confesó—. Una vez que logré meter a tu abuela a esta casa, con mucho forcejeo, la senté en la sala y hablé con ella. Por alguna razón tu abuela me parecía una mujer distinta a todas las demás mujeres que había conocido antes —que no fueron pocas—. Y de algún modo, luego de discutir toda la noche con ella, la convencí de que se quedara en esta casa, ya que no tenía a dónde ir. Ella no conocía a nadie en el reino, no tenía dinero, y si volvía al bosque, cómo pretendía hacerlo, terminaría siendo devorada por cualquier bestia con hambre —que en la práctica eran casi todas, por lo que el viejo no se explicaba en ese momento cómo había sobrevivido allí ella sola—. Los días pasaron y seguimos conviviendo juntos a la fuerza. Lo más increíble fue que llegó a verme con la armadura puesta y no se enamoró mí, lo cual me dejó estupefacto, no había conocido a ninguna mujer que se resistiera a mí luego de verme con la armadura puesta… —el viejo volvió a sonreír y miró hacia el techo—. Lo mismo no sucedió conmigo, yo no podía sacármela de la cabeza, y, aunque casi a diario se me ofrecían al menos unas cinco mujeres, ninguna despertaba deseo en mí, solo ella y no sabía por qué… Nieto, disculpa si me estoy desviando un poco del tema —añadió.

—No te preocupes, cuéntame más… —Tommy estaba inmerso en la historia y sus ojos brillaban de fascinación, nunca había escuchado nada sobre su abuela.

—Ok. Pasé todo un año sin estar con ninguna otra mujer, eso era todo un récord para mí. Me dediqué en cuerpo y alma a ganarme el amor de aquella extraña, y ella cada día se dedicaba a enseñarme el valor de serle fiel a una sola mujer. Para mí, eso era como dejar de creer en Dios —y lo dijo de manera literal—, era traicionar mis valores y principios, era renunciar a mis raíces y, sobre todo, abandonar todo por lo que había luchado, trabajado y también matado. Pero el amor que sentía por ella me hizo renunciar a todo lo que yo consideraba cierto. Y luego de aprender tanto de ella, me convencí de que ella no era igual al resto, no podía serlo.

—¿Serle fiel a una sola mujer? —preguntó Tommy—. Eso debió ser muy duro para ti. Papá me ha contado lo mucho que te gustan las mujeres.

—Ni te imaginas lo duro que fue para mí cambiar mi manera de pensar… Un día, el castillo sufrió un atentado por parte de un grupo mujeres y un par de hombres excéntricos que se oponían al régimen del rey Dante II. Unos cuantos soldados ordinarios y yo fuimos a darles caza a aquellas personas. Cuando llegué al combate junto a mis guerreros, empezamos a luchar enseguida. No había combatido desde que había conocido a tu abuela, y, en ese momento, en plena batalla, sus palabras vinieron a mi cabeza, recordándome que debía abandonar aquellas malas prácticas. Pero en aquel entonces yo era una figura pública, mis acciones y decisiones se hacían saber en todo el reino. Así que, en vez de matar a los rebeldes, me limite a frenarlos, y de vez en cuando cortaba alguna que otra extremidad, pero sin matar —eso ya era un enorme progreso para el viejo—. Al final de la batalla, salimos victoriosos, algunos cayeron, pero fueron pocos para la magnitud de la batalla que se había librado. Sin embargo, en el momento que menos lo esperaba, uno de mis soldados gritó a los cuatro vientos: “Libertad al reino y muerte al rey”, y me atacó por la espalda. Se trataba de un rebelde encubierto. Logré por suerte esquivar su primer golpe —el viejo Jorge se movió acostado en su cama con dificultad, de un lado al otro, simulando la acción— sin embargo, antes que mis otros soldados le cortaran la cabeza, él consiguió atinarme con su espada en mi brazo izquierdo, rebanándolo un poco más abajo del codo. Vi una parte de mi brazo desprenderse del resto de mi cuerpo, como un trozo de mantequilla, y caer al suelo —el viejo hizo una pausa y continuó—. Fue un momento complicado. Me llevaron de inmediato con el mejor médico del reino, pero mi brazo ya estaba perdido y quedaría sin él por el resto de mi vida.

Tommy paseó de forma discreta la mirada sobre los dos brazos de su abuelo y apreció que ambos estaban intactos. Pensó entonces que su abuelo lo estaba engañando y que solo le contaba esa historia para impresionarlo. Tommy se decepcionó al instante, hasta ese momento todo le había parecido muy real.

—Duré cuatro días sin salir del castillo en lo que me atendía el médico —continuó Jorge—. Cuando al fin pude levantarme y visitar al rey, él me explicó que con un solo brazo ya no podría serle de la misma utilidad, y fui destituido de los seis caballeros protectores del rey. Me asignaron el cargo de instructor de caballeros. Se suponía que

ahora tendría que preparar a mi reemplazo. Ese día fue difícil de asimilar, más aún que el día que me cortaron el brazo. Sentía que todo el tiempo invertido en el castillo, trabajando para el rey, había sido en vano, pues, aunque el puesto de instructor de caballeros era uno muy alto, no era por el que había trabajado tanto. Y ahora tendría que ver y enseñar a quien ocuparía mi puesto. Ese día regresé a casa devastado, sin pensamientos claros y preocupado por cómo reaccionaría tu abuela al verme. Cuando llegué a casa y la vi solo pude decirle que le había fallado y que ahora, con un solo brazo, ya no podría proteger al reino ni a ella —¿exagerado? Sí, pero para un hombre tan orgulloso y con autoestima tan alta como el viejo, perder un brazo significaba mucho más que solo perder una extremidad.

—Luego de contarle lo ocurrido —continuó relatando el viejo—, ella respondió que, eso no cambiaría la forma en la que ella me veía y que me seguiría queriendo igual. Sus palabras me calmaron al instante, pues, aunque el reino estuviese en peligro, lo más importante para mí era tu abuela. Pero, durante las noches no podía dormir, los sentimientos de impotencia y de debilidad me asaltaban y las pesadillas no hacían sino empeorar la situación. Pasé meses sin ir al castillo, y siendo un hombre sin dicha, ya no quería el puesto de instructor. Y para colmo, tu abuela aún seguía sin entregarse a mí. Sentía que ya no valía nada y tu abuela se dio cuenta de ello, por lo que luego de verme tocar fondo, me hizo la pregunta más importante de mi vida, mientras estaba acostado en mi cama, tal y como lo estoy ahora: “Qué estarías dispuesto a hacer por volver a tener tu brazo de nuevo”, preguntó. No entendía muy bien por qué me preguntaba algo así, recuperar mi brazo era imposible; sin embargo, de solo pensarlo, una potente corriente de alegría e ilusión me azotó y de inmediato le respondí: “todo”. A lo que ella respondió: “¿incluso serle fiel a una mujer por toda tu vida?”. En ese momento comprendí que para mí y para la mayoría de los hombres del reino, serle fiel a una mujer por toda la vida significaba más que abandonarlo todo en nuestra vida. Aun así, respondí de manera firme y sin ningún tipo de titubeo: “Si es contigo, claro que sí”. No me arrepentí de haber dicho eso.

—¿Hablas en serio? —preguntó el niño asombrado, más que cuando escuchó que a su abuelo le habían cortado el brazo—. Papá me ha contado que tú has estado con más de doscientas mujeres distintas.

—Tu papá es un bocón, pero ya que te lo ha mencionado, lo correcto es decirte que ahora son trescientas mujeres. Y eso sin contar a las cinco esposas que he tenido —

presumió.

—Así que papá no mintió cuando me dijo que tú llegaste a ser uno de los hombres que estuvo con más mujeres en el reino.

—Sí, el tercero, luego del rey Dante Rulls II y su hijo Dante Rulls III, quien durante mucho tiempo fue mi mejor amigo. Pero en aquel entonces, teniendo yo algo más de cuarenta años, apenas contaba unas ciento treinta y dos mujeres, y decidí que tu abuela fuera la ciento treinta y tres y la última de todas. Ella, al escuchar mi respuesta, sonrió y me dijo que solo el tiempo comprobaría algo como eso; sin embargo, confiaría en mi palabra. Y a cambio de serle fiel a ella por el resto de mi vida, me daría lo que más anhelaba en ese momento. Colocó mi mano sobre mi pecho, mientras estaba acostado, y de inmediato sentí un profundo alivio en todo mi cuerpo, luego fue quitando la venda que arropaba mi brazo y lo dejó al desnudo. La herida ya había cerrado por completo. Puso ambas manos sobre mi brazo amputado, cerró sus ojos y dio un gran suspiro. Dejé de apreciar su bello rostro por un segundo y miré de nuevo mi brazo manco, y sobre él estaban las delicadas manos de tu abuela, emanando un aura verde claro, que recorría mi brazo.



«¿Aura verde? De qué me está hablando el abuelo», pensó el chico de inmediato. Era bien sabido por todos que los únicos que tenían poderes en el reino eran el rey y sus sucesores de sangre.

—Empecé a sentir de pronto un cosquilleo en la zona cortada —dijo Jorge—, donde ya no había nada, como si tuviese un enjambre de hormigas encima de él. Nunca

había sentido algo así. El proceso duró un día entero, pero luego de unas extenuantes veinticuatro horas, en las cuales tu abuela no durmió, no fue al baño ni comió; mi brazo se había regenerado por completo. Lo primero que hice al ver de nuevo mi brazo sano, fue levantar mi mano y apretar el puño con fuerza, sentir mis uñas rasgar mi piel, y luego abrirla. Todo esto mientras tu abuela seguía con los ojos cerrados. Al mirarla, pude notar que estaba exhausta, así que me levanté e hice uso de mis dos brazos para llevarla a su cama, acostarla y pasar toda la noche apreciándola y preguntándome qué clase de mujer era ella. Tu abuela durmió durante catorce horas seguidas, y cuando se levantó lo primero que hizo fue preguntar si ahora, con mis dos brazos más fuertes que nunca, era feliz. Le respondí que sí de inmediato, y que cumpliría mi promesa hasta el final —una promesa que no le resultó molesta al abuelo de Tommy, ya que en verdad amaba a esa mujer misteriosa—. Tu abuela me miró con una sonrisa y me dijo al fin: “Ok, entonces a partir de hoy seré tu mujer y tú serás mi hombre”. Luego de escuchar esas palabras hice el amor por primera vez en mi vida —confesó el viejo, sin pensar que su nieto era aún muy niño para escuchar esas palabras.

III

VIEJO Y MUJERIEGO

—Abuelo, pero si ya me habías contado que estuviste con cientos de mujeres antes que mi abuela —contestó Tommy lleno de pena.

—Sí, Tommy, pero tener sexo con una mujer es muy distinto a hacerle el amor. “Tener sexo es una necesidad del cuerpo humano, de lo físico; hacer el amor es una necesidad del corazón”.

Tommy aún era muy joven para entender a su abuelo, que ya empezaba a hablar con dificultad debido a su constante tos.

—Luego de aquello —prosiguió el viejo— fui al castillo y hablé con el rey para decirle que rechazaría el puesto de instructor, y él, al ver que mi herida había sido sanada por completo, me preguntó cómo había logrado recuperar mi brazo. Le contesté que mi padre, o sea tu bisabuelo, era doctor y que me había enseñado a preparar una medicina natural para regenerar partes del cuerpo. Ja, ja, ja —rio a carcajadas forzadas —, vaya mentira. Mi padre era analfabeto y lo único que sabía hacer, además de darle unas palizas increíbles a mi madre, era construir casas de segunda —gran parte de las casas de la zona de Marabina, en donde vive nuestro protagonista, fueron construidas por el bisabuelo de Tommy—. El rey se tragó mi mentira, o al menos eso pensé. Y luego de examinar mi brazo con asombro, me ofreció volver a trabajar como caballero protector. Eso era algo increíble; sin embargo, le había dicho a tu abuela que me alejaría de esa vida llena de infidelidad, violencia y crueldad —muchas veces, todas esas cosas juntas, ya que era muy usual que los caballeros protectores violasen a las mujeres que les gustasen en el reino—. El rey aceptó mi decisión y me despojo de mi cargo, con una manutención mensual de unas cuantas monedas de oro, y además podría seguir entrando al castillo cuando quisiera. Pasados unos días de mi retiro, y habiendo cumplido todas las peticiones de tu abuela, le propuse matrimonio. Y luego de unas semanas más nos casamos y tuvimos a tu padre, el fruto de una relación de mucho amor. Ya que el reino me pagaba mensual un par de monedas de oro y había cosechado una gran fortuna mientras trabajé como caballero protector, me dediqué cien por ciento a aprender las cosas que tu abuela me enseñaba. Aunque, de vez en cuando, iba al castillo con tu abuela

para saludar a mis viejos compañeros y amigos. Aquella extraña habilidad de tu abuela quedó en total secreto por petición de ella. Hasta que un día, luego de siete años de lo ocurrido con mi brazo, en una de mis visitas trimestrales al castillo, el joven príncipe Dante Rulls III, cayó en una terrible enfermedad luego de haber sido mordido por una serpiente venenosa en el gran bosque. Mi antiguo jefe y amigo en aquel entonces me imploró que lo ayudase con su enfermedad. Me dijo que, si yo había podido recuperar mi brazo, también podría ayudarlo a él con el veneno, que ya corría dentro de su cuerpo.

—¿Acaso la abuela también logró curar al rey Dante III? —preguntó Tommy—. Eso sería una hazaña increíble.

—Pues le insistí en que lo hiciera, pero ella se negó. Tu abuela persistió en que la habilidad que poseía no podría usarla con el príncipe, que sus leyes se lo prohibían —Tommy se preguntó de qué leyes hablaba su abuelo— y que había hecho una excepción conmigo porque me amaba, y que dentro de mí vio algo distinto al resto de las personas del reino. Pero mi perseverancia pudo más que la suya y la convencí de que lo hiciera, alegando que el príncipe Dante III era una buena persona en el fondo… Sabía que no lo era, pero era mi mejor amigo y no quería que muriera. Tu abuela terminó por aceptar con la condición que lo interrogaría primero, y si respondía de forma correcta sanaría su herida. Y así, de esa manera, nos dirigimos al castillo para salvar al hijo del rey. Cuando llegamos, entramos a la habitación de mi antiguo camarada, el rey Dante III. En la habitación solo nos encontrábamos Dante III, tu abuela, yo, y dos solados que vigilaban siempre al príncipe. Tu abuela nos pidió que saliéramos todos de la habitación, que le haría un par de preguntas al enfermo. Y así lo hicimos, los guardias y yo salimos, y luego de media hora tu abuela salió también de la habitación, me apartó de los vigilantes y me dijo en voz baja que el príncipe había respondido a sus preguntas de manera perfecta, que era digno de curarlo.

—¿Y qué fue lo que le preguntó la abuela al rey? —cuestionó el chico.

—Nunca lo supe, el único que sabe de lo que se habló ese día es el rey… Tu abuela nos indicó que entráramos de nuevo, nos sentamos todos al rededor del príncipe y tu abuela empezó a hacer lo mismo que conmigo, cerró los ojos, respiró hondo y colocó sus manos sobre el pecho del príncipe, que se llenaron de un aura verde que se iba extendiendo por el cuerpo del enfermo. Y así estuvo durante tres horas, hasta que ella dijo: “El veneno salió por completo, ya estás a salvo príncipe”. De inmediato los

soldados se levantaron de sus asientos y nos apuntaron con sus espadas a tu abuela y a mí. Dante III se paró adolorido, pero sonriente de su cama y dijo: “Así que tú eres la bruja, sabía que solo una bruja podría curar un brazo rebanado”. Y yo le respondí: “Dante, ¿qué haces? Ella vino a salvar tu vida”. Su sonrisa se esfumó y dijo: “No, ella solo vino a traer desgracia al reino. ¡Santos cielos! Tuve que envenenarme yo mismo para traerte hasta aquí, de no haber sido cierta mi hipótesis estaría muerto para mañana. Pero al fin te tengo”. En ese momento se me ocurrió desarmar al guardia que me apuntaba con su arma, pero me preocupaba mucho más el otro, el que tenía su espada sobre tu abuela. Y el pensamiento terminó por esfumarse cuando por la puerta entraron cinco soldados más. Fui encerrado en el calabozo del castillo, comiendo porquerías, con apenas agua potable para beber y soportando un olor horrible al cual nunca me acostumbré.



El viejo Jorge tocía cada vez más fuerte, y de su boca empezaba a salir sangre, por

lo que tuvo que tomar una pequeña pausa, antes de volver a hablar.

—Pasaron varios días y no dejé de pensar en tu abuela y sobre todo en tu padre, quien estaba solo en esta casa con apenas siete años. Al cabo de una semana y media, el príncipe Dante III bajó al calabozo para hablar conmigo. Me dijo que yo había conspirado contra el reino de la peor manera posible y que por ello debía pagar en el calabozo durante el resto de mi vida. No entendía que le había hecho tu abuela al rey o al reino. "Sin embargo —dijo el príncipe Dante III—, ya que eres mi mejor amigo y le serviste a mi padre por mucho tiempo, te daré la oportunidad de salir de este horrible lugar. Jorge, tú eres un hombre, tú no estás destinado a morir aquí por muy traidor que hayas sido. Solo tienes una manera de salir de aquí, así que escucha bien…". Su trato consistía en que tendría que presenciar como quemaban a tu abuela en frente de todos, alegando que era una bruja y que dentro de ella se encontraba "el enemigo".

—¿Por el enemigo se referían al diablo? —respondió Tommy.

—Sí, qué irónico, ¿no? El diablo mismo hablando de maldades y vilezas —Tommy sintió en las palabras de su abuelo el profundo odio que sentía por el rey Dante Rulls III y de seguro por todo el reino.

—¿Aceptaste el trato? —preguntó el niño, obviando el hecho de que, si su abuelo estaba acostado en su cama y no encerrado en un calabozo, era porque sí había aceptado.

—Lo hice, con todo el dolor de mi alma. Y la decisión la tomé no por mí, ni siquiera por tu abuela, sino por tu padre, que quedaría huérfano con siete años, y el príncipe me había ofrecido adoptarlo a él —ya que por aquel entonces aún no tenía hijos —. Y de solo pensar en tu padre, aprendiendo las vilezas del príncipe Dante III, me enfermaba.

—Abuelo… —el chico interrumpió y tragó saliva— No es necesario que me cuentes con detalles cómo murió la abuela, ya no quiero saberlo.

—Es necesario —Tommy se preguntaba por qué era necesario, ¿acaso su abuelo quería traumatizarlo?

—Unos días después movieron a tu abuela del lugar en donde la interrogaban

hacia una gran estructura de madera, ubicada frente al castillo y diseñada solo para ella, la cual permitiría que miles de habitantes del reino pudiesen ver su muerte. La amarraron en lo alto de un pilar de madera —el viejo Jorge apretó los puños al recordar—. Me sacaron del calabozo y me ubicaron en la primera fila de espectadores, justo delante de la estructura de madera. Esos malditos querían que viera de cerca su sufrimiento. Me encontraba encadenado junto a seis guardias, con una túnica con capucha que no dejaba ver mi rostro a los espectadores que se estaban detrás. Los habitantes del reino estaban ansiosos y expectantes. El rey Dante II y III les habían dicho a todos que ella era una bruja y que sus poderes del más allá pretendían traer desgracia al reino. Los gritos feroces de los espectadores del reino se escuchaban a cientos de metros de distancia, todos querían verla morir. El rey Dante II tomó un barril de aceite y lanzó su líquido al pilar de madera en donde tu abuela estaba amarrada en lo alto. Cuando alcé mi mirada y la vi, note que estaba golpeada, sucia y débil; pero ella no me había visto aún, por suerte, ya que sabía que si ella me miraba a los ojos terminaría de hundirme en la tristeza. No le pude decir mis últimas palabras… Que la amaba le hubiese dicho, sí, seguro se lo hubiese dicho…

Jorge volvió a tomar una pausa antes de hablar. Preparándose para contar la peor experiencia de su vida.

—El príncipe Dante III agarró una antorcha, la encendió y se fue acercando despacio a tu abuela. Mientras él se acercaba, yo bajé mi cabeza. No quería presenciar ese acto tan atroz, ¡y mira que yo cometí muchos actos atroces! Pero ninguno como ese. Con cada paso que Dante III daba y el fuego se acercaba más al pilar de madera en donde estaba tu abuela amarrada, los habitantes del reino aumentaban más y más sus gritos. Se referían al príncipe como “el salvador” y a tu abuela como “la bruja, el diablo y maldad” —la respiración del viejo Jorge empezó a acelerarse—. Cuando el príncipe al fin llegó a tu abuela, se detuvo a un lado de del pilar, miró a los pobladores de su futuro reino con grandeza, me miró a mí y sonrió a modo de burla. Poco a poco fue acercando el fuego a la madera, pero antes de que todo ardiera, me digné a desplazar mi mirada del príncipe Dante III a tu abuela. Quería poder verla una vez más, pues sabía que no tendría otra oportunidad de hacerlo, aunque eso significaba presenciar el peor momento de mi vida. Alcé un poco la mirada y ella estaba observándome con una sonrisa. Pude ver que sus labios gesticulaban, y cuando terminó de decir: “Sálvalos”, el fuego la cubrió en un abrir y cerrar de ojos. Tuve que oír los gritos agonizantes, sentir cómo el frío recorría mi cuerpo —aunque estuviese observando el fuego—, saborear la derrota y decepción más

pura que había experimentado, oler la carne quemada y ver el cuerpo de la mujer que amaba volverse cenizas…



Al contar esa parte de la historia, el viejo Jorge volvió a sentir ese odio tan profundo que tenía por el rey Dante II y III. Y así fue como un sentimiento nuevo se sumó a las emociones existentes del pequeño Tommy, el odio —esa era la razón por la cual su abuelo quería contarle esa triste y horrible historia a su nieto. Quería que el odio hacia el régimen del rey surgiera.

—Entonces… Así murió la abuela, a manos del rey actual —mencionó Tommy—. No pensé que hayas tenido que pasar por tanto dolor, abuelo.

—Así es, nieto, y luego de todo aquello me liberaron, seguí conservando mi sueldo mensual, conservé a tu padre y mi nombre y reputación quedaron intactos, al menos ante los ojos de los habitantes del reino, que hasta el sol de hoy me siguen viendo como a un héroe. Pero a mi parecer, salvo tu padre, lo perdí todo. Luego de ese suceso perdí la cordura y caí en una depresión que me segó por completo y me llevó a ser el mismo hombre infiel de antes. El dolor por la pérdida no me permitió rehacer mi vida con otra mujer de nuevo. Al cabo de dos años mi nivel de infidelidad ya se podía comparar al vacío que había en mi corazón, era inmenso —aun teniendo todo lo que la mayoría de la gente de Jacinto soñaba—. De una de esas decenas de relaciones que tuve en ese tiempo nació tu tío William, con una diferencia de diez años con respecto a tu

padre. El dinero y las mujeres iban y venían en mi vida. Lo único que permaneció constante en mí fue el recuerdo de tu abuela y el amor incondicional por mis dos hijos, quienes no podían ser más diferentes. Tobías había sido formado por tu abuela y una versión distinta de mí, más humana diría yo. Y aunque tu padre tuvo que enfrentarse a la presión social y a este sistema que nos imponen, él lo superó de algún modo, tu madre fue su primera y única novia, esposa y mujer. William, por el contrario, fue igual a mí, más atlético, fuerte y, desde muy joven, muy mujeriego. Jamás conoció el lado humano que tu padre si vio en mí.

—Abuelo, ¿crees que mi padre es como es solo por haber sido hijo de mi abuela? Digo, de la misma sangre —preguntó el joven con astucia, en un tiempo en el que el estudio de los genes o la herencia genética era inexistente. Se pensaba que toda conducta mental era cosa de aprendizaje y formación, y no de herencia.

—Es muy probable, pero tu abuela consideraba que no era del todo así, que era cuestión de enseñanza y tener fe en lo que se aprende. Pero es imposible saberlo. Tu tío, al ser hijo de otra mujer y no recibir el mismo trato que recibió tu padre de pequeño, era lógico que creciera de forma distinta. Tu padre al tener cierta edad se hartó de mi locura y mi comportamiento errático y se fue de esta casa y renunció a todo mi dinero. Él decía que ese dinero lo había conseguido derramando sangre de gente inocente. Y así, sin más, desechó una vida llena de lujos, comodidades y mujeres, para vivir la vida que tu abuela siempre quiso que tuviese: una vida honrada, humilde y amando incondicional a una mujer, aunque el mundo diga que hay que hacer lo contrario. Estoy muy orgullo de él y de ti, veo que tú también compartes sus valores y no los míos. Y me alegro de ello.

—Esa es la respuesta por la cual soy tan adinerado y tu padre tan humilde —añadió el abuelo de Tommy.

Hubo un silencio total en la habitación antes de que el viejo volviese a hablar.

—Ahora me toca a mí hacerte una pregunta. ¿Qué crees que hay luego del gran muro?

IV

SEGUNDA PREGUNTA

—Hasta donde sé no hay nada más que árboles, montañas, un lago gigante que abastece de agua al reino, bestias salvajes y aves infectadas con la peste. Eso es lo que nos explican los profesores en la escuela —contestó Tommy.

—Estás en lo cierto, en parte. Fuera de esta gran muralla hay árboles, montañas, lagos, bestias peligrosas que amenazan a los habitantes del reino y puede que algunas aves enfermas; pero no fue por eso que el muro se alzó hace ya más de cuatrocientos cincuenta años. El muro fue alzado por una mujer de otra civilización para vigilarnos, ya que representamos un peligro para ellos. Es de ese lugar de donde vino tu abuela, y es por ello que poseía habilidades que nosotros no entendemos.

Para Tommy eso no podía ser cierto, ¿cómo podía haber algo después del muro? Él había visto mapas de las afueras del reino y no había nada más que un par de montañas y un lago. Después de eso no había nada más, los mapas mostraban que el planeta tierra llegaba hasta allí. Hablamos de una época en la que aún se creía que el planeta era plano, pero no por falta de información, sino por exceso de manipulación. Algo muy parecido a lo que puede llegar a pasar en nuestros días, pues el gobierno, o en este caso el rey y sus secuaces, controlaban todo el flujo de la información en el reino. Y si para ellos era conveniente que pensaras que la tierra era plana, pues amen. La tierra era plana.



—Abuelo, eso no puede ser verdad, mi padre me ha contado centenares de historias y jamás me contó esa —replicó el joven.

—Lo que te digo es cierto. Estoy a punto de fallecer, pero no de enloquecer, sé lo que te digo. Tu abuela me contó la verdad y el origen del muro, y si tu padre no te la ha dicho es porque no ha querido, él también sabe la verdad, al igual que el rey. Pero tu padre jamás aspiró a cambiar las cosas por aquí, a ir en grande; él optó por quedarse en el reino y cuidar de su familia. ¿Y cómo culparlo? Supongo que solo quiso tener y cuidar aquello que perdió de pequeño, una familia.

—¿Y qué esperas que haga con lo que me estás contando, abuelo? Apenas y soy un niño, ni siquiera sé pelear.

—Pues aprenderás, eres mi nieto, y un Pinto siempre sabe defenderse. Y lo que aspiro de ti es… Que cumplas aquellas últimas palabras que tu abuela me encomendó: “Sálvalos”. Tú eres el único de buen corazón que sabe la verdad y que puede llegar hasta donde nadie de Jacinto ha ido, más allá del muro.

—Pero es que no sé cómo —respondió el chico inquieto.

—Tranquilo, nieto, crecerás y te volverás fuerte, más fuerte que cualquiera dentro de este muro, y así podrás salvarnos, es lo que tu abuela quería.

Tommy empezaba a sentir una enorme presión en sus hombros, sentía que no era justo que esa responsabilidad cayera sobre él.

El viejo Jorge estiró su mano izquierda hacia su mesita de noche, que estaba a un lado de su cama, y de allí sacó una extraña brújula —era de color negro, no marcaba los cuatro puntos cardinales y solo tenía una aguja dentro de ella que ni siquiera se movía— y se la entregó a su nieto.

Cuando el niño tocó la brújula, la aguja empezó a moverse de manera inestable, como si hubiese cobrado vida propia, apuntaba a cualquier lado. El viejo, al notar que la brújula reaccionaba a su nieto, mostró una sonrisa enorme.



—Esta brújula fue creada por tu abuela. Siempre quise dársela a tu padre, pero nunca vi en él el espíritu de un guerrero, sabía que dársela a él sería tirarla a la basura. Con la ayuda de esta brújula encontrarás el camino hacia la llave con la que podrás cruzar el muro, y solo alguien con la sangre de una persona de afuera del muro podrá hacerlo. Tommy, tú puedes salvarnos a todos, bueno… A todos menos a mí, yo ya he vivido más que suficiente.

Abuelo y nieto se abrazaron por última vez, y luego el pequeño salió de la habitación hacia su padre para derrumbarse en lágrimas, ¿por nostalgia, por tristeza, por el enorme peso que tendría que llevar de ahora en adelante encima? Pienso que por todo un poco.

Las enfermeras volvieron a entrar a la habitación del viejo para atenderlo, no obstante, el viejo Jorge se negó a ser atendido, y proclamó que su hora ya había llegado. Ya había hecho lo último que debía de hacer antes de morir y podría descansar en paz —más o menos— luego de todo lo que había hecho en su vida.

El viejo en su época como caballero protector había aprendido a preparar diversos tipos de venenos y sedantes. Y decidió que esta vez utilizaría lo que había aprendido hace muchos años en sí mismo. No quería alargar su agonía en una cama ni un día más. El viejo sacó de la misma mesita de noche un pequeño frasco de veneno, y sin mirar los rostros inquietantes de las enfermeras, se lo bebió entero. Luego postró sus manos sobre su pecho, alzó la mirada hacia el techo, sonrió por última vez y cerró sus ojos… Esperando a que el veneno dentro de sí, detuviese su corazón que tanto había vivido, sufrido, y sin duda alguna, amado.

La familia Pinto esperó sentada en los muebles, hasta que las enfermeras salieron de la habitación y les dijeron que el viejo había fallecido a causa de un paro cardiaco. Explicaron también la decisión del viejo de usar veneno en sí mismo, lo cual solo sorprendió al chico, pues en el momento que el viejo hablo a solas con sus dos hijos, les había informado de su decisión, y luego ellos les informaron a sus esposas.

Un momento de melancolía recorrió a todos al pensar en los momentos buenos y no tan buenos que compartieron con él. El viejo no fue un mal padre ni un mal abuelo, solo fue un hombre que tomó muchas malas decisiones a causa de un corazón roto.

Tommy y su familia se hospedaron en casa del viejo mientras hacían todos los preparativos para su entierro.

Luego de una semana, la familia Pinto se reunió en el cementerio norte del reino, uno exclusivo para personas adineradas o con algún puesto alto en el castillo.

A Tommy le sorprendió la cantidad de personas que asistieron al entierro, la mayoría eran personas mayores, con más de cien años, algunos eran antiguos amigos del viejo, otros, seguidores o discípulos de él durante su época como caballero protector. Tampoco faltaron sus antiguas admiradoras que estuvieron con él en su época dorada, mujeres con más de sesenta años que lloraban desconsoladas por el viejo, aunque no hubiesen compartido algo más que la cama con él. Pero sin duda, lo que más le sorprendió a Tommy fue ver a gente del castillo allí —portando sus vestimentas extravagantes, llenos de joyas y montando hermosos caballos de raza—, como por ejemplo a uno de los tres sabios supremos —gente con más de doscientos años de edad y con el más alto conocimiento del reino. Incluso se decía que uno de ellos, el que había asistido al entierro, ya había plasmado en papel sus primeras teorías de que el planeta no era plano, sino redondo.

Mientras su tío hablaba sobre la vida de su abuelo, Tommy observaba con fascinación a la gente del castillo, pero también con cierta rabia al recordar todo lo que su abuelo le había contado. Le parecían personas hipócritas. Lo mismo pensaban su padre y su tío, quienes eran unos de los pocos en conocer las atrocidades que le habían hecho a su padre. A pesar de eso, sabían que tendrían que comportarse, mucha gente importante asistiría. El viejo fue durante mucho tiempo muy querido y respetado en el

castillo, y, aunque según el rey Dante III había traicionado al reino, a todos los caballeros protectores se les debía visitar y hacer una reverencia en su entierro.

Culminando la ceremonia de su abuelo y después de ver a tantas personas del más alto estatus, personas con las que el pequeño jamás creyó que estaría cerca; se preguntó si vendría el mismísimo rey Dante III a visitar a su antiguo compañero de guerra. Pero no fue así, en cambio, vio llegar desde la lejanía un grupo de jinetes, montados en los más grandes caballos que había visto nunca, con relucientes armaduras plateadas y doradas, acercándose. Cuando estuvieron a escasos metros de él, el brillo del sol se reflejó en sus armaduras y en las de sus caballos, haciendo que Tommy tuviese que cerrar sus ojos para no deslumbrarse por el reflejo del sol. Cuando se acercaron al ataúd de su abuelo, los pudo ver de espaldas, se trataba de los caballeros protectores del rey. Tommy quedó anonadado con la presencia de tales guerreros, sus armaduras y relucientes espadas los hacían ver como figuras muy imponentes. Con solo ver un segundo aquellas figuras se dio cuenta del porqué había tanta admiración por su abuelo. Él también fue uno de ellos en su juventud y su presencia debía causar lo mismo que causaba la nueva generación de caballeros protectores para él.



Al observar a los caballeros de pies a cabeza, nuestro protagonista se dio cuenta de tres cosas: la primera era que había cinco en vez de los seis por reglamento, lo que quería decir que faltaba uno, y ese era el hijo del actual rey y el líder de los caballeros protectores, el príncipe Dante Rulls IV. Lo segundo fue notar que entre los cinco había uno mucho más joven que los demás. Tommy le calculó menos de veinte años, era muy bajo y delgado, pero en su armadura había un signo especial, un signo que solo portan

aquellos que tenían sangre real, por lo que dedujo que se trataba del joven príncipe Dante Rulls V. Tommy pensaba que era mayor, pero apenas y tendrían un par de años de diferencia. Por último, observó que el príncipe V tenía en su mano derecha —en su dedo anular para ser precisos—, el anillo real de su padre, que permitía a cualquier persona sobrepasar los límites humanos. Y para los de la sangre real, quienes eran los únicos que tenían poderes de forma natural —manejar el flujo de la electricidad—, sus poderes se veían aumentados de manera exponencial, pudiendo controlar los rayos del cielo. Según las leyendas solo existían dos anillos reales en todo el mundo, uno siempre lo debía portar el rey y el otro su sucesor, estos anillos eran iguales y usar ambos al mismo tiempo daba un poder aún mayor.

Los cinco caballeros se posaron en fila frente al ataúd, desenfundaron sus espadas y las alzaron, luego las inclinaron hacia delante de súbito, apuntando al ataúd, y gritaron al mismo son: “¡Hasta la muerte, leales al rey!”. El cielo se nubló de pronto, mientras que los caballeros seguían con sus espadas extendidas. El anillo real brilló de un marcado color azul y de inmediato un rayo cayó del cielo y azotó la espada del príncipe V. La electricidad se expandió hacia las armas de los demás caballeros y de ahí salió expulsada hacía el ataúd, rodeándolo por completo.

Tommy se asustó y corrió hacia su padre, pensando que le estaban haciendo daño al cuerpo de su abuelo.

—Papá, ¿qué están haciendo esos hombres del castillo? —preguntó apenas se acercó a su padre.

—Calma, hijo, es un ritual para un caballero protector caído… Tratan de llevar sus pensamientos y hazañas hacia el cielo, para que nos proteja desde allí.

Tommy volvió a mirar a los caballeros y notó que todos habían levantado sus armas de nuevo. El rayo se desprendió del ataúd, recorrió deprisa las espadas de los caballeros protectores y se elevó hacia el cielo de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

Luego del ritual, los caballeros se retiraron a toda prisa, sin mirar a nadie.

El atardecer cayó y sin más que hacer, pero sí que sentir y pensar, la familia Pinto se retiró. Pasaron la noche en la casa del viejo y hubo una breve charla sobre el

testamento del viejo, el cual consistía en un simple trozo de papel viejo y arrugado que contenía indicaciones escritas por él de cómo quería que sus pertenencias se dividiesen. También había dejado un mapa, en donde señalaba la ubicación de todo su dinero, esparcido por todo el reino en bolsas de oro enterradas.



El viejo había especificado en su testamento que todo su dinero y pertenencias se las entregaría a su hijo mayor, Tobías. Eso tenía sentido para todos los presentes, pues durante toda su vida el viejo buscó ayudar con dinero a su hijo mayor, pero él jamás lo aceptó, por lo que le pareció conveniente darle todo su dinero al hijo que jamás recibió ni una moneda de bronce de su parte. Pero el tiempo no había cambiado a Tobías, quien decidió darle todo el dinero de su padre y la casa a su hermano menor William.

La discusión fue larga y atípica, ninguno de los dos hermanos quería hacerse con el dinero ni la casa, Tobías por su creencia de que era dinero sucio del castillo, y William por el hecho de que él sí había recibido dinero de su padre y ya tenía suficiente. William había visto a su hermano pasar momentos muy duros durante gran parte de su vida por no tener dinero, y quería que eso se acabara, estaba de acuerdo con su padre de que el dinero le pertenecía a su hermano mayor. Además, William quería a Tommy como a su propio hijo, ya que él no tenía uno, y no quería que el chico siguiera viviendo casi en la miseria.

El mapa, que era lo más valioso, pasó de un hermano a otro un buen rato, sin que ninguno de los dos lo abriese para ver en donde estaba el dinero enterrado.

Estuvieron discutiendo durante una hora, hasta que por fin se escuchó: —Ok, está decidido —afirmó William, cuando terminaron de acordar el trato.

—Sabes que no es lo que quiero, pero prefiero quedármelo antes que quemes el mapa por capricho —Tobías se quedaría con la casa y el mapa que revelaba una fortuna acumulada durante más de ochenta años.

—Te lo mereces, hermano —respondió William. Luego se acercó a Tobías y puso su mano sobre el hombro de su hermano y le susurró al oído—. Tal vez con todo ese dinero puedas hacer unas de esas orgías de las que tanto te he hablado.

Tobías miró a su hermano a los ojos molesto. William le había dicho cosas similares durante toda su vida.

—Oh, tranquilo —prosiguió William, quien al ver el rostro molesto de su hermano se volvió a acercar a su oído y le dijo—, es válido invitar a Sarah —sonrió—, yo lo he hecho con mis esposas y se la pasan de maravilla.

—Esta vez paso, hermano… Por cierto, ¿qué haremos con las dos bolsas de oro que tenía papá en su habitación? Ya le eché un ojo al mapa y papá no las dibujó allí.

—Lo que tú quieras, el dinero es tuyo después de todo —señaló William.

—Tómalas tú —expresó Tobías—, solo déjame un par de monedas de oro para no tener que estar cavando por todo el reino buscando las otras bolsas.

—Ok, como quieras, ahora es tu decisión, al fin y al cabo.

Al día siguiente del funeral del viejo, William tomó las dos bolsas que tenía su padre guardadas en su habitación y se marchó junto a sus esposas y demás familiares. Dejándole unas diez monedas de oro a su hermano, lo cual le pareció una fortuna a Tobías, quien soló ganaba quince monedas de plata al mes y ahora tenía diez de oro, que equivalían a mil monedas de plata.

El pequeño Tommy, de nueve años, no podría haber estado más confundido y emocionado a la vez. Un día era pobre y vivía en el peor distrito del reino; y al otro,

vivía en Larisa, uno de los distritos más adinerados de todo el reino, y sus padres pasaron a poseer una enorme cantidad de dinero. El chico aún no era consciente de todo lo que pasaba a su alrededor. Pasó de dormir en una cama junto a sus padres, a tener su propia habitación con muchas comodidades, de comer lo mismo casi a diario, a comer las más diversas delicias gastronómicas.

Y así, el tiempo transcurrió sin cambios mayores a la partida del viejo. Las monedas de oro no transformaron a los padres de Tommy, quienes seguían siendo el uno para el otro. A la nueva y adinerada familia Pinto les estaba yendo muy bien, y su única preocupación ahora era adaptarse a lo que significaba vivir con dinero. Pero una vez superada esa barrera, ¿qué más podía suceder en la vida de una naciente familia adinerada? Por desgracia o suerte, muchas cosas…

V

CACERÍA DE FIELES

Pasados cinco años de la muerte del viejo, ocurrió un extraño suceso en un día como cualquier otro en la humilde —a pesar de su fortuna— vida de la familia más excéntrica del reino.

Durante una tranquila noche, la familia Pinto se encontraba en su casa, abstractos de lo que ocurriría. Tommy, que ya tenía catorce años, se disponía a echarle un ojo a la brújula que le había dado su abuelo antes de morir, no la había tocado en todo ese tiempo. Por otro lado, su padre también hacía lo mismo con el mapa que le habían dejado como herencia. Ambos estaban en sus respectivas habitaciones, ignorando que estaban haciendo casi lo mismo.

—Creo que quince es la edad perfecta para hablar con él de eso, Tobías —dijo Sarah, acostada en su cama junto a su esposo, refiriéndose a la edad adecuada para tener la primera plática profunda con su hijo, sobre todo lo relacionado con las mujeres.

—Yo opino que ya tiene edad suficiente para entender todas esas cosas —respondió Tobías, mientras miraba el mapa por primera vez a detalle desde que se lo habían dado, y se daba cuenta de que la fortuna que le había dejado su padre era incalculable— mi padre tuvo esa conversación conmigo a los catorce.

—Sí, pero no queremos decirle a nuestro hijo lo mismo que te dijo a ti tu padre. Al fin y al cabo, poco tiempo después de esa charla te fuiste de esta casa.

A Tobías le hizo mucho ruido lo que decía su esposa y decidió guardar el mapa para responderle.

—Sí, tienes razón, no le quiero enseñar los mismos valores que mi padre me enseñó a mí, pero pienso que este es el momento para hablar con él de eso.

—¿Y de qué hablaremos exactamente con él?, ¿solo de sexo?

—No, no solo de eso. Incluso diría que eso es lo que menos me importa hablar con él ahora mismo Muchas veces aprendemos esas cosas por nuestra cuenta, sin ayuda de nadie, como fue mi caso —pobre Tobías, el viejo de lo único de lo que le habló durante aquella conversación de adolescente fue del estatus que obtendría si poseía más de cuatro mujeres a la vez, no menos de eso. Y que, si por alguna razón se llegaba a casar, y una de sus esposas (dando por hecho que tendría más de una) le era infiel, la solución era un par de golpecitos, solo para reponer su honor y su hombría. Hablamos de un tiempo en el que el viejo era un fracaso ambulante y su cordura era mínima por la pérdida de su esposa—. De lo que quiero hablar con él es en cómo me gustaría que viese a las mujeres. Ya sabes, que escoja solo a una, la respete y la valore. Y las razones por las que debe hacerlo.

—Sí, pero sabes lo que eso implicará, ¿no? —respondió Sarah.

—Lo sé, implicará una vida en la que no encajará en esta sociedad.

—No lo digo solo por eso. Hablo también del miedo… Mientras la familia real Rulls gobierne, los hombres como tú deberán vivir sus vidas atemorizados —advirtió Sarah con preocupación en su rostro.

—Tal vez eso cambie algún día…

Un poderoso ruido estremeció la casa de la familia Pinto y los hizo saltar de la cama. Tommy —quien se dio cuenta de que el movimiento de la aguja de su brújula se había hecho mucho menos errático que antes, aunque todavía no apuntaba a una dirección clara— y sus padres salieron de sus habitaciones y se encontraron en la sala principal, en donde decidieron averiguar qué estaba ocurriendo.

El ruido se repitió, esta vez con más fuerza. Los Pinto lograron relacionar el estruendo con el sonido de un relámpago. Toda la familia subió al primer piso y salieron al balcón, en donde presenciaron algo nunca antes visto.

El castillo estaba siendo atacado y de una manera brutal. Desde la lejanía no se lograba distinguir quien lo estaba haciendo, pero los rayos azotando y haciendo volar partes del castillo revelaban que el rey o sus sucesores estaban luchando —dado que solo ellos eran capaces de manejar la fuerza bestial de un relámpago.



Todos los vecinos salieron de sus casas para ver qué ocurría. Quien fuese que estuviese atacando el castillo se encontraba dentro de él. Los enormes relámpagos deslumbraban a todos sus espectadores y ponían en evidencia que el rey estaba en gran peligro. Nadie entendía lo que pasaba y el castillo se desmoronaba, había partes de él que colapsaban y otras salían volando envueltas en llamas.

El espectáculo duró alrededor de dos horas y luego todo se calmó. Un profundo silencio atravesó el reino entero, y de pronto se vio interrumpido por una suave llovizna que poco a poco se convirtió en una fuerte lluvia, que ayudó a disminuir las llamas que se expandían por el castillo, pero también a aliviar la sensación de incertidumbre que todos sentían al ver gran parte del castillo destrozado.

A la familia pinto, al igual que a muchas otras, no les quedó más que irse a dormir con la intriga de saber lo que había pasado, pero también con miedo. Cosas así no acontecían todos los días, y los cambios en el reino siempre terminaban por empeorar las cosas.

Las noticias de lo sucedido se difundieron a la mañana siguiente por el mismísimo

rey Dante III, pero llegaron a oídos de la familia pinto dos días después por un vecino de ellos.

El vecino y compañero de cartas de Tobías, llegó apresurado a la casa de los Pinto, tocando la puerta con mucha fuerza. Tobías tuvo que abrir de inmediato, no entendía la razón de la desesperación de su vecino, quien tenía una respiración agitada y mucho sudor encima.

—¡Tobías, tú y tu familia están en peligro! —exclamó el hombre bañado en sudor con voz alta, apenas abrieron la puerta.

Tobías miró hacia su habitación y luego hacia la de su hijo de manera apresurada. No quería que escucharan eso.

—¿De qué hablas, Leo? ¿Por qué estaríamos en peligro? —preguntó Tobías, inquieto.

—Mi primo, que vive muy cerca del castillo, fue a escuchar las palabras del rey el día después del accidente. Resulta que otra vez una banda de rebeldes excéntricos atacó el castillo. Pero esta vez sí lograron entrar a él. Mataron a muchas personas allí dentro, incluyendo a tres caballeros protectores, entre ellos el joven nieto del rey, Dante Rulls V. El rey sobrevivió por muy poco, y a su hijo, el príncipe Dante IV, le rebanaron el brazo izquierdo —sí, eso de seguro fue el karma, un poco atrasado eso sí.

—¿Hablas en serio? —Tobías tragó saliva. No lo podía creer. Había algo dentro de él que le decía que las cosas no habían sucedido así. Para él era imposible que una banda de rebeldes excéntricos entrase al castillo por sorpresa. Además, los caballeros protectores eran guerreros con una fuerza y destreza sobrehumana, era impensado que pudiesen matar a uno, mucho menos a tres. Todo pintaba muy raro.

—¿Para qué te mentiría, amigo? Pero la razón por la que vine aquí no fue solo para contarte lo que ocurrió en el castillo, sino también para decirte lo que planea hacer el rey ahora. El rey, como venganza por lo sucedido, implementará una cacería contra los excéntricos, juró matarlos a todos.

—Ese maldito rey cree que puede hacer con nosotros lo que le venga en gana, bien

merecido tiene lo que le paso a su hijo y nieto —expresó Tobías, histérico.

—Te encontrarán pronto, Tobías. Están ofreciendo una recompensa muy alta para quien de información sobre las personas excéntricas. Es más, amigo, tengo que irme ya, si descubren que hablé contigo me mataran a mí también —apenas terminó de hablar, el vecino de los Pinto se fue corriendo sin siquiera decir adiós.

«Esto es una mierda —pensó Tobías—. Al rey ni siquiera le hará falta ofrecer una recompensa para saber que nos oponemos a él. Sabe que soy el hijo de su antiguo compañero "traidor" y de la mujer a la que quemó alegando que era una bruja. Vendrán a buscarnos aquí, eso es seguro».

Tobías cerró todas las ventanas y puertas de su casa con seguro. Su hijo estaba en la escuela y su esposa en su habitación. Para cuando Tommy llegara, ya tenía que saber lo que haría con él y con su esposa. El padre de Tommy se sentó en un mueble de sala principal y empezó a analizar sus opciones. Primero consideró en ir a casa de su hermano y refugiarse allí, luego evaluó comprar otra casa muy lejos del castillo, cerca del bosque; y por último analizó contratar a mujeres para que fingieran ser sus esposas, al menos durante un tiempo. Pero terminó por descartar todo, ya que sabía que esa cacería no acabaría pronto, y todas sus ideas implicaban que su esposa e hijo viviesen escondidos, con miedo y fingiendo ser alguien más. Además del hecho de que el rey jamás perdonaría al hijo de un "traidor y una bruja".

El padre de Tommy no quería más sufrimiento para su familia, así que empezó a analizar la posibilidad de sacrificarse

Para cuando Tommy llegó de la escuela, su padre ya lo había decidido. Tobías iría a entregarse al rey en persona y le pediría que dejara en paz a su familia. Trataría de convencerlo de que ellos eran habitantes comunes y corrientes del reino.

Ese día transcurrió de manera ordinaria para Sarah y Tommy. Tobías no le comentó a su familia lo que haría, pues sabía muy bien que su esposa se lo impediría y no quería ver a su hijo llorar al escuchar su decisión. Así que, al día siguiente, Tobías se levantó muy temprano y le escribió una carta a su esposa en donde explicaba la situación actual del reino y lo que haría para evitar una tragedia.

Al terminar de escribir la carta, la dejó al lado de su esposa, que aún dormía. Tomó una capa oscura con capucha para pasar desapercibido, la espada que blandió su padre como caballero protector y salió por la puerta trasera de la casa para tomar uno de los caballos que había adquirido en los últimos años. Escogió a un pura sangre color marrón, era el más rápido que tenía, y se marchó a toda prisa hacia el castillo.

Lo que Tobías no sabía era que, desde la oscuridad de su habitación, Tommy lo había visto salir de manera sospechosa y tomar la espada de su abuelo. El chico, luego de ver que su padre se marchara de casa, entró a la habitación de su madre para preguntarle qué le ocurría a su padre, pero antes de hacerlo, se encontró con la carta que Tobías le había dejado a Sarah y la empezó a leer.

Una vez que Tommy acabó de leer la carta, decidió no decirle nada a su madre, vestirse de manera que no lo pudiesen distinguir por las calles del reino y salió por la misma puerta que su padre. Tomó a Gideon, un caballo de color negro, el segundo más rápido que poseía la familia Pinto y el favorito de nuestro protagonista. Apenas terminó de preparar a su caballo, salió cabalgando en la misma dirección que su padre. No llevó consigo ningún arma de las que su abuelo había dejado en su casa.

El viaje hacia el castillo era de unas cuatro horas en caballo y durante el trayecto Tommy logró ver en la lejanía a su padre cabalgando. Decidió no acercarse a él y seguirlo a la distancia. Sabía que, si se acercaba más de la cuenta, su padre lo vería y lo detendría, pero era necesario seguirlo, ya que Tommy no sabía llegar al castillo por su cuenta.

Durante el viaje, más o menos a mitad de camino hacia el castillo, una banda de soldados pasó a toda velocidad en dirección contraria a Tommy y a su padre, por lo que tuvieron que esconder sus caras, subiendo sus capuchas y bajando sus rostros de manera discreta.



Una vez que Tobías llegó al castillo, bajó de su caballo y se acercó a dos de los tantos guardias que custodiaban la puerta principal del castillo, los cuales portaban espadas es sus cinturas y armaduras de color plateado oscuro con detalles en rojo. Tommy bajó de Gideon y lo escondió a unos cincuenta metros del castillo. Él decidió acercarse un poco más y se quedó detrás de un pequeño puesto de comida que quedaba a unos veinte metros de la ubicación de su padre. Desde allí podría escuchar algo.

—Buenos días, soy Tobías Pinto y vengo a hablar con el rey —dijo al llegar a los guardias que custodiaban la entrada al castillo.

Los dos guardias se miraron entre sí y sacaron sus espadas. Tobías se limitó a alzar las manos, su espada seguía enfundada debajo de su vestimenta.

—Ja, ja, ja, amigo, nos facilitaste mucho el trabajo —dijo uno de los guardias.

—El rey ofreció una enorme recompensa por quien lograse atraparte —añadió el otro guardia.

A Tommy se le iba a salir el corazón por lo que estaba viendo y se empezaba a lamentar de no haber traído un arma consigo.

—Entonces es cierto, el rey piensa matar a todos los excéntricos del reino… —

balbuceo Tobías en voz baja para sí mismo. Todavía con sus manos arriba.

—Estás en lo correcto —dijo uno de los guardias con una enorme sonrisa en su rostro, que había logrado escuchar el balbuceo de su presa—. Pero considérate especial, amigo. El rey ofreció una recompensa diez veces mayor por ti… Pero solo si te traíamos vivo.

Tobías estaba confundido, pero al menos sabía que lo querían vivo.

Su hijo, quien seguía escondido, también escuchó lo que dijo el guardia y se alegró por ello. Su padre viviría.

—¿Para qué me quiere a mí el rey? —preguntó Tobías.

—La misma pregunta nos hacemos todos aquí en el castillo. Eres el único afortunado que no morirá en esta cacería, ja, ja, ja —al guardia parecía divertirle tener a Tobías a su merced—. David, ve a notificarle al rey que tenemos al Sr. Pinto con vida, y especifícale que lo atrapamos solo nosotros dos, ¿ok? —le dijo un guardia al otro.

—Ok —respondió el otro guardia. Acto seguido dio media vuelta y se dirigió hacia el gran castillo.

El padre de Tommy continuó con las manos en la cabeza y la espada de uno de los guardias en su cuello. Tobías no parecía tener miedo dentro de sí, pero sí ira.

Al cabo de menos de cinco minutos, la enorme puerta principal del castillo —de diez metros de alto y cinco de ancho— se volvió a abrir, y de allí apareció de nuevo David, el guardia, quien se acercaba corriendo como loco —casi dando saltos de alegría — hacia el padre de Tommy. Pero también apareció la figura más importante del reino.

El anciano con larga barba y cabello blanco, ojos azules, una cicatriz en el ojo izquierdo y un anillo muy poderoso en su dedo anular de la mano derecha. Caminó a paso lento hasta llegar a su nuevo prisionero.

—Así que mis guardias lograron capturarte antes de que iniciara mi cacería —dijo el rey Dante III en voz alta, cuando estaba a punto de llegar a Tobías.

—Nadie me ha capturado, he venido aquí por mi cuenta —David, el guardia, se alteró al escuchar eso y desenvainó su espada de nuevo y la colocó en la mejilla de Tobías, llegando a cortarlo un poco.

El rey miró a ese guardia con ojos furiosos y luego alzó su mano izquierda y batió su dedo índice de un lado al otro, señalando un “no”. Los dos guardias que tenían sus espadas sobre Tobías las enfundaron de inmediato y bajaron la cabeza sintiendo vergüenza.

El resto de los guardias que estaban por allí se acercaron al lugar al ver que el rey estaba fuera del castillo. Formaron un círculo alrededor de Tobías.

El rey se paró a cuatro metros del padre de Tommy y dijo a todos sus guardias: —Quien llegue a ponerle un dedo encima a este hombre —señaló a Tobías con la mano poseedora del anillo real— lo mataré con mis propias manos —la misma mano con la que señaló, la apretó, y de ella se salieron rayos azules que intimidaron a todos los guardias. Habían entendido el mensaje.

Luego de la amenaza del rey a sus guardias, Tobías pudo bajar sus manos.

Una de las razones por las que el rey, era el rey —además de, por supuesto, ser hijo de un antiguo rey—; era por su fuerza y poder incalculable. Desde muy pequeños, los príncipes pasaban por un arduo entrenamiento, en el cual aprendían a manejar su cuerpo, las armas, su mente y su poder elemental. Cuando se convertían en adultos entraban a los caballeros protectores del rey y sí cumplían con lo esperado, se convertían en el líder del grupo. Todo ello hacía que al llegar a reyes poseyeran la fuerza, inteligencia y experiencia necesaria para liderar a un reino.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Tobías.

De la puerta principal salió en silla de ruedas y sin un brazo el príncipe Dante IV, que se aproximó al lugar con dificultad.

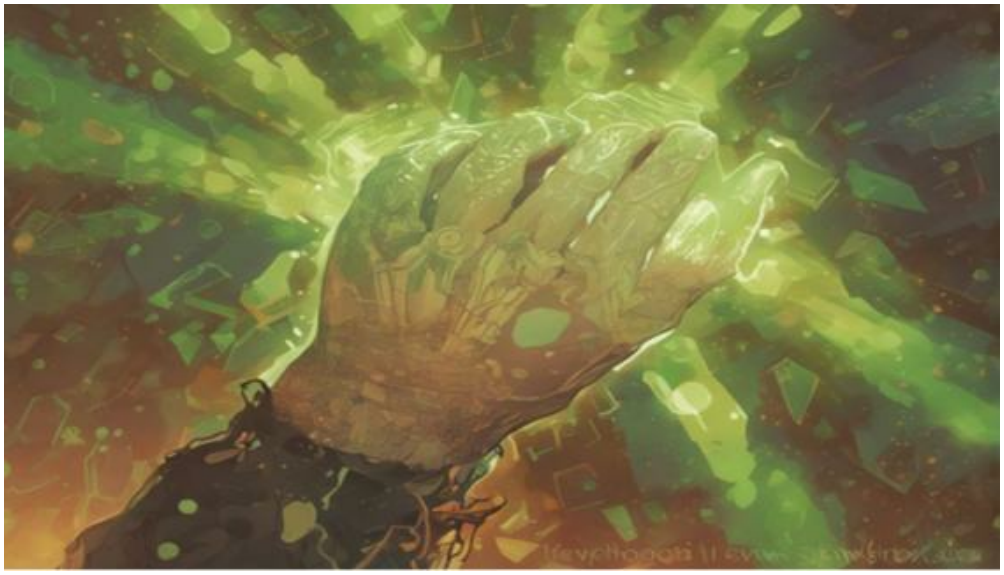
—La pregunta no es qué quiero de ti —respondió el rey—, sino, qué es lo que siempre quise de ti —añadió, mientras Tommy y su padre lo miraban expectantes.

—Ya debes saber lo que hice con tu madre, la bruja…

—Es mejor que cierres la boca, anciano —interrumpió Tobías— o yo mismo te la cerraré.

Tommy y los guardias estaban boquiabiertos por cómo le hablo Tobías al rey. Solo alguien que estuviese loco o tuviese muchos huevos haría algo así. Y Tommy sabía que su padre no estaba loco.

—Eso es lo que quiero de ti —confesó el rey, señalando las manos de Tobías, quien de tanta ira dentro de sí apretó sus puños a tal punto que emanaron un aura de tono verdoso. Tobías, al percatarse de ello, hizo que el aura verde desapareciera de inmediato —. Lástima que no aproveché eso de tu madre, en aquel entonces era muy joven para entender el potencial que ella tenía. Pero no importa, ahora te tengo a ti… ¿Acaso sabías que pudiste haber sido mi hijo, no?



El padre de Tommy se limitó a guardar silencio mientras miraba con desprecio al rey. El príncipe Dante IV ya estaba al lado de su padre y traía puesta la armadura. Tobías seguía pensando que no era posible que unos simples rebeldes pudiesen hacerle algo a así a un guerrero tan poderoso con el príncipe Dante IV, se veía fatal, apenas y estaba vivo.

—Sé que no es algo fácil de asimilar, pero es la verdad, yo le propuse a tu padre

encargarme de ti justo antes de lo que sucedió con tu madre, pero él se resignó, para nada, al fin y al cabo terminaste siendo un don nadie al igual que él; sin embargo, ahora yo arreglaré eso.

—Está bien —dijo Tobías resignado— haré lo que me pidas, pero solo con una condición, deja a mi familia en paz.

—Créeme, lo haría. Sé que tu mujer y tu hijo no son culpables en lo absoluto de sus creencias, tú eres quien les ha lavado el cerebro y, por lo tanto, el único culpable. El problema aquí está en que, estoy seguro de que no harás lo que yo te diga tan fácil…

—Lo haré —interrumpió Tobías sin pensarlo—, te lo prometo.

—No prometas, joven —le señaló el rey a Tobías, quien tenía sesenta y nueve años en ese momento, pero en comparación con los ciento cincuenta años que tenía el rey, era un jovencito—, si no tienes ni idea de lo que te pediré que hagas por mí.

—Ya te dije que no permitiré que toquen a mi familia —recalcó.

—Solo será para asegurarme de que hagas lo que necesito. Si lo haces, solo morirás tú. Considéralo un regalo, mi padre los hubiese exterminado a todos. Además, llegas muy tarde, la cacería aún no ha empezado, pero hace un par de horas envié unos cuantos soldados a buscarte a ti y a tu familia en la casa del viejo Jorge.

Tommy recordó en ese instante la banda de soldados con la que se cruzó por el camino, eran ellos. Tobías los recordó también.

—Qué lástima, rey Dante, quería que todo esto fuese lo más sano y tranquilo posible —dijo Tobías, que puso la mano sobre su espada, que aún seguía envainada en su cadera y la desenfundó muy despacio— pero se metieron con mi familia.

—No tengo tiempo para tonterías —respondió el rey, dando media vuelta y proponiéndose a dar el primer paso para regresar al castillo—. Atrápenlo y tráiganlo vivo antes de la hora de la merienda —les indicó a sus guerreros. El rey alzó una de sus manos, estando de espaldas a Tobías, para indicarles a sus soldados que ya podían empezar.

—Nada de cortar extremidades, eso lo haré yo más tarde —añadió el príncipe, quien se quedó a ver el espectáculo sentado en su silla de ruedas.

Tommy dio un paso adelante por instinto para proteger a su padre, pero su cerebro lo detuvo. Se encontraba entre la espada y la pared.

El padre de Tommy cerró sus ojos mientras los guardias corrían hacia él de todas direcciones. El aura verde de sus manos reapareció y en un parpadeo blandeó su espada, atravesando la armadura de uno de los guardias, dándole una estocada justo en su corazón.

Todos los guardias se detuvieron un segundo, perplejos de lo que había hecho el hombre que a primeras parecía inofensivo.

—Si no quieren compartir el mismo destino que su compañero, es mejor que me dejen ir a buscar a mi familia —manifestó Tobías a los guardias.



Todos dieron un paso atrás, incluyendo Tommy, quien desde las sombras no podía creer lo que sus ojos habían presenciado. Toda la vida había pensado que su padre era un blando, y ahora le había visto atravesar el corazón de un guardia sin titubear. Además, el aura verde en sus manos confirmaba la veracidad de la historia de su abuelo.

—¿Qué miran, idiotas? ¡Atáquenlo ya! —exclamó el príncipe, sin haberse inmutado por la muerte de uno de sus súbditos.

Los guardias volvieron a atacar, por el frente, por los costados y por la espalda. Pero Tobías parecía estar poseído por un guerreo. Y con su espada se encargó de los once guardias que pretendían atacarlo. Uno por uno los fue liquidando de manera grotesca, cabezas y extremidades volaron por los aires. Tommy no entendía cómo su padre estaba haciendo aquello. Su abuelo ya le había dicho que su papá no era más que un blando, sin corazón de guerrero, pero lo que veían sus ojos era todo lo contrario. Parecía ser otra persona.

Una vez acabó con los guardias y su espada, manos y cara quedaron cubiertas de sangre, miró al príncipe directo a los ojos.

—Esto no compensará lo que le hicieron a mi madre, pero me hará sentir reconfortado hasta que mate a tu padre —advirtió Tobías, quien se lanzó a correr segado por su ira en dirección al príncipe.

—Ya veremos quien matará a quien —respondió el príncipe Dante IV, que levantó su único brazo y señaló a Tobías con su dedo índice. El anillo que llevada en su dedo anular y que le pertenecía a su hijo fallecido, el príncipe V, empezó a brillar.

El príncipe lanzó de su brazo un potente rayo azul hacia Tobías, y este lo detuvo con su espada, mientras iba avanzando paso a paso hacía el príncipe.

Los otros guardias del castillo habían escuchado el alboroto e iban camino a la pelea, pero Tobías ya se encontraba a unos cuatro metros del príncipe y se acercaba a paso progresivo, mientras repelía el poderoso ataque de su enemigo.

En circunstancias normales, con el príncipe en buenas condiciones y ambos brazos, esa pelea no hubiese sido favorable para Tobías, pero en la situación que se

encontraba el príncipe, el padre de Tommy tenía total ventaja.

Tobías llegó hasta el príncipe y terminó de repeler el relámpago, desviándolo hacia el castillo, haciendo volar la pared de una habitación entera. Su cólera era tal que ya no pensaba en nada más que en vengarse por lo que le hicieron a su madre —aunque él jamás mostró tales sentimientos de rencor—. El príncipe quedó desalmado y débil por el uso de tanto poder, viendo hacia cualquier lado, en su rostro se notaba el miedo. El padre de Tommy, por el contrario, solo podía ver una sola cosa, y era el futuro; la cabeza de su oponente rodando por el suelo. Ya no era él, era un demonio. Tobías alzó su espada hacia el cielo y antes de que la bajara con fuerza hacia su oponente, escuchó un grito que logró traspasar capas y capas de ira ciega en su interior.

Fue Tommy quien gritó: —¡Detente, papá! —al ver que su padre tenía más de diez espadas rozando su cuello, y un cielo nublado preparado para lanzar un potente rayo hacia él.

Al salir del trance, Tobías notó que frente a él y detrás del príncipe se encontraba el rey, apuntándolo con su dedo, preparado para lanzar su ataque. Un rayo descendió con furia desde el cielo hacía la espada de Tobías. El rayo se mantuvo unos segundos en el resistente metal de la espada, haciendo que cobrara un color azul brillante, y luego se dividió en dos, colisionando contra el suelo.



Tommy estaba al descubierto, había salido a la luz y el Rey lo había visto. Las manos de su padre regresaron a la normalidad y aunque tenía varias espadas a centímetros de su cuello, volteó a ver si era su hijo quien había gritado. Ambos se miraron a los ojos sin saber qué hacer a continuación.

—¡Huye! —le gritó Tobías a su hijo. Al mismo tiempo que el rey gritó: “¡Atrápenlo!”.

Tommy subió en su caballo como pudo y se marchó a toda prisa hacia su casa, sabía que su padre ya no podría escapar de allí. Las lágrimas salían de sus ojos a la vez que la adrenalina corría por su cuerpo, al intentar ir a recatar a su madre, quien sin su esposo e hijo estaba indefensa.

Los guardias, que ya no eran diez, sino cien, salieron a toda prisa a montarse en sus respectivos caballos para atrapar al niño. Algunos de los guardias del rey, que tenían sus espadas sobre Tobías, corrieron también a buscar al niño, dejando a unos pocos custodiando al hombre del aura verde.

Tobías, con solo tres espadas en su cuello, vio la oportunidad perfecta para acabar lo que había empezado y se volteó rápido con su espada, listo para rebanar la cabeza del príncipe. Estaba dispuesto a hacerlo, aunque luego le cortasen la suya. Pero el rey y su hijo lo sorprendieron al mismo tiempo con una moderada carga de electricidad que lo dejó inconsciente al instante.

Tommy cabalgó a Gideon lo más rápido que pudo hacia su casa. Decidió tomar un camino distinto para regresar, pues sabía que lo perseguían y necesitaba ser impredecible. Confió en su instinto para guiarse, ya que no se sabía la ruta de memoria hacia su casa. Miraba atrás en cada momento para ver si los soldados se acercaban. Por suerte, Gideon era veloz y había logrado dejar a los guardias a más de medio kilómetro. Cada vez que miraba hacia atrás era imposible para él no pensar en qué había ocurrido con su padre, y cuando miraba hacia delante lo mismo, pero con su madre.

El joven no tenía ni la más mínima idea de lo que haría. Tenía el presentimiento de que habría soldados esperándolo en su casa y de que allí se acabaría todo. El odio hacia el rey, no, hacia cualquier persona que siguiese la ideología del rey, crecía. Como una

pequeña llama en un oscuro bosque, que poco a poco va cobrando más intensidad.

Cuando se encontraba casi a mitad del camino, vio a una banda de soldados que se acercaban en dirección contraria a él. Reflexionó de inmediato en desviarse para no encontrarse con ellos, pero luego decidió no hacerlo. Él tenía su rostro tapado con la capucha, y sabía que, de quien debía preocuparse era de los que venían detrás de él, pues ellos ya habían visto su rostro y sabían cómo iba vestido.

Así que el chico siguió el mismo camino. Cabalgó lo más rápido que pudo e inclino su cabeza. Justo en el momento en que iba a cruzarse con los soldados, levantó un poco su mirada y vio con asombro que en uno de los caballos iba su madre junto a un soldado. Sarah y Tommy cruzaron sus miradas una milésima de segundo, pero esa milésima le fue suficiente al pequeño para saber que se trataba de su madre, y a ella para saber que el joven encapuchado era su hijo.



El pecho de Tommy se congeló luego de ver a su madre. Siguió cabalgando, pero ya ni siquiera sabía adónde. Jamás paró, al menos no su cuerpo, ya que su mente había colapsado. Cada paso que su caballo daba estremecía al chico, que ya no tenía fuerzas ni para soportar el movimiento natural de una cabalgata. Su mirada estaba perdida y empezaba a pensar en rendirse. Siempre había contado con sus padres para cualquier dificultad, y entendía que, a diferencia de su abuelo, y ahora de su padre, él no podría ni siquiera sostener una espada, mucho menos blandirla con destreza.

Siguió cabalgando por inercia, pero en verdad quería detenerse, que los soldados lo atrapasen y que toda esa pesadilla acabara de una vez por todas. Sin embargo, algo dentro de su cabeza le decía que no, que siguiera adelante, que ya se le ocurriría algo de camino… Quedarse en su casa, o incluso en la de su tío, ya no tenía sentido, sería el primer lugar en donde lo buscarían.

Como el zumbido de un mosquito que se escucha a lo lejos en el total silencio, pero que no lo percibes sino cuando está a centímetros de ti; llegaron a su cabeza las palabras que le dijo su abuelo: “sálvalos”. Ya no importaba que fuese solo un chico, no importaba que no supiese defenderse, no importaba que se encontrara solo. No le importaba nada, solo sabía que lo único que tenía sentido en su cabeza eran las palabras de su abuelo, que no habían tomado forma para él hasta ese momento. El reino estaba podrido y necesitaba un salvador.

Despertó de su pensamiento, sacudió su cabeza y arremetió contra el pobre caballo con toda su fuerza, para ir a toda prisa a su hogar por última vez. Había algo que debía intentar antes de morir como un debilucho.

Llegó a su casa, bajó de su caballo y le dio un balde con agua y otro con comida lo más rápido que pudo, lo necesitaba listo y fuerte lo más pronto posible. Entró a su casa y fue directo a su habitación sin mirar nada —tal vez para no sentir nostalgia— salvo una caja guardada debajo de su cama en donde tenía la brújula que le dio su abuelo. La agarró, junto a tres monedas de oro que tenía allí guardadas y salió de su habitación de inmediato. Justo cuando iba a salir de su casa, recordó que aún seguía siendo muy rico, al menos mientras tuviese consigo el mapa del tesoro —como el chico le llamaba— que su abuelo le había dejado como herencia a su padre. Dudó un segundo, mientras se encontraba en la salida trasera de su casa, en sí ir a buscar el mapa o no. Los soldados no tardarían en llegar, pero pensó que prefería mil veces que lo atrapasen, antes de que el reino se quedara también con el dinero por el que su abuelo había luchado tanto. Fue a la habitación de sus padres, sabiendo de antemano en donde escondían el mapa y lo tomó. Antes de salir decidió tomar también una espada, no muy grande ni pesada, que estaba colgada en una pared cercana a la puerta principal. Guardó la brújula, el mapa, la espada, y con su caballo preparado se marchó sin rumbo aparente.

VI

LEJOS DE CASA

Después de un buen rato cabalgando de forma circunferente al castillo y aproximándose a la zona este del reino, Tommy pensó que el lugar adecuado para detenerse sería el sur. El norte no era un buen sitio para quedarse, porque a pesar de que el territorio era vasto, los soldados de seguro considerarían que estaría por los alrededores, ya que él vivía allí. Además, la zona norte era la más conservadora e infiel del reino, Tommy no solo tendría que preocuparse de los soldados allí, sino también de cualquier persona que pudiese reconocerlo y ayudar a los soldados a encontrarlo. El este tampoco le pareció viable, allí había nacido y los soldados supondrían que se dirigiría allí, y, a decir verdad, estuvo a punto de hacerlo, pero la zona este era la más pobre y mucha gente necesitada querría lucrarse de Tommy al ayudar al rey a encontrarlo. Además, la cacería de excéntricos aún continuaba y esa parte del reino era la que más habitantes excéntricos tenía. Tommy predijo una masacre antes de que sucediera. Entonces la zona sur le pareció ser su única opción, solo tendría que alejarse de la casa de su tío, quien vivía en esa zona.

La zona norte era la más observada y apreciada por el rey, al ser la más adinerada y en la que la infidelidad superaba los límites razonables —y recordemos que hablamos de Jacinto, el reino de los infieles—. La zona este era la más pobre, no obstante, el rey decidía una vez cada mucho, dedicarle algo de tiempo a la gente más humilde, y no por consideración, sino porque sabía que la mayor parte de los atentados al castillo provenían de allí, debía vigilarlos para mantenerlos a raya. Por el contrario, la zona sur era una mezcla entre el norte y al este, con personas de clase media, tranquilas por lo habitual y con un estilo de vida muy conservador —por conservador me refiero, ya saben, a acostarse con quienes se les dé la gana cuando se les dé la gana, aunque esa persona tenga pareja—. El rey solía hacer la vista gorda con ellos. Digamos que no le generaban tantos beneficios como los del norte para prestarles atención, y tampoco tantos problemas como los del este como para espiarlos. Esa parte del reino sería su mejor elección.

El viaje fue frustrante, tuvo que hacer muchas paradas para preguntar cómo llegar a la zona sur del reino, y su caballo y compañero de viaje no podía estar cabalgando todo

el día, por lo que tuvo que dormir en el suelo junto a su caballo dos noches mientras llegaba a la zona sur.

Durante el viaje, Tommy apenas y se había alimentado —no por falta de dinero, sino de hambre. Desde que había presenciado la captura de sus dos padres ya no le apetecía comer, y cada vez que recordaba la cara de preocupación de su madre se le cerraba el estómago de golpe—. Utilizó una de las monedas de oro para comprarle comida y agua a Gideon, y un poco también para él. Una vez llegaron a la zona sur, al distrito Corfú, abrió el mapa del tesoro y ubicó una de las tantas bolsas de oro enterradas. El mapa señalaba que se encontraba en un terreno vacío, pero al llegar al sitio Tommy se encontró con una casa —era lógico, su abuelo había hecho ese mapa hacía mucho tiempo y el terreno había cambiado—. El chico aún no tenía apuros económicos —de las tres monedas de oro que había traído consigo, le quedaban dos y unas cuantas más de plata—, pero quería algo más de dinero para estar seguro durante más tiempo.

Con el dinero que le quedaba, el chico compró una pala y unos guantes hechos de cuero, se armó de valor y se coló a plena luz del día a la casa, en donde estaba enterrada la bolsa con las monedas en el patio trasero. Subió a la espalda de su compañero y brincó una pared, para así llegar al patio y empezar a cavar. Ya que era de día, los habitantes de la casa podrían ver a un joven excavando en el patio trasero de su casa y empezar una pelea. Por suerte, Tommy pudo hacer el hoyo y sacar la bolsa sin alertar a nadie. El problema estaba en que la bolsa era mucho más grande de lo que pensaba, habría unas mil monedas allí. Sabía que tanto peso le obstruiría y llamaría la atención de cualquier ladrón, por lo que tomó solo veinte monedas, le dejó diez a los habitantes de la casa en su puerta y enterró de nuevo el resto, cuidando que no se notase que habían abierto un agujero en la tierra.



Con dinero en mano, el siguiente punto a analizar sería en dónde refugiarse. También sabía que debía empezar a planear su futuro.

«Si es que me queda algún futuro», se repetía Tommy una y otra vez, dando por hecho de que solo le estaba dando vueltas a lo inevitable.

Vagando por las calles de Corfú, vio una residencia de tres pisos abandonada, y opinó que sería un buen lugar para pasar la noche, ya que no tenía más opciones.

El sitio estaba sucio y había indigentes allí viviendo. La vida del chico no podría ponerse peor. Esa noche, durmiendo acurrucado con su caballo, intentando no mostrarle su cara a nadie, sintió por primera vez en su vida la soledad, ese frío que te hiere, no desde afuera, sino desde adentro. Sentir el duro y frío suelo, y ver a los indigentes le hizo sentir temor y nostalgia por su antigua vida. Esa noche, aceptando en su interior que aún seguía siendo un niño de mamá y papá, lloró, cómo jamás lo había hecho antes, mientras abrazaba con fuerza a su compañero, quien a pesar de ser un animal parecía sentir el dolor del chico.

Los días pasaron, y aunque no se había acostumbrado al sitio, ni mucho menos, ya no era una pesadilla vivir allí. Tommy salía todos los días de forma muy discreta y rápida a comprar mucha comida, la cual les regalaba a los indigentes con los que compartía la residencia. En unos días, todos los habitantes de allí pasaron a adorar al chico, ya no tenían que estar rebuscando en la basura —al menos no siempre—. Solo había un indigente que no aceptaba la comida del chico, parecía ser el líder del lugar y siempre lo observaba con desprecio, sin embargo, eso no parecía importarle a Tommy. Él pensaba que, si aquel indigente cascarrabias no aceptaba su comida, podría darles más a los otros que si la querían.

Desde hacía varias noches que la brújula que le había dado su abuelo al chico parecía susurrarle al oído. Y aunque lo que había presenciado de su padre le confirmó el hecho de que las palabras del viejo eran ciertas, salir a buscar la “llave” de la cual su abuelo le habló, le parecía demasiado peligroso, dado que la aguja empezaba a tener cierta predisposición a posarse sobre el oeste.

Pasados varios días de estar viviendo en la residencia abandonada, una mañana escuchó por la ventana, al lado de la cual dormía, que un par de soldados pasaban por allí y se reían a carcajadas.

—Ese chico ya debe estar muerto —dijo el soldado uno en tono alegre.

—Yo digo que sigue vivo y se está escondiendo, pobre sabandija —añadió el soldado dos.

Desde otra ventana también escuchaba la conversación el indigente que siempre miraba con desprecio a Tommy.

—Ya estoy cansado de buscarlo, por qué no nos tomamos algo —propuso un tercer soldado, cansado y sudado.

—Tienes razón, tarde o temprano aparecerá. Después de todo, un chico de esa edad y vestido de manera sospechosa, puede distinguirse sin problemas de día. Para mí ya está muerto, si no ya hubiese aparecido —respondió el soldado uno.

El indigente se separó de la ventana un poco y volteó a ver al chico con cara de

asombro.

Tommy tragó saliva y desde donde estaba —a unos diez metros del indigente— puso su dedo índice en su boca, indicándole que guardara silencio. El indigente sonrió de forma malévola, ¡lo delataría! Con la rapidez de una gacela, Tommy sacó su pequeña bolsa de monedas de oro, que llevaba amarrada en su cintura y se la mostró; solo le quedaban diez. El indigente lo miró a los ojos, se fue acercando lento, estiró su mano y tomó las monedas. El indigente volvió a sonreír con las monedas en su mano, pero esta vez se trataba de una sonrisa de victoria, ya había conseguido lo que quería del chico, ahora podría volver a ser el líder indiscutible del lugar.

El chico se reclinó y respiró hondo, «qué susto», pensó. Pero los soldados, ya más lejos del sitio, pero no lo suficiente como para dejar de escucharlos; abrieron la boca de nuevo.

—Sí, no vale de nada esforzarnos tanto, después de todo, la recompensa que el rey ofrece para nosotros no es gran cosa en comparación con lo que les ofrece a los civiles. Ellos sí que deben estar buscándolo por debajo de las piedras —sostuvo el soldado dos.

El indigente consiguió escuchar con dificultad las palabras del soldado y parecía intrigado… Quería saber más.

—El rey debe necesitar mucho a ese chico para ofrecer trescientas cincuenta monedas de oro para el civil que nos ayude a encontrarlo… —añadió el soldado tres. Ya estaban a varios metros de la residencia.

Ambos escucharon al soldado, y de inmediato, con la misma velocidad con la que había sacado la bolsa con las monedas de oro antes, Tommy metió su mano entre su vestimenta, en donde tenía oculta su espada y la desenfundó. Si el indigente daba un paso adelante, planeaba matarlo… Claro que, de planear a hacer, hay un plano físico de diferencia, y el indigente lo sabía. Tommy no sería capaz de matarlo. El indigente, molesto, salió corriendo y gritando que tenía al chico que buscaba al rey. Lo gritó con todas sus fuerzas y los soldados lo escucharon de inmediato.

Tommy estaba congelado, no pudo detener al indigente, que pasó corriendo a su lado, y ahora el miedo no le permitía escapar. Fue su caballo Gideon quien al escuchar el

alboroto y sin entender lo que ocurría, se dirigió hacia su dueño y le dio un ligero empujón con su cabeza para que reaccionara.

Los soldados estaban a punto de entrar a la residencia y para sorpresa del chico, mientras él cogía la pala que había comprado y preparaba a su caballo para escapar por la puerta trasera, el resto de los indigentes, quienes estaban agradecidos con el chico, bloquearon la entrada por donde venían los soldados, formando así una gran pelea entre civiles marginados y soldados del reino. Los soldados ganaron la lucha, sin muertes, pero su objetivo había logrado escapar por una de las ventanas.



El indigente que había delatado al chico, obstinado por no haber podido capturarlo, daba brincos de rabia, sin darse cuenta de que el chico venía hacia él en su caballo, mientras los soldados seguían buscando dentro de la residencia.

—Esto es por delatarme, idiota. —dijo Tommy, que seguido de esas palabras embistió al indigente con su caballo. A Gideon tampoco pareció haberle caído bien, ya que lo embistió con tanta fuerza que lo hizo volar seis metros, estrellándolo contra una pared—. ¡Quédate con las monedas, te las regalo! —añadió, mientras se alejaba del lugar a toda prisa.

Cuando ya estaba a una distancia prudente del sitio, buscó en la alforja (bolso de

cuero que se coloca en el lomo de los caballos, detrás de la silla de montar, para llevar objetos en él).

—Ok, creo que ya no vale de nada seguir ignorándote —dijo Tommy, sacando su brújula y observando a donde apuntaba ahora la aguja—. Esto tiene que ser una broma… —añadió, luego de ubicarse y darse cuenta de que la aguja señalaba de manera fija y rotunda hacia el oeste, hacia el gran bosque.

El bosque del reino era una región del reino tan hermosa como peligrosa. Las más extrañas plantas y agresivas criaturas habitaban allí. No era un sitio en el que quisieses adentrarte, no obstante, muchas personas que vivían en la cercanía visitaban la "zona segura" —una muy pequeña proporción del bosque que estaba abierta a los habitantes del reino y no era peligrosa. Pues tenía una cerca de más de diez metros de alto, construida para no dejar entrar a las bestias al reino, y que dividía una pequeña fracción del bosque, de las decenas de kilómetros cuadrados restantes—. La zona segura era la frontera entre el bosque y los primeros distritos de la zona oeste del reino.

Tommy tendría que ir y adentrarse en el corazón del bosque, en donde su abuela había sido hallada, para conseguir la misteriosa llave de la que le había escuchado cinco años atrás.

Días pasaron mientras se dirigía al bosque. El chico no la pasó nada bien, se encontraba sin dinero y hambriento. Tuvo que cabalgar mucho hasta desenterrar su segunda bolsa de monedas. La consiguió detrás una escuela, junto a un árbol. Era de día y había niños y profesores por todos lados, por lo que tuvo que esconderse y esperar al anochecer para empezar a cavar. El mapa del tesoro no era del todo preciso, por lo que tuvo que abrir al menos una decena hoyos para poder conseguir la bolsa. Cuando lo logró, sacó más que la última vez para estar seguro, tomó para sí ciento diez monedas. Tapó todos los agujeros que había hecho y se sentó junto al árbol, apoyándose en él, Gideon hizo lo mismo. Estaban agotados, física y mentalmente.

Era luna llena y los soldados parecían no estar activos. En los días anteriores se había topado con algunos soldados en su camino y tuvo que esconderse o redireccionar su camino. Pensó que las cien monedas serían suficientes para llegar al bosque. Apoyado en el árbol, sus tripas rugían, solo había almorzado ese día y su caballo igual. Por suerte, la luz tenue de la luna lo relajó y desvío su foco de atención, que en ese momento estaba

en su estómago.

Con el mapa del tesoro en la mano y con algo de curiosidad, lo abrió de nuevo y contó todas las bolsas enterradas e hizo un cálculo de las monedas que habría en cada una. La cuenta fue gigantesca. Su abuelo había amasado demasiado dinero. La cantidad era tan grande que con ella podría comprar un distrito entero. Su abuelo le había comentado que él poseía una manutención mensual de unas pocas monedas de oro al mes, pero ni viviendo mil años habría podido generar todo el dinero que se reflejaba en el mapa. El chico se fijó que, al darle la vuelta al mapa, su contraparte contenía un pequeño texto casi invisible por el desgaste del papel que decía:

Perdón por las vidas que desaparecí tratando de desaparecer este enorme tesoro, que personas que ya perecieron lucharon por desaparecer.

Ahora en vida yo lo reclamo como mío, y lo vuelvo a desaparecer del sitio de donde me ordenaron desaparecerlo.

Pero cuando yo perezca, confío en que un peregrino de la adversidad lo usará para perpetuar mi legado de mantener desaparecido el tesoro de aquellos malvados que deberán desaparecer.

«Vaya cosas más confusas escribías, abuelo», se dijo a sí mismo Tommy. Rascándose la cabeza y sin entender nada de lo que había escrito el viejo. «Lo que sí entiendo es que ya es hora de descansar, tengo que frenar esta hambre a como dé lugar». Se acercó a su compañero, que ya dormía cómodo al lado del árbol; y durmió abrazado a él.

Al día siguiente, el chico se levantó aturdido aún por el sueño, pero muerto de hambre, por lo que apenas terminó de concientizarse, corrió a comprar comida —dejando a su caballo amarrado al árbol, por lo fácil que sería reconocerlos por las autoridades estando juntos— en un pequeño puesto de frutas. Luego de que Tommy y su caballo comieran, y ya con el estómago lleno y baterías recargadas, el chico volvió a cabalgar a toda marcha hacia la zona oeste del reino.

Pasado un día más, evitando todas las zonas demasiado pobladas y los soldados que rondaban por doquier, logró llegar al perímetro del bosque, donde podría bajar solo

un poco la guardia e ir más despacio, pues no había mucha gente allí, aunque de vez en cuando pasaban civiles y algún que otro soldado.

Una vez llegaron a la cerca que dividía a la zona segura del resto del peligroso bosque, se preguntó cómo podría entrar. La cerca era muy alta, superresistente y con filosas espinas en su cúspide. Y las puertas que daban paso al gran bosque —que eran solo tres a lo largo de más de cuarenta kilómetros de cerca que había— estaban custodiadas cada una por cuatro soldados muy bien entrenados.

Ya que el chico no podría ni saltar ni atravesar la cerca, cortándola con su espada, decidió cabalgar junto a ella para llegar a una de las tres puertas.

Luego de una enorme cabalgata junto a la cerca, Tommy avistó una de las puertas —la central—, pero, como pensaba, estaba custodiada por cuatro soldados. El chico tenía su espada consigo, pero en ningún momento le pasó por la cabeza atacar a los guardias de la puerta, sabía que no podría contra ellos. Así que tuvo que idear una solución para evitar un conflicto directo. No era fácil, tal vez con dos soldados habría podido ideárselas para distraerlos de algún modo, pero cuatro eran muchos para él solo.

Los comenzó a espiar desde la lejanía junto a su caballo, que había amarrado un poco más atrás de él, en el troco de un árbol. El terreno estaba lleno de maleza alta, que le impedían ver bien lo que hacían los guardias, por lo que poco a poco se fue acercando más a ellos para ver el panorama completo. Cuando estaba a unos quince metros de ellos, tal vez un poco más; escondido detrás de unos arbustos, pudo escuchar que uno de los soldados se quejaba.

—No puedo creer que el rey solo nos vaya a entregar ochenta monedas de oro si atrapamos al chico, y a los civiles les ofrece trescientas cincuenta —se quejó el soldado uno con tono amargo.

—Sí, esto apesta. Además, mientras más numeroso sea el grupo que lo busque, será peor. Somos cuatro, así que saldríamos a veinte monedas cada uno —respondió el soldado dos con el mismo tono.

Los otros dos soldados parecían estar de acuerdo con las palabras de sus compañeros, sin embargo, no hicieron comentarios sobre ello.

—Todo lo que ha causado un simple niño, yo como él me hubiese entregado y listo, así no nos tendrían trabajando horas de más vigilando una estúpida puerta, que de por sí nadie en su sano juicio cruzaría —explicó el soldado uno.

—Tú ya la has cruzado antes —dijo el dos.

—Pero eso es porque soy un excelente guerrero y puedo enfrentarme a las bestias —alardeo el soldado uno—. Debería estar ocupando uno de los puestos de caballero protector vacante, en vez de estar aquí.

—Sí, claro. Te recuerdo que el único motivo por el que te adentraste al gran bosque fue porque el rey quería las uvas de polón y ninguno de los altos guerreros quiso ir. Y me dijeron que casi mueres en el intento —añadió el soldado dos.

—¡Calumnias…!

Mientras los guardias seguían discutiendo por cosas absurdas, Tommy se percató de que no eran los más listos —los soldados más entrenados, que por lo general cuidaban la puerta, habían sido encomendados a la búsqueda del niño por el reino—, y también se dio cuenta de que sí podía haber una manera de entrar al gran bosque. El inconveniente es que había mucho margen de error, y si no tenía las suficientes agallas terminaría prisionero de aquellos tontos.

Tommy agarró algunas bananas de un árbol que había no muy lejos del lugar y volvió a acercarse a los guardias. Se posicionó a unos veinte metros de los soldados y lanzó una banana hacia el que parecía ser el más tonto de ellos —el soldado uno—, aunque lo cierto es que todos eran muy tontos. Cuando la banana cayó a los pies del guardia, Tommy empezó a hacer sonidos de mono.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó el soldado uno luego de que la banana cayera cerca de él.

—Es solo un mono —respondió el soldado tres.

—¿Y por qué me lanza bananas a mí? —replicó el soldado uno.

—Pues porque cree que eres uno de ellos —bromeó el soldado cuatro y los demás empezaron a reír.

—No es gracioso, Arthur —dijo el soldado uno hacia el cuatro, confrontándolo.

—¡Ten cuidado! —le dijo el soldado tres al soldado uno.

Otra banana fue lanzada desde los árboles, esta vez impactó en la cabeza del soldado uno, y de nuevo todos, menos el soldado uno, rieron a carcajadas.

—¡Ese maldito mono me las va a pagar! —exclamó el soldado uno y fue en dirección hacia donde habían tirado las bananas. El plan iba viento en popa.

—¡Ten cuidado, no vaya a ser que los monos te secuestren y te lleven a vivir con ellos! —añadió el cuatro, y las risas no hicieron sino aumentar.

El guardia uno sacó su espada y pasó a través de la maleza, cortándola. A medida que se acercaba al chico, este se alejaba con cuidado, mientras seguía haciendo los mismos sonidos de mono, que no hacían, sino encolerizar al guardia aún más.

Ambos se alejaron bastante de la puerta custodiada, tal vez unos cien metros. El plan del chico era encarar al guardia para sobornarlo antes de llegar a la posición de su caballo. Pero el miedo del chico era tal, que lo único que hacía era seguir retrocediendo, agachado entre la alta maleza, escondiéndose.

En el momento en el que el soldado vio al caballo amarrado se dio cuenta de que algo no pintaba bien y se dio media vuelta, buscando a su dueño.

Tommy se había escondido detrás del tronco de un árbol. Se había dado cuenta de que, aquel hombre que parecía un tonto de lejos se veía muy imponente de cerca. Sabía que tenía que salir pronto, si no el guardia uno llamaría a sus amigos, o tal vez podría preferir matarlo y dejarlo escondido solo para vengarse de la broma que le había jugado con las bananas. Después de todo, el soldado no parecía estar muy motivado por la recompensa.

—Sé que estás aquí… Sé que no eres un mono… ¡Sal ya! —terminó por exclamar el soldado.

Tommy se armó de valor y se propuso poner el plan en marcha. Respiró hondo, tragó saliva y encaró al guardia casi que de un salto.

—¡Wao! Pero mira qué tenemos aquí —dijo el guardia—. No sabes la que has montado, niño —apuntó a Tommy con su espada y Gideon empezó a relinchar—, ahora vendrás conmigo y mis compañeros. Te llevaremos ante el rey…

—¿Y qué? Eso no evitará que sigas siendo el bufón de tus compañeros —respondió Tommy.

—Cállate, no tienes idea de lo que dices, niño.

—Yo diría que estoy muy seguro —«actúa como alguien mayor y lo serás» dijo para sus adentros—. Me llevarás ante tus amigos, se repartirán el crédito, sabiendo que fue solo tuyo, te darán unas míseras monedas de oro y seguirás siendo el bufón con cara de mono de tus compañeros.

El guardia colocó su espada sobre el cuello de Tommy, fúrico, pero eso no hizo sino aumentar su confianza, pues recordó la manera en la que actuó su padre en la misma situación.

—Ten mucho cuidado con lo que dices de mí, pequeño.

—Sé que quieres darles una lección a tus compañeros, así que te propongo un trato en el que saldrás más que beneficiado.

—… Ok, habla. Pero si vuelves a mencionar la palabra mono, te rajaré el cuello y te sepultaré aquí mismo.

—Puedo ofrecerte cinco veces el dinero que ganarás si me entregas. Te daré cien monedas de oro si me dejas pasar hacia el gran bosque. Así obtendrás más de lo que obtendrías de otra forma, te relajarías por ya no tener que buscarme, y además dejarás a tus compañeros sin cobrar ni una moneda de bronce, y sé que quieres hacer eso…

—Cien monedas… Y dime niño, ¿qué me impide matarte aquí mismo y llevarme tus monedas?

—Mi espada —Tommy desenfundó su arma sin dificultad, todo le estaba resultando muy natural—. No hará falta que te mate para que pierdas, solo me bastará un ligero corte para que no puedas volver sin ser sospechoso para tus compañeros. ¿O qué, les dirás que un mono te atacó? —añadió el chico con tono pícaro.

—Sabes, niño, te mataría. No sabes las ganas que tengo de rebanarte el cuello. Pero la verdad es que quiero hacer pagar a los idiotas de mis compañeros, y tus monedas de oro no me caerían nada mal, así que… Dime, ¿qué es lo que propones?

Pasados quince minutos, el soldado uno volvió con los demás gritando y corriendo de entre los árboles, y desde la distancia pudo ver cómo sus compañeros lo miraban con lástima, lo que le hizo tener más ganas de continuar con el plan.

—¡Muchachos! —exclamó el imán de bananas, una vez estuvo cerca de sus compañeros—. ¡El chico, el chico, lo vi cerca de aquí! Está escondido en lo más alto de un árbol, a unos setenta metros de aquí —afirmó, con respiración agitada.

Los soldados se miraron las caras y no vieron motivos para no ir, preferían buscar al niño antes que quedarse allí sin hacer nada.

—Ok, vamos —dijo el soldado dos— pero alguien se tendrá que quedar a cuidar la puerta. Serás tú Arthur. Estate atento.

Los tres soldados fueron en busca del niño y solo quedo uno en la puerta, un tal Arthur. El niño vio la oportunidad y se acercó a él por detrás, mientras el soldado veía como sus compañeros se alejaban; y le dio un fuerte golpe en la cabeza con una roca. Tomó las llaves de la puerta y la abrió. Entró, cerró la puerta de nuevo con candado y tiró las llaves hacia afuera, ya que en sus planes no estaba regresar a la zona poblada del reino.



Ya estaba dentro del gran bosque…

A Tommy le sorprendió que el soldado al que compró no lo delatara, al fin y al cabo, ya le había entregado las cien monedas. Si el soldado hubiese querido, habría podido delatarlo y obtener veinte monedas más con la recompensa que ofrecían por él, pero el chico sabía que más que el dinero, lo que movió al soldado a aceptar su trato, fue que sus compañeros no obtendrían nada y eso le agradaba.

El bosque era enorme, peligroso y con un sinfín de posibilidades de perderse. A decir verdad, el chico no se veía a sí mismo con la fuerza suficiente para enfrentarse a bestias tan feroces como los Cantus o los dientes de sable, pero ya estaba empezando a entender que su fortaleza no estaba en su fuerza física, sino en su valentía y astucia; su plan llevado a cabo con éxito, así se lo había confirmado.

VII

EL GRAN BOSQUE

Tommy subió a su caballo y sacó su brújula, observó hacia donde apuntaba la aguja y fue adentrándose en el bosque poco a poco, dándose cuenta de lo mucho que no había visto en su corta vida. Multitud de aves —las cuales nunca habían salido del reino — se posaban sobre las más altas ramas, cientos de insectos raros se arrastraban sobre la tierra húmeda; y el rugido de grandes bestias, se escuchaban a kilómetros. Todo ello intimidaba a nuestro protagonista, tanto como hubiese podido intimidar a cualquiera en una situación similar. El chico no quiso tocar nada en el bosque, ni las hojas de los árboles, ni las flores y mucho menos los insectos. Cualquier cosa podía ser venenosa y había que ir con mucho cuidado. Por suerte, en el camino a su objetivo logró encontrar agua fresca en un lago y frutas que sí que había visto antes y sabía que podría comerlas, como manzanas, sandías y melones. El que parecía estar absorto de toda preocupación era su compañero y ahora más que un amigo, Gideon, que cabalgaba disfrutando de la libertad —claro, exceptuando el peso del chico que estaba encima de él. De igual forma, Tommy apenas y pesaba cuarenta kilos— y naturaleza que le proporcionaba el bosque.



Todo aquello hasta que llegaron a mitad del camino. Gideon empezó a incomodarse y a relinchar sin explicación aparente. El chico pensó que se debía al calor y luchó por mantenerse encima de su caballo, sosteniéndolo con todas sus fuerzas, mientras este se movía de forma errática. Gideon había percibido algo que los sentidos del chico no podían… pero lo harían. De entre las grandes hojas de los árboles más bajos, salió un diente de sable, dando un brinco hacia Gideon para intentar atraparlo. Sin embargo, este estaba alerta y reaccionó a tiempo, logrando esquivarlo. Tommy miró hacia atrás, luego de que su caballo esquivara a la bestia, y vio a bestia a los ojos. Un diente de sable enorme y muy furioso estaba detrás de ellos. Ya había sido valiente con aquel soldado, pero contra una bestia tan imponente como esa no podía hacer algo más que huir. El chico jaló a su caballo por las riendas y este despegó a toda prisa, el diente de sable corrió detrás de ellos, pero la fuerza de sus patas y su altura le permitían hacerlo más rápido que el caballo de Tommy. El joven tuvo que usar de manera hábil su

entorno para contrarrestar la diferencia de velocidades, tomando curvas improvisadas para perder de vista a la bestia; sin embargo, esta parecía no haber comido en semanas, no los dejaría ir por nada del mundo.

El caballo y la bestia recorrieron cientos de metros, uno tratando de huir y el otro tratando de atrapar. Pero si no estás en tu territorio y te enfrentas al más fuerte, la derrota será inminente. El diente de sable consiguió alcanzar por muy poco a Gideon con una de sus grandes garras, y con un toque mínimo pudo derribar al caballo con piernas ya temblorosas. Tommy cayó y rodó por el suelo unos metros hasta que se estrelló contra el tronco de un árbol. Su caballo se levantó como pudo y, siguiendo sus instintos animales, huyó de la escena.

Tommy era ya un caso perdido, y su caballo, por muy fiel que fuese, lo sabía también. El chico no podía ni mover un dedo, estaba sentado en la tierra, apoyando su espalda en el tronco del árbol con el que se había estampado. El diente de sable se acercó a su presa, lento y con ojos penetrantes. El chico tomó fuerzas de donde no las tenía y se levantó con ayuda del tronco. El diente de sable se paró justo enfrente del chico y soltó un fuerte rugido que dejó aturdido a Tommy. Este por instinto agachó su cabeza, cerró sus ojos y levantó una de sus manos para defenderse del inminente ataque.

Al chico le extrañó haber respirado unas tres veces y seguir aún con vida, así que decidió abrir sus ojos, levantar unos centímetros la mirada y dejar de ver sus pies, para pasar a ver las enormes patas de la bestia. Tomó aire de nuevo, llenado sus pulmones al máximo, y levantó la cabeza por completo. No lo podía creer, el diente de sable estaba sentado frente a él como si de un perro amaestrado se tratase. Un gato domestico hubiese lucido más amenazador en ese instante. De las manos de Tommy se desprendía la misma aura verde que había visto antes en las de su padre, pero mucho más débil, casi era imperceptible. La mano que levantó para protegerse estaba frente a la cabeza del animal, y este se encontraba inmóvil, tranquilo, como si ya todo hubiese pasado. Cuando el chico se hizo consciente del aura que desprendía su mano, el color desapareció —como cuando te das cuenta de que estás dentro de un sueño y, por el hecho de haberte dado cuenta, despiertas—. Pero la bestia seguía allí, sentada frente a él como un gatito.

Desde la lejanía se escuchó un diminuto ruido, lo suficiente alto como para que el chico lo percibiera, pero no tanto como para descifrar su mensaje. La bestia lo escuchó también y se levantó de un salto. Su rostro se tornó de nuevo agresivo, solo que ahora su

mirada no iba dirigida al chico, sino hacia la profundidad del bosque, de donde había venido el ruido. Al cabo de unos segundos, se volvió a escuchar otro ruido, esta vez un poco más fuerte, y el diente de sable cambió de nuevo su expresión, pero esta vez a una que el chico jamás se hubiese imaginado… Miedo. Sus ojos se agrandaron por un instante, como sorprendido, y huyó del lugar deprisa.

Tommy se preguntaba que podría asustar a una bestia como esa, además, el sonido provenía de la profundidad del bosque, no de dónde venía él, por lo que se trataba de algo que estaba allí desde antes que el chico entrara al bosque. Se dio media vuelta y asomó la cabeza, dejando el resto de su cuerpo escondido detrás del tronco del árbol. La mirada y el oído de los dientes de sable eran mucho más afinadas que la de los humanos, por lo que Tommy tardó mucho más —unos minutos— que la bestia en darse cuenta de que el ruido que había escuchado era una voz humana. Y muy a lo lejos logró ver a dos soldados con relucientes armaduras plateadas, al igual que los caballos que los acompañaban. El chico se dijo a sí mismo que la única explicación posible para que un diente de sable huyera ante la presencia humana, era que se tratase de los caballeros protectores del rey. Y en efecto, eran ellos. Se acercaban caminando con dirección al chico, mientras hablaban sin preocupación alguna, llevando a sus caballos por las riendas.

Tommy pensó en huir de allí, pero con tan solo mover un poco sus piernas, se dio cuenta de que el dolor no lo dejaría escapar con facilidad, además, los caballeros protectores tenían caballos, —los más veloces del reino— y él había perdido al suyo, lo atraparían enseguida. Así que tuvo que tirarse al suelo y arrastrarse hasta unos arbustos, los cuales tenían la característica de que sus hojas causaban comezón, sin embargo, tuvo que soportarla. Los caballeros estaban muy cerca y pasarían a escasos metros de su escondite.

Relucientes armaduras, grandes caballos, enormes armas y una actitud tan serena en un lugar tan peligroso, en definitiva, eran caballeros protectores. «¿Qué hacen aquí?», se preguntó Tommy. Eran los únicos dos caballeros —además del príncipe IV— que habían sobrevivido al ataque en el que murió el príncipe Dante V y otros dos caballeros más.



—Oye, Héctor, ¿qué has escuchado sobre el prisionero con poderes? —preguntó Numa, un caballero protector de contextura robusta, con una larga barba rojiza, pecas en su piel blanca y una enorme hacha de oro con diamantes incrustados.

—Dante IV me comentó que su padre se había vuelto loco —exclamó Héctor, este era rubio, con un cuerpo delgado, alto y tonificado. Poseía dos catanas que podían cortar hasta el metal— Quiere atravesar el muro y piensa usar al prisionero para hacerlo.

—Héctor, esto me huele muy mal. El muro es lo que nos protege de las amenazas de fuera, no tiene sentido que nos quiera exponer de esa manera —confesó Numa.

—Estoy de acuerdo contigo, yo tampoco entiendo al rey, al parecer enloqueció luego de… Ya sabes, lo de su nieto —señaló Héctor, con tono insinuador.

—Yo opino lo mismo, han pasado cosas muy raras estas semanas. Primero lo del ataque al castillo, luego la pelea con el prisionero que casi termina con el príncipe Dante IV muerto, después este niño que ha desaparecido de la faz del reino, y ahora el rey nos mete de cabeza en el bosque a buscar algo con lo que abrir el muro —dijo Numa.

—Y ni siquiera nos dijo lo que buscaríamos. Es que puede ser cualquier cosa: una llave, un martillo, una bomba; no tengo ni idea de que se necesita para atravesar el muro —se quejaba Héctor.

—Sea lo que sea debe de ser algo muy fuerte, después de todo el muro tiene seis metros de espesor y está hecho del más duro material —respondió Numa.

Los caballeros ya empezaban a alejarse, y se le hacía cada vez más difícil a Tommy escuchar la conversación.

—Si tuviésemos al chico, su padre nos daría todos los detalles de dónde y qué es lo que buscamos —añadió Numa.

—No lo creo, Numa, hasta el hombre más fuerte ya hubiese hablado luego de las semejantes palizas que le han dado —el fuego renació en Tommy, su motivación a buscar la llave se había incrementado—. Para mí ese pobre señor no sabe nada aparte de las historias ficticias que le contaba su padre sobre vida humana más allá del muro.

—Bueno, el padre del prisionero y el rey Dante III fueron compañeros y muy buenos amigos hace tiempo, de seguro el viejo le contagió su locura al rey.

—Como sea, será mejor seguir buscando… Lo que sea que estemos buscando —concluyó Héctor.

Los dos caballeros se montaron en sus caballos y siguieron explorando el bosque en busca de aquello que el chico también buscaba, y ahora, anhelaba.

Cuando el chico perdió de vista a los caballeros, saltó de los arbustos y gritó de la comezón, tanto por la picazón que generaban las hojas del arbusto, como por las hormigas que traía encima.

Una vez que Tommy se tranquilizó, salió a buscar a su caballo. Después de todo, la brújula y la pala estaban con él.

Pronto cayó la noche y no pudo encontrar a su caballo, por lo que tuvo que abandonar la búsqueda por ese día y subir a lo alto de un árbol para dormir allí a salvo.

Cuando el sol volvió a salir, Tommy bajó con cuidado del árbol y salió directo a buscar a su amigo. No fue fácil, pero luego de unas horas pudo escuchar sus relinchos, ya que había quedado atrapado en una trampa para osos —estos eran capturados muy rara vez por cazadores furtivos, y sus pieles y colmillos vendidos a precios exorbitantes en el reino.

—Amigo, déjame ayudarte —le dijo a su caballo al verlo tirado en el suelo, con una de sus patas atrapadas y llena de sangre—. Qué bueno que estás a salvo —logró quitarle la trampa y con un trapo viejo que traía en la alforja de su compañero limpió la sangre y el sucio de su pata—. Si te hubiese perdido, todo habría acabado para mí —lo decía sentimentalmente, pero ya que Gideon tenía la pala y la brújula, estoy seguro de que también hubiese estado acabado, literalmente.

Por la herida de su compañero, el chico tuvo que seguir su búsqueda a pie, llevando a su compañero por las riendas. El trayecto fue largo, lento y peligroso, con más de un tropiezo por el camino, pero luego de varios días viviendo como un animal salvaje, el chico había llegado al lugar el cual su brújula indicaba.

Tommy tomó la pala y empezó a cavar un hoyo tras otro. A pesar de que la brújula lo había llevado hasta allí, no le mostraba el sitio exacto en el que debía cavar, ya que esta funcionaba con la energía del chico, y aún era inestable. Al cabo de un par de horas, las manos de Tommy estaban adoloridas y con cayos. Se preguntaba si la brújula siquiera servía. Miraba el suelo a su alrededor y sentía frustración al ver más de veinte hoyos cavados sin dar con nada valioso. El sudor corría por su cara y por su cuerpo, y la humedad y temperatura del bosque no hacía, sino empeorar la situación.

Apreciando su entorno, el chico notó que había una roca grande a unos metros de su posición. Era una roca común, había visto cientos similares en su trayecto, pero esta estaba en un lugar en donde se reflejaba un espectro de luz, causado por las hojas de los árboles que formaban un círculo que dejaba pasar la luz del sol. Tommy se levantó y

caminó arrastrando sus pies por el cansancio hasta la roca, la empujo con todas sus fuerzas y la hizo rodar. Tomó su pala y empezó a cavar de nuevo, no estaba seguro de que estuviese allí, ya que el sitio estaba situado a unos vente metros de donde la brújula parecía indicarle, pero tenía una leve corazonada que lo hizo seguir cavando con ganas, aunque sin fuerzas. El sonido de la pala rasgando la tierra ya era imperceptible para el oído del chico, lo había escuchado tanto en las últimas horas que se había acostumbrado a él, por lo que su sorpresa, al escuchar el metal, golpear el metal, no fue para menos. Ese sonido hizo que sacara fuerzas de donde ya no tenía y cavó un poco más hasta darse cuenta de que sí había algo escondido, los primeros pedazos de un metal dorado empezaban a mostrarse entre la arena.

Cuando Tommy terminó de cavar, se sorprendió al ver que lo que estaba enterrado era una espada, sí, una espada, pero muy diferente a las que él conocía. El mango estaba hecho de oro, la hoja era gigante y de un material raro, parecía estar hecha de cristal. Tommy sostuvo la espada por el mango y la levantó con fuerza, creyendo que debía de pesar una barbaridad por su tamaño, pero no fue así. La espada era muy liviana y Tommy la levantó con tanta fuerza que se desprendió de sus manos y estuvo suspendida en el aire por unos segundos. Mientras la espada estaba en el aire, Tommy se dio cuenta de que la hoja de cristal era translúcida por completo, casi invisible, dejando pasar la luz del sol a través de ella. El chico tuvo que enfocarse en el mango de oro para poder verla y atraparla. Su sorpresa, para terminar de completar las raras características de esa espada —si es que se le podía llamar así—, era que su hoja no poseía filo alguno. Tommy pasó su dedo índice con sutileza, y luego fuerza, por la punta y los extremos de la hoja, sin sufrir de ningún corte.



«Lo que me faltaba, una espada de juguete», se dijo el chico mientras revisaba la espada.

Con la “llave” en sus manos y un montón de dudas sobre ella, empezó a tapar los agujeros que había cavado, no quería que los caballeros protectores o algún soldado pasase por allí y obtuviese información. Cuando terminó se marchó del lugar con dirección al muro. Utilizó el mapa del tesoro para guiarse —que, sin presentar muchos detalles del gran bosque, le daba alguna referencia al chico de cómo llegar al muro.

Llegó a su destino al cabo de dos días de viaje, debido al cansancio y a la pata lastimada de su caballo, y se encontró con el inmenso muro de frente, que al mirarlo hacia arriba parecía tocar las nubes. Sacó la espada de cristal que llevaba en su espalda e intentó darle una punzada al muro, pero no consiguió resultados. No entendía cómo usaría una espada para atravesar un muro de seis metros de ancho. Se hizo preguntas del tipo: «¿En dónde debo introducir la espada?, ¿cómo debo hacerlo?, ¿siquiera debo introducirla en el muro?». Por último pensó que habría una especie de grieta en algún

lugar del muro y que tendría que ir caminando por el borde del reino para averiguar en donde estaba dicha grieta.

Caminó un kilómetro entero hasta que se convenció a sí mismo de que el muro no era el problema y de que, en definitiva, era su espada.

Había algo en la mente del chico que lo inquietaba mucho, esa aura verde que su padre y ahora él habían emanado de sus manos. No recordaba hacer algo en concreto para que eso sucediera, solo podía recordar el profundo miedo que sintió con el diente de sable a punto de darle un buen mordisco, «además, no me he bañado en días, seguro el animal me hubiese vomitado», supuso Tommy. Sabía que lo que había sucedido fue algo inconsciente, distinto a lo de su padre, él sí que lo hizo adrede.

El joven tenía el presentimiento de que allí estaba la clave, si su abuelo nunca lo intentó, sabiendo todo lo que sabía, era porque no podía hacerlo, él no poseía esa extraña habilidad que su hijo y su nieto habían heredado de su esposa. Fue por eso que no le dijo nada acerca de eso a su hijo menor, William, pues era hijo de otra madre, de alguien con sangre de dentro del reino. Las palabras de su abuelo ahora eran tangentes para el chico, poco a poco todo iba cobrando sentido para él.

Tuvo la certeza de que debía de volver a sacar sus habilidades para atravesar el muro, y que podía hacerlo de manera consciente. Se detuvo frente al muro, sostuvo la espada con las dos manos y cerró sus ojos, tal y como lo hizo frente al diente de sable. Se concentró lo más que pudo, enfocándose en sus manos y en la sensación del metal del mango de la espada de cristal. Pero al abrir los ojos no había nada, sus manos tenían el mismo color, así que lo volvió a intentar, pero no tuvo éxito. Así, una y otra vez, probando de todas las formas que se le venían a la cabeza: Se concentró en sus pies, en su cabeza, en la espada, en el muro, en su corazón, en todas las cosas anteriores juntas, y luego en ninguna.

«Qué estupidez —se dijo—, si no tengo la más mínima idea de cómo lo hice aquella vez, no podré repetirlo —agotado, dio un gran suspiro, se apoyó sobre el muro con su mano derecha y sosteniendo la espada con la izquierda. Y con su mirada gacha se preguntó—. Si sabías cómo hacerlo por qué no me lo enseñaste, papá. ¡Claro! —exclamó de forma irónica—. Quién iba a pensar que todo esto iba a pasar. Creo que tendré que volver a buscar un diente de sable para que me ayude», estaba resignado.

Levantó su cara, listo para marcharse y buscar otra manera de atravesar el muro, cuando de repente su mano derecha había vuelto a emanar el aura verde. Giró su cabeza hacia su otra mano sin despegarse del muro y notó que también emanaba ese color. Pero lo más raro, fue ver que la hoja de su espada se tornó del mismo color del aura que emanaban sus manos, verde esmeralda. Y lo que antes parecía ser un cristal insignificante, frágil y sin filo; ahora parecía ser una hoja hecha de las más finas esmeraldas.

«No tengo ni la más mínima idea de cómo lo he hecho, pero si no aprovecho la oportunidad ahora, quién sabe cuándo podré volver a hacer esto», pensó.

El chico alzó su espada con su mano izquierda —sin quitar la mano derecha del muro—, y la estampó contra el muro con todas sus fuerzas, la hoja ahora era dura y muy afilada. La espada atravesó por completo el muro, sin romperlo, como si de mantequilla se tratase. Dejando a la vista de Tommy solo el mango. El lugar en donde estaba la espada ensartada empezó a latir de forma rítmica, y alrededor de ella se empezó a abrir un hoyo que crecía más y más. El chico vio por primera vez fuera del muro y notó que no había más bosque después de él. Lo primero que sus ojos vieron más allá del muro, fue el panorama más espléndido que había visto en su vida: Una extensa pradera verde que parecía no tener fin, con numerosos relieves, enormes montañas de fondo con un tono azulenco por la distancia, un sol que se empezaba a esconder y… ¡Una chica!



Tommy se asombró de ver a una chica, quizá de su misma edad, al otro lado del muro, con la misma cara de asombro que él, y con una de sus manos tendida en donde antes había un pedazo de muro, pero que ya no estaba; justo en donde él tenía su mano derecha apoyada. Ambos quedaron con una mano extendida en la nada, como si estuviesen saludándose. Tanto la chica de fuera del muro como Tommy tenían el aura verde en sus manos. Los dos quedaron sin palabras, viéndose el uno al otro, no se movieron ni hicieron gesto alguno… Pero el aura en las manos de Tommy empezaba a desaparecer, por consiguiente, el color y el poder de su espada también. El hoyo empezaba a reducirse y bajar la intensidad de su sonido cardíaco. Por lo que el chico no tuvo tiempo de preguntarse el cómo y el porqué de lo que había sucedido. Se dio media vuelta y con prisas se montó sobre su caballo, quien aún seguía adolorido de su pata. Tommy puso su espada en su espalda y empezó a cabalgar a la velocidad que Gideon le permitía, a través del agujero en el muro, mientras este se hacía cada vez más pequeño. Tommy tuvo que retorcerse como una lombriz, al igual que su caballo, para seguir cabalgando y no morir aplastados.

El hoyo se cerró por completo, sin dejar ni una grieta o señal de que su hubiese abierto alguna vez.

VIII

DOS MUNDOS

Tommy y su caballo apenas pasaron por el hoyo antes de que se cerrara, y al salir, ambos cayeron al suelo. Lo primero que hizo el chico al abrir sus ojos fue alzar su cabeza para ver a la chica de fuera del muro; ignorando por un segundo todo a su alrededor, incluso el hecho de que ya no estaba en el bosque —ya que este delimitaba con el muro y fue gestado allí para proporcionar un hábitat natural en Jacinto—, en cambio, ahora estaba en un campo verde y llano, sin árboles a su alrededor.

La chica era de piel blanca —sin ser pálida—, ojos verdes, pelo castaño; vestía un vestido blanco con detalles rojos y botas marrones. Ella, al ver que Tommy estaba observándola, corrió hacia su caballo de color tan blanco como la nieve, y de él tomó un arco y varias flechas. Insertó una de ellas en su arco, estiró la cuerda y apuntó a Tommy desde la distancia.

Tommy se levantó y alzó sus manos lo más rápido que pudo, en señal de paz.

—¡Tranquila, no quiero hacerte daño! —exclamó, y enseguida echó un vistazo al muro que estaba detrás de él, para terminar de creer lo que había ocurrido—. Yo estoy tan confundido como tú —expresó Tommy.

—¡Tu espada! —respondió la chica con un ojo cerrado, por estarle apuntando a Tommy—. ¿A quién se la robaste?

—¿Robar? —se preguntó Tommy entre dientes— No se la robé a nadie. ¿Puedes bajar ya tu arco?

—Tú no eres uno de los nuestros —«hay más personas aquí afuera», pensó Tommy de inmediato. La chica se fue acercando a Tommy sin bajar su arco—. Tu caballo es de color negro, vistes de manera inusual y provienes de las entrañas del muro —«Es cierto, su caballo es completamente blanco, nunca había visto uno así», se dijo Tommy—. Pero esa espada es nuestra, la robaste de nuestro pueblo. ¡Habla ya o verás lo que te pasa!

—Cálmate, amiga, esta espada estuvo dentro del muro por muchos años y pertenecía a mi abuela —Tommy creyó que esta chica lo podría ayudar a conseguir la civilización de la que le había hablado su abuelo, y además a mantenerse vivo fuera del muro. Al chico le daba la impresión de que las afueras del muro no eran como se la habían pintado en la escuela, y tampoco parecían ser tan peligrosas, claro está, ignorando a la chica que lo apuntaba con un arco a la cabeza—. Pero si quieres mi arma está bien, aquí la tienes —la arrojó a los pies de la chica—. No pienso hacerte daño, solo quiero que me ayudes a encontrar a una civilización fuera del muro, es la primera vez que salgo y estoy muy desorientado.

—¿Para qué quieres ir a la civilización de fuera del gran muro? ¿Acaso planeas tendernos una trampa tú y tus amigos de allá dentro?

—En lo absoluto, solo quiero prevenirlos de algo que sé sobre las personas de adentro —Tommy dio un paso al frente sin bajar sus brazos—. Entiendo tu punto de vista, es la primera vez que ves a alguien de adentro, y no es para menos, esta es también la primera vez que veo a alguien de afuera —dio otro paso adelante—. Solo necesito que me guíes a los tuyos.

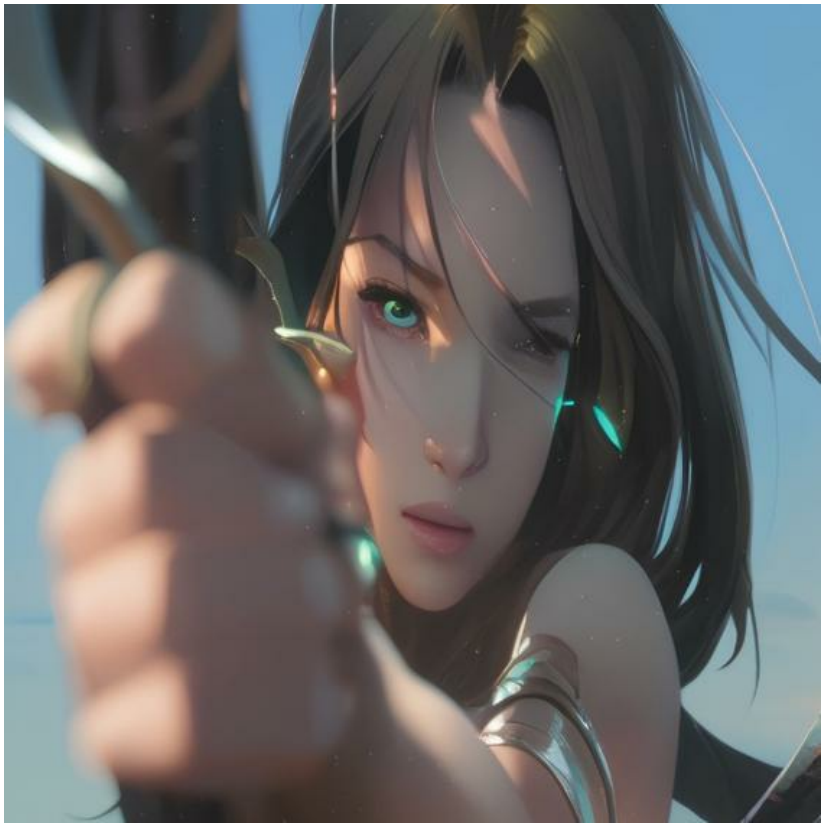
—Está bien, te llevaré, pero a mi modo.

La chica retrocedió hacia su caballo y guardó las flechas.

—Gracias, sabía que eras una buena persona —dijo Tommy aliviado—, «y muy linda también», pensó.

Pero la extraña de fuera del muro sacó otra flecha, esta, a diferencia de la anterior, con una punta azul oscuro. La colocó en su arco, se acercó a Tommy…

—¡No, espera, espera! —gritó el chico— ¿Qué haces?



Disparó hacia la pierna del chico, derribándolo al instante.

—Creí que me ayudarías —manifestó Tommy, retorciéndose de dolor en el suelo.

—Y eso haré, pero te dije que sería a mi modo. La punta de la flecha tiene un tranquilizante para animales. Si funciona en humanos tan bien como funciona en animales, estarás dormido dentro de unos segundos.

—Me estás diciendo que no estás segura si funcionará el tranquilizante —Tommy tenía sujeta la flecha, pero el dolor le impedía sacarla, y de solo ver su sangre le daba náuseas, aunque por suerte para él, el dolor fue disminuyendo poco a poco, mientras notaba en su cara por primera vez la suave brisa del mundo exterior; hasta que ya no sintió nada más que una inmensa pesadez en sus ojos y… Se durmió.

Cuando el chico despertó la noche ya había caído. Él estaba sobre su caballo, con sus manos amarradas y Gideon estaba conectado por una soga al caballo de la chica, que cabalgaba frente a ellos guiando el camino. La cabalgata era suave y el viento soplaba

con fuerza.

Tommy, sin haber dicho una palabra aún, se sentó en su caballo y miró hacia el cielo. Nunca había visto las estrellas brillar de esa manera, ya que la ausencia de luz fuera de Jacinto hacía que brillaran más. Tommy estuvo observando el cielo estrellado durante unos minutos, cosa que le encantaba hacer de niño, hasta que recordó la herida en su pierna y miró hacia ella. Ya no estaba, en cambio, ahora tenía una venda puesta en su pierna, pero el dolor había desaparecido por completo y se desplazó hacia sus manos, por la fricción que ejercía la soga, que apretaba sus manos la una con la otra. Fue entonces cuando notó también que Gideon no cojeaba al cabalgar, así que asomó su cabeza hacia la pata herida de su amigo, y al igual que su pierna, estaba curada.

Miró hacia adelante y vio a la chica misteriosa, ahora más serena, cabalgando suave, y apreció que tenía mucho equipaje en el lomo de su caballo. De seguro estaba en un viaje o una expedición, aunque con la edad que debía tener era improbable. Era muy joven para estar sola por allí cabalgando sin nada más que un arco y flechas.

—Oye, ¿cuántos días han pasado? —preguntó el chico.

—Más o menos seis horas —respondió la joven misteriosa.

—¿Tú me curaste a mí y a mi caballo?

—Sí, fui yo.

—¿En seis horas? —preguntó Tommy, incrédulo.

—No me subestimes, extraño, lo hice en dos horas y media, llevamos alrededor de tres horas cabalgando.

Tommy lo tenía claro, esa chica debía de tener los mismos poderes que su abuela; podía curar heridas profundas en poco tiempo, incluso vestía de blanco, al igual que ella cuando la encontraron perdida en el gran bosque muchos años atrás.

—¿Tienes la habilidad de curar a los demás? ¿Acaso tus manos se iluminan de color verde? —Tommy tenía un millón de preguntas y cero respuestas.

—Haces muchas preguntas, demasiadas para alguien que es un prisionero —respondió la chica de modo cortante—. Pero sí, mis manos se iluminan de color verde cuando curo a las personas.

—Las mías hacen lo mismo —afirmó el chico.

—Si claro —dijo la joven misteriosa en tono sarcástico—, si pudieses hacerlo, ya lo hubieses hecho para enfrentarte a mí cuando tenías la espada de mi pueblo.

—Pues lo hice, dos veces, no sé cómo, pero lo hice. Y con ello pude atravesar el muro —explicó Tommy.

—…

—Tú también estabas apoyada en el muro antes de abrirse, ¿no? —añadió el chico.
La chica se limitó a escuchar.

—Porque si fue así, eso explicaría el cómo lo hice. Ambos apoyamos nuestras manos en el mismo sitio y mi cuerpo pudo haber sentido tu presencia y activó esa habilidad que tenemos. Estoy seguro de que también viste el aura verde de mis manos —esa era la explicación más lógica que encontró el chico, y no se equivocó.

—Sí, tal vez fue de esa manera —afirmó la chica misteriosa—. Unos instantes antes de que atravesases el muro, estaba apoyada en él descansando; sentí que algo me llamaba, estay segura que fue la espada. Además, cuando te amarré y mis manos rozaron las tuyas, se iluminaron un poco. Al parecer reaccionas a mi presencia. No es usual que suceda algo así, pero en definitiva pareces tener cosas en comunes con nosotros. Pero quién sabe, quizá y todas las personas de dentro del muro también puedan hacerlo. Como sea, eres un raro.

—Solo mi padre y yo tenemos esta habilidad dentro del reino, nadie más. Además, no soy un raro, tú eres la rara, yo no soy quien tiene poderes mágicos para curar a los demás.

—Te recuerdo que sigues siendo mi prisionero, si me vuelves a llamar rara, mi próxima flecha irá directo a tu cráneo —advirtió la chica—. Y sobre lo que me cuentas

de tus habilidades, eso lo sabremos cuando lleguemos a mi pueblo y te presente con la reina, ella podrá explicar todo lo que está pasando… Espero que le caigas bien.

—¿Y si no le caigo bien?

—Más vale que sí…

Ambos se mantuvieron en silencio durante horas, cabalgando por el perímetro del muro, hasta que decidieron parar a comer y dormir. Comieron frutas y pan duro, era lo que había y no era mucho; ya que la chica había calculado las provisiones para ella sola, y ahora debía dividirlas.

—Gracias por la comida. ¿Cómo te llamas? —preguntó Tommy sentado en la grama a la luz de la luna, con su boca llena, sus manos amarradas y con un poco de miedo, la chica parecía detestarlo.

La chica bebió agua y dijo: —Lo más probable es que al llegar a mi pueblo la reina te mate, así que, qué más da si te digo mi nombre —añadió con tono de fastidio—. Me llamo Cintia. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Me llamo Tommy y me apellido Pinto, tengo catorce años, soy un habitante excéntrico del reino, me gusta la música, el fútbol y el arte —Tommy estaba ansioso por hablar, tenía mucho sin tener una plática amena con alguien.

—No esperes que te revelé todo eso de mí… Soy Cintia y también tengo catorce años, eso es todo lo que te diré —respondió la joven con tono seco, sin siquiera mencionar su apellido. Pero en realidad le intrigaba saber qué quería decir el chico con eso de “habitante excéntrico”.

—Está bien, con eso me basta —el chico sonreía a pesar de la situación, la comida no era la mejor, sus manos ya no las sentía, la chica actuaba cortante con él; pero era la primera vez que se podía relajar por completo desde que había sucedido lo de su padre. Además, no todos los días podría conocer a una chica tan bonita como esa, aunque fuese en calidad de prisionero.

—Si es cierto todo lo que me has dicho hasta ahora —balbuceo la chica, tratando

de ocultar su interés—, por qué querrías salir del muro, ¿es tan malo allá adentro?

—Digamos que depende de quién seas y cómo pienses. Yo vivía una vida casi de ensueño, con muchos lujos y comodidades, bueno, así fue la mitad de mi vida. Pero mi padre se opuso a la ideología del rey y desencadenó una serie de acontecimientos que me han traído hasta aquí.

—Ya veo… —contestó Cintia. Así como Tommy quería saber más sobre la vida fuera del reino, Cintia quería saber qué había en las entrañas del gran muro.

—¿Y qué hacías tú sola cerca del muro? —preguntó Tommy.

—Pues de vez en cuando me gusta salir de nuestro pueblo y recorrer todos los paisajes posibles. Sin embargo, el muro es como un imán, no importa a donde vayas, su magnitud y presencia siempre te regresan a él. No soy la única que lo hace, en mi comunidad hay muchas personas que les gusta explorar, viajar por el mundo y conocer nuevos escenarios. Nos llaman exploradores.

El chico se dio cuenta de que la vida dentro del reino era muy diferente a la de afuera. El reino era grande, sí, pero los habitantes de allí vivían sus vidas en torno a su distrito y estatus, no eran libres de verdad. Y aunque el reino fuese aún más grande, no sería nada en comparación con el nuevo mundo del que le hablaba la chica. Un mundo que, contrario a lo que le habían enseñado en la escuela, iba más allá de un par de montañas y lago. Era un mundo el cual no alcanzaría una vida para explorarlo completo. Jacinto era como una aguja dentro de un pajar en comparación con el mundo exterior.

Durante su viaje de un día fuera del muro, el chico no había visto a nadie, además de a la chica, en los alrededores, y eso que su vista alcanzaba a ver a kilómetros. Parecía un espacio gigantesco, pero con ausencia de habitantes. Tommy se preguntaba si la comunidad de la chica sería igual que Jacinto en magnitud y modo de gobernar. Esperaba que no fuese así. Aunque Cintia ya le había dado un indicio de que el rey Dante y la reina de su comunidad tenían algo en común, podrían matarlo.

Durmieron tranquilos esa noche. La chica tenía dos cobijas para dormir, una la usaba como colchón y la otra como sabana, pero esa noche le cedió una cobija a su prisionero, y así, ambos durmieron sobre el verde y corto césped, arropados con las

cobijas para no morirse de frío.

Esa noche Tommy despertó en plena madrugada, asustado por una pesadilla que tuvo, de su padre siendo torturado en el castillo. Cintia aún dormía y Tommy pensó que podría escaparse fácil, solo tenía que levantar a su caballo en silencio, tomar la espada, el arco, cortar la soga de sus manos y marcharse; sería más fácil que la tabla del uno. Pero no lo hizo, prefirió quedarse al cuidado de Cintia. La verdad era que Tommy no se sentía asustado de la situación en la que estaba. Desde que había cruzado el muro ya no sentía la enorme presión de que su libertad o vida estuviesen en juego en todo momento. La sensación que predominaba en Tommy era confusión, su cerebro estaba sobrecargado por toda la información nueva que había tenido que recibir en menos de un mes. Esa también era una de las razones por las cuales decidió no escaparse. Quería no ser el líder de su vida por un momento y dejarse llevar por el entorno, ser un simple espectador y apreciar lo que nadie de dentro del reino había podido ver.

El viaje siguió apenas salió el sol. El chico seguía amarrado y Cintia iba en su caballo a paso suave, con el arco en su espalda y la espada amarrada a su caballo. El trayecto duró una semana. Durante el viaje la comida no fue mucha, así que la chica de vez en cuando se alejaba del muro, adentrándose a zonas boscosas a cazar algún animal o a recoger frutas. En cada una de esas situaciones, Tommy pudo haber escapado de manera sencilla, incluso matar a Cintia en cualquier instante, pero continuó haciéndose la víctima. Le convenía que cuando llegara a la comunidad de la chica, la reina lo viese de esa manera, como una víctima.



Cintia se mantuvo distante a Tommy durante el viaje. El chico le contó muchas cosas de su tierra durante el trayecto, y le hizo muchas preguntas también, pero ella no respondió a ninguna. Su actitud era ambigua, sus actos de generosidad, como la comida y el buen trato, le hacían pensar a Tommy que ya confiaba en él, pero luego, en los momentos que se distanciaba de él —que fue la mayor parte del tiempo—, le hacía pensar que era una persona apática. Al final terminó por convencerse a sí mismo de que la chica solo ocultaba su amabilidad en apatía para no mostrarse débil.

Luego de un gran viaje durante semanas, rodeando casi que de extremo a extremo el muro. La muralla que rodeaban dejó ver un grupo de casas agrupadas que se incrementaban a medida que seguían avanzando. Era el pueblo de Cintia, y era enorme, aunque no tan grande como Jacinto —una cuarta parte de él para ser exactos—. Y lo más importante, no había algún muro que los protegiera. Estaban allí, en frente de la zona este del reino, adyacentes al muro, sin protección alguna; conviviendo con toda clase de animales salvajes, como leones, cantus, rinocerontes o águilas, como si de vecinos de toda la vida se tratase. Desde lejos el chico pudo percibir a la gente alegre recorriendo el pueblo. Todos los hombres y mujeres vestían de blanco —contrario a los colores oscuros y opacos predominantes en Jacinto—. La sensación que sintió Tommy al ver la

comunidad de cerca fue de pureza, tal vez por las ropas blancas o por las caras alegres de hombres y mujeres recorriendo las calles, tranquilos y sin preocupaciones.

—Ya llegamos, mantén la boca cerrada —ordenó Cintia

—Está bien —respondió sin más Tommy.

Bajaron una colina que llevaba a la comunidad. Una vez abajo, empezaron a pasar por las primeras casas. Al no haber un muro que delimitara el pueblo, había viviendas por doquier, incluso lejos del pueblo. Desde abajo, Tommy miró hacia atrás y observó el gran muro. Ahora, desde unos metros más abajo de lo acostumbrado, se veía más grande y majestuoso que nunca.

Mientras cabalgaban, muchos habitantes del pueblo saludaron a Cintia, gritaban desde lejos para saludarla, y ella les respondía a todos, era muy querida allí. Pero una vez la saludaban, miraban al chico con desconfianza, solo con ver sus fachas sabían que no era de allí, y las miradas lo acompañaron por un buen rato.

No cabalgaron demasiado para llegar a su destino, el palacio, que era enorme, sí, pero no se podía comparar de ninguna forma con el castillo de Jacinto. Solo la puerta principal del castillo media lo mismo que el palacio; y a diferencia del castillo, no estaba en el centro de la población, sino más bien cerca del muro.

La chica se detuvo frente al palacio y bajó de su caballo. Se acercó a los guardias de allí —que portaban armaduras relucientes de color blanco con detalles en verde claro —, los cuales custodiaban el palacio con lanzas en sus manos, y le preguntó a uno de ellos si la reina estaba disponible.

—Déjame ir a preguntarle, Cintia, ¿qué quieres hablar con ella? —respondió uno de los guardias.

Cintia se acercó más al guardia y le dijo en voz baja: —¿Ves a ese de allí? —se refería a Tommy.

—Cómo no verlo —confesó el guardia—, es la primera vez que veo a un chico vestido de esa manera.

—Eso es de lo que quiero hablar con la reina, dile que lo conseguí cerca del muro, con esta espada —le entregó la espada al guardia y este entró al palacio de inmediato.

—Espero que no me maten —le dijo Tommy a Cintia cuando esta se volvió a acercar a él para ayudarlo a bajar de su caballo.

—No te aseguro nada, la reina es muy amable, pero hará lo que sea para protegernos —explicó Cintia.

—Ya te dije que no soy una amenaza —refunfuñó el chico.

—Eso estará por decidirse ahora —sentenció Cintia.

El guardia regresó y les indicó a Cintia y a Tommy que entraran. Cintia lo llevó de la mano hacia la parte más alta del palacio, en donde había un gran salón con tapiz rojo, muchos adornos en oro y cristal. Allí estaba la reina sentada en su trono, con el arma de Tommy en las manos. Era una mujer alta, de mediana edad —cuarenta años para ser exactos— de cabello muy largo, rubio, con una tiara en su cabeza, de piel blanca y en uno de sus dedos portaba un anillo, pero no uno cualquiera, sino un anillo real, igual a los que portaban el rey y el príncipe de Jacinto. La única diferencia entre ese anillo y los que Tommy había visto antes en el enfrentamiento contra su padre en el castillo, era que la gema de este no era color azul, sino verde esmeralda.



Los dos guardias que custodiaban la puerta del palacio se pararon detrás de Cintia y Tommy, y les indicaron que dieran unos pasos al frente.

—Hola, Cintia, ¿cómo te encuentras? —preguntó la reina con voz suave.

—Muy bien, reina, he disfrutado mucho del viaje, gracias por concedérmelo —respondió Cintia, quien hizo una pequeña reverencia ante ella.

—Sabes que no hacen falta las reverencias —respondió la reina—, y también sabes que puedes contar siempre conmigo para tus excursiones, además, mira lo que me

trajiste de tu viaje —declaró con una sonrisa en su rostro, mirando a Tommy.

—Sí, majestad, lo encontré cerca, muy cerca del muro —afirmó Cintia.

—Ya veo… Peregrino —se dirigió a Tommy—, ¿cómo te llamas? —le preguntó la reina al chico.

—Mi nombre es Tommy, Tommy Pinto y provengo…

—¡Alto! —interrumpió la reina—. Sed, Oliver y Ana, salgan un momento del salón —les indicó sus dos guardias personales y a su sirvienta.

Se marcharon y quedaron dentro del salón, la reina, Tommy y Cintia.

—Cintia, Tommy, acérquense un poco más —ordenó la reina con tono gentil. Se acercaron y se detuvieron frente a los primeros escalones que daban al trono.

—Disculpa la interrupción, Tommy, es que sospecho que lo que dirás a continuación será algo que no quiero que sepan los demás por ahora… Mi nombre es Eva y soy la reina de este pueblo llamado Iridia. Ahora que ya nos presentamos, puedes continuar. Espera, primero desátalo, Cintia —a Tommy, la reina le estaba pareciendo un encanto.

—Ya voy —Cintia sacó un pequeño cuchillo que llevaba escondido en su bota derecha y cortó la soga que sostenían las manos de Tommy.

—Gracias, reina Eva —Tommy agitó sus manos para que circulara la sangre, sintió un gran alivio en sus muñecas—. Continuando con lo que le decía. Provengo de dentro del muro, del reino de Jacinto.

—¿Y cómo sé que eso es cierto? —preguntó la reina

—Majestad, yo lo vi salir de allí —interrumpió Cintia—. Al parecer su kosmo se activó con mi presencia y pudo usar la espada para abrir el muro y atravesarlo. Majestad, logré ver por unos segundos el interior del muro —explicó de forma apresurada.

—Usó la espada… ¿Entonces puedes activar el kosmo? —preguntó la reina Eva.

—¿Kosmo? Supongo que se refiere a esa aura verde que emanan mis manos. Sí, mi padre y yo podemos hacerlo, aunque en mi caso el aura es mucho más débil.

—¿Y dónde está tu padre, chico?

—Mi padre fue capturado por el rey de Jacinto, Dante Rulls III… Oí que tiene intenciones de salir del muro y piensa utilizar a mi papá para ello —la reina apretó sus puños, reclinados en el apoyo del trono—. Verá, mi padre y yo somos descendientes de una habitante de este pueblo. Ella logró entrar al reino y vivir allí por un tiempo, pero el rey Dante III le tendió una trampa a mi abuelo para matarla.

—Ya veo… Con que la de las leyendas era tu abuela.

—¿Leyendas? —preguntó el chico.

—Verás, en Iridia hay hombres y mujeres que ocupan el cargo de exploradores. Personas que viajan muy lejos del pueblo y se enfrentan a grandes peligros, solo para traer consigo mapas e información de los lugares que exploran. Cintia es uno de ellos, pero aún está en la fase de iniciación, lo que quiere decir que no se puede alejar a más de diez kilómetros de la circunferencia del muro, y, además, necesita de mi consentimiento explícito para salir del pueblo. Muchos años atrás hubo una mujer llamada Noemí, que perteneció a este grupo selecto de personas, que se podría decir que nacen con el don de la aventura. Pero ella no solo fue una simple exploradora, fue la primera exploradora de todas, y la mejor. Antes de ella nadie podía salir del pueblo y nadie se atrevía a desafiar al rey de aquella época, excepto su hija.

—¿Mi abuela era la hija del rey de este lugar? —preguntó Tommy.

—Sí, Noemí era la hija del rey. Ella confrontó con valentía a su padre y lo convenció de hacer un único viaje. Viajó hacia el oeste, hacia las montañas oscuras. Fue la primera en trazar un mapa, y lo hizo con tal exactitud que hasta el sol de hoy se sigue utilizando. Luego de aquello, el rey quedó tan sorprendido con las capacidades de su hija y con lo bellas que eran las tierras que se encontraban lejos del pueblo, que le permitió a su hija salir y explorar más lugares y traerle información de utilidad. Ella hizo muchos

viajes más, y algunas personas tan valientes como ella se le unieron con el tiempo. Exploró el sur, el norte, el este y el oeste; pero, aunque había miles de sitios por explorar, hubo uno que no la dejaba dormir por las noches, las entrañas del gran muro. Pero su padre tenía un límite, y ese límite se llamaba Jacinto. La princesa Noemí confrontó al rey miles de veces con la excusa de que ese era su sueño, y el rey le replicaba que no había forma alguna de cruzar ese muro. Pero sí que la había, y el rey lo sabía muy bien. Esta espada —añadió la reina, levantando la espada de cristal— fue creada por la primera monarca de Iridia, y fue la responsable de alzar el gran muro.

—Entonces el abuelo tenía razón, el muro no lo construimos nosotros. El rey Dante nos ha manipulado a todos —opinó el chico en voz baja para sí mismo.

—Ese rey… ¿Dante dices que se llama? —preguntó la reina con indiferencia, luego de haber alcanzado a escuchar el balbuceo de Tommy.

—Sí —afirmó el chico.

—Ese rey Dante es muy mentiroso. Ni en mil años y ni con un millón de manos hubiese logrado levantar semejante estructura. La verdad del muro es esta: Cuando el antiguo gobernante de todas estas tierras murió sin un sucesor que tomara su lugar, la guerra de los cien años estalló, no solo por nuestras diferencias de ideales en cuanto a la fidelidad, sino también por el control de los cuatro anillos reales, que pertenecieron al antiguo rey. Pronto, cada bando tomó el control dos anillos y la guerra no hizo sino intensificar su magnitud. Ustedes siempre fueron muchos más que nosotros, pero la arrogancia y el orgullo de sus gobernantes les impidió propagar el conocimiento del kosmo entre sus habitantes, limitándolo a sus líderes; mientras que nosotros, apenas nos dimos cuenta del poder que poseíamos, lo esparcimos como la lluvia entre todos nuestros habitantes, generando así un poder superior al de ustedes. Cuando la guerra de los cien años culminó y nuestro pueblo venció, la primera monarca, llamada Eliza, no quiso encerrarlos. Pero ustedes escondieron los anillos reales y se opusieron a entregarlos, por lo que representaban una amenaza potencial, y Eliza, la primera monarca, sabía que más temprano que tarde tomarían venganza de nuestro pueblo e intentarían obtener los dos anillos restantes.

La reina Eva juntó sus manos y acarició el anillo que tenía en uno de sus dedos.

—Fue por eso que, apenas la guerra acabó —prosiguió la reina Eva con su relato —, Eliza usó el poder de los dos anillos reales que poseía junto al kosmo de todos los habitantes de Iridia, hombres y mujeres, para crear la espada que al fin tengo hoy en mis manos, el único objeto capaz de levantar un muro colosal e impenetrable; y que solo puede usar alguien con sangre de la primera reina. Pero a cambio de crear esta espada, todos los habitantes de Iridia tuvimos que pagar un alto precio. Para la creación de la espada se necesitó la mayor cantidad de poder jamás antes vista en este planeta, y el uso excesivo de nuestro poder hizo que nuestro tiempo de vida se acortara mucho. Es por eso que hoy en día el habitante promedio de Iridia vive hasta los setenta y cinco años —igual que en nuestros días—. El precio fue caro, pero necesario para mantenerlos vigilados y a raya. Esa es la verdad del muro.



—Ya veo…

—El padre de la princesa Noemí sabía que la espada era la clave para entrar al reino, el problema es que también lo era para salir; y si capturaban a su hija, los habitantes de Jacinto podrían usarla para salir de allí y atacarnos. El rey de ese entonces pensaba que su hija era ignorante del poder de esta espada, pero ella también lo sabía. Y así, la princesa Noemí robó la espada de este palacio y escapó del pueblo para entrar a las entrañas del muro. Sin embargo, nunca regresó de allí.

—Eva… —quiso decir Tommy.

—Majestad o reina —interrumpió Cintia.

—Déjalo que hable, Cintia —dijo la reina.

—Majestad, cuando estaba dentro del muro y aún no tenía la espada —contó el chico—, un diente de sable me atacó, y por alguna razón se quedó estático frente a mí, como si fuese un perro amaestrado.

—¿Tus manos emanaron un aura verde? —preguntó la reina.

—Así es, majestad —afirmó el chico.

—Como te dije antes, durante la guerra de los cien años descubrimos una habilidad escondida en nuestro interior, una habilidad que pasa de generación en generación y que desarrollamos para superar los límites humanos. Dicha habilidad nos da la posibilidad de calmar y comunicarnos con la mayoría de los animales y bestias, es por eso que convivimos con muchos de ellos en el pueblo. Pero también nos proporciona una segunda habilidad que es distinta según nuestro sexo, en las mujeres nos da el don de sanar a otros humanos y animales, y a los hombres les aumenta su fuerza, destreza y visión de su entorno.

—Entonces, majestad, si soy nieto de la princesa de este lugar, y usted es la reina… —balbuceó Tommy—. ¿Usted y yo somos parientes?

—No, esta comunidad ha sido siempre democrática, los gobernantes los escogen

nuestros propios habitantes. Aunque antes del padre de tu abuela, o sea tu bisabuelo, había una línea muy marcada de sangre, el príncipe o la princesa pasaban a ser los monarcas, ya que los habitantes sabían que eran los más preparados para esta enorme responsabilidad. Tu abuela iba a ser la reina luego de que su padre muriera o le cediera el trono. Todos la adoraban, la veían como un modelo a seguir, la primera exploradora del pueblo, valiente, audaz, fuerte y con un corazón muy puro, pero aquella decisión que tomó con respecto a atravesar el muro la condenó, y con ello la línea de sangre se rompió. Luego de eso hubo muchos más gobernantes, hombres y mujeres, hasta llegar a mí.

—¿Entonces qué hará conmigo, majestad? —preguntó Tommy.

La reina sostuvo con firmeza la espada del chico e hizo iluminar sus manos… La espada no reaccionó a su aura, seguía igual.

—Ten —la reina Eva le lanzó la espada de cristal al chico y este la atrapó por poco—. Si haces que esa espada se ilumine de color esmeralda, consideraré no matarte, chiquillo. Solo alguien que llevé la sangre de la primera monarca podrá usar esa espada. Y no quiero que lo ayudes, Cintia.

—Ok, no iba a hacerlo, de igual modo —mencionó Cintia, encogiéndose en hombros.

—Ok, allí voy —Tommy sujetó la espada con firmeza, cerró los ojos y respiró profundo.

Pasaron varios minutos y el chico no conseguía hacer que el aura verde apareciera. El momento se empezó a tornar incómodo y desde fuera parecía que el chico solo era un charlatán.

Pasó una hora, la reina tenía su cabeza recostada sobre su puño derecho y estaba obstinada al ver las caras que hacía el chico —similares a las que uno hace cuando quiere ir al baño— intentando hacer que la espada brillase.

La reina colocó su pie izquierdo firme en el piso, apoyo sus manos en los respaldos de hombros del trono y se levantó.

—Tal vez lo sepas o no, chiquillo, pero el castillo es la única estructura más alta que el muro en el reino. Y desde lo más alto del castillo, pueden vernos… —dio su primer paso hacia delante—. Y han tenido mucho, mucho tiempo vigilando nuestro pueblo, mientras que nosotros no al suyo; ya que las aves que enviamos para obtener información nunca regresan de allí —bajó el primer de los cinco escalones—. Además de que, ustedes tenían la llave para salir y nosotros no para entrar —bajó el segundo—. Por lo que han tenido la ventaja todo este tiempo, ¿y sabes lo que pienso ahora que te veo aquí contándome toda esta historia? —bajó el tercero y sacó de su cintura un pequeño puñal con mango de platino—. Que mientes y que esto no es más que una distracción para iniciar una guerra —bajó el cuarto y apuntó a Tommy con su puñal—. Así que ve encendiendo esa espada ahora mismo, o si no, asumiré que es falsa y te atravesaré con mi puñal, y puede que este no se ilumine color verde, pero puedo teñirlo de rojo —bajó el quinto y su expresión de madre protectora se había desvanecido por completo. Ahora planeaba hacer lo que cualquier reina o rey haría en esa situación, matar a una posible amenaza antes de que les suceda cualquier cosa a los suyos.

—No, no lo entiende, majestad, no puedo. Hace poco más de dos semanas que me di cuenta de que tenía esta habilidad y aún no lo domino.

—Qué conveniente ¿no?

—¡No, no, no! Reina Eva, no lo entiende. El rey Dante piensa salir del muro, ¡piensa atacarlos! Si no hacemos algo pronto será muy tarde —Tommy empezó a retroceder lento, mientras la reina Eva se acercaba a él.

—¿Pero para qué preocuparnos? —dijo la reina Eva—, aquí está la auténtica espada de la primera monarca, después de todo; sin ella nadie podrá salir del muro —continuó la reina con una sonrisa en su rostro, ¡había enloquecido de pronto!

—Sí, pero hallarán el modo de salir. Tienen a mi padre y él también tiene la sangre de la primera monarca. Pueden usarlo para crear otra espada que abra el muro —Tommy decía lo primero que se le venía a la cabeza, la reina estaba a dos metros de él y seguía avanzando, y él retrocediendo.

—Eres muy bueno contando historias, chico, pero no correré riesgos haciéndote

caso. ¡Cintia, detenlo! —ordenó la reina a la pobre chica que miraba perpleja la situación, no sabía qué hacer. Sin embargo, entre toda la incertidumbre, las órdenes de la reina Eva eran supremas. Cintia se paró detrás de Tommy y detuvo su retroceso, lo agarró por sus ropas con fuerza para que no pudiese ir a ningún lado.

En el momento que Cintia sujetó a Tommy, la espada volvió a brillar, mientras Tommy la sostenía con manos temblorosas. Cintia se alejó de él al instante.



—… Pensé que jamás en mi vida podría ver esta espada en persona, mucho menos verla brillar —dijo la reina con asombro.

—Se lo dije, reina Eva, soy uno de los suyos.

—¡No! —dijo con fuerza—. Sigues siendo uno de ellos, solo que con sangre de uno de nosotros.

Tommy de inmediato tragó saliva, había estado a muy poco de su muerte, todo su viaje habría sido en vano si hubiese muerto allí. El chico no podía creer su suerte, «¿surte?», se preguntó a sí mismo, y dijo: —No —Tommy volteó rápido a ver a Cintia.

Ella lo observaba a él con impresión, pero Tommy sabía que su rostro impresionado no se debía a lo que él había hecho, sino a lo que ella acababa de hacer. Cuando Cintia sujetó a Tommy por su espalda, hizo fluir su kosmo por la mano que lo sujetaba, para que así Tommy pudiese despertarlo también de forma inconsciente y la espada brillara.

Cintia había ayudado a su prisionero, dejándose llevar por la situación y sin estar segura de lo que hacía, por eso lo observaba de manera. Ella sabía que Tommy se había dado cuenta.

La reina miró al chico durante un minuto, mientras se encontraba parado frente a él —con una clara diferencia de estatura, ya que la reina Eva era una mujer muy alta—, aun con la daga en su mano; sin mostrar la más mínima expresión facial.

—Pareces ser alguien bueno —alegó la reina, mientras escondía de nuevo la daga en su cintura—. Pero las apariencias engañan, y, aunque me hallas demostrado que tienes sangre de la primera monarca, eso no significa que pueda confiar en ti. Serás encerrado en el calabozo e interrogado hasta que tu presencia en este sitio no represente una amenaza.

Eso fue bastante injusto, pero al chico no le quedó de otra más que agachar la cabeza y aceptar su sentencia.

La reina se acercó a él y estiró ambas manos, quería que le entregase la espada. Para Tommy la espada representaba en ese momento su única escapatoria y la manera de salvar a sus padres, pero, ¿qué otra cosa podría hacer? Se encontraba en una posición muy desfavorable, y prefirió vivir un día más y renunciar al sueño de salvar a sus padres.

Tommy le entregó la espada a la reina y le dijo: —Cuídela, por favor, la vida de mis padres depende de ella —el chico estaba resignado.

—Lo haré, como te dije antes, no me pareces que tengas malas intenciones, pero, así como tú luchas por salvar la vida de tus padres, yo aseguro la vida de mi pueblo.

Tommy guardó silencio, sin alzar su cabeza, estaba consternado, absorto en sus propios pensamientos pesimistas.

—Cintia, quítale sus pertenencias, amárralo y llévalo al calabozo junto a Sed y Oliver —ordenó la reina.

—Ok, majestad —afirmó Cintia.

Cintia le quitó a Tommy el mapa de su abuelo y la brújula que le había heredado su abuela; los cuales fueron guardados y ocultados en un cofre de máxima seguridad dentro del palacio, junto a la espada de cristal. La chica terminó de amarrar las manos de Tommy, lo sacó del palacio y lo montó en su caballo, dejando a Gideon amarrado frente al lugar.

Partieron camino al calabozo, junto a los guardias de la reina. Durante el trayecto pasaron frente a muchas casas y comercios llenos de vida y alegría. Si Tommy no hubiese estado amarrado y camino a un calabozo, de seguro hubiese disfrutado del trayecto y pensado que se encontraba en un lugar perfecto.

—Gracias —le dijo Tommy a Cintia en voz baja, para que los guardias que los escoltaban no escucharan, mientras aún cabalgaban por el pueblo.

—¿Gracias por qué? —respondió Cintia

—Me ayudaste a que el aura verde de mis manos apareciera, tú activaste mi poder.

—El kosmo —corrigió la chica—. Lo hice solo porque sabía que decías la verdad, ya te había visto iluminar esa bendita espada y me parecía un poco injusto que murieses diciendo la verdad. Además, tal y como dijo la reina, no pareces ser alguien malo, si lo fueses, me hubieses asesinado cuando estábamos fuera del pueblo, tuviste más de una

oportunidad para matarme o escapar.

—¿Qué pasará conmigo ahora? —preguntó Tommy, viendo a lo lejos el calabozo. Un sitio que contrastaba el resto del pueblo, se veía oscuro, áspero y siniestro, ¡y eso desde afuera!

El chico aún no se había dado cuenta, pues no tenía cabeza para ello, pero parte de la historia de su abuelo se había repetido en él —siendo encarcelado sin cometer un delito, luego de haber conocido a una mujer de otro mundo—; solo que ahora él era el extranjero en Iridia, al igual que tiempo atrás lo fue su abuela en Jacinto.

—La reina Eva sabe lo que hace, estoy segura de que, si colaboras y la ayudas con información sobre tu reino, ella se apiadará de ti. Solo debes de ganarte su confianza.

A pesar de que la reina Eva no confiaba en el chico, Cintia sí que empezaba a confiar en él, llevaba más tiempo conociéndolo y le comenzaba a agradar. Lástima que pronto sería encarcelado.

—¿Ganarme la confianza de la reina, dices? —preguntó el chico, incrédulo— eso será muy difícil. Parece estar un poco loca.

—Yo que tú no diría eso en voz alta, te recuerdo que tu libertad, y quizá tu vida dependa de ella —respondió Cintia de inmediato.

—Genial, mi libertad y, quizá mi vida ahora depende de una reina loca.

—Mira a tu alrededor un instante —le pidió Cintia al chico.

—¿Qué debo ver? —preguntó Tommy luego de observar con detalle las casas, habitantes, comercios, animales y paisajes del pueblo.

—La tranquilidad… ¿Piensas que controlar un lugar como este y mantenerlo en orden cada día es sencillo?

—No, no lo creo. De donde vengo las cosas son muy diferentes, aquí parece haber mucha menos lujuria y descontrol —respondió Tommy.

—Durante el viaje hasta el pueblo, me contaste que en tu tierra hubo varios intentos de golpes de Estado, ese término aquí ni siquiera se conoce, muy pocas personas son las que están descontentas con la reina y sus leyes. Es por eso que ella es como es. Todos en este sitio sabemos de su personalidad tan peculiar y de sus ataques repentinos de amor e ira, pero ella ha mantenido el orden y a los habitantes de este pueblo felices desde que ascendió al trono. La queremos, así como es, y con todo lo que nos ha dado, ¿cómo quejarnos de ella? Dale tiempo y verás que es una gran mujer.

El chico quiso responder que, "tiempo" era justo lo que no tenía, pues debía salvar a sus padres pronto. Pero sabía que seguir dándole vueltas al asunto no lo llevaría a ningún sitio, pues ya se encontraba metido en todo un problema y no escaparía de allí quejándose. Por lo que respondió: —Bueno, tiempo es lo que me sobra ahora, al fin y al cabo, seré encarcelado por quién sabe cuánto tiempo.

Llegaron al calabozo y todos bajaron de sus caballos.

—Aquí me despido, Tommy —dijo Cintia con cara pesimista—. Espero salgas de este lugar pronto y nos podamos volver a ver las caras —la chica esbozo una pequeña sonrisa.

—Espero que así sea, y cuando salga de aquí, por favor, no me dispares con tu arco de nuevo —bromeó Tommy, pues no quería que Cintia lo viese por última vez triste.

—Trataré de no hacerlo… Adiós, espero no olvides mi rostro —la sonrisa de la chica se volvió forzada. En realidad, se sentía mal por todo lo que le pasaba al joven extraño que tanto revuelvo le había causado en su último viaje, pero al cual ya le había cogido cariño, aun siendo de mundos muy diferentes. Desde lo más profundo de su ser, quería abrazarlo, pero no lo hizo.

—No te podría olvidar, créeme —Tommy también esbozó una sonrisa forzada, ocultando sus sentimientos, para al fin decir—. Adiós.

Cintia subió de nuevo a su caballo y esperó un momento en el lugar, observando como los guardias llevaban a Tommy dentro del calabozo. Luego de que entraron, ella se marchó cabalgando despacio, en un hermoso, aunque melancólico atardecer.

IX

RARA ESTADÍA

Por suerte para el chico, el calabozo era más feo por fuera que por dentro; claro está, tampoco era un sitio en el que alguien quisiese quedarse, era oscuro, antiguo y descuidado; sin embargo, Tommy se dio cuenta de que, en comparación con la descripción que le había dado su abuelo sobre el calabozo de Jacinto, ese no tenía tan mala pinta. Eso lo hizo sentirse por unos pocos segundos reconfortado, hasta que cayó en cuenta de que sus padres tal vez se encontraban en ese mismo momento dentro del calabozo de Jacinto siendo torturados; se le revolvió el estómago de solo pensarlo.

Los guardias llevaron a Tommy sujetado de sus brazos por el calabozo —que desde dentro parecía un laberinto— hasta su celda, la cual estaba en un pasillo con faroles colgando en medio del techo y celdas a ambos lados. En el camino hasta allí, sintió como desde la oscuridad de las celdas lo observaban el resto de los prisioneros, sin él tener la posibilidad de verlos a ellos.



—Esta es tu celda —dijo Oliver, señalando el lugar y luego abriendo la puerta de la celda—, entra.

Tommy entró sin protestar, el sitio era pequeño, las paredes, piso y techo eran de piedra; disponía de una cama, un inodoro, un lavamanos y un pedazo de metal cuadrado y reluciente adherido a la pared que servía como espejo.

—Como prisionero dispondrás de las tres comidas diarias —explicó Sed—, además de agua potable para beber y ducharte. También deberás de hacer trabajo comunitario tres veces a la semana de forma reglamentaria, pero debido a que eres un caso especial, tendrás que esperar a que la reina decida qué clase de trabajo te encomienda.

Tommy guardó silencio y asintió, dándole a entender a los guardias que había entendido sus órdenes.

—Eres muy joven para estar metido en un lugar como este, chico —dijo en tono más suave uno de los guardias, mientras cerraba la puerta de la celda—, procura seguir las reglas y colaborar con la reina para que puedas salir pronto de este lugar. No querrás terminar como el resto de personas de aquí.

—Cállate —dijo el prisionero de la celda frente a Tommy—, si estuviese frente a ti no dirías lo mismo, ¡te mataría! —gritó.

—Sí, claro, Coyote, eso sería lo que sucedería —respondió el guardia con sarcasmo, ya conocían muy bien a ese prisionero.

Los dos guardias hicieron caso omiso a las provocaciones e insultos del prisionero apodado “Coyote”, y se marcharon sin decir más. «Espero no terminar como esta gente», se dijo Tommy.

Una vez solo en la celda, el chico caminó hacia su cama y se dejó caer, dándose un fuerte golpe en el trasero, debido a la dureza del colchón de la cama, que parecía más una tabla de madera. Y cuando se disponía a acostarse para dormir, luego de todo lo que había ocurrido ese día, el prisionero de enfrente le gritó.

—¡Chico! —Tommy lo miró de reojo, acostado en su cama— ¡Ey, tú, sí tú!

Tommy se levantó de la cama y caminó hacia los barrotes de la celda para ver qué quería el Coyote.

—Hola, niño, ¿cómo te llamas? —el Coyote era un hombre viejo muy delgado, con barba y cabello grisáceo, no tenía camisa y vestía solo unos pantalones cortos.

—Me llamo Tommy —respondió el chico sin más.

—Yo me llamo Albert, pero todos aquí —en el calabozo— me conocen como el coyote —dijo el prisionero, con voz ronca y entrecortada—. Te presento a tus otros compañeros de celda, a tu derecha tienes a Bruno —Bruno sacó su mano por los barrotes y la agitó para saludar al chico, sin decir siquiera un hola—, a tu izquierda tienes a Mosquino, —Mosquino hizo lo mismo que Bruno, solo que este sí lo saludo con un fuerte: “hola, cara de cebolla”. Su voz era mucho más agradable que la del Coyote, y parecía ser más joven que él, aun así, eso no explicaba de donde había salido eso de “cara de cebolla”, por lo que Tommy se limitó a esbozar una pequeña sonrisa al escucharlo—. Y al final del pasillo tienes al peor de todos, a Dave, pero todos lo conocen como el depravado Dave —este último prisionero estaba muy lejos como para ver su celda y tampoco se molestó en saludar—. El depravado Dave no es un hombre muy sociable, y para ser franco —el coyote bajó su tono de voz un momento—, aparte de violar mujeres, no sé qué otra cosa sabe hacer. Pero no te preocupes por él, a diferencia de nosotros, él jamás abandona su celda, ni siquiera para los trabajos comunitarios, pobrecillo, se pierde de las linduras que hay allá afuera.

—¿Y por qué están aquí? ¿Qué clase de delitos cometieron? —preguntó Tommy.

Primero habló el Coyote, quien era el más parlanchín de todos.

—Yo estoy aquí por tener sexo con más de una mujer al mismo tiempo, es la cuarta vez que me capturan por la misma razón —declaró con rabia—, ¿en qué clase de mundo vivimos, Tommy? Ni siquiera podemos tener sexo grupal con zorras, este lugar apesta.

—Tienes toda la razón —sostuvo Mosquino—, a mí también me han encerrado por

eso antes, pero esta vez fue la peor de todas, me encerraron solo por pagarle a una zorra para que tuviese algo de sexo conmigo —Mosquino sonaba igual de enojado que el Coyote—. Ni siquiera había terminado con esa preciosura cuando los soldados llegaron al sitio y me agarraron con los pantalones abajo y el pito arriba, hijos de puta —a Tommy le hacía mucha gracia la manera de hablar de Mosquino, primero con lo de "cara de cebolla" y ahora con lo de "el pito arriba"—. Tuve que decirle a mi esposa que me habían encontrado borracho y desnudo en una de las plazas del pueblo —cosa que ya le había pasado con anterioridad—, si se hubiese enterado de lo que estaba haciendo en realidad, me hubiese cortado el pito. Pero una vez salga de este lugar haré que las cosas cambien, entrenaré para ser un guerrero y me convertiré en el héroe de Iridia, querido y respetado, sobre todo por las mujeres.

Luego de que Mosquino terminara de hablar hubo un momento de silencio, Bruno no parecía querer decir nada y el depravado Dave solo hablaba cundo dormía.

—Ya que sabemos que el depravado Dave no contará su historia —dijo el Coyote, interrumpiendo el momento de silencio—, yo la contaré por él. El depravado Dave ha pasado más de la mitad de su vida en este sitio y la otra mitad violando a mujeres indefensas. Pero yo conozco muy bien a las zorras de este lugar y, aunque nunca he estado con una mujer a la fuerza, ya que soy un caballero y pago por mis servicios; sé que no existen dichas mujeres indefensas, todas ellas son el demonio disfrazado de santas, te incitan a estar con ellas y luego se hacen las víctimas —el coyote escupió con desprecio hacia el suelo—, bastardas. El depravado Dave y yo no deberíamos estar en este asqueroso lugar, no hemos hecho nada que esas mujerzuelas no hayan querido —el coyote bajó su tono de voz de nuevo para decir—, en realidad, él sí —luego, lo subió y con enojo dijo—. ¡¿No es así, depravado Dave?!

A lo lejos se escuchó cómo el depravado Dave golpeó los barrotes de metal varias veces con su taza de tomar agua, el sonido hizo eco en todo el sitio y dejó muy en claro la postura de Dave: no estaba de acuerdo con las normas de Iridia y creía de verdad que era un buen hombre.

—Oye ¿Y qué hay de mí, Coyote? —preguntó Mosquino—. Yo también soy tan inocente como ustedes y no merezco estar en esta pocilga.

—Eres un sínico —le dijo Coyote alterado a Mosquino—. Todo tiene un límite

Mosquino y tú lo cruzaste. El matrimonio es sagrado y serle infiel a tu esposa es un pecado imperdonable.

—Pero qué me hablas tú de pecado, cara bacalao —«otra vez con sus apodos raros», pensó Tommy—, al menos yo soy un caballero y pago por el servicio de las zorras, tú las engañas prometiéndoles dinero y luego te das a la huida, con razón te han delatado tantas veces.

—¡Retráctate! Yo jamás caería tan bajo como para serle infiel a una esposa —el Coyote se estaba alterando, y de su boca, a la cual le faltaba un par de dientes, salía baba por doquier.

La situación se estaba poniendo tensa y Tommy solo observaba a Mosquino y a coyote gritarse e insultarse el uno al otro.

—Eso es porque no tienes esposa, cara de botella —respondió Mosquino a la excusa de coyote.

—Aunque la tuviese no lo haría, nosotros los hombres tenemos el derecho de hacer muchas cosas, como tener sexo con cuanta mujer se nos venga en gana o acostarnos por las malas con las jovencitas que nos provocan; pero jamás, escucha bien, pedazo de mierda, jamás podríamos serle infiel a una esposa. Así que mejor sigue hablando de tu sueño de ser un héroe y deja de decir inmoralidades.

Los insultos continuaron y no por poco tiempo. Tommy siguió escuchando a los dos prisioneros, anonadado ante el nivel de cinismo de aquellos dos hombres, acusándose el uno al otro de pecadores, cuando ambos habían hecho cosas igual de malas, al menos a ojos de Tommy. Más, sin embargo, el chico aún no había escuchado nada que no fuese permitido en Jacinto. Cada una de las razones por las que esos hombres fueron encarcelados en el pueblo, salvo la violación, eran permitidas y bien vistas en su tierra.

Entre gritos e insultos por parte de Mosquino y Coyote, y algunos golpes a los barrotes por parte del depravado Dave, Tommy alcanzó a escuchar una voz gruesa, adulta y serena que le dijo:

—¿Y tú por qué estás aquí, Tommy? —era Bruno, quien había hablado por primera vez desde que el chico había llegado al calabozo—. No tienes cara de ser la clase de hombres que hace orgías, no tienes el tamaño para tener esposa, y por ende serle infiel, y, sobre todo, no te ves tan fuerte como para poder abusar de una mujer. Con esa cara de niño que tienes, tal vez sean ellas quienes abusen de ti —concluyó Bruno con sarcasmo, mientras que los otros prisioneros seguían peleando.

Tommy se acercó a la pared derecha de su celda y Bruno a la pared izquierda de la suya, para que pudiesen hablar mejor entre los gritos.

—Me encarcelaron porque vengo de Jacinto, el reino rodeado por la gigantesca muralla —respondió el chico.

—Chico, si en realidad te gustan lar orgías o has asesinado a alguien puedes decirlo, no hace falta que mientas en este lugar, todos hemos hecho cosas malas aquí —confesó Bruno.

—Sé que es difícil de creer, pero es así, llegué hace poco a este sitio, visité a la reina y me mandó a encarcelar de inmediato. Piensa que yo podría atentar contra este pueblo.

—Bueno… La verdad es que tu cara no me es familiar, nunca te he visto en el pueblo y conozco a mucha gente aquí; aun así, lo que dices es imposible, pero tranquilo, a todos… Bueno, a la mayoría aquí nos avergüenza confesar nuestros delitos, al menos al principio, luego eso deja de importar. Pero opino que deberías cambiar de excusa, a mí no me importa en lo más mínimo de donde vengas o quién seas; aun así, hay personas aquí que podrían hacerte daño si escuchan que vienes de las entrañas del muro. Eres muy chico y tal vez no hayas escuchado las leyendas, sin embargo, antes, cuando yo era un niño, a mis compañeros de clase y a mí nos contaban historias sobre el interior del muro. Se nos decía que dentro de él habitaban criaturas horrendas que se alimentaban de mujeres y niños, y que estaban poseídas por el demonio —Tommy soltó una pequeña carcajada, pues, aunque dentro del muro no había precisamente santos, nadie se alimentaba de mujeres o niños, y tal vez, salvo el rey, nadie estaba poseído por el demonio—. Es obvio que solo eran cuentos para asustar a los niños, la mayoría sabemos que dentro del gran muro no hay nada más que un gran castillo abandonado y criaturas salvajes, aun así, hay algunos que siguen creyendo en esas historias y ellos podrían

lastimarte.

Al chico le resultó curioso la manera en la que Jacinto e Iridia se ocultaban el uno al otro diciéndoles mentiras y mitos a sus habitantes desde niños. Ambos buscaban de manera similar hacer la vista gorda sobre lo que había dentro y fuera del muro.

—No estoy mintiendo —aseguró el chico—, pero eso ya no importa. Tú aún no has contado por qué estás aquí y tu manera de hablar tampoco me parece de alguien que haya cometido un delito grave.

—Te equivocas, yo soy tan culpable como los demás, bueno, no tanto como el depravado Dave, pero sí soy pecador. Yo estoy aquí por… Serle infiel a mi esposa, la mujer que en verdad amo —respondió Bruno con tono pesimista—. Pero a diferencia del Coyote y Mosquino, yo sí acepto mi error. De la noche a la mañana lo perdí todo solo por haberme dejado llevar e involucrarme con una mujer fuera de mi matrimonio.

—¿Cuántos años estarás aquí encerrado? —preguntó Tommy, asustado de escuchar que Bruno lo había perdido todo solo por una noche con otra mujer. El chico se dijo que, si alguien lo perdía todo por una noche de infidelidad, él estaría de por vida en el calabozo por ser del reino de los infieles.

—Me condenaron a seis años en el calabozo, pero ya que tiempo atrás fui un soldado de Iridia, mi condena se redujo a cuatro años, ya solo me faltan tres.

—Bruno, tres años no es tanto como para decir que lo perdiste todo, además, ya nada más te faltan tres. Pronto volverás a ser libre.

—Cuando te digo que lo perdí todo no me refiero al tiempo de condena, sé que pronto seré libre de nuevo, ni tampoco a mi destitución como soldado de Iridia. Me refería a mi esposa e hijos, ellos lo son todo para mí y los perdí. Mi mujer me odia y mis hijos ni siquiera me visitan, soy una vergüenza para ellos… —se escuchaba muy arrepentido Bruno—. Esto no era lo que quería que viesen de mí. Tommy, si es cierto lo que dices y en realidad no has cometido ningún pecado carnal, no lo hagas. No conseguirás nada bueno con ello. Un poco de placer a cambio de muchas noches de angustia no es un negocio razonable.

—Eso he escuchado —respondió Tommy, recordando palabras de su padre muy parecidas a esas.

—El problema está en que los hombres no razonamos cuando el deseo se apodera de nuestra mente.

Tommy estaba tan atento a las palabras de Bruno, que los gritos de Mosquino y los insultos de Coyote se hicieron imperceptibles ante sus oídos, habían desaparecido. Y sintió un poco de confort sabiendo que al menos pasaría su tiempo en el calabozo con alguien en sus cabales.

—Pienso igual que usted, Sr. Bruno —dijo Tommy, mostrando respeto hacia su compañero de celda, viendo que se trataba de alguien inteligente por lo que decía y educado por su manera de hablar. Creo que debemos de apreciar más a las mujeres y todo lo que ellas nos dan.

—Tienes razón, chico. Y no hace falta que me llames, señor, en este lugar tú y yo estamos en la misma posición, además, tampoco soy tan viejo, apenas tengo treinta y cinco años. Espero que cuando crezcas y te cases sigas pensando igual que ahora, porque la mayoría de los prisioneros que han estado en este sitio pensaban igual que tú de pequeños, incluyéndome. En la escuela se nos enseña a respetar y a valorar a las mujeres. Pero una vez crecemos y en nuestros corazones empiezan a aparecer cosas como el deseo carnal incontrolado, el orgullo y la venganza, olvidamos todo lo aprendido de niños, incluso las cosas más básicas, como que cada una de nuestras acciones tiene a una consecuencia.

—Trataré de no olvidarlo —respondió el chico con tono sereno.

Sin que Bruno y Tommy se diesen cuenta, absortos en su conversación, Mosquino y Coyote habían terminado de discutir hacía un minuto y habían escuchado la última parte de la conversación.

—Es cierto —gritó el Coyote, como de costumbre—. No lo olvides, si no terminarás escuchando al idiota de Mosquino hasta la muerte.

—O viéndole la cara de calamar a Coyote por toda la vida, preferirás que saquen

los ojos antes de que eso suceda —replicó Mosquino.

Otra pelea entre los dos prisioneros parecía avecinarse, pero en vez de eso, hubo un profundo silencio por un segundo y luego todos estallaron en carcajadas, incluyendo al depravado Dave, ¡que hasta su risa era depravada!

Luego de todo aquello, todos se despegaron de los barrotes de sus celdas y se acostaron en sus respectivas camas, y al fin el chico pudo dormir y olvidarse de todo por un momento.

X

MONEDA AL AIRE

Pasaron un par semanas, en las cuales el chico se la pasó hablando con sus compañeros de celda, sobre todo con Bruno, a quien ya consideraba un amigo. Tommy le contaba anécdotas y cosas interesantes sobre su tierra a Bruno, y aunque este seguía sin creerle, lo escuchaba con atención y disfrutaba de lo que para él eran historias de fábula muy bien narradas. Bruno hacía lo mismo, contándole cosas sobre Iridia y sus costumbres. Tommy ya tenía una idea bastante clara de cómo era el lugar y cada vez más deseaba más haber podido nacer en ese lugar, en vez de en Jacinto.

Tres días a la semana los guardias abrían las celdas de Mosquino, Bruno y el Coyote, para llevárselos a los trabajos comunitarios; estos eran muy variados y podían ir desde plantación de semillas en los campos, ordeñar vacas, hasta la fabricación de tela de lana. Durante estos periodos de ocho horas, Tommy quedaba solo con el depravado Dave, quien representaba una amenaza tan grande para el pueblo que tenía prohibido salir del calabozo. Por lo que durante esas horas a Tommy no le quedaba de otra más que leer algún libro o pensar en aquella hermosa chica que le había salvado la vida en el palacio. Se preguntaba si ella pensaría en él, así como él en ella.

«Tal vez ni me quiera ver. ¿Quién querría estar con un prisionero?», se cuestionaba Tommy cuando estaba a solas.

Pero por más fantasías que tuviese con aquella chica y por más libros que leyera, las ganas de regresar a Jacinto y hacer pagar al rey no se extinguían, al contrario, el constante encierro parecía avivar el fuego cada vez más. Sus nudillos sangraban por las noches, luego de golpear una y otra vez las paredes con fuerza, descargando todo el odio que sentía por el rey y sus secuaces.

Poco más de un mes, uno de los guardias del palacio llegó al calabozo muy temprano por la mañana, abrió la puerta de la celda de Tommy y lo despertó de su sueño con un balde de agua fría. El chico despertó de un salto y lo primero que vio al despertar fue la punta de una espada apuntando su frente.

—Necesito que me acompañes un momento —indicó Sed, el guardia.

Tommy se levantó aún aturdido, dejó que amarraran sus manos y acompañó al guardia hasta una pequeña habitación en el calabozo. El guardia se paró frente a la puerta de metal, la abrió y le ordenó al chico que entrara. El joven tragó saliva y se preparó para una paliza o alguna tortura.

La habitación estaba muy iluminada y, en comparación con el resto del lugar era bonita, con paredes, piso y techo de madera de buena calidad, en vez de simple piedra; una mesa y tres sillas de madera.



En una de las tres sillas de madera estaba sentada, nada más y nada menos, que la reina Eva, y en la otra, un joven que aparentaba tener una edad similar a la de Tommy.

El guardia cerró la puerta, quedando en la habitación Tommy junto a la reina y aquel otro joven, que parecía no tener nada que ver con la situación del chico. Se miraron unos a otros, hasta que la reina dijo la primera palabra.

—Toma asiento, Tommy, necesito hablar contigo un momento —la reina Eva volvía a ser una mujer con actitud dulce y bondadosa.

El chico se sentó, quedando frente a la reina y al joven, quien lo miraba con una sonrisa y ojos curiosos, parecía ansioso de hablar.

La reina señaló al chico que tenía a su lado y dijo: —te presento a mi hijo, Antuán, es un año mayor que tú y estaba ansioso por conocerte.

—Hola, Antuán —saludó Tommy, extendiéndole su mano al joven para ser estrechada.

—Hola, Tommy, es un gusto conocerte, mi madre me ha hablado de ti —respondió y de inmediato estiró su mano y la estrechó con Tommy.

La reina los observó a ambos, feliz y tranquila. Esa mujer podía ser un ángel y un demonio a la vez. Deslizó su mirada de Tommy a Antuán, y luego de Antuán a Tommy, sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Deberían verse en un espejo, los dos —mencionó de súbito la reina—, son muy parecidos, casi parecen hermanos —su mirada iba del uno al otro con incredulidad por su parecido—. Claro, salvando el hecho de que Tommy podría ser un vil traidor —continuó, levantando una de sus cejas.

—Esperemos que no sea así, mamá —replicó Antuán.

El joven Pinto se había mantenido callado, no entendía qué estaba pasando y por qué el hijo de la reina la acompañaba a verlo. Sin embargo, el ambiente del lugar le pareció de lo más agradable y familiar, la reina era otra con su hijo allí presente, y el joven Antuán actuaba como cualquier chico de su edad, relajado, alegre y muy curioso. El ambiente le pareció tan confortable, que decidió hablar y preguntarle a la reina aquello que estaba pensando.

—Reina Eva, ¿se puede saber a qué se debe su visita al calabozo?, ¿acaso ha decidido liberarme? —se encontró emocionado luego de preguntar aquello, estaba expectante ante lo que respondería la reina.

—No —respondió de un tajo la reina Eva—, aún no estoy segura de tus intenciones y del bando al que perteneces. Y es por eso que he traído a mi hijo. Tres

veces a la semana (en los días de trabajo comunitario), él vendrá a este lugar y te hará una serie de preguntas que deberás responder de manera obligatoria. Luego, él me hará llegar tus respuestas, para que así pueda decidir si vale la pena liberarte, o tal vez debamos acabar con tu vida —la cara de la reina había vuelto a cambiar, su modo psicópata parecía haberse activado de nuevo.

—Está bien, responderé a todas las preguntas de Antuán, sé que no me queda de otra, reina Eva —respondió Tommy.

—Ok, entonces los dejaré solos para que Antuán pueda hacerte las primeras preguntas —dijo con tono y cara seria—. Creo que no está de más mencionar que Antuán ha sido entrenado como un guerrero desde niño, así que, si intentas pasarte de listo con él, te matará —añadió mirando a Tommy, sin siquiera parpadear, luego volteó su rostro hacia su hijo—. Antuán, sabes que tienes mi permiso para hacerlo en caso de que intente algo —concluyó. Antuán parecía estar incómodo con las palabras de su madre. No quería matar a nadie. A pesar de que su madre decía la verdad y era un guerrero diestro con la espada, jamás había matado a nadie y no quería que un chico casi de su misma edad fuese su primera víctima.

La reina se levantó de su asiento y colocó su mano izquierda sobre la cabeza de su hijo para acariciar su cabello. Su expresión había vuelto a cambiar, era de nuevo la madre protectora. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo un momento junto a Tommy y, de forma inesperada hizo con el chico lo mismo que con su hijo. Tommy quedó estupefacto, hacía unos instantes la reina lo había amenazado de muerte, con cara de pocos amigos; y ahora acariciaba su cabello con una sonrisa en su rostro. Lo peor del caso es que no era una sonrisa fingida, de ningún modo —la reina Eva sabía hacer muchísimas cosas; desde blandir una espada, disparar un arco, tocar el arpa, el piano, pintar los más hermosos cuadros, hasta dirigir un pueblo entero. Pero si hubo algo que nunca pudo aprender, fue a ocultar sus emociones, esa mujer era tan transparente como el agua—. La reina terminó por salir del lugar y quedaron Tommy y Antuán solos en la habitación, sentados uno frente al otro con una mesa en medio de los dos.

Antuán estalló en risas luego de que su madre se fuera y quedaran solos —Oye, Tommy, deberías haber visto tu cara —dijo entre risas—. Mi madre casi hace que te orines en los pantalones.

—¿Y qué cara debía poner? —respondió incrédulo—. Tu madre acaba de amenazarme con matarme.

—Esa mujer no te matará, no al menos que cometas un delito muy grave, ella solo quiere asustarte, y lo hizo muy fácil —siguió riéndose un poco más—. En realidad, ella te quiere.

—Matar, supongo —espetó Tommy.

—No, ella te quiere de verdad, ya me lo dijo.

—Vaya manera de demostrarlo.

—Sí, mi madre está un poco loca —Tommy al escuchar eso pensó: «al fin, alguien además de mí se ha dado cuenta de que a esa señora le hace falta un tornillo»—. Mi madre es una mujer de lo más extraña, tiene muchas manías y cambios de actitud repentinos; pero es una buena madre y sobre todo una buena reina. Sabiendo de tu procedencia, ten por seguro que otra reina o rey en su lugar ya te hubiese matado, pero mi madre ha decidido no hacerlo. Supongo que el hecho de que te parezcas un poco a mí la ha llevado a tomarte cierto cariño, aunque no lo demuestre. Créeme, ella no te quiere hacer daño y tampoco quiere verte más en este sitio. Para eso me ha traído a mí aquí, ella sabe que, con tu condición, cualquier persona que sepa de dónde vienes y te interrogue, querrá que te pudras en este sitio; mucha gente aquí tiene creencias extrañas sobre todo lo relacionado con el gran muro; por eso me escogió a mí, sabe que yo no le mentiría acerca de tus respuestas, y, por otro lado, piensa que te sentirás más cómodo si hablas con alguien de tu edad.

Difícil de asimilar, sí, aunque todo era cierto. La reina Eva vio en Tommy un gran parentesco con su propio hijo, lo que despertó gran simpatía en ella hacia el chico, sin embargo, su trabajo como reina y protectora del pueblo le impedía confiar en sus sentimientos nobles. Ahora Tommy miraba la situación de forma mucho más positiva, la reina lo quería fuera del calabozo, así que solo debería seguir las indicaciones de Antuán, quien, tal parecía, no había heredado la locura de su madre.

—No me esperaba todo eso —confesó Tommy, sorprendido y feliz a la par—. Creí que las cosas eran distintas con tu mamá, digo, la reina Eva.

—No hace falta lo de reina cuando estés hablando conmigo —respondió Antuán —, y sí, mi madre es una caja de sorpresas… Una vez, los soldados del pueblo capturaron a Mosquino, tu compañero de celda, teniendo sexo con dos chicas a la vez. Mi madre al verlo sacó su puñal e hizo que se orinara en sus pantalones, dos veces, ja, ja, ja, típico de mi madre.

—Por qué no me sorprende eso de Mosqui…

—Tommy —interrumpió Antuán—, ¿conociste a Cintia, no es así?

—Sí —respondió sorprendido. Durante los últimos días había pensado mucho en ella y ahora Antuán se la mencionaba de la nada, como si se hubiese adentrado en su mente—, fue ella quien me guio hasta este pueblo y me ayudo a escapar de Jacinto.

—El lugar al que ahora quieres regresar, ¿no es así?

—Sí, sé que suena un poco tonto, ya que hace poco escapé de allí, per…

—¿Y ella, como se comportó contigo durante el viaje? —volvió a interrumpir Antuán, cambiando el tema de conversación de nuevo. Como si hablar de Cintia fuese más importante que interrogar al chico.

—Muy amigable, bueno, no al principio, ya que enterró una flecha en mi pierna; pero luego me curó y me ayudo a sobrevivir durante el viaje hacia aquí, así que sí, fue buena conmigo —explicó—. Pero, ¿qué tiene que ver ella con mi situación?

—Solo quería estar seguro de su comportamiento como exploradora. Ella es una de las mejores, aún con su edad, y quería corroborar su participación en todo lo relacionado contigo —Tommy tragó saliva al recordar que Cintia lo había ayudado a iluminar su espada cuando la reina había perdido la cabeza. Tommy pensaba que, si la reina se enteraba de eso, podría perjudicar a Cintia, aunque por suerte Antuán no indagó demasiado en cómo logró el chico iluminar su espada.

—¿Eres su amigo? —preguntó Tommy.

A Antuán no le molestaba en lo absoluto que Tommy le hiciese preguntas a él, cuando se suponía que las interrogantes solo debían ir en una dirección. Escucharlos hablar, más que un interrogatorio, se asemejaba a una plática entre amigos.

—Sí, soy su amigo —afirmó Antuán—, bueno, en realidad no estoy tan seguro. Le sirve a mi mamá, es su discípula, por lo que la veo mucho en el palacio y he llegado a tener alguna que otra conversación con ella, pero no sé si eso la hace mi amiga… —parecía estar confundido—. Sabes qué, mejor prosigamos con el interrogatorio, creo que nos hemos desviado un poco —dijo poniendo una sonrisa de nuevo y olvidando el tema anterior.

—Ehmmm, sí, dime, ¿qué quieres saber de mí? —dijo Tommy.

Allí empezó un largo aunque entretenido interrogatorio, en la cual Antuán le preguntó a Tommy cosas muy variadas; como por ejemplo, acerca de sus padres, de su abuelo, del rey Dante y de las costumbres de los habitantes de Jacinto.



Al cabo de tres horas —que parecieron ser menos para los dos jóvenes— habían terminado de hablar.

—Listo, eso es todo por hoy —indicó Antuán—, regresaré el domingo y te traeré algunos dulces, entiendo que estar junto a Mosquino y a Coyote puede amargarte la vida.

—Estar con ellos no es tan malo como parece, me hacen reír un montón.

—¡Ya lo creo! —Antuán conocía muy bien a ese par—, solo no les hagas demasiado caso, si están en este lugar es por algo, así que no te dejes influenciar por ellos o no te podré ayudar a salir de aquí.

—Lo haré, por suerte en la celda de al lado está Bruno, él no parece ser como aquellos dos.

—En lo absoluto, Bruno es un buen hombre, pero cometió un grave error. Considero que mi madre exageró un poco con el tiempo de su condena, más cuando era la primera vez que cometía un delito; pero bueno, supongo que la creciente ola de delitos lujuriosos la llevó a tomar esa decisión.

El hijo de la reina se levantó despacio y dijo: —ya es tiempo de irnos —ambos se levantaron y salieron de la sala.

—Sed, no te preocupes por llevar a Tommy a su celda, yo lo haré —indicó Antuán.

—Está bien, Antuán, aquí están las llaves —se las entregó—. Asegúrate de vigilarlo y cerrar bien su celda.

Antuán escoltó a Tommy hasta su celda —Mosquino, Bruno y el Coyote estaban haciendo trabajo comunitario en ese momento—. Una vez los chicos llegaron a la celda, se detuvieron un minuto frente a la entrada.

—Sé que ya hablamos de ella —balbuceo Antuán—, pero me gustaría saber si durante el viaje hasta aquí con Cintia, ella te dijo algo de mí —Tommy ya lo sospechaba, pero esa última pregunta confirmó sus dudas, a Antuán también le gustaba Cintia. Y aquellos que han estado en una situación como esta (en la cual alguien que te agrada se enamora también de la chica que te gusta), saben lo desagradable que puede llegar a ser.

—No, no lo hizo —respondió Tommy—. En realidad, ella no habló mucho sobre

su vida o su pueblo durante el viaje, ya que piensa que soy un traidor.

—Ya veo… —respondió decepcionado.

El chico entró a su celda, se despidió de Antuán, a quien ya no sabía si considerar como un amigo, y se sentó en su cama. Antuán cerró la puerta, se despidió de Tommy y se fue sin más.

«¿Cómo competir con el hijo de la reina?, más cuando soy apenas un mugriento prisionero», reflexionó el chico acostado en su cama, y así estuvo un buen rato, hasta que llegaron sus compañeros de celda, quienes desde la lejanía se hacían sentir con sus escándalos. Ellos eran los únicos que daban pequeñas pinceladas de color a una situación tan gris como en la que el joven Pinto se encontraba.

Pasaron varios meses y la promesa de salir del calabozo no se había materializado. Tal y como la reina había ordenado, tres veces a la semana Antuán visitaba al chico y conversaba con él, esos tres días eran los más emocionantes para Tommy. El hijo de la reina le llevaba toda clase de dulces y comida deliciosa, además de los mejores libros del pueblo, no como los que había en el calabozo. Sus pláticas cada vez se hacían más amenas e íntimas, Tommy disfrutaba de hablar con alguien contemporáneo a él y Antuán alucinaba con todo lo que el chico le contaba sobre su tierra y sus costumbres, Jacinto parecía ser un mundo de fantasía gótica cuando Tommy hablaba de él. Lo cierto fue que ambos se hicieron amigos rápido, pues, debido a la condición de Tommy como excéntrico en Jacinto, no tuvo muchos amigos allí, por lo que hacer nuevos le resultaba no solo fácil, sino muy necesario en ese momento.

En varios de los interrogatorios —por no decir en todos—, Antuán le habló a Tommy sobre Cintia, ignorando muchas veces las preguntas que en verdad debía hacer. Le contaba lo bonita que ella se veía, las cosas que hacía o lo increíble que era con su arco. Incluso llegó a pedirle a Tommy más de una vez consejos para acercarse a ella, esto debido a que Cintia le preguntó a Antuán un par de veces sobre su amigo, el extranjero. Y en realidad, era lo único para lo que Cintia se acercaba a Antuán, por lo que pensaba que el chico lo podría ayudar con ella, ya que Cintia se interesaba más en saber de Tommy que en él. Por su parte, Tommy, se alegraba mucho de saber que aquella chica lo recordaba y preguntaba por él, pero, aun así, no fue capaz de decirle a su amigo que estaba enamorado de ella también.

Durante los primeros meses en los que Tommy fue interrogado por Antuán, en verdad quería odiarlo. No soportaba oírlo hablar todo el tiempo de ella, pero no podía hacerlo, Antuán era una persona tan agradable que era imposible que te cayese mal. Con el pasar de los meses, Tommy terminó por convencerse de que Cintia era solo una chica más entre las miles que había allá afuera, y que era mejor que Antuán se quedase con ella, pues él se veía más ilusionado en conquistarla que propio Tommy.

Fue el décimo mes en el calabozo cuando algo cambió. Tommy, quien estaba a un mes de cumplir los quince años, recibió como de costumbre la visita de su amigo Antuán; este fue directo hasta su celda y lo llevó hacia el cuarto de interrogatorio, pero durante el trayecto hacia el lugar le dijo: —Hoy tendrás tu oportunidad de salir de aquí, por favor, actúa normal y no la cagues.

Tommy no sabía en qué consistía la oportunidad de la que Antuán le hablaba y tampoco la manera en la que la podría cagar. Respiró hondo y entró a la sala de interrogatorios con valentía. Allí estaba la reina —a quien no había visto desde que empezaron los interrogatorios—, sentada como la primera vez, en la misma silla.

—Tiempo sin verte, joven peregrino, toma asiento —pidió la reina—, tú también Antuán.

Ambos tomaron asiento, Tommy frente a la reina y Antuán a un lado de ella.

—Un gusto volver a verla, reina Eva.

—El gusto es mío —la mujer tenía una sonrisa, pero Tommy sabía de antemano que su expresión podía cambiar en cualquier instante, por lo que dicha sonrisa no lo conmovió en lo absoluto—. Durante varios meses, más de los que me hubiese gustado, mi hijo te ha estado haciendo preguntas de todo tipo, y él me las ha hecho llegar —explicó, sin cambiar su expresión, que parecía ser de piedra, sus músculos faciales no se movían ni un milímetro—. Debo decirte que estoy más que contenta con toda la información que nos has proporcionado. Ahora creo conocer muy bien el reino que esconde el gran muro.

—Usted y Antuán ahora conocen a Jacinto tanto como yo —aclaró.

—Y eso me hace feliz, durante mucho tiempo ellos pudieron vernos y vigilarnos, pero nosotros no sabíamos nada sobre ustedes. Ahora estamos casi a la par, y eso es gracias a ti. He meditado este último mes sobre la decisión que tomaré sobre ti y hoy he tomado la decisión. Luego de considerar toda la información que nos has aportado, además de la espada de la primera monarca; he confirmado mis sospechas, no eres un espía, y, por tanto, considero que no representas una amenaza para el pueblo. Te dejaré libre hoy mismo.

Tommy quiso dar un brinco de la alegría y abrazar a la reina como no lo había hecho nunca con nadie.

—Pero, antes debes de prometerme algo —añadió la reina

—Lo que sea —respondió el chico sin siquiera pensarlo.

—Debes renunciar a esa loca idea de volver a Jacinto, sé que tus padres están en un enorme peligro, pero debes de entender que no tienes ni la más mínima oportunidad de ganarle a un ejército y a un rey tan poderoso tú solo.

—¿Y si me envía junto a algunos de sus hombres? —Tommy no podía renunciar a la idea de salvar a sus padres bajo ningún concepto.

—Sé que es difícil, Tommy —la reina entendía las emociones del chico, pero siguió firme con su decisión—. Sin embargo, no enviaré a mis mejores hombres en una misión suicida para traer a dos extraños a este pueblo, no serán bien recibidos, más si debido a ellos mueren habitantes de aquí.

—¡Reina Eva, no son extraños, son mis padres! Y son personas tan buenas como las de aquí. No los puede dejar morir —Tommy estaba alterado y su cabeza estaba roja por la impotencia—. Está bien, no me dé soldados; pero déjeme ir a mí, yo lo haré solo —hasta para el chico esa idea era ridícula, la reina tenía razón, pero en ese momento no había manera de razonar con Tommy, se trataba de las personas que más quería.

—Tommy, entiende que esto va más allá de tus padres; si entras con la espada a Jacinto, nos pones a en peligro a todos, le das la posibilidad a nuestros enemigos de salir

del muro y atacarnos. Y si lograras entrar, dejando la espada fuera de Jacinto, no podrías regresar de nuevo a este lugar, solo tú y tu padre pueden abrir y cerrar ese muro.

Hubo un largo silencio en la sala, nadie dijo nada, pero la tensión era tan alta que asfixiaba.

—Entonces, chico, ¿qué dices? ¿Aceptas mi trato o prefieres quedarte aquí para siempre? —preguntó la reina. Ya había dejado en claro que era capaz de cualquier cosa por los suyos y encarcelar al chico de por vida no le parecía una idea descabellada, en lo absoluto.

Antuán, sin dejar de ver a Tommy a los ojos, le dio un puntapié por debajo de la mesa para que reaccionase, el chico parecía estar en trance, no le quitaba los ojos de encima a la reina y su ceño fruncido daba a entender que la idea de renunciar a sus padres no le agradaba en lo absoluto. «A esto se refería Antuán cuando me dijo que no la cagara», se dijo Tommy a sí mismo luego de recibir el puntapié. «Pero cagarla sería aceptar su trato —continuó diciéndose—, ¿qué ganaría yo con aceptar? ¿Libertad? ¿Y para qué necesito libertad en un lugar al que no pertenezco y en el que no puedo estar junto a mis padres?». El chico lo tenía claro como el agua, no renunciaría a su meta. Pensó que en algún momento la reina tendría que recapacitar y dejarlo libre para que hiciese lo que él quisiera, después de todo, por sus venas corría la sangre de la primera monarca, no le podían hacer eso, no a él.

El chico lo había decidido y respondería con un rotundo “no”, pero antes de abrir su boca —y tal vez quedarse encerrado por el resto de su vida en el calabozo—, su amigo Antuán habló.

—Vamos, Tommy, no seas obstinado, afuera tendrás un montón de posibilidades. Podrás divertirte, explorar las afueras del pueblo, probar comida deliciosa y conocer chicas —exclamó con entusiasmo. Antuán no quería ver a su amigo un minuto más encerrado—. Pero, sobre todo, serás feliz. Entrenarás conmigo y te convertirás en un formidable guerrero, de ese modo, si lo que predices llega a suceder y nos invaden, estarás listo y preparado para pelear y vengarte de los que le hicieron eso a tu familia… —la sonrisa de Antuán era tan pura que hizo desaparecer la tensión en el aire, y pintaba todo de una manera que parecía que el chico viviría la vida perfecta una vez aceptase—. Di que sí, amigo, Cintia y yo estamos ansiosos de verte libre.

Aunque Cintia ya no causaba un gran efecto en Tommy, las palabras de Antuán resonaron en su cabeza, se dio cuenta de que en verdad estaba siendo obstinado y que no tenía más alternativas.

«Una vez estés afuera ya pensarás en algo para volver a Jacinto, pero desde este lugar no podrás hacer nada, ni con la vida de tus padres ni con la tuya», reflexionó.

Cerró los ojos por unos segundos y se imaginó libre, corriendo por aquellas hermosas praderas, comiendo comida de verdad, hablando con personas de su edad, cabalgando a su amigo Gideon, y, sobre todo, mirando hacia arriba y viendo el hermoso cielo —que desde hacía varios meses no veía—. Para cuando acabó de imaginarse todo aquello y abrió los ojos, en su cara se ilustraba una ligera sonrisa, lo suficiente grande como para ser percibida por la reina y Antuán. Y al fin dijo: —Sí, acepto —La reina Eva y su hijo se miraron un instante el uno al otro y luego miraron al chico.

—Felicidades, Tommy —dijo la reina con entusiasmo—, eres un hombre libre, bueno, un joven adulto libre —aclaró entre risas—. Antuán, quítale las cadenas —cosa que hizo de inmediato— y haz que venga con nosotros.

Antes de irse, Tommy fue a despedirse de sus compañeros de celda, quienes se alegraron mucho de que fuese liberado y le desearon suerte en su nueva vida como hombre libre. Tommy les prometió que seguiría visitándolos, y en voz baja le comentó a Mosquino y al Coyote que, si algún día tenía la oportunidad de regresar a Jacinto, buscaría la forma de llevarlos consigo, pues allí podrían seguir haciendo sus locuras sin el temor de ser encerrados de nuevo. Al escuchar eso, se rieron a carcajadas del chico, pues aun después de varios meses conviviendo con él, seguían pensando que estaba loco y que todas sus historias de Jacinto eran inventadas; así como el chico pensaba lo mismo de ellos por las anécdotas desenfrenadas que contaban. Bruno, quien era el único que creía en las palabras del chico y lo consideraba un buen amigo, sacó su brazo por los barrotes y puso su mano sobre el hombro de Tommy.

—Ahora que eres libre, trata de conquistar a la chica de la que me hablaste —dijo bruno—. Tal vez sea de las que les gustan los hombres rudos, y qué más rudo que un recién exconvicto —añadió entre risas.

—Creo que dejaré ese tema así, ya no es tan importante para mí… —respondió Tommy—. Espero pronto nos podamos volver a ver fuera de esta pocilga; cuídate.

—Detrás de rejas puedes perder la noción de muchas cosas, pero no de aquello que es importante para ti. Cuídate tú también.

Luego de despedirse, Tommy salió del calabozo detrás de la reina Eva y Antuán, en una columna, como si se tratase de una madre con sus dos hijos. Fuera del calabozo estaba su amigo Gideon esperándolo impaciente, ambos se reconocieron de inmediato; el chico le dio un abrazo y subió a su lomo. Cabalgaron juntos hasta el palacio, era un día hermoso y el sol era intenso, por lo que Tommy tuvo que bajar su cabeza y cerrar sus ojos por el resplandor. Era la primera vez que veía y sentía los rayos del sol en meses, por no hablar del aire fresco, que pareció llenarlo de vida al instante.

Ya que ahora Tommy no se encontraba en condición de prisionero o de posible amenaza, apreció con detalle cada rincón del pueblo a su paso; las casas, los habitantes, los animales, el color verde de la grama, el aroma de las comidas que se empezaban a preparar para el almuerzo; la suave brisa, los niños jugando, los soldados con armaduras blancas y relucientes patrullando, las mujeres con caras alegres en sus rostros y, por sobre todo, las praderas lejanas que parecían no tener fin. Eso último fue lo que más le gustó de Iridia, la sensación de libertad que generaba no estar rodeado de un enorme y asfixiante muro —pero dicha sensación de asfixia, solo era evidente para aquellos que lograron atravesar el muro y conocer el mundo exterior—. Cuando sus ojos recorrieron todo el pueblo, alzó la cabeza y miró el cielo; era lo único que Iridia y Jacinto tenían en común.



Durante el trayecto, muchas personas, niños y adultos, saludaron a la reina haciendo toda clase de reverencias. Más de uno preguntó por el chico que parecía haber salido de un basurero. Ella les respondió a todos con lo mismo: —Él es Tommy, un chico de las afuera del pueblo, del este —la zona más lejana y rural del pueblo, allí la gente se dedicaba a la agricultura y, por lo general, no eran muy conocidos por los habitantes de la zona central del pueblo—. Lo he traído conmigo para que sea mi protegido —Solo bastaba eso para que las personas se arrodillaran ante Tommy e hiciesen una reverencia. ¡De prisionero a recibir reverencias, quién lo diría! Ya quisiera yo tener esa suerte. Ok, tal vez no.

Llegaron al palacio y bajaron de sus caballos, entraron, y en la sala principal se encontraba Cintia sentada en una de las muchas sillas del lugar. Cuando vio a Tommy entrar, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Pensé que no aceptarías el trato —comentó ella mientras estrujaba a Tommy con sus brazos. Cintia estaba al tanto de lo que le propondrían al chico.

En aquel abrazo surgió una sensación nueva para el chico, mariposas en su estómago. Creyó que la había olvidado, creyó que ya no le importaba; pero solo bastó ver de nuevo su cara, escuchar su dulce voz y aspirar su olor a rosas para sentirse de nuevo vivo. Ahora sí, su corazón empezaba a latir de nuevo y no pudo evitar sonrojarse.

—Pues ya me ves aquí, lo hice —expresó con alegría, pero, aun con pesar en su

corazón, mientras Cintia retiraba sus brazos de Tommy para verlo a la cara.

—Sí, te veo, y también te huelo, hueles fatal —afirmó entre risas. Tommy no podía creer que se trataba de la misma chica que tiempo atrás le había disparado con su arco y lo trató de forma evasiva—. Me alegra mucho que hayas salido y de que estés bien. Estuve muy preocupada por ti.

—¿En serio? Pensé que me odiabas —declaró Tommy.

—Claro que no te odio, Tommy —respondió meneando su cabeza.

—Pues… Me disparaste una flecha con veneno.

—Sí, lo siento mucho por eso —respondió, agachando su cabeza de vergüenza—, es que debía de comportarme de esa manera porque supuse que eras el enemigo; mi gran maestra, la reina Eva, me enseñó a ocultar mis emociones y a concentrarme en la misión —«madre de Dios, como sigas los consejos de esta mujer…», opinó Tommy.

—E hiciste muy bien, Cintia, te felicito —interrumpió la reina Eva, orgullosa de su principal discípula. Luego se volvió hacia el chico—. Antes de que sigan conversando, necesito hablar un momento con Tommy a solas.

—Entendido —replicó Tommy.

La reina llevó a Tommy al salón del trono —un lugar en el que la había pasado muy mal antes, mientras que Cintia y Antuán se quedaron esperándolo sentados en la sala principal. La reina se sentó en el trono y les indicó a los guardias que allí estaban que salieran un momento, y habló.

—Tommy, además de mi hijo Antuán, Cintia, tus compañeros del calabozo y yo, solo un número muy reducido de personas del palacio, muy cercanas a mí, saben la verdad sobre ti y el sitio de donde provienes. Todas y cada una de esas personas me han jurado con su vida guardar tu secreto. El resto de los habitantes del pueblo no necesitan saber de dónde provienes, ni mucho menos saber que personas de allí están planeando un posible ataque. Eso provocaría caos y desesperación en algunos, por no decir que intentarían matarte a toda costa —el chico tragó saliva—. Por lo que debes de

prometerme que no le dirás a nadie de dónde vienes ni las cosas que sabes de ese lugar, no por ahora. Primero debes de ganarte la confianza del pueblo y tal vez luego podamos contarles la verdad, pero ahora es muy pronto.

—Sí, majestad —afirmó con decisión—. Soy un chico de la zona más rural del pueblo, del este; mis padres me han abandonado y usted me ha hecho su protegido —explicó, entendiendo lo que debía hacer, sin que siquiera la reina se lo hubiese dicho.

—Eres un joven muy inteligente, Tommy, y a pesar de lo que podrán pensar algunos, creo que tu llegada, más que ser algo negativo para nosotros, nos ayudará a entender mejor el mundo y a estar preparados ante cualquier circunstancia que nos presente.

—Agradezco sus palabras alteza —respondió el chico de corazón, a pesar del dolor que le causó aquella mujer, entendía por qué lo hizo, y opinó que tal vez él, en su lugar, hubiese hecho lo mismo.

—Ya te lo he dicho antes, no me llames alteza, puedes llamarme mamá —el chico quedó incrédulo, supuso que era otra de sus locuras repentinas, pero no—. Verás, Tommy, luego de tener a Antuán, quedé embarazada un año después, ya que mi sueño y el de mi esposo siempre fue tener dos pequeños. Dos hermanitos revoloteando y haciendo travesuras por doquier —explicó, mientras su tono de voz y su cara se iban haciendo melancólicos—. Pero perdí a mi bebé, y un par de años después, mi esposo murió en una cruzada contra los bandidos del sur —un grupo de personas que tiempo atrás se opusieron a ideología de Iridia y abandonaron el pueblo. Sobrevivían cazando animales y de vez en cuando raptaban a mujeres de las zonas más alejadas del pueblo—. Antuán creció como un niño solitario, no ha tenido muchos amigos, pues se ha pasado la mayor parte de su vida entrenando para acabar con las personas que mataron a su padre. Aunque no lo parezca, ya que es mi hijo y sabe ocultar sus emociones, su corazón está llenó de odio —al chico no le hizo falta leer el rostro de la reina para sentir su dolor, su voz temblorosa y entrecortada la delataba. Y con aquellas palabras, Tommy se vio reflejado en su amigo, pues él sentía el mismo odio por una razón similar—. Él se ha convertido en un guerrero formidable, pero a cambio, se ha perdido de las cosas más simples y bonitas de la vida, aquellas que todo niño debe de disfrutar. Cuando te vi, no pude creer tu similitud con Antuán, además de que tienes la misma edad que tendría mi difunto hijo, es como si Dios nos hubiese dado la oportunidad a Antuán y a mí de

devolvernos una parte de aquello que perdimos.

Tommy no supo qué decir.

—Quiero que vivas en el palacio, tendrás tu propia habitación y vivirás como alguien de la realeza —explicó la reina.

—¿Está segura de eso, reina Eva? —Tommy no la llamaría mamá ni loco, por más que el momento lo ameritara.

—Sí, ya lo decidí y todos estuvieron de acuerdo con ello, vivirás con nosotros. Debo decir que, tomando en cuenta lo que nos contaste sobre la posible invasión por parte del rey de Jacinto, a partir de mañana intensificaré el entrenamiento de los soldados y empezaré a crear un plan de protección por si lo que adviertes, algún día llega a materializarse. En lo que a ti concierne, entrarás en el grupo de exploración y serás entrenado por mi hijo para que estés preparado para cuando el momento llegué, así que, espero des lo mejor de ti.

—Lo intentaré, si esos bastardos llegan a atravesar el muro, los mataré —advirtió Tommy.

—Puedes retirarte ya —concluyó con una sonrisa—, sé que quieres hablar con tus amigos —Al fin Tommy había logrado descifrar a esa mujer, ¡simplemente era indescifrable! Pero eso no quitaba el hecho de que como mujer y reina era fenomenal, alguien que te hacía sentir seguro incluso en los peores momentos, alguien con carisma, honestidad y sobre todo bondad en su corazón. ¡Ja! Y pensar que todos los reyes de Jacinto creían que una mujer no podía estar al mando de algo que no fuese la cocina.

Tommy salió de la sala del trono y bajó hacia el salón principal, en donde sus dos nuevos y mejores amigos lo esperaban con ansias.

—Salgamos a dar una vuelta a caballo y busquemos un lugar para comer —propuso Antuán apenas se acercó Tommy.

—Me parece bien —dijo el chico.

—A mí también —afirmó Cintia.

Salieron del palacio y cabalgaron hacia un pequeño restaurante muy concurrido en el pueblo, en donde los tres pidieron el mismo plato; el marboca, que consistía en un plato de arroz blanco, frijoles negros, plátano frito y carne en tiras.

—Está muy bueno esto —confesó Tommy mientras aún tenía comida en la boca, estaba hambriento.

—¿Acaso en Jacinto no hay comida como esta? —preguntó Cintia en voz baja, para que las demás personas que allí comían no se enterasen de Jacinto.

—Sí, sí, la hay; es solo que estos meses no he comido más que arroz insípido y pan —dijo Tommy con aún más comida en la boca, apenas y podía hablar, ¡y ya llevaba la mitad del plato!

—Sí, la comida del calabozo es un asco, yo no hubiese soportado tanto tiempo comiendo esa basura —confesó Antuán.

—Siento todo lo que pasó contigo —dijo Cintia.

—No es tu culpa, hiciste lo que tenías que hacer; y algo me dice que tuve suerte de cruzarme contigo y no con algún otro explorador —dijo el chico después de tragar al fin la comida que tenía en su boca.

—En eso tienes razón —puntualizó Antuán—, hay algunos que te hubiesen intentado matar ellos mismos; y viendo tu contextura física, lo hubiesen podido lograr muy fácil.

—Antuán tiene razón, necesitas hacer algo de ejercicio, Tommy, más aún luego de salir del calabozo —confirmó Cintia, viendo a Tommy de pies a cabeza con una sonrisa burlona—. Estás un poco pálido y delgado, no podrías matar ni a un liki (animal ya extinto muy parecido al jabalí, tanto en forma como en comportamiento, pero más pequeño y agresivo).

—Por eso entrenarás conmigo —señaló Antuán mientras mostraba los bíceps de su

brazo derecho, presumiendo su fuerza—, ¿no es así?

—Sí, entrenaré contigo —respondió el chico—, y ya puedes bajar tu brazo.

—Tiene razón, bájalo, todos nos están viendo —mencionó Cintia, sin darse cuenta de que las miradas no se postraban sobre ellos solo por Antuán, sino también por Tommy, quien, a pesar de ser ahora de la realeza, parecía un indigente, las moscas preferían pararse sobre él antes que en la comida.

—Ya verás, Tommy, te convertiré en un maestro con la espada, serás un guerrero formidable —se levantó de su silla y esta vez simuló tener una espada entre manos y la agitó de aquí para allá.

—Yo también puedo ayudarte con el arco y flecha, soy muy buena con eso —propuso Cintia.

—Lo sé —dijo Tommy con ironía.

Todos rieron y siguieron hablando un rato más. Luego partieron del lugar, se despidieron y se separaron. Cintia fue para su casa —la cual estaba no muy lejos del palacio y era muy humilde, como la mayoría de las casas en el pueblo. Allí vivía con sus padres y su hermana menor— y Tommy y Antuán para el palacio, en donde entraron con los mismos privilegios, ¿y cómo no? Ahora eran hermanos.



Ese día, sin darse cuenta, los tres chicos formaron el equipo del que se hablaría luego por muchos, muchos años. Claro está, no tantos como para que lo hubieses escuchado hoy en día, pero para eso estoy yo aquí, para contarte las aventuras del equipo trébol.

XI

VERDE Y BLANCO

Dos años transcurrieron en la vida de nuestro joven protagonista, quien, junto a sus dos mejores amigos y compañeros exploradores, vivió las más excitantes aventuras en las lejanías del pueblo. Pasaron semanas enteras lejos de Iridia y del muro, acampando en los lugares más peligrosos, conociendo nuevos sitios, plantas y animales, enfrentándose a las llamadas bestias indomables —animales que el kosmo no podía controlar—, cartografiando mapas a dondequiera que iban y, sobre todo, divirtiéndose como amigos.

Durante todo ese tiempo, Tommy entrenó día y noche para convertirse en un gran guerrero y poder afrontar sus peligrosas aventuras lejos del pueblo. Antuán le enseño el manejo de la espada y a usar el kosmo para potenciar su velocidad, fuerza y agilidad como guerrero. Cintia, por su parte, le enseñó a utilizar el arco —el cual nunca se le dio bien por más que lo intentó— y el kosmo para comunicarse y dominar a los animales y las bestias menos feroces. Para cuando Tommy cumplió diecisiete años, ya manejaba el kosmo a total voluntad; y en mucho menos tiempo, se había convertido en un guerrero más fuerte que el propio Antuán —esto fue posible a que por sus venas corría la sangre de la mujer más poderosa de la época antigua, lo que le permitió un flujo de energía interna más puro—. Se podría decir que para ese momento era tan fuerte y capaz como su padre, quien tiempo atrás había hecho frente al príncipe Dante Rulls IV con un anillo real.



En cuanto a la vida personal de los chicos, las cosas habían cambiado también. Tommy y Antuán ahora eran un imán de mujeres, no solo por ser de la realeza, sino también porque era bien sabido por todos que ambos eran los jóvenes guerreros más poderosos, quienes mantenían seguros a los habitantes del pueblo —eso les dio mucha fama entre las damas—, eso sin contar su atractivo físico. La pubertad y el entrenamiento les cayó muy bien a ambos, en especial a Tommy, quien al llegar al pueblo era bajito, muy delgado y más feo que una patada en las bolas. Ahora, su estatura dejaba ver a un futuro hombre alto —ya que aún le faltaban un par de años de crecimiento—, con un cuerpo envidiable —fruto de su duro entrenamiento—, con cicatrices de lucha en él —que, más que reducir su atractivo, lo hacían ver aún mejor; como el chico malo del pueblo— y un rostro de buenas facciones —gracias a la alimentación balanceada que recibía por ser miembro de la realeza—. El sueño que alguna vez tuvo Tommy en casa de su abuelo, en el que se vio a él mismo portando una reluciente armadura y blandiendo una espada, se había vuelto realidad, aunque defendiendo una bandera distinta. Antuán también había cambiado para bien, dejando

crecer su cabello lacio y rubio, haciéndose un par de tatuajes en su abdomen, pecho y brazos —como solían hacerlo los exploradores hombres—, y su pícara sonrisa y buena actitud con todos, le dieron un lugar muy importante en el corazón de las chicas.

Aunque los hermanos habían cambiado en varios aspectos, como por ejemplo su físico, su habilidad con la espada y su destreza involuntaria para atraer a una multitud de damas cada vez que volvían de sus viajes. Había algo que seguía siendo igual, y que les impedía estar con alguna chica, aun teniendo decenas a sus pies… Su amor por la linda y noble, pero también inteligente y radiante, Cintia. Ambos seguían enamorados de su compañera de viaje, y ninguno de los dos se lo había confesado aún.

Antuán le seguía contando a Tommy lo mucho que le gustaba Cintia y cada pequeño progreso que lograba en su lucha por conquistarla. Por su parte, Tommy, aún seguía sin revelarle a Antuán que él también estaba enamorado de la misma chica, pues no quería lastimar a su mejor amigo, lo consideraba como una traición al código de hermandad, y tampoco quería correr el riesgo de arruinar su bonita, aunque encasillada amistad con Cintia.

Cintia, quien con diecisiete años ya era casi una mujer, y una mujer muy hermosa, por cierto; no era tan popular como sus dos compañeros de equipo, aunque también tenía algún que otro pretendiente. Sus hipnotizantes ojos verdes, su voz angelical, su cabello largo castaño, su piel blanca, su sonrisa tan característica y su cuerpo y manera de vestir tan femenina; la hacían un deleite para la vista de cualquier hombre. Pero su realidad no era muy distinta a la de sus compañeros, ella también se había enamorado de uno de ellos, pero temía confesárselo porque ya intuía que ambos sentían algo por ella, y no quería causarles daño.

Como ven, no todo era color de rosas en el equipo trébol, aun así, sus problemas amorosos no les impidieron realizar con éxito sus viajes como exploradores, apoyándose el uno al otro en cada momento, incluso me atrevería a decir que el amor que sentían el uno por el otro fue lo que los mantuvo vivos y unidos en muchas ocasiones. Pero pronto se enfrentarían a un enemigo con el que tal vez ese amor en secreto no les serviría para sobrevivir.

Desde hacía meses el equipo trébol llevaba efectuando excursiones sin el consentimiento de la reina hacia el sur, en donde se sabía que estaban escondidos los

bandidos que mataron al padre de Antuán, y que, desde su deserción de Iridia, asechaban en las sombras y secuestraban mujeres del pueblo. Sin embargo, en los últimos meses se habían reportado varios casos de hombres desaparecidos, y los habitantes de Iridia tenían la certeza que se trataba de los bandidos del sur. Los tres jóvenes viajaban muy lejos y preguntaban a los animales salvajes si habían visto a los bandidos del sur. Luego de un tiempo de investigación, creían tener la suficiente información como para formar un plan que ejecutaría el equipo trébol con o sin la aprobación de la reina.



Al fin, llegó el día en el que el equipo trébol debía presentar toda la información recolectada a la reina y pedir su apoyo para contar con más hombres para la batalla, pues las fuentes del equipo trébol les habían afirmado que el líder de los bandidos, el lobo azul, seguía vivo y que su fuerza y poder eran insuperables. También les habían afirmado que los bandidos se movían en grupos de diez a veinte personas, pero que en total serían poco más de cien hombres; lo cual era más de lo que dos chicos de diecisiete años y uno

de dieciocho podrían afrontar solos, aun tratándose de buenos guerreros.

Los tres jóvenes subieron a los aposentos de la reina y le hicieron saber que querían hablar con ella; así que esta los llevó a la sala del trono. Cuando llegaron al sitio, la reina se sentó en el trono y los tres jóvenes se pararon frente a ella y se arrodillaron.

—Mamá —dijo Antuán de rodillas—, vengo a entregarte esta información que hemos recolectado sobre la zona sur —se levantó y se acercó a su madre para entregarle los papeles, en los que había un mapa y toda la información relevante que habían recolectado hasta el momento sobre los bandidos del sur.

—¿Y en qué momento les he ordenado viajar al sur? —preguntó la reina sin siquiera ver la información—. ¿Acaso me han mentido sobre el paradero de sus viajes? —estaba enojada.

Los tres jóvenes guardaron silencio.

—Me puedo esperar algo así de ti, Antuán —dijo viendo a su hijo a los ojos—, que eres tan buen guerrero como insubordinado, pero no de mi hijo Tommy —lo vio a los ojos también con el ceño fruncido—, y mucho menos de ti, Cintia —se volvió hacia Cintia, pero no con enojo, sino con incredulidad—. Ya te lo he dicho antes, Cintia, tú debes de ser el orden en medio del caos que generan estos dos mocosos, debes poner los límites. ¿Cómo se atreven a cambiar la ruta de sus viajes sin mi autorización? ¡Más tratándose del sur, el lugar más peligroso de todos! ¡Es que acaso ustedes han enloque…!

—Mamá, para ya —interrumpió Antuán con voz alta— No le eches la culpa a ellos. Sabes que la idea de ir al sur solo pudo ser mía, y sabes por qué quiero ir para allá.

—Por los bandidos… Quieres matar a esos bastardos —la reina observó la información a detalle hasta que leyó la supuesta cantidad de integrantes del grupo de los bandidos—. ¿¡50 hombres!? —Antuán había modificado la cantidad real de los integrantes, ya que sabía que su madre no lo dejaría ir, ni a él ni a nadie, si se enteraba de que eran más de cien.

—Pero no son tan buenos como nosotros, reina Eva —dijo Tommy—, además,

atacaremos por sorpresa, lo cual nos dará ventaja.

—¿Y cómo están tan seguros de eso? —preguntó la reina con cólera—, porque en la información que me han dado no lo dice por ningún lado, ¡son solo suposiciones de ustedes!

—Con tu ayuda podemos vencerlos, mamá, solo danos unos treinta hombres y los aniquilaremos —dijo Antuán desesperado. Él ya lo había decidido antes, haría el viaje hacia el sur y pelearía con los bandidos, con o sin la ayuda de su madre; pero sabía que el hecho de que la reina le facilitara soldados lo ayudaría en gran medida.

—Hijo, sé que te duele lo que pasó con tu padre, a mí me duele igual que a ti, y también quiero ver muertos a esos bastardos, pero no por eso enviaré a mis soldados a una muerte segura. Tu padre marchó a la batalla con los mismos treinta hombres que me pides y uno de los anillos reales, y sabes qué fue lo que ocurrió. Morguil, el lobo azul, ahora posee un anillo real y está en su territorio, su fuerza no tiene comparación, tú mismo lo has escrito en este papel.

Antuán estaba consciente del peligro que correría, pero ya había entrado al punto de no retorno y no se retractaría de su decisión. Cintia y Tommy se limitaron a guardar silencio, expectantes de la situación, mientras la reina Eva peleaba con su hijo.

—Si no me ayudas lo haré por mi cuenta. Así deba hacerlo solo, lo haré —decretó Antuán y se levantó, oponiéndose a su madre.

—Yo no dejaré que mueras por un capricho —respondió la reina—, ese momento que tanto añoras ya llegará, pero no en este momento, y si te atreves a desafiar mis órdenes, te enviaré directo al calabozo, Antuán, y sabes que lo haré —la reina ya no toleraría más la rebeldía de su hijo—. Prefiero a un hijo encarcelado y vivo, que libre y muerto.

—Con su debido respeto, reina Eva, si encarcela a mi hermano, tendrá que encarcelarme de nuevo —espetó Tommy, levantándose firme frente a la reina también.

Los hermanos se miraron el uno al otro, sin cambiar sus expresiones rígidas, pero con valentía y, sobre todo, lealtad mutua en su corazón. La reina postró su mirada fúrica

en Cintia, ya lo había dicho antes, la reina esperaría acciones como esas de su hijo mayor, y en menor medida de su hijo menor, pero no de Cintia. La lealtad de Cintia hacia la reina era inquebrantable, ella era su gran discípula.

—Lo siento, majestad —dijo Cintia sin ver a la reina a la cara—, pero si usted encarcela a mis dos mejores amigos, también deberá hacerlo conmigo —Cintia la vio a la cara con decisión—. Usted no está hablando con Cintia, Tommy y Antuán, habla con el equipo trébol, y como equipo no podemos darnos la espalda —se levantó por fin, y así los tres jóvenes demostraron su inconformidad con la reina y su compromiso de permanecer unidos en las buenas y las malas.

—¡Mira hasta donde has llegado, Antuán! —exclamó la reina con indignación—. Has convencido a Tommy y a Cintia de morir en una batalla en la que no tienen nada que ver. Pero si es lo que los tres quieren y están dispuestos a morir por ello, tendré que permitírselos. Me generarán menos gastos estando muertos que dándoles comida en el calabozo de por vida —dijo resignada.

—Gracias, mamá —dijo Antuán.

—No me lo agradezcan aún y escúchame lo que les propondré. Sabiendo el peligro que representan los bandidos del sur para el pueblo, y el hecho de que, desde que Tommy nos avisó sobre la posible invasión por parte de Jacinto, hemos entrenado a muchos nuevos soldados, les daré a cincuenta hombres bien entrenados, para que sea una batalla igualada —dijo sin saber que eran por lo menos cien—. Pero escúchenme bien, equipo trébol, si regresan derrotados y sin la cabeza del lobo azul, tendrán que escoger entre vivir encarcelados de por vida o morir envenenados, y no habrá una tercera opción.

—Gracias, mamá, —replicó Antuán, estaba más que feliz con el trato y no le importaba en lo más mínimo las consecuencias que podría haber.

—Gracias, majestad —dijeron al mismo tiempo Cintia y Tommy, a ellos tampoco les importaba.

—Retírense y espérenme en el campo de entrenamiento, avisaré a los soldados y habitantes del pueblo que iremos a la batalla —concluyó la reina.

Los tres jóvenes se retiraron y se dirigieron en sus caballos hacia el campo de entrenamiento.

—Amigo, gracias por ayudarme con mi madre —le dijo Antuán a Tommy cuando estaban por llegar al campo de entrenamiento—, sé que esta batalla no tiene nada que ver contigo y aprecio mucho que, aun así, me apoyes en esto.

—A los hermanos no nos queda de otra que apoyarnos, ¿no es así? —respondió Tommy.

—Tienes razón, hermano, si salimos vivos de todo esto será mi turno de ayudarte en tu misión —recuerden estas palabras de Antuán, ya que cobrarán sentido más adelante.

El equipo trébol llegó al campo de entrenamiento y esperó a que el resto de soldados, la reina y tres centenares de civiles del pueblo llegaran.



—Los he reunido a todos aquí —empezó a hablarle la reina a la multitud a su alrededor— para notificarles que, al fin daremos caza a los bandidos del sur —civiles y soldados gritaron eufóricos de alegría. Nadie en el pueblo quería a esos lacayos—, quienes mataron a mi esposo, despojándolo de uno de los objetos más preciados de nuestro pueblo, un anillo real; y durante décadas nos han hurtado provisiones, atacado, intimidado y secuestrado a nuestras mujeres. Hoy se empezará a formar un equipo de soldados, dirigido por mis dos hijos, Antuán y Tommy, que irá a la batalla y nos librará al fin de las garras y la codicia de Morguil, el lobo azul. Nuestro pueblo, después de tanto, se librará de las garras del mal —todos gritaron de nuevo, esta vez más eufóricos. Tanto tiempo aguantando las vilezas de los bandidos había despertado en el corazón del pueblo las ganas de luchar hasta la muerte.

La reina fue nombrando una a una a las personas que acompañarían al equipo trébol, entre las cuales había hombres y mujeres, soldados y exploradores; todos muy bien preparados, no había novatos en el grupo. Para cuando nombró los cincuenta soldados, preguntó:

—¿Quién más está dispuesto a ir a la batalla y dar su vida si es necesario? —la reina se sorprendió al ver que un considerable número de personas (cuarenta para ser exactos) alzaron la mano y gritaron: “yo”.

Así, un grupo de noventa y tres personas, incluyendo al equipo trébol, se consolidó y entrenó en conjunto durante semanas, preparándose para la batalla en el sur.

Al cabo de un mes estaban preparados para marcharse, conocían el plan y estaban al tanto de las tácticas que usaban los bandidos del sur. Antes de partir, los soldados de Iridia se reunieron en el límite sur del pueblo para recibir unas últimas palabras de la reina.

—Mis amados guerreros y guerreras de Iridia, hoy marcharán hacia tierras lejanas y desconocidas, de donde solo hemos escuchado rumores, más no hemos visto hechos, así que estén atentos ante cualquier adversidad que el enemigo o la misma naturaleza les presente. Recuerden que el enemigo es astuto y con tanta o más experiencia en la batalla que nosotros, ya que viven de ello. Pero a diferencia de nosotros, en sus corazones no hay amor, solo odio, y el amor es lo único que nos puede llevar a pelear sin miedo a la muerte, y solo alguien que no le tema a la muerte podrá vencerla. Mis guerreros y guerreras, es hora de demostrarle al mundo que no necesitamos de una muralla para protegernos del mal, cada uno de ustedes son nuestra muralla. Que Dios los acompañe en esta peligrosa travesía. Rezaré por cada uno de ustedes cada día, para que vuelvan a escuchar la voz de sus seres queridos una vez más.

Los guerreros de Iridia se marcharon a caballo apenas la reina Eva dio la orden, sin que ninguno viese hacia atrás. Sí, tenían miedo, y mucho, pero la ausencia de batalla en el corazón de un guerrero es como la ausencia del alcohol en un alcohólico, le hace bien estar sin él, pero su cuerpo y mente lo añoran hasta en sus sueños; y el corazón de estos guerreros no era la excepción, querían batalla y la tendrían.

XII

VIAJE AL SUR

Durante días cabalgaron hacia el sur con ayuda de sus brújulas y las estrellas, que por las noches dibujaban auténticas obras de arte en el cielo. Acamparon en praderas, en la orilla de un lago, en montañas y hasta cerca de algún risco. Soportaron el sol, el viento, la lluvia y la arena. Lucharon con más de una bestia en su camino, a veces por defensa propia y otras veces para obtener alimento.

A pesar de las puntuales adversidades de la naturaleza, los soldados, y en especial los exploradores, estaban disfrutando de su travesía. Muchos lugares, animales, y paisajes nuevos habían podido apreciar en carne propia. En ese viaje, Tommy reconoció que el mundo era mucho más vasto de lo que imaginaba a priori, nunca había viajado tan lejos, y cada vez que se alejaba más de Iridia, empezaba a revolotearle por la cabeza la idea de que el mundo tal vez fuera infinito. Sin embargo, su asombro ante la vastedad de las nuevas tierras no lo distrajo; pues estaba abocado en su misión. Y solo se detendría a mirar en su interior cuando llegó un pensamiento proveniente de lo más profundo de su corazón: «Qué pensarían mamá y papá si viesen que hay un mundo infinito y hermoso más allá de las murallas del reino».

En su cuarto día de viaje llegaron al pantano, conocido por sus espesas aguas verdes, lo que lo hacía un lugar muy difícil de atravesar; pero, sobre todo, era conocido por albergar los más grandes caimanes de los que se tiene registros, medían hasta quince metros de largo. Allí, los soldados de Iridia sufrieron su primer ataque, no por parte de los caimanes, bueno, no solo por ellos, sino por un grupo de trece bandidos que también cruzaban las problemáticas aguas.



Hasta ese momento, se conocía muy poco sobre los bandidos del sur, debido a que estos vivían al asecho y nunca dejaban rastro de sus crímenes. Entre lo poco que se sabía de ellos, se conocía que eran liderados por Morguil, apodado el lobo azul —puesto que este vertía sobre su cuerpo pintura azul, que pronto se tornaba morada entre el sucio y la sangre de animales que caía sobre él. Todo eso para intimidar a sus víctimas—, un hombre corpulento, salvaje, con una cresta en su cabeza y que portaba uno de los cuatro anillos reales, el cual aumentaba su poder a niveles inimaginables. También se conocía que su guarida estaba en el sur —y de allí su nombre—, que su grupo estaba conformado solo por hombres, y por ello secuestraban a mujeres de Iridia para complacer sus más perversos deseos —aunque desde hacía meses, según los rumores, también estaban secuestrando hombres sin razón aparente—. Y, además, habían desarrollado una variante del kosmo, llamada “kosmo oscuro”, el cual era de color amarillo, en vez de verde claro, y les otorgaba la posibilidad de controlar a las denominadas: bestias indomables —aquellas que ni siquiera el kosmo de Iridia podía controlar—. El kosmo oscuro —que hasta ese momento se creía que se originó de la maldad de los corazones de los bandidos —, su estilo de vida y la posesión de uno de los anillos reales; los hacía guerreros poderosos y con un instinto de supervivencia muy avanzado.

Noventa y tres hombres contra solo trece y, aun así, la batalla fue dura. Los bandidos estaban en un territorio familiar —ya que atravesaban el pantano de forma habitual— y usaron a los caimanes del pantano a su favor, subiéndose a ellos y controlando sus cabezas para que atacasen a los soldados de Iridia. Estos, por su parte, luchaban para no tropezarse entre ellos ni ser mordidos por los caimanes o alguna de las numerosas serpientes que se arrastraban por debajo del agua.

Para cumplir con su cometido, los arqueros de Iridia, liderados por Cintia, debieron lucirse y asumir el control de la batalla, tomando una posición fija y disparando flechas certeras a la cabeza de los bandidos. Mientras que los espadachines los protegían de los caimanes y las serpientes. La batalla fue dura y sobre todo desconcertante, el kosmo oscuro era superior al de Iridia en cuanto a potenciar las habilidades de lucha se trataba. En un abrir y cerrar de ojos perdieron a quince hombres y muchos otros resultaron heridos, lo cual fue un golpe duro para la moral del equipo, pero, aun así, lograron acabar con todos los bandidos y caimanes y continuar por el pantano, el cual atravesaron luego de media hora. Cuando salieron del agua hacia el barro, sus caballos y ellos estaban fastidiados y sus piernas no daban para más, por lo que tuvieron que acampar cerca del lugar, lo cual no hizo sino empeorar la situación. El pantano emanaba un olor putrefacto, y a eso súmale que los mosquitos de esa zona tenían una picadura que causaba mareos y vomito.

Mientras las mujeres del grupo curaban a los heridos y sacaban el veneno de las serpientes, Tommy y Antuán se dieron cuenta en lo que se habían metido. Ellos eran los líderes del grupo y habían permitido que trece bandidos mataran a quince de los suyos, aun estando en superioridad numérica. Ahora eran setenta y ocho soldados y estimaban que los bandidos fuesen al menos noventa con los que acababan de matar. Además de la pérdida de sus compañeros, debían lidiar con la irritación y enfermedad del grupo, que ya parecía desbaratarse por sí mismo a causa de los malditos mosquitos.

Los hermanos estaban sentados sobre la tierra lamentándose. Se quejaban de la situación y empezaban a darse cuenta de que ser buenos guerreros no los hacía buenos líderes. Entonces apareció Cintia para despertar a los hermanos de su trance deprimente y poner orden. En definitiva, la reina era muy astuta, pero cometió un gran error poniendo a sus dos hijos como líderes del grupo, cuando el cerebro del equipo trébol siempre fue Cintia, sin ella, aquel par ya hubiese estado más que muerto.

—¡Ey, ustedes dos! —dijo Cintia, acercándose a Tommy y a Antuán con muy mala cara. Estaba exhausta, pues venía de curar durante horas a los soldados heridos—. ¿Se quedarán allí sentados, viendo cómo su grupo de soldados se desase solo? ¿O van a empezar a actuar como los hijos de la reina?

—¿Y qué deberíamos hacer? —preguntó Tommy agobiado y con mirada perdida.

—Pues podrían empezar por dejar de dar lástima, y luego, dirigir a este grupo, ¿si no lo hacen ustedes?, ¿quién más lo hará?

Tommy y Antuán se miraron el uno al otro, y con un gesto de “tiene razón”, se levantaron del lodo y junto a Cintia empezaron a planear un discurso que les darían a sus soldados. Pues estos, al ver a sus dos líderes confundidos y abatidos, comenzaban a desconfiar de su capacidad para llevar a cabo la misión y se preguntaban si acaso su misión sería más bien un suicidio.

Pasada media hora, el equipo trébol empezó a reunir a todos los integrantes de aquella misión. No fue tarea fácil hacerlo, ya que algunos seguían heridos de gravedad y otros estaban vomitando; pero luego de un rato, estaban todos de pie, juntos y atentos para escuchar a los hijos de la reina.

—¡Estamos todos cagados! —exclamó Antuán, tratando de romper el trance en el que estaban todos sus soldados, y a su vez, ser lo más sincero posible; porque la realidad era que, todos, empezando por Tommy y Antuán, estaban cagados de miedo a más no poder—. Y con justa razón, hoy hemos perdido a varios de nuestros compañeros y amigos, soldados que no volverán a ver a sus familias, no recibirán el abrazo de sus hijos y no podrán ver de nuevo los ojos de sus madres. Cada uno de los soldados que hoy cayó tenía una historia por contar. Y si el día de hoy nos rendimos y dejamos que el miedo al mañana nos venza, pondremos el punto final a esa historia, una que jamás podrá ser contada ni recordada por sus seres queridos.

Tommy dio un firme paso al frente, invadido por la energía de las palabras de su hermano.

—Lo que hoy vivimos es solo el comienzo de esta travesía, más adelante habrá más enemigos y peligros de los que ni siquiera sabemos —mientras Tommy hablaba, el

olor putrefacto del pantano y el fastidioso zumbido de los mosquitos desaparecieron. Solo se podía escuchar la voz de autoridad de Tommy, la cual para los que no lo trataban muy a menudo, era nueva—. Mentiría si digo que todos los que hoy estamos aquí volveremos a ver a nuestras familias. Pero eso ya lo sabíamos desde el momento que partimos de Iridia. Aun así, estamos a tiempo de regresar y ver a nuestros seres queridos de nuevo, eso sí, no como héroes, sino como cobardes que sucumbieron ante la presencia del enemigo, el cual, aunque regresemos a nuestros hogares, seguirán asechando a nuestras mujeres, y luego de lo que ocurrió hoy, con más razón. Así que hoy está todo en nuestras manos. Podemos seguir con este viaje, el cual será cada vez más oscuro, pero que, si logramos atravesar, llegaremos a la luz para salvar a nuestras familias de los bandidos para siempre, y honrar el legado de nuestros compañeros caídos, o, podemos regresar hacia la luz que ya conocemos, y vivir una vida tranquila. Pero con el tormento de saber que nuestros compañeros murieron hoy en vano y que los bandidos seguirán al asecho.

Cintia, que estaba detrás de sus dos amigos, paso al frente, casi que empujándolos y dijo:

—Quién quiera regresar a Iridia que alce la mano ahora mismo. Dibujaré una copia del mapa para que puedan regresar por el mejor camino. Y aquellos que quieran seguir luchando, quédense en donde están.

Los tres chicos se lo habían jugado todo a una sola carta, pues si su gente desistía, la posibilidad de éxito sería casi nula, pero, sabían que llevar a hombres a la guerra con miedo y dudas, terminaría por causar el mismo efecto.

Sin embargo, y a pesar del esfuerzo, las palabras de los chicos no fueron suficientes para vencer el miedo a la muerte, la cual no necesita palabras para convencer. Y en cuanto los primeros empezaron a alzar su mano, surgió un efecto dominó que terminó por convencer a los más indecisos de irse a casa. Más o menos la mitad de los soldados alzaron su mano, algunos con remordimiento de dejar a sus compañeros atrás y abandonar la misión, y otros muy decididos. Pero, como dije antes, la única carta ya se había jugado y no podían retractarse, por lo que Cintia tuvo que encargarse de separar a quienes habían alzado la mano de los que no, y con su estómago revuelto y su cabeza a punto de estallar, previendo lo que se avecinaba, empezó a dibujar una copia de su mapa, como pudo.

A su vez, y sin perder tiempo, Tommy se juntó con quienes habían tomado la decisión de quedarse y comenzó a discutir con ellos lo próximo que harían, pues el abandono prematuro de la mitad de los soldados los obligaba a plantear la misión casi desde cero.

Mientras, Antuán se separó por un momento de todo el grupo y empezó a caminar en círculos mirando el suelo, inmerso en sus pensamientos y preocupado. Nadie se imaginaba que en un abrir y cerrar de ojos se quedarían sin la mitad de sus hombres, sin posibilidad de hacer nada al respecto, y cada uno de los que ahí estaban presentes lo estaba afrontando de una manera distinta. Pero, lo de Antuán no era solo eso, pues él era igual o más fuerte que la mayoría de los que ahí estaban, lo suyo iba más allá. Y aunque Cintia y Tommy, mientras hacían sus labores como podían, lo miraban de reojo con asombro, no terminaban de entender lo que le sucedía, pues esa actitud no era propia de él.

Apenas Cintia terminó el mapa y el sol estuvo a punto de salir, los soldados que optaron por regresar a Iridia decidieron que era el momento adecuado para partir, pues temían que los bandidos atacaran de nuevo si se quedaban más tiempo allí, y la luz del día los ayudaría a cruzar el pantano sin tantos problemas. Los soldados que iban a seguir con la misión ayudaron a sus compañeros a cruzar parte del pantano, para que regresasen lo más pronto a casa, y luego, volvieron para continuar con su nuevo rumbo.

Al salir del pantano, se encontraron con un terreno plano, el cual dejaba ver al este algunas montañas no demasiado altas ni empinadas, pero que, sin duda, no les apetecía subir. El plan original era ignorar esas montañas por completo y seguir por el sur, en donde se encontraban los bandidos, pero, ahora que contaban con menos hombres, tuvieron que improvisar y trazar una nueva ruta, la cual les obligaría a subir las montañas.

Su nuevo objetivo sería visitar a los minotauros para pedir su ayuda. Los minotauros, bestias con cuerpo de hombre y cabeza de toro, tenían varias Colonias esparcidas por muchos lugares, pero habían oído, no por rumores, sino por boca propia de uno de ellos, que su colonia principal estaba justo después de aquellas montañas, en ella, se encontraba su actual líder, Kronos.

Los minotauros eran bestias en todo el sentido de la palabra, bueno casi, pues, aunque tuviesen cuerpos imponentes y peludos, una voz gruesa y cuernos con las más curiosas formas; no eran para nada agresivos y su entendimiento de la ciencia y la tecnología estaba más adelantada que la de los humanos en aquella época. De hecho, se decía que su altanería y soberbia era propia de su inteligencia, pues se veían como seres tan superiores, intelectual y físicamente, que menospreciaban a los humanos. Algo que contrastaba mucho con su extraña afición por el oro, pues a diferencia de los bandidos, que solían robarlo para comercializar armas y toda clase de objetos de dudosa procedencia, los minotauros no robaban nada y el oro no lo usaban para comprar algo en particular, de hecho, todo lo que vestían y comían era fabricado y cazado por ellos mismos. El oro para ellos era un símbolo más bien de prestigio en su sociedad, y quienes tenían más, eran más respetados. Lo único para lo que le daban un propósito real, era para sus armas de guerra, que muchas veces eran fabricadas con dicho material, aunque no fuese el mejor; pero eso sí, los hacía lucir increíbles.



Si llegabas a robarles o a engañarlos con una moneda de oro, aunque fuese del

tamaño de una hormiga, debías prepárate, pues te caería una buena. Y los minotauros no se andaban con tonterías, en aquella época ya contaban con cañones portátiles. Lo más parecido a un arma de fuego que te podrías imaginar en aquel entonces. Pero si por el contrario, les dabas alguna moneda o pieza de oro, tenías a un amigo minotauro asegurado, y no un amigo por interés, no, no, no; sino uno real, pues estos eran muy leales entre ellos y a quienes consideraban sus amigos.

El problema con todo esto que te acabo de contar, era que los soldados de Iridia estaban más secos que el desierto del Sahara en temporada de sequía, por lo que siquiera establecer alguna conversación con ellos iba a ser difícil.

Los soldados de Iridia iban a paso rápido en sus caballos cuando Tommy bajó su marcha para acercarse a Antuán que estaba detrás y hablarle.

—Hermano, ¿qué te ocurre? —le preguntó Tommy a Antuán, quien aún seguía distante y pensativo—, no has dicho una sola palabra después de la partida de nuestros compañeros. Sé que estamos en una situación jodida y que quieres matar ya a Morguil, pero debemos de ser optimistas, tal vez los minotauros confundan tu cabello rubio con el oro y nos ayuden, eso sí, quedarás calvo —añadió Tommy en tono de broma, intentando animar a su amigo.

—Tienes razón —respondió Antuán de manera seca y contundente, sin cambiar la expresión de su rostro ni voltear a ver a la cara a Tommy.

—¡Vamos, Antuán! ¿No dirás nada más que eso? —espetó Tommy alzando su voz, por lo que varios de sus compañeros voltearon a verlos—. Tú no eres así —prosiguió, esta vez en tono más bajo para no alarmar a los demás.

Antuán giró la cabeza hacia un lado y vio a la cara a Tommy, abandonó su expresión seria y postró una sonrisa, aunque de manera forzada, y dijo: —Una vez lleguemos a lo alto de la montaña te diré algo muy importante para mí, y quiero que seas la primera persona en saberlo —luego, volvió a mirar hacia el frente, hacia el pico de la montaña que tendrían que subir y guardó silencio.

Tommy no dijo una palabra más y volvió rápido al frente del grupo, esta vez, hizo una señal con su mano, la cual indicaba cabalgar a toda velocidad. El chico quería saber

de una vez por todas qué estaba pasando con su amigo. «¿Acaso Antuán está pensando en volver a casa? —más de uno en aquel grupo lo estaba considerando—, pero, por qué esperar a llegar a la montaña y subirla, no tendría sentido», decía el chico para sus adentros.

Lo único cierto en aquel momento, mientras todos cabalgaban juntos y al mismo ritmo, era que Tommy sintió un frío desolador en su pecho, algo que ya había experimentado antes en aquellas noches tristes que tuvo que pasar mientras huía de los soldados de Jacinto. Era soledad lo que sentía. Desde el momento que se encontró con Cintia por primera vez, se vio en muchos aprietos, pero siempre estuvo acompañado de personas que les daban color a sus días, incluso cuando estuvo como prisionero en Iridia. Pero, ahora que Antuán estaba distante y Cintia —quien a priori parecía con más voluntad que cualquiera— también estaba pasando por sus propias batallas internas en silencio —producto del agotamiento mental de exigirse al máximo en cada momento ella misma—; Tommy se vio como el único responsable del grupo en ese instante. Y sin la certeza de si su plan de aliarse con los minotauros funcionaría, empezó a agobiarse y recordó esas dulces noches que pasaba junto a sus padres cuando niño, la suavidad de su almohada, el calor y olor de su viejo hogar, y la voz de su madre al contarle un cuento para irse a dormir.

—¿Estás bien? —preguntó Cintia, colocando su mano sobre el hombro de Tommy, el cual, inmerso en su sueño se había separado del grupo, por lo que Cintia decidió acelerar aún más su paso para alcanzarlo.

Cuando el chico escuchó la voz de su amiga, agitó su cabeza para salir del sueño en el que estaba y voltear a verla.

—No me digas que también te pondrás como Antuán —prosiguió Cintia—, parece haber enloquecido después de lo de ayer.

—Y no es para menos —respondió Tommy con ironía.

—Claro que sé que no es para menos —respondió Cintia—, pero ya no tenemos más opción que seguir adelante, y enloquecer en este punto no es la mejor idea. ¿Se puede saber qué fue lo que te dijo? Vi que te acercaste a él un momento y le hablaste.

—Me dijo que una vez lleguemos al pico de la montaña me dirá algo muy importante para él —explicó el chico—. ¿Y qué hay de ti?, vi que también te acercaste a él hace un rato.

—Me dijo lo mismo que a ti —replicó Cintia, mientras reflexionaba de qué se podía tratar—. Bueno —prosiguió, interrumpiendo sus propios pensamientos y mirando a Tommy con una sonrisa—, sea lo sea que nos quiera decir, no lo sabremos hasta llegar a la cima. Lo fundamental ahora es intentar no perder la cabeza. Recuerda que de nosotros tres depende mucha gente, incluyendo el legado de los que ya no están. Pero, de ustedes dos dependo yo. Y si deciden bajar los brazos ahora, no tendré más remedio que bajarlos también, así que por favor no lo hagan.

Tommy miró al cielo y empezó a reír, no lo había hecho desde que comenzó el viaje.

—¿De qué te ríes? —inquirió Cintia.

Tommy dio un gran suspiro, sin dejar de sonreír, y dijo:

—No sé cómo lo haces, pero siempre logras rescatarme.

—¿Rescatarte, de qué?

—De mí mismo, supongo… Desde el primer día que nos vimos me has estado protegiendo: fuera del muro, en Iridia y ahora aquí. Y lo cierto es que yo no he podido hacer por ti ni la mitad de las cosas que has hecho tú por mí.

—Y no hace falta, somos mejores amigos y cuidarnos los unos a los otros es lo que hacemos; más en momentos como estos —comentó Cintia.

Tommy al escuchar a su amiga se emocionó y pensó en decirle que por ella daría su vida una y mil veces, que nadie como ella lo hacía sentir, que cuando hablaban solo podía desear que su sonrisa jamás se apagase, que por las noches mientras dormía temía que la tristeza se cruzara en su camino, y al levantarse; solo deseaba que sus ojos ya no lo viesen como un amigo.

Pero del dicho al hecho había mucho trecho, por eso cuando Cintia le dijo:

—Si quieres contarme algo, cualquier cosa, dilo. Hoy estamos vivos para decir lo que sentimos, pero tal vez mañana no lo estemos.

Tommy se limitó a responder con una sonrisa que ocultaba tantas cosas dentro de sí:

—Me alegro de haberte encontrado… —El chico, aun sabiendo que tal vez sería la última oportunidad de decir lo que sentía, optó por callar. El miedo a la reacción de Cintia y de su hermano le aterraba y prefirió mantener su amistad intacta, aunque el peso de los sentimientos que estaban dentro de él empezaban a pesar toneladas.

—Y yo me alegro de haberte encontrado a ti —respondió Cintia decepcionada, esperando otra respuesta de su amigo, pues ella mejor que nadie sabía que guardaba cosas dentro de sí.

Los guerreros de Iridia avanzaron sin dificultad hasta llegar al pico de la montaña, en donde habían decidido acampar, pues la noche ya había caído.

Desde la cima de la montaña, los guerreros de Iridia pudieron apreciar debajo de ellos la colonia principal de los minotauros, más grande que cualquiera de las demás colonias. Para ser honesto, los minotauros sabían vivir bien. Habían diseñado calles por las cuales se desplazaban con carruajes —empujados por caballos o rinocerontes; esto dependiendo del número de minotauros que subían a bordo—, bombillos que contenían esencia de luciérnaga —un polvo brillante y muy duradero obtenido a base de luciérnagas, minerales naturales y gas—, casas de madera muy bien amobladas, grandes, bonitas y con tejados que les daban un toque moderno, estatuas de los dioses en los que creían y las banderas que los representaba —la cual constaba de dos colores principales: rojo y negro, cada uno de estos ocupaba la mitad de la bandera, y en medio la figura de la cabeza de un minotauro en dorado, cómo no—. Todo esto hacía que ver la Colonia desde lo alto de la montaña fuera un auténtico espectáculo, digno de admirar incluso hoy en día.

Los soldados amarraron a sus caballos, encendieron una fogata y deprisa empezaron a discutir las rondas de vigilancia, estaban exhaustos, no habían descansado

nada desde antes de entrar al pantano y querían dormir lo más pronto posible.

Mientras Tommy organizaba el orden de las rondas de vigilancia, Antuán, quien se encontraba separado del resto, lo llamó. Y Cintia, quien en ese momento estaba sentada junto a su caballo hablando con él, tuvo que suplir a Tommy, mientras este iba a hablar con Antuán.

—Con que al fin me dirás lo que tienes —dijo Tommy cuando ya estaba cerca de su amigo.

—Sí, en serio disculpa todo mi drama, hermano, sabes que te quiero muchísimo y sé que me entenderás cuando escuches lo que te voy a decir —vociferó Antuán.

—Soy todo oídos —respondió Tommy

—Luego de lo que ocurrió ayer con los soldados que decidieron regresar, estuve analizando la situación y me di cuenta de que casi estamos muert…

—No digas eso —interrumpió Tommy—, aún podemos convencer a los minotauros de que nos ayuden, no pierdas la fe.

—Sabes que eso no será tan sencillo como ir allí y pedirles su ayuda. Y aunque nos ayudasen, las probabilidades de éxito seguirían siendo pequeñas —explicó Antuán —. Tendremos que luchar en su territorio.

—Cuando estaba en Jacinto jamás hubiese pensado que había un mundo aquí afuera, mucho menos que iba a poder vivir en él —respondió Tommy con determinación —, y mírame ahora, soy el hijastro de una reina y descendiente de la primera monarca. Crees que antes de salir del muro creía que todo esto sería posible, no, yo solo lo intenté porque quería seguir con vida.

—Lo sé.

—Entonces, dime de una vez, ¿qué quieres hacer? —Tommy ya empezaba a perder la compostura—. ¿Acaso te vas a rendir ahora?

—No me rendiré —espetó Antuán—. Solo estoy reconociendo que puede que pronto todo esté perdido. Por eso, quiero aprovechar el día de hoy, que aún sigo vivo para decirle a Cintia que la amo.

Si tuviese que explicar lo que sintió Tommy en ese instante, no tendría palabras suficientes para describirlo, por lo que me limitaré a describir sus acciones. El chico dio un paso atrás para no caerse de la conmoción, su cara se tornó pálida y su expresión facial quedó congelada, como si de una pesadilla se tratase, pero no, era la realidad; su corazón dejó de latir por un segundo y de no ser por Gideon, que pareció entender lo que le sucedía a su amo y colocó su cabeza en la espalda del chico, se hubiese caído. Cuando la espalda de Tommy chocó con la cabeza de su caballo, miró hacia atrás sorprendido, le dio una caricia suave Gideon y se volteó de nuevo para ver a Antuán, tratando de disimular todo lo que estaba pasando por su cabeza.

—¿Lo harás ahora mismo? —preguntó Tommy entre dientes.

El chico sabía que ese momento llegaría algún día, pero no esperaba que fuese en ese preciso instante, sentía que aún no estaba preparado para afrontarlo, aunque lo cierto era que nunca iba a estarlo. El chico vivía con la ilusión de que por azares de la vida Antuán dejase de estar enamorado de Cintia, lo cual era tan improbable como que él dejase de estar enamorado de ella también. Los celos ya empezaban a emanar de manera incontrolable dentro de sí.

—Sí —respondió Antuán—. En caso de que mañana todo acabe, quiero estar bien conmigo mismo y saber que lo di todo hasta el final, incluso en el amor.

Tommy quedó sin palabras, tragó fuerte, como si una roca pesada y áspera estuviese en su garganta, y se limitó a esperar la siguiente acción de su hermano.

—Deséame suerte, hermano —pidió a Antuán.

—Suerte —respondió Tommy, sintiéndose como un fracasado.

Antuán abrazó a Tommy y se dirigió hacia Cintia, quien ya había terminado de coordinar los turnos de los soldados y estaba hablando con las chicas del grupo.

Mientras todas las chicas estaban reunidas hablando sobre los minotauros y sus costumbres, Antuán se acercó a Cintia por su espalda, tocó su hombro de manera sutil y le pidió hablar a solas. Entretanto, Tommy estaba sentado en el sueldo apreciando la situación, pero en cuanto vio que Antuán y Cintia empezaron a hablar, se levantó y dio media vuelta para hablar con su caballo y contarle lo que estaba pasando. Tommy no quería parecer inapropiado clavando su mirada en aquella conversación, y solo el hecho de imaginar lo que estaba pasando a unos metros detrás de él lo llenó de rabia y sintió que él mismo no la merecía, que no era suficiente para ella.



Cuando el chico se dignó a ver si ya habían terminado de hablar, giró su cabeza un instante, no más de tres segundos, con el miedo de presenciar un abrazo, que ya no sería de amistad, o aún peor, algún beso. En el momento que Tommy los vio, aún seguían hablando. Antuán estaba sonriente y expresivo, parecía haber logrado su misión, pero Cintia estaba viendo a Tommy en el momento que este volteo a verla, y si bien su rostro tenía una sonrisa también, su cuerpo no parecía estar en la misma sintonía que Antuán, pues sus brazos estaban cruzados. Tommy, sin saber cómo interpretar aquello volvió a girar su cabeza y fue a amarrar a Gideon, para luego intentar dormir.

Tan pronto como Cintia y Antuán terminaron de hablar, ella fue de inmediato a acostarse, pues ya era muy tarde y eran los únicos despiertos. Antuán fue hacia donde está Tommy para despertarlo un momento y contarle lo que había pasado, pero él no había podido pegar el ojo. En su mente no dejaba de revolotear la idea de que, si él hubiese intentado lo mismo, no hubiese funcionado igual.

—¿Sigues despierto? —susurró Antuán al ver a su hermano aun con los ojos abiertos.

—Sí, estoy tratando de pensar lo que le diremos mañana a los minotauros —respondió Tommy mientras miraba el hermoso cielo estrellado, pero mentía, no había pensado ni un segundo en esas bestias peludas y con cuernos.

Antuán se acostó a su lado y empezó a ver las mismas estrellas que su amigo.

—Me dijo que sí —confesó Antuán en voz baja para no despertar a nadie, recordando ese preciso momento, y de inmediato se sonrojó.

—Me alegro por ti, hermano —respondió Tommy, sintiendo cómo su corazón le daba la estocada final—. Sé lo mucho que te gustaba —prosiguió, mostrando un rostro muy diferente al de Antuán, lleno de decepción y con unos labios tan pálidos como las estrellas que veía.

—¿Quieres que te cuente los detalles? —preguntó Antuán sin tener la más mínima idea del daño que le estaba haciendo a su hermano.

—No, hermano —respondió de inmediato Tommy—, cuéntamelos mañana, tengo mucho sueño ahora —y acto seguido dio media vuelta en dirección contraria hacia Antuán.

—Recuerda que tal vez no haya un mañana —expresó Antuán. Pero no logró obtener una respuesta. Tommy ya no quería hablar más, cerró sus ojos esperando caer dormido y que aquel día terminase ya.

Pero antes de que pudiese conciliar el sueño, dos lágrimas llenas de dolor salieron de sus ojos, y tal vez las últimas que tendría en su vida.

XIII

NO PIERDAS EL FOCO

Cuando el sol salió y ya todos habían descansado, el equipo trébol se preparó para hablar con los minotauros. Dejaron todas sus armas y armaduras con los soldados en la cima de la montaña y bajaron a caballo, solo ellos tres. Querían parecer lo más inofensivo posible para dar una buena impresión.

Bajaron la Montaña a toda prisa, dejando un rastro de polvo a su paso. Cintia y Antuán iban al frente y Tommy detrás, el chico no había dicho una sola palabra desde que se había levantado, y su ceño fruncido delataba su molestia. Pero eso no le impidió seguir centrado en la misión, y para él, desde la noche anterior, no había nada más que eso, completar la misión.

Varios minotauros que vieron al equipo trébol descendiendo de la montaña ya esperaban su llegada a la Colonia. Uno de los primeros minotauros que vieron a los forasteros fue Askar, uno de los minotauros más viejos y sabios del lugar, quien sacó un telescopio de mano para ver si los humanos que se acercaban traían armas consigo. A medida que los chicos se acercaban, más y más minotauros curiosos empezaron a reunirse y a chismorrear entre ellos sobre aquellos humanos que los visitaban.



Cuando arribaron al sitio, fue Askar quien dijo la primera palabra.

—Hola, humanos, ¿a qué se debe su tan inesperada visita? —preguntó, con esa voz gruesa y profunda, característica de los minotauros; mientras veía a los chicos de arriba a abajo a través de sus diminutos lentes con cristales redondos, analizándolos y sobando su barba blanca.

—Hola, señor minotauro, me llamo Tommy y ellos son mis compañeros, Cintia y Antuán —explicó, dando un paso al frente y señalando a cada uno—. Venimos del pueblo de Iridia, ubicado al norte. Queremos pedirles un favor, ¿es acaso usted el líder de esta colonia?

—El pueblo de Iridia, eh… Un muy bonito lugar, con casas con infraestructura muy bonita, claro; fueron diseñadas por nuestros antepasados —presumió Askar con una sonrisa altanera—. Además de que sus habitantes tienen un extraño poder que los hace fieros guerreros, les da la posibilidad de curar a otros y de hablar con los animales, como si de magia se tratase. Pero lo que más me sorprende de ese sitio es el enorme muro que

tienen al lado, el cual es un completo misterio para todos los demás habitantes —prosiguió. Askar había visitado en su juventud a Iridia en uno de sus tantos viajes en búsqueda de oro en tierras lejanas—. Supongo que el favor que necesitan de nosotros es de suma importancia, pues Iridia no está cerca de aquí.

—Sí, es un favor de suma importancia y solo ustedes nos pueden ayudar —afirmó Tommy.

—No soy con quien deben de hablar, mi sobrino es ahora quien controla esta tierra. Los llevaré con él, pero les advierto desde ya, que no solemos hacer favores, a menos que haya unas cuantas monedas de oro de por medio.

Askar subió junto a los chicos a un carruaje —el cual no tenía ruedas de madera, como era costumbre en aquel tiempo, sino de acero; y era empujado por rinocerontes—. De allí fueron a ver al líder de la colonia, Kronos, quien unos instantes atrás había sido notificado de la presencia de los humanos. Kronos se encontraba en su herrería preferida, afilando una de sus hachas de oro en una lijadora, cuando Askar llegó con los chicos.

—Kronos, aquí te traje a unos humanos del pueblo de Iridia que dicen querer pedirte un favor —dijo Askar.

—Los minotauros no hacemos favores —espetó Kronos, sin siquiera voltear a ver a los chicos, mientras chispas saltaban de su hacha.

—Si nos ayudas te daremos mil monedas de oro —anunció Tommy.

—¿Las traen consigo? —preguntó Kronos.

—No, están en Iridia, pero si nos ayudas te las daremos —respondió Tommy.

—Aquí no se trabaja de esa manera. Si no tienen las monedas consigo, mejor váyanse —agregó Kronos.

—Te lo imploramos, Kronos, esto es de vida o muerte, se trata de los bandidos del sur —dijo Antuán, quien desesperado se arrodilló ante el minotauro, que ni siquiera

había mostrado su cara.

Kronos fastidiado de los chicos se dio media vuelta, dejando ver su gran porte físico, con abdominales marcados en su abdomen, una armadura reluciente con toques de oro que cubría su pecho, un gran cinturón en su cintura y sus imponentes cuernos ondulados.

—No —repitió Kronos, inclinando su mirada para ver a Antuán arrodillado—. Si antes no pensaba ayudarlos, ahora que sé que se trata de los bandidos del sur, menos lo haré. No pondré en riesgo a mis hermanos por ustedes, ni siquiera por todas las monedas de oro del mundo —concluyó, dejando ver ese lado solidario que tenían los minotauros, quienes ponían el oro por delante de todo, pero por delante del oro, solo sus amigos y familiares.

—Ustedes van a la guerra —declaró Tommy, sin perder la seriedad que había mantenido desde que había despertado. El chico había notado algo que los demás no —. Cuando llegamos a la colonia y en el recorrido para llegar hasta ti, no vi ni un solo minotauro adulto, solo ancianos, hembras y niños. Al parecer todos están aquí, en la herrería, preparando sus armaduras y afilando sus armas al igual que tú.

Kronos no dijo una sola palabra. Pero detrás de él había decenas de minotauros fundiendo, golpeando y afilando sus armas de guerra.

—Dime cuál es tu enemigo y acabaremos con él por ti —propuso Tommy.

Kronos miró un momento a su tío, que aún seguía detrás de los chicos escuchando con atención, y se volvió a dirigir hacia ellos.

—Acompáñenme —indicó Kronos, ahora interesado en el trato que le sugirió Tommy.

Kronos, su tío y los chicos subieron de nuevo al carruaje, esta vez con destino a la casa de Kronos, ubicada no muy lejos de la herrería en la que se encontraban.

Cuando los chicos bajaron del carruaje, se encontraron con una casa no muy grande que el resto, pero con forma circular, hecha de madera muy fina y reluciente, con

un techo en forma de cono y ventanas circulares que dejaban ver algunas partes del interior de la casa. Cuando entraron, se llevaron una gran sorpresa, pues el interior de la casa de Kronos era acogedor —tratándose de un ser mitad humano, mitad toro—, como si del palacio de la reina Eva se tratase, pero mucho más humilde, con lámparas de luz tenues color amarillo, mesas de vidrio, sillas y muebles muy refinados, alfombras, una chimenea en el medio de la casa y una biblioteca con una cantidad enorme de libros.

Los chicos entraron al despacho de Kronos y tomaron asiento frente a un escritorio que había allí, Askar se sentó del otro lado del escritorio, mientras esperaba a Kronos, quien buscaba molesto por todo el despacho sin poder encontrar sus queridos tabacos. Por lo que tuvo que gritarle a su mujer, que se encontraba en otra habitación: —¡¿En dónde están mis tabacos, mujer?!

—¡Donde siempre los escondes para que no te los bote! —le gritó de vuelta ella desde su habitación—. ¡Vas a morir si sigues fumando! —concluyó la esposa de Kronos.

—La que me va a matar un día de estos eres tú —balbuceo Kronos en voz baja, mientras quitaba uno de los cuadros que había en su despacho para tomar los tabacos, los cuales él mismo había escondido allí de su mujer, aunque ella sabía que estaban allí.

Kronos agarró una caja de fósforos de su escritorio, prendió un tabaco y tomó asiento al lado de su tío, y antes de decir nada, le dio un profundo jalón a aquel tabaco, más de lo que cualquier humano podría darle, pues los pulmones de los minotauros eran el doble de grande.



—¿Quiénes son ustedes y qué quieren? —preguntó Kronos luego de haber botado todo el humo, que antes de matarlo a él, como afirmaba su esposa, podría haber matado a cualquiera de los chicos.

—Él y yo somos hijos de la reina Eva —contestó Tommy—, y ella es nuestra amiga. En la cima de la montaña tenemos a unos cuarenta soldados más esperándonos.

—Ja, ja, ja, esa vieja está loca, ¡más que mi esposa! —confesó Kronos, refiriéndose a la reina Eva, sin ningún tipo de filtro ante Antuán y Tommy—. Hace muchos años, cuando mi tío Askar aún era el líder de la Colonia, uno de mis hermanos (los minotauros solían llamarse entre ellos hermanos, teniendo o no la misma sangre) de la colonia del norte me dijo que la reina Eva le había pedido un nuevo trono, ya que el que tenía hacía que el trasero le doliese. Me lo encargo a mí, por lo que me puse manos a la obra, claro está, a cambio de varias monedas de oro. Cuando fui a entregárselo —dio otro jalón profundo a su tabaco—, la muy loca dijo que le había encantado, pero quiso

regatear conmigo el precio, lo cual nosotros nunca permitimos, ya que somos seres de palabra, no como ustedes. Sostuvimos una acalorada discusión hasta que se resignó y nos pagó lo acordado, para acto seguido recostar su cabeza sobre mi hombro, acariciar mi pelaje y decirme: “eres muy adorable”, como si yo fuese una especie de oso de peluche. Vaya momento más incómodo me hizo pasar su madre.

Antuán y Cintia se miraron luego de eso y rieron a carcajadas, conocían demasiado a la reina Eva como para saber que eso había sucedido tal cual lo había contado, pero, por otra parte, estaba Tommy, que no le hizo ni un poco de gracia la anécdota del minotauro y menos las risas de aquellos dos.

—Este no es el momento para estarnos riendo —advirtió Tommy, interrumpiendo las risas de sus compañeros—. Los bandidos del sur han estado secuestrando mujeres de nuestro reino durante décadas y, desde hace poco, también han secuestrado hombres. Queremos que acabar con ellos, pero necesitaremos sus tropas para lograrlo, puesto que los bandidos son muchos más que nosotros.

—Entiendo… —respondió Kronos—. Los bandidos del sur no se han metido jamás con nuestra tribu, supongo que se debe a que no les gustan nuestras mujeres minotauros, pero también porque saben de lo que somos capaces; aun así, entiendo que son unas lacras, siempre asechando en la oscuridad, formando alborotos de día y robando el oro de otros pueblos de noche, no me desagrada para nada la idea de borrarlos del mapa, además, desde que Morguil obtuvo ese bendito anillo, mira a las demás razas como si fuese un Dios. Estoy dispuesto prestarles algunos de mis mejores soldados si me ayudan con las tarántulas risueñas. ¿Han escuchado algo sobre ellas?

—No —respondieron los tres chicos al mismo tiempo.

—Se trata de un grupo de tarántulas negras y peludas del tamaño de leones, feas como ellas solas —explicó Kronos—. Y se comunican entre ellas con solo tres sonidos: sí, no, y un ruido que se asemeja al de las risas, por lo que pareciera que las muy desgraciadas siempre se estuviesen burlando de ti, y de ahí su nombre. Pero de graciosas no tiene mucho, poseen un veneno que paraliza casi al instante a quien muerdan. Por suerte, suelen ser bastante cobardes, solo atacan cuando se ven amenazadas y por lo general lo hacen de espalda. Solo atacan de frente cuando van en grupos grandes —le dio el último jalón a su tabaco, tratando de disfrutarlo al máximo, puesto que a partir de

ahora la conversación se tornaría más seria.

Mientras Kronos exhalaba todo el humo que quedaba en sus pulmones, que parecía no tener fin, los chicos advirtieron, según lo que les había comentado Kronos de las tarántulas, que lidiar con ellas no sería más sencillo que lidiar con los bandidos.

—Unos días atrás, un pequeño grupo de minotauros atravesó el bosque nebuloso, el lugar en donde las tarántulas risueñas viven —continuó contando Kronos, frunciendo el ceño y apretando sus puños—, para llegar a un río que estaba justo al salir de dicho bosque y que contenía oro, que solo los minotauros sabemos cómo extraer de la arena del río. Una vez mis hermanos recolectaron el oro suficiente, regresaron de inmediato, teniendo que pasar otra vez por el bosque nebuloso, pero fueron emboscados y atacados por un grupo considerable de tarántulas con el objetivo de robarles el oro, dirigidas por la madre tarántula, la cual puede hablar y entender nuestra lengua, y es del tamaño de cuatro elefantes juntos. Mis hermanos lucharon contra ellas hasta el final, pues nuestros principios dictan que nadie tiene el derecho de robarnos, mucho menos seres tan repugnantes como las tarántulas risueñas. Pero eran demasiadas, los envenenaron y les quitaron el oro. La madre tarántula solo dejó a uno de mis hermanos con vida, el cual tuvo que ver cómo se comía a los demás, con el único propósito de enviarme un mensaje con él. Lo envió a decirme que no volviese a enviar a mis hombres a aquel bosque.

—Ya veo, quieres que traigamos el oro robado de vuelta —manifestó Tommy.

—No has entendido aún a los minotauros, chico —le contestó Kronos—. Yo no quiero el oro de vuelta, lo único que quiero es vengar la muerte de mis hermanos, quiero que me traigan la cabeza de la madre tarántula, es lo único que deseo de ustedes. Si consiguen eso, los ayudaré.

Los chicos se vieron a la cara, incluyendo a Tommy, que dejó su indiferencia a un lado para ver las expresiones de sus compañeros sobre su nueva misión. No estaban seguros de si valía lo suficiente la pena para conseguir la ayuda de los minotauros. Pues en pocas palabras, pasarían de meterse en la boca del lobo (los bandidos), para entrar en la boca del león (las tarántulas).

Pero luego de conversar menos de cinco minutos en privado, tomaron la decisión. Si meterse en la boca del león los ayudaría a matar al lobo, lo harían; sin saber cuál de

las dos bestias era más fiera. Pero no había otra opción.

Una vez cerrado el trato con los minotauros, los soldados que esperaban sentados en la montaña fueron llamados a la colonia.

Los minotauros brindaron cobijo y comida durante ese día a los humanos, mientras que Kronos les explicaba a los chicos en que parte del bosque vivían las tarántulas y como atacarlas. Además, les suministro fósforos y varias botellas de vidrio con aceite de oliva dentro, un líquido muy inflamable, que les ayudaría a pelear contra las tarántulas, pues estás le temían al fuego.

Al día siguiente, cuando ya todos los soldados de Iridia estaban descansados, se montaron en sus respectivos caballos listos para partir hacia el bosque nebuloso. Planeaban regresar ese mismo día a la colonia por la madrugada, ya que el sitio no estaba muy lejos de allí, por lo que dejaron la mayoría de las provisiones en la colonia de los minotauros y partieron en busca de las tarántulas.

Su destino estaría al oeste, por lo que en principio deberían subir y bajar de nuevo la montaña, pero, los minotauros les revelaron a los humanos que habían cavado un túnel para atravesar dicha montaña mucho más rápido, por lo que los soldados de Iridia tomaron esa vía rápida y cabalgaron por la pradera, alejándose más y más de la colonia. Junto a ellos fue enviado Askar, que conocía aquel bosque y los ayudaría a llegar la guarida de las tarántulas risueñas, además de vigilar a los humanos, ya que Kronos aún no confiaba lo suficiente en ellos.

Como siempre, los soldados de Iridia cabalgaron en formación, con Tommy al frente de ella. Cintia aprovechó que la tensión había bajado y se acercó a Tommy para hablarle por primera vez desde que se habían cuestionado el misterio que traía Antuán.

—¿Estarás todo el viaje con esa cara? —preguntó Cintia.

—Es mi cara, no puedo cambiarla —espetó Tommy, sin rodeos.

—Acaso estás así por lo de Antuán y yo —dijo Cintia, preocupada.

—No, no es por ustedes —respondió el chico, aunque mentía, si era por eso—. De

hecho, me había olvidado de decírtelo. Felicitaciones, me alegro por ustedes, de verdad —prosiguió Tommy con una sonrisa falsa que no logró convencer a Cintia.

—Si no es por eso, ¿por qué es? —volvió a inquirir Cintia, aún más preocupada—. Eres la persona más especial que tengo y sabes que me duele verte así, ni siquiera me miras.

—La persona más especial para ti ahora es Antuán, no soy yo —contestó con discreción—. Y la razón por la que actúo así es porque me di cuenta de que me he estado preocupando por cosas que no valen la pena, a partir de ahora solo me quiero enfocar en mi misión.

—Todos estamos enfocados en esta misión, no solo tú, y eso no significa que ignoremos a nuestros compañeros, mucho menos a nuestros amigos.

—Esta no es mi misión… —aclaró Tommy—. Esta es la misión de Antuán, yo solo le estoy ayudando. Por eso necesito estar concentrado para salir vivo de aquí y enfocarme en mis asuntos.

—Ayúdame a entenderte, Tommy, lo único que quiero es ayudarte —Cintia tenía ya sus ojos blandos, a punto de llorar, y la indiferencia de su amigo no hacía sino entristecerla más.

—Si te explico lo que pasa ahora por mi cabeza, no lo entenderías. Y como te dije antes, ya has hecho demasiado por mí, no hace falta que hagas más. Por favor, vuelve a la formación —ordenó Tommy.

A Cintia no le quedó de otra que retroceder poco a poco, mientras secaba sus lágrimas con su antebrazo.

En este punto cualquiera podría pensar que Tommy se había comportado como un desgraciado, y razón no les faltaría, pero algo de razón también tendría Tommy al decirle todo aquello a Cintia.

Con la odisea de los bandidos y las dificultades por las que estaban pasando, Tommy empezó a olvidar que su verdadera meta estaba más allá de vencer a los

bandidos del sur. Y que para llegar a ella no solo debía de sobrevivir a su travesía actual, sino también mantener su objetivo en secreto, pues, aparte de Antuán, quien se había comprometido a ayudarlo si este lo ayudaba a vencer a los bandidos; nadie lo apoyaría, ni siquiera Cintia, en lo que planeaba hacer.

XIV

ENTRE RISAS Y SANGRE

Los soldados de Iridia llegaron al bosque nebuloso al mediodía. Una vez dentro, la niebla empezó a hacerse cada vez más densa a medida que iban avanzando, si hubiesen llegado más tarde, la niebla no los hubiese dejado ver más allá de sus propias narices. Por suerte contaban antorchas, faroles y con Askar, que los guio a través de los árboles secos y oscuros que parecían todos iguales; de no ser por él, se hubiesen perdido en un santiamén.



Cuando se aproximaron al lugar en donde las tarántulas vivían, empezaron a escuchar las carcajadas que las caracterizaban, venían de varios sitios a la vez, y parecían acercarse; aun con toda la incomodidad que las risas generaban en los soldados de Iridia, decidieron omitirlas y continuar avanzando. Fue así hasta que encontraron guindando de un árbol lo que parecía ser un cuerpo envuelto en telaraña, ¡pero tenía cuernos! Así que solo se podía tratar de una cosa.

Al ver eso, Askar sacó su espada de inmediato y cortó la telaraña que envolvía el cuerpo, cayendo este al suelo, y, como sospechaban, se trataba de un minotauro, uno de

los que se había tragado la madre tarántula. El minotauro estaba dormido, aún tenía veneno en su cuerpo y no podía despertar.

—No, no, no, —se escuchó de manera incesante de entre las ramas de los árboles, acompañado de risas.

Con su hallazgo, los soldados de Iridia empezaron a buscar entre la niebla el resto de los minotauros en las cercanías, consiguiéndolos a todos pronto y subiéndolos al carruaje en el que había venido Askar. Pero había un cuerpo colgando que llamó la atención de todos. Estaba en medio de los demás, se movía y no tenía cuernos. Fue Tommy quien se acercó a él y cortó la telaraña que cubría su cabeza, el chico no dio crédito a lo que vio. Se trataba de un humano, y, cuando ambos se vieron a los ojos se reconocieron al mismo tiempo, era el dueño del restaurante favorito del equipo trébol, que había desaparecido hacía un mes.

—¿Será que estoy en un sueño? —preguntó una voz femenina entre la niebla, a lo que las tarántulas respondieron: “no, no, no”—. ¿O será cierto que mis ojos están viendo a semejante hombre tan hermoso? —prosiguió la voz, refiriéndose a Tommy, y las tarántulas respondieron entre risas: “sí, sí, sí”.

—Tommy, tienes que huir de aquí ya —dijo el dueño del restaurante, quien se veía moribundo y confundido.

Cuando los soldados miraron otra vez a su alrededor, decenas de ojos rojos los observaban desde los árboles, las tarántulas los habían rodeado. Todos sacaron sus armas y se prepararon para lo peor.

—Tranquilo, todo estará bien, te prometo que regresaras a casa —le dijo Tommy al dueño del restaurante con toda la seguridad del mundo— eso sí, tendrás que darme comida gratis por algún tiempo.

Tommy terminó de cortar la telaraña que atrapaba al hombre y este cayó al suelo. El hombre como pudo se levantó y caminó con dificultad hacia donde estaban Cintia y Antuán, quienes lo ayudaron a montarse en el carruaje.

—¿Acaso has venido a buscarme? —prosiguió la voz femenina, que dejó ver su

rostro. Se trataba de la madre tarántula y se acercaba lento a Tommy, sin quitarle ninguno de sus ocho ojos de encima.

—Sí, sí, sí —respondieron las tarántulas risueñas.

—¿Con qué propósito? —preguntó la madre tarántula, que ya dejaba ver su imponente tamaño y su cara horrorosa—. Supongo que con el único propósito de amarme, cuidarme y quererme.

—Ja, ja, ja, sí, sí, sí —se escuchaba de entre los árboles.

La madre tarántula se paró frente a Tommy y acercó su rostro a él, pudiendo ver el chico su propio reflejo en los ocho ojos rojos de la tarántula gigante.

—Tú no eres como los que tienen los bandidos del sur, feos y viejos, como ese que te quieres llevar de aquí —afirmó la tarántula— tú eres especial, tú eres para mí.

—¿Qué tienes que ver tú con los bandidos del sur? —preguntó Tommy intrigado, y guardó su espada para que la madre tarántula sintiera confianza de él.

—Nada, con ellos, nada, pero contigo quiero todo —respondió ella, mientras el resto de tarántulas reía sin cesar. La situación ya empezaba a molestar a Tommy.

La madre tarántula se tomó un momento para apartar siete de sus ocho ojos de Tommy y observar a los demás.

—Veo que has traído muchos hombres guapos para mí, de varios colores y tamaños, pero todos apuestos y musculosos —continuo la madre tarántula—. Pero entre tanta belleza veo algo que no me gusta, algo que me disgusta —las tarántulas empezaron a repetir: “no, no, no”—. Trajiste contigo a un minotauro, y yo les advertí que no volviesen por aquí —la madre tarántula volvió a colocar todos sus ojos sobre Tommy—. Pero como eres mi príncipe azul, te daré la posibilidad de evitar que todos mueran ahora mismo —“sí, sí, sí”, se volvió a escuchar fuerte de entre los árboles—. Si ahora, en este mismo instante, me dices que soy la más hermosa, me quedaré solo contigo y dejaré ir a todos los demás.

Un silencio absoluto cubrió el bosque. Las tarántulas dejaron de reír y los humanos de hablar, todos atentos a la respuesta de Tommy.

La madre tarántula estaba tan enfocada en Tommy que no se percató que Askar se fue acercando a ellos con cuidado. Pero Tommy sí pudo verlo en el reflejo de los ojos de la madre tarántula. Y cuando Askar se detuvo a unos cinco metros del chico y se dio media vuelta, Tommy decidió responderle a la madre tarántula.

—¡Eres horrorosa! —gritó Tommy a los cuatro vientos.

Antes de que la madre tarántula pudiera hacer o decir algo, Tommy desenfundo su espada de nuevo, activó su kosmo y en un abrir y cerrar de ojos corrió por debajo de la tarántula gigante e hizo cortes profundos en sus ocho patas; quedando Tommy empapado de su sangre morada y cayendo esta al suelo, con su cabeza expuesta. Si lograban matar a la tarántula en ese momento, la batalla acabaría de inmediato, pues sus súbditas no actuaban sin la orden de su madre y terminarían por huir.

Antuán, que se había quedado con el resto de soldados, esperando su momento para actuar, corrió hacia donde estaba Askar, quien ya tenía sus manos juntas en su abdomen a modo de peldaño, para que Antuán pusiera su pie allí y fuera lanzado por los aires en dirección a la madre tarántula.

Cuando la madre tarántula alzó su vista, confundida y adolorida aún por lo que le había hecho Tommy, vio a Antuán, y quizá haya pensado que se trataba de un regalo de los Dioses arácnidos, pues un joven tan apuesto como Tommy bajaba de los cielos a toda velocidad hacia ella. Pero, el joven con silueta de Dios griego no se aproximaba a ella para abrazarla y besarla como ella creía, él venía a cortarle su cabeza de un tajo.

La madre tarántula solo pudo reconocer las verdades intenciones de Antuán cuando este ya estaba a un metro de ella, pero, para su suerte y por desgracia de los humanos, sus súbditas la protegieron, lanzándole a Antuán, en el aire, unas potentes redes de telarañas, que lo estamparon contra un árbol, inmovilizándolo por completo.

El plan había fallado y la madre tarántula consiguió levantarse mientras sus patas temblaban por los cortes, estaba endemoniada. Cuando esta se dio media vuelta, vio a

Tommy igual de enojado que ella y listo para luchar hasta la muerte.



—¡Mátenlos! —ordenó la madre tarántula. Sus súbditas, que estaban en los árboles, empezaron a disparar telarañas hacia los soldados, y las que estaban en el suelo, se acercaron a estos para morderlos y envenenarlos.

Cuando la batalla empezó, un grupo de cinco soldados fue a rodear deprisa el carruaje de Askar, para proteger a los minotauros y al hombre de Iridia. Otro grupo más pequeño fue a liberar a Antuán de las telarañas. Y Los demás lucharon contra las tarántulas con sus espadas y flechas en llamas, las cuales fueron imbuidas en aceite y encendidas con ayuda de las antorchas que tenían.

Tommy, quien se encontraba cara a cara con la madre tarántula, sacó un frasco con aceite de oliva que traía consigo, lo lanzó por los aires y gritó: —¡Cintia! —de inmediato la chica, que no le había quitado el ojo a su amigo a pesar de la batalla en la que estaba, preparó su arco desde la distancia y disparó una flecha en llamas hacía la botella que acaba de arrojar Tommy.

La botella explotó y el fuego cayó sobre la madre tarántula, quemando su espalda y haciéndola chillar de dolor, por lo que debió de voltearse bocarriba para tratar de apagar el fuego con la arena. Tommy aprovechó el momento e intentó contarle la cabeza, pero sus súbditas seguían protegiéndola y lanzaban telarañas hacia él para intentar inmovilizarlo. Tommy, desesperado de no poder conseguir la cabeza del bicharraco, sin la cual no podría contar con la ayuda de los minotauros, empezó a correr en forma circular alrededor de la tarántula, regando aceite en la arena seca, mientras esquivaba los ataques de las súbditas de la madre tarántula. Cuando terminó de regar el líquido, sacó un fósforo y lo encendió, le dio la espalda a su enemiga y miró a sus compañeros, que se encontraban en plena batalla.

—¿Qué estás haciendo, Tommy? —gritó Cintia, quien adivinó las intenciones del chico.

—¡No lo hagas, hermano, espera nuestra ayuda! —gritó también Antuán, quien aun estando en el suelo con una tarántula encima de él tratando de devorarlo, tuvo la necesidad de mirar a Tommy luego de escuchar el grito de Cintia. Pero cuando vio la cara de su hermano, no percibió miedo alguno; él estaba enojado, lleno de odio, en realidad quería acabar con la tarántula gigante con sus propias manos.

—No se preocupen por mí, ya se los dije antes, no pienso morir en esta misión —concluyó Tommy antes de arrojar el fósforo al suelo y encender las llamas, que se esparcieron rápido y formaron un muro circular de fuego.

Ahora que las llamas rodeaban por completo a Tommy y a la madre tarántula, sus súbditas ya no podrían ayudarla. Solo uno de los dos podría salir vivo de allí.

—Sabes… hace mucho tiempo viví en un lugar parecido a este —le confesó Tommy a la madre tarántula, que ya se había levantado de nuevo, con ojos que reflejaban el fuego que había no solo delante de ella, sino dentro—. Un sitio en donde un muro me encerraba y me obligaba a convivir con basura como tú —si ya antes Tommy había perdido la paciencia con la tarántula gigante, ahora esta la había perdido con él—. Logre escaparme de allí, sin tener que herir a nadie, pero… Esta vez será distinto, te lo aseguro —Tommy volvió a activar su kosmo listo para pelear.

Afuera del muro de fuego, la lucha contra las tarántulas seguía y nadie daba brazo

a torcer. Media hora pasó para que la batalla culminara. El fuego había ayudado matar a muchas tarántulas y espantar a otras pocas. Pero ellas también habían envenenado y devorado a muchos soldados. Muchos cuerpos quedaron esparcidos por el suelo con sus espadas aún llameantes.

Antes de que el muro de fuego se desvaneciera, los soldados sobrevivientes se posicionaron alrededor de él con sus armas listas para lo peor. Todos esperaban no tener que usarlas y ver a un Tommy vencedor. Pero no fue así, cuando las llamas bajaron lo suficiente como para ver a través de ellas, lo único que encontraron fue un suelo lleno de sangre morada. Tommy y la madre tarántula no estaban, se habían esfumado.

Los soldados se miraron entre ellos, incrédulos, tratando de buscar una explicación posible para lo que estaban viendo. La sangre morada esparcida en el suelo indicaba que Tommy le había puesto las cosas difíciles a la madre tarántula, pero, por alguna razón, no había logrado salir vencedor. Cintia y Antuán propusieron a su grupo iniciar una búsqueda de inmediato para encontrar a su amigo. No obstante, Askar se negó, él, como todo buen minotauro, tenía un gran corazón y también quería buscar al chico que lo había ayudado a encontrar a sus hermanos minotauros que daba por muertos, sin embargo, también era demasiado sabio como para quedarse allí más tiempo. Ya había caído la noche y él mejor que nadie sabía que en ese momento tenían todas las de perder, además, había soldados heridos que requerían de atención médica urgente y llevar a los minotauros envenenados de regreso a la colonia era su prioridad.

Viendo la situación en la que estaban, Antuán y Cintia decidieron obedecer a Askar. Los soldados de Iridia se montaron en sus caballos y con Askar dirigiéndolos, cabalgaron con dificultad entre la espesa niebla, llevando consigo los cuerpos de los soldados caídos, pues querían darles un entierro digno.

Apenas salieron del bosque nebuloso y se alejaron del peligro —por ahora—, el hombre de Iridia que mantenían en cautiverio las tarántulas empezó a contar cómo había llegado allí.

Resulta ser que los bandidos del sur no habían empezado a secuestrar hombres de Iridia para convertirlos en esclavos, como pensaba la mayoría de la población, ni tampoco habían desarrollado un gusto particular por los hombres, como aseguraba un pequeño grupo. Lo que hacían con ellos luego de raptarlos era venderlos a cambio de

oro. Pero la única criatura que estaba dispuesta a pagar por los hombres humanos, era la madre tarántula, que tenía una rara fascinación por estos, y los obligaba a hablar con ella y a elogiarla durante días, pero en cuanto se cansaba de alguno de ellos los devoraba de un bocado. Esa era la razón por la cual la tarántula gigante había decidido despojar a los minotauros de su oro. El dueño del restaurante de Iridia tuvo que oír, mientras estaba envuelto de pies a cabeza en telaraña, como la tarántula gigante devoraba a otros hombres que habían sido secuestrados por los bandidos. Pero también como vomitaba a los minotauros, pues él escuchó a la madre tarántula decir que tenían un sabor repúgnate y que esperaría a que murieran de hambre. Para la suerte del hombre, fue el último en ser vendido a las tarántulas y, por tanto, iba a ser el último en ser devorado, esto debido a que era viejo y no cumplía los cánones de belleza masculina que la madre tarántula buscaba en sus presas.

«Pero a todas estas. ¿Para qué querían el oro los bandidos del sur?», se preguntaron todos, humanos y minotauro.

—Durante el tiempo que estuve secuestrado en la guarida de los bandidos —empezó a explicar el dueño del restaurante de Iridia—. Logré presenciar como los bandidos del sur estaban fundiendo una gran cantidad de oro para, según los otros prisioneros que estuvieron cerca de mí, antes de que fueran vendidos a las tarántulas; crear un objeto que utilizarían como medio conductor de su kosmo oscuro para potenciarlo —cosa que ya antes habían intentado con éxito con otros metales, pero, hacía poco descubrieron que el oro les otorgaba una cualidad única—. Al parecer, el oro les dará la capacidad de domar ya no solo a las bestias más salvajes, sino también a la más inteligente, los minotauros —como ya mencioné antes, los minotauros eran seres pacíficos y con una inteligencia superior a la de los humanos. Pero dentro de su complejo razonamiento lógico, tan propio de los humanos, tenían una extraña adicción a recolectar oro, que no se adjudicaba al raciocinio humano, sino más bien a su lado animal visualmente palpable, pero cuyo único rastro a nivel cognitivo era ese, la adicción al oro. Era algo instintivo en ellos, no podían controlarlo—. Los bandidos del sur planean combinar su kosmo oscuro y el poder del anillo real con el magnetismo místico que generaba el oro en los minotauros para controlar sus mentes y usarlos a su favor para su gran rebelión. Quieren regresar al lugar del que fueron desterrados con un ejército de minotauros listos para la guerra, y tomar venganza de Iridia.

Askar no podía creer a lo que escuchó, durante sus muchos años de vida,

doscientos treinta para ser exactos, nunca oyó nada similar. Pero prefirió no mostrar su asombro y guardar silencio hasta reencontrarse con Kronos y contarle todo lo que había oído y vivido en el bosque nebuloso.

La nueva pareja de esta historia, Cintia y Antuán, que con todo el ajetreo de su misión no habían podido disfrutar ni un minuto de su relación, luego de escuchar las palabras del hombre al que habían salvado, tuvieron un conflicto interno de emociones. Por un lado, no pudieron evitar quedar aterrados ante la idea de un posible ataque a su pueblo y a las personas que amaban, pero, por otro lado, querían ignorar esa posibilidad por un instante e ir solos en busca de su mejor amigo, dejando todo atrás. Solo de imaginar las cosas que podría estarle haciendo la madre tarántula a Tommy en ese momento, les daba náuseas. Desde el instante en que la pareja se unió, solo emociones negativas los habían envuelto: miedo, incertidumbre y odio. Pero mientras no vieran a Tommy muerto, no dejarían que esas emociones negativas los vencieran, no se rendirían hasta encontrar a su amigo y salvar a su pueblo.

Cuando los soldados de Iridia llegaron a la colonia de nuevo, un gran número de minotauros, incluyendo a Kronos, ya los esperaban con ansias en la entrada del túnel que atravesaba la montaña. Kronos, quien se encontraba fumando cuando los soldados llegaron, dejó caer su tabaco al suelo cuando vio dentro del carruaje de su tío a sus hermanos minotauros que todos daban por muertos.

Los guerreros de Iridia estaban exhaustos, muchos se desplomaron apenas bajaron de sus caballos, pero todos sentían que les quedaba poco tiempo y que debían actuar con rapidez, pues ya conocían las verdaderas intenciones de los bandidos del sur.

Los minotauros, viendo el estado en el que habían llegado los soldados humanos y los minotauros envenenados, los llevaron de inmediato al hospital más cercano para tratar sus heridas y el veneno. Aquellos que no habían sufrido de heridas graves, fueron llevados a unas casas que habían desalojado el día anterior para que pudiesen descansar y comer allí.

Askar, Cintia y Antuán se dirigieron a la casa de Kronos acompañados por él. Cuando llegaron, su esposa los esperaba en la puerta preocupada. Al verlos, de inmediato corrió a abrazar a Askar y a revisar a la pareja humana en busca de heridas.

—Ya déjalos en paz, mujer, ellos están bien —indicó Kronos, sin siquiera haberles preguntado a los humanos si en realidad lo estaban.

—Pues no se ven bien —respondió enojada su mujer—. Cintia tiene varias cortadas en sus brazos y Antuán tiene su armadura repleta de abolladuras.

—Sí, bueno, pues ya están a salvo —dijo Kronos. La situación fue bastante incómoda para Antuán y Cintia, pero no para Askar, él ya estaba acostumbrado.

—A salvo, pero no gracias a ti —respondió su mujer con ironía—. Mientras que ellos luchaban por sus vidas en el bosque nebuloso, tú estabas aquí fumando tus asquerosos tabacos.

—¡Ya para! —gritó Kronos, lleno de vergüenza—. Vas a hacer que se me caigan los cuernos de la rabia un día de estos.

—Estamos bien, no te preocupes por nosotros —le dijo Askar a la esposa de Kronos para calmarla, ya estaba harto de escucharlos discutir—. Vamos a hablar a solas un momento en el despacho —le indicó a ella para culminar su conversación y entrar a la casa.

Cuando entraron al despacho de Kronos, los invitados tomaron los mismos asientos que la primera vez, dejando el puesto del medio vacío, que le correspondía a Tommy. Mientras Kronos prendía otro tabaco fue inevitable para él notar la ausencia de Tommy, y cuando se dispuso a tomar asiento, lo primero que hizo fue preguntar por él.

Askar, quien sería el único que hablaría durante un buen rato, relató los hechos que habían vivido en el bosque nebuloso tal cual sucedieron, explicándole cada mínimo detalle a su sobrino. Kronos se limitó a escuchar a su tío sin interrumpirlo, mientras que el humo de su tabaco inundaba su despacho, a causa de la ansiedad que le generaba imaginar la situación por la que habían pasado los humanos, creando una delgada niebla de humo. El líder minotauro pudo ver en los ojos de Cintia y Antuán la desesperación e incomodidad que tenían, querían salir corriendo ya, pero no del despacho, sino de la colonia en busca de Tommy.

—¿Nos ayudará o no? —preguntó desesperado Antuán, apenas Askar terminó de

hablar.

Kronos miró a la pareja de humanos y no respondió de inmediato.

—No miento cuando digo que siento todo por lo que tuvieron que pasar —confesó Kronos luego de su fría pausa—. Pero dejamos muy claro cuál era nuestro trato: nuestra colaboración a cambio de la cabeza de la madre tarántula. Y no me han traído la cabeza de esa desgraciada, que ahora solo estará pensando en vengarse de nosotros.

—Pero trajimos de regreso a sus hermanos minotauros con vida —dijo Cintia, levantándose y dando un fuerte golpe al escritorio—. Si no hubiese sido por nosotros, esos minotauros hubiesen muerto.

—Te equivocas —respondió Kronos sin perder la compostura—. Antes de que ustedes llegaran nosotros estábamos listos para ir al bosque nebuloso.

—Nosotros trajimos a sus hombres sacrificando la vida de los nuestros —prosiguió Cintia—. Si hubiesen ido ustedes desde el principio, ¿creen que la historia hubiese sido distinta? Gracias a nosotros evitaron tener que ensuciarse las manos de sangre y no tener que ver morir a sus hermanos para traer a otros de vuelta —Cintia no pudo evitar conmoverse al recordar la pérdida de Tommy y rompió en llanto.

Antuán intentó consolar a Cintia, tratando de no caer él en la misma situación, pero ella estaba desbastada y no hubo nadie que pudiese calmarla en ese momento.

—Todo esto es su culpa —declaró Cintia, señalando a Kronos, con ojos llenos de lágrimas y su cara roja por la ira—. Si no hubiese sido por su estúpido trato, él estaría aquí con nosotros —Cintia tomó de su bolsillo la caja de fósforos que le había dado Kronos antes de salir de la colonia y lo arrojó con fuerza sobre el escritorio, saliendo los fósforos volando por doquier, para luego salir ella del despacho sin decir una palabra más.

—¿Cómo puede hacer esto sabiendo lo que planean hacer con ustedes los bandidos del sur? —dijo Antuán, incrédulo por lo frio que estaba siendo Kronos con ellos.

—Eso por ahora son solo rumores de uno de sus hombres, ¿cómo puedo estar

seguro que no se trata de un truco para convencerme de ayudarlos? No pienso arriesgar la vida de mis hermanos por ustedes, además, ahora debo de planear otra vez un ataque a las tarántulas, ya que querrán cobrar venganza —respondió Kronos.

—Askar, tú que viste todo lo que pasó, tú que alguna vez fuiste el líder de todos los minotauros y que sé que tienes un buen corazón —prosiguió Antuán—. Dime, ¿qué harías tú?

Askar vio a Antuán a los ojos, y solo con el movimiento de sus cejas y labios le dio a entender al humano que él sí los ayudaría. Sin embargo, de su boca salió una respuesta distinta, dijo que él ya no era el líder de la colonia, que la decisión ahora no estaba en sus manos y no había nada que pudiese hacer al respecto. Antuán no podía estar más abatido en ese momento: no había descansado nada desde hacía un día, apenas había comido algo, los golpes que había recibido la noche anterior y que por la adrenalina no dolieron, ya le empezaban a doler, en su cabeza seguía estando el miedo a que los bandidos actuaran en cualquier momento y el sentimiento de soledad que generaba la ausencia de Tommy lo deprimía. Antuán no quiso seguir discutiendo y sin más que decir dio media vuelta para salir de allí.

—Siento no poder ayudarlos con los bandidos del sur —le dijo Kronos a Antuán antes de que este saliera—, pero pueden quedarse el tiempo que necesiten en la colonia. Sé que están cansados.

—Tiempo es justo lo que no tenemos —concluyó Antuán antes de salir del despacho.

Al salir del despacho, Antuán vio a Cintia sentada en uno de los muebles junto a la esposa de Kronos, quien estaba hablando con ella para consolarla. Antuán le dijo a Cintia que había terminado de hablar con Kronos y que debían irse. Cinta se despidió de la esposa de Kronos y salió junto a Antuán rumbo a la montaña que habían subido antes, en donde descansarían y hablarían a solas, pues Antuán no quería ver a los minotauros de nuevo en su vida.

Al llegar a la cima de la montaña, no les dio tiempo siquiera de hablar sobre lo que Antuán había concluido con Kronos o de lo que harían para buscar a Tommy. Quedaron dormidos uno al lado del otro en la verde grama a plena luz del día.



Antuán durmió todo el día y despertó cuando la noche empezó a caer. Cuando abrió los ojos, Cintia estaba sentada a su lado, sanando sus heridas con su kosmo, con una cesta de comida y sabanas para arroparse del frío de la montaña, que les había traído la esposa de Kronos cuando aún estaban dormidos.

—Supongo que no pudiste llegar a nada con Kronos —comentó Cintia sin dejar de tratar las heridas de Antuán.

—No, ellos no nos ayudarán… Dijo que podíamos quedarnos todo el tiempo que quisiéramos en la colonia para descansar, pero quedarnos más tiempo aquí sería absurdo.

—¿Crees que Tommy aún sigue vivo? —preguntó Cintia.

—Lo está, estoy seguro —afirmó Antuán—. Antes de que se adentrara en el fuego a pelear con la madre tarántula nos dijo que aún no iba a morir. Y sé que cumplirá su palabra.

—Si en verdad sigue vivo, sé en dónde está —confesó Cintia—. Es una sensación extraña, como cuando lo encontré al otro lado del gran muro. Ese día no pude verlo ni oírlo, pero algo dentro de mí me decía que debía detenerme en ese punto exacto, mis

padres siempre decían que fue la espada de la primera monarca quien me llamó, pero estoy segura de que no fue solo la espada, fue Tommy. Él está en la guarida de los bandidos, estoy segura.

—Tiene sentido, la madre tarántula, luego de nuestro ataque tuvo que haber huido directo a la guarida de los bandidos del sur para informarlos de nuestra presencia, y tal vez, pedir de su ayuda para protegerse del ataque de los minotauros.

—Sí, además, la madre tarántula estaba obsesionada con Tommy, espero que su fascinación por él no se haya acabado del todo en el bosque nebuloso y de que aún lo mantenga con vida —dijo Cintia.

—Si lo que estamos suponiendo es cierto, los bandidos se apresurarán aún más en poner en marcha su plan, pues saben que estamos cerca de ellos y que hemos tenido alguna relación con los minotauros, su principal objetivo. Aunque la verdad es que ya no queremos tener nada que ver con esas bestias peludas. Mañana por la mañana saldremos a buscar la guarida de los bandidos del sur, en dondequiera que este, solo tú y yo. Arriesgar la vida de más hombres no tiene sentido, ya hemos perdido muchos.

Esa fue la primera noche en la que ambos pudieron hablar como pareja. Ante la enorme posibilidad de fracaso, ambos recordaron lo que unos días atrás ellos mismo habían dicho: “aprovecha el día de hoy que estás vivo para decir lo que sientes, porque mañana quizá no lo estés”. Hablaron durante horas, tratando de ignorar lo que estaban viviendo y lo que se les vendría, recordando los momentos en los que estaban en Iridia, cómodos y felices, junto a sus familias y amigos, hasta que el sueño de la madrugada los arropó y cayeron rendidos de nuevo, listos para su última lucha.

XV

OLOR A DESGRACIA

Fueron unos suaves golpes de bastón que despertaron a Cintia y a Antuán en la mañana, el sol había salido hacía un rato, pues se habían acostado muy tarde la noche anterior y no pudieron madrugar como planeaban. Fue Askar quien los despertó con el bastón que utilizo para subir la montaña.

—Pensé que ya habían partido en busca de su amigo —dijo Askar, quien estaba parado junto a la pareja, tapando la luz sol que les estaba dando en la cara.

Antuán al salir de su sueño y reconocer la figura de Askar se levantó y dijo: —¿Qué haces aquí? Ya no queremos tu falsa bondad.

—Tranquilo, niño, no vengo a decirles nada. Solo vengo a entregarles esto, lo necesitarán.

Askar les entregó un mapa que había estado dibujando toda la noche, en donde mostraba la ubicación exacta de la guarida de los bandidos. Luego de darles el mapa a los chicos, se retiró a paso suave con su bastón, no sin antes desearles buena suerte.

—Askar, haznos un último favor —dijo Cintia de imprevisto, cuando el minotauro ya estaba bajando la montaña. Sabía que necesitarían varias cosas para el viaje y Antuán no se las pediría y tampoco querría bajar de nuevo por orgullo—. Envíanos algunas provisiones para el viaje con mi caballo —Cintia puso su mano sobre el lomo de su caballo y le pidió que fuera con él—. Y por favor, no le cuentes de esto a nuestros compañeros, sino saldrán a buscarnos.

Askar alzó su mano, mientras seguía bajando, y les hizo una señal de “ok” con ella. El caballo de Cintia bajó junto al minotauro y volvió a subir al cabo de un rato con una mochila en su lomo que contenía flechas, botellas con aceite, fósforos, tres capas color marrón, cuerda y una nota que decía: *sé que no pidieron la cuerda ni las capas de color marrón, pero algo me dice que las necesitaran.* En cuanto terminaron de equiparse, bajaron la montaña y siguieron el mapa que les había hecho Askar, el cual los conduciría

a su destino.

El lugar estaba a varios kilómetros de la colonia de minotauros, por lo que la noche cayó antes de que pudieran llegar a la guarida. Unos cuantos cientos de metros antes de llegar al sitio, se encontraron con un bosque, común y corriente. Los chicos encendieron sus faroles para ver en la oscuridad, se adentraron lento en el bosque y subieron las capuchas de sus capas, ya que una suave llovizna, que duraría casi toda la noche, empezó a caer. Entretanto cabalgaban, los chicos prestaron atención a cada ruido, puesto que los bandidos del sur podrían estar en cualquier sitio esperándolos.

Según el mapa de Askar la guarida de los bandidos estaba justo en el centro del bosque, y podrían reconocerla fácilmente, ya que estaba dentro de un enorme cráter en el suelo. Sin embargo, a la pareja no le hizo falta ver el cráter para saber que ya habían llegado, pues cuando estaban cerca del lugar pudieron escuchar a lo lejos las fastidiosas risas de las tarántulas, que los guiaron hasta el sitio.

Cuando llegaron al borde del cráter, Cintia y Antuán se detuvieron, bajaron de sus caballos y los amarraron a unos árboles que estaban más atrás. Luego se acostaron en el borde del cráter, asomando solo sus cabezas, y miraron hacia abajo, observando todo el panorama.

La guarida, tal y como había dicho Askar, se trataba de un cráter redondo de medio kilómetro de diámetro en medio del bosque. En él, la tierra era infértil, no crecía ningún tipo de vegetación, y la poca agua que había se obtenía mediante pozos de agua que habían excavado los bandidos, los cuales se llenaban con las lluvias. No había recursos minerales debajo del suelo, los días allí eran muy calientes, las noches frías y las brisas del lugar hacían que la arena del suelo se levantase y fuera un verdadero problema. Todo eso hacía que los bandidos tuviesen que salir a menudo del cráter para buscar comida y otros recursos para sobrevivir en su día a día, pero, al estar en un hoyo terrestre, salir y entrar allí era algo bastante tedioso, aun teniendo escaleras de piedra para hacerlo.

En definitiva, la guarida de los bandidos, si bien fue un lugar poco conocido y alejado del resto civilizaciones, no era en realidad un buen sitio para vivir, incluso para seres tan miserables como los bandidos del sur. La verdadera razón por la cual ellos habitaban allí, se debía a un antiguo misterio escondido en el suelo.

Cuando Cintia y Antuán asomaron sus cabezas en la oscuridad y vieron la guarida desde la altura, notaron la presencia de cientos de huesos de animales y de bestias salvajes: pequeñas, grandes y colosales, algunos sobre el suelo y otros incrustados en él por el paso del tiempo. La leyenda cuenta que hacía millones de años en ese bosque había caído desde el espacio un meteorito, el cual provocó el enorme cráter en el suelo, dicho meteorito emanaba un aura amarillenta y un olor putrefacto que atraía a los animales y bestias a kilómetros de distancia, pero no a todos, sino aquellos que estaban a punto de morir. Con el paso del tiempo y la erosión, el meteorito desapareció, pero el aura y el olor quedaron impregnados en el suelo, lo que hacía que aquellas bestias que estaban a punto de morir, se sintieran atraídas por aquel lugar, pasando así sus últimas horas de vida allí antes de morir. Pero, además, fue de ese suelo de donde los bandidos obtuvieron su kosmo oscuro, mezclando el kosmo heredado de Iridia con la esencia oscura que emanaba el suelo, esa era la razón por la cual los bandidos vivían allí.

Antes de hacer cualquier cosa, los chicos vieron en qué consistía la guarida de los bandidos. Primero observaron un gran conjunto de carpas que abarcaban casi todo el cráter, hechas de telas impermeables y huesos como estructura, allí era donde los bandidos pasaban las frías noches. Luego se percataron de las lámparas esparcidas por todos lados para alumbrar durante las noches y las numerosas fogatas para el frío, que, debido a la llovizna ascendente, cada vez se encogían más; sin embargo, salvo la circunferencia del cráter, el lugar en general estaba bien iluminado, por lo que no sería fácil para ellos pasar desapercibidos. Con algo de dificultad pudieron ver algunos pozos de agua que utilizaban para hidratarse, esparcidos por todo el cráter de forma estratégica, y con mucho menos esfuerzo pudieron ver a las tarántulas, quienes estaban trepadas en lo alto de los enormes huesos de bestias muertas.

Desde el primer momento que los chicos empezaron a ver el sitio, hubo algo que no dejaba de llamar su atención, se trataba de una enorme estatua piedra en forma de dos manos que salían del suelo y se juntaban para sostener un gran aro de oro, que relucía a la distancia. Era allí en donde estaba Morguil, el líder de los bandidos del sur, junto a todos sus secuaces reunidos, que eran al menos ciento cuarenta, mucho más de lo que predecían los chicos.



La enorme pieza de oro puro y macizo, con forma circular, tendría el peso de unas diez toneladas y sería el instrumento que usarían los bandidos, junto al anillo real y al poder místico del ya extinto meteorito, para controlar la mente de los minotauros. Pero a la enorme pieza de oro aún le faltaba un pequeño pedazo para estar completa. Varios bandidos estaban trabajando sin descanso fundiendo el oro que faltaba para completar su arma definitiva.

No fue fácil para los chicos despegar su mirada de tan increíble y brillante objeto. Pero aun sabiendo lo que significaba que los bandidos del sur terminaran con dicha pieza, para ellos en ese momento se podía ir todo a la mierda, lo único que querían era salvar a su amigo y hermano, y luego de eso, y solo luego, decidirían lo que harían con

los bandidos.

Los chicos ignoraron la pieza de oro y siguieron paseando su mirada por el lugar con atención, observando los huesos de una bestia colosal, casi del tamaño del cráter, que había muerto bocarriba y dejaba ver sus enormes costillas que se alzaban como torres. En la cima de cada una de las costillas de la bestia ya extinta, había jaulas de metal sujetas con poleas para que los bandidos pudiesen subirlas y bajarlas a voluntad, en las cuales había mujeres de Iridia prisioneras, vigiladas por las tarántulas que no paraban de reír. Vigilar a las mujeres de Iridia no era el trabajo de las tarántulas, pero, ya que todos los bandidos estaban enfocados en terminar la pieza de oro, a las tarántulas se les había encomendado la vigilia de aquellas mujeres. Pero había una jaula en especial que estaba resguardada por la madre tarántula, allí estaba Tommy, cabizbajo y empapado por la llovizna, ¡pero vivo!



Cintia y Antuán se miraron a la cara y sonrieron, el alivio en sus corazones al ver a Tommy vivo fue palpable. Sí, sintieron alivió, aun estando en la peor situación posible. Sin embargo, ese no era el momento de preguntarse si estaban felices, tristes, asustados o emocionados; lo único que sabían era que debían actuar rápido para sacar a Tommy de su apuro; sin embargo, la madre tarántula y sus ocho ojos serían un gran problema para lograrlo.

Primero pensaron en arrojar una piedra a la jaula en la que estaba Tommy, para

que este, con suerte, mirase hacia donde ellos estaban, pero claro, la madre tarántula tenía seis ojos más que Tommy y lograría verlos antes, sin mencionar la posibilidad de que fallaran al arrojar la piedra por la gran distancia. Luego planearon usar la espada de Antuán para reflejar la luz de la luna y crear un destello que pudiese ver Tommy, no obstante, terminaría por suceder lo mismo.

Su astucia sería primordial para comunicarse con Tommy sin que la bestia arácnida se diese cuenta. La pareja se tomó su tiempo para planear lo que harían, no obstante, luego de un rato de analizar sus posibilidades, no llegaron a nada, el ruido repetitivo y odioso de las tarántulas no los dejaban concentrarse. No fue sino cuando decidieron agudizar su oído y escuchar más allá de las risas de las tarántulas, que se percataron del ulular (sonido característico) de una lechuza en la cima de un árbol. En ese momento se les ocurrió un plan para liberar a Tommy.

Antuán retrocedió unos metros al árbol en donde había amarrado a los caballos y del morral de provisiones sacó la cuerda que les había dado Askar, algunos frascos de aceite, fósforos y las capas color marrón, mientras que Cintia, toda una experta en animales por sus numerosos viajes como exploradora, empezó a imitar el sonido de las lechuzas para atraerla.

La lechuza voló hasta donde estaba la chica y se paró en su antebrazo. Cintia acarició su espalda y utilizó su kosmo para hablar con ella. Le preguntó si ella podría volar hasta la jaula de Tommy para dejarle un mensaje, a lo que la lechuza respondió con un rotundo: “no”. Las lechuzas son tan misteriosas como listas, y no se arriesgaría a ser la cena de la tarántula de gratis. Eso sin mencionar el mal rollo que le daba meterse en el cráter, pues era bien sabido por los habitantes de ese bosque que allí solo entraban quienes estaban a punto de estirar la pata, y ella consideraba que estaba más viva que nunca. Por lo que Cintia tuvo que prometerle algo a cambio de arriesgar su vida. Le dijo que, si hacía lo que ella le estaba pidiendo, le daría comida ilimitada de Iridia una vez salieran de allí.

Tommy estaba sentado en la jaula, abatido, aun con su armadura puesta, ya que a la madre tarántula le fascinaba como se veía con ella; escuchando a la tarántula gigante coquetearle una y otra vez, cuando la lechuza pasó entre los barrotes de metal, colándose en la jaula y se pasó en el hombro del chico. La madre tarántula puso mala cara al ver a la lechuza acercarse a Tommy, sin embargo, pensó que solo se trataba de una de las

tantas aves que venían al lugar a pasar sus últimas horas de vida. Tommy no sintió nada raro en ese momento, pero estaba tan aburrido de escuchar a la madre tarántula hablar, que activó de manera sutil su kosmo para saber si la lechuza tenía algo interesante que contarle. Vaya sorpresa se llevó el chico cuando esta le dijo que sus amigos habían llegado a la guarida para salvarlo y que estaban escondidos detrás de un árbol en la circunferencia del cráter, no muy lejos de él. La lechuza le pidió al chico que despistará a la madre tarántula un momento para que así sus amigos pudiesen liberarlo. Luego de decirle todo lo que se le había encomendado, la lechuza salió volando en dirección a Iridia a buscar la comida que le fue prometida.

—Hermosa, ¿podrías hacerme un favor? —le preguntó Tommy a la madre tarántula con tono afable y una sonrisa.

—Claro, cielo mío, lo que tú quieras —respondió ella sin dudar de las intenciones de su bello prisionero.

—Tengo mucha sed, demasiada. Sin agua para hidratarme, ¿cómo quieres que te diga lo dulce y bella que eres? —prosiguió Tommy—. Pero no agua de los pozos, sucia y estancada, quiero agua hervida y limpia.

—Lo que tú me ordenes, corazón —si las tarántulas pudiesen sonrojarse al emocionarse, la madre tarántula lo hubiese hecho en ese momento.

La tarántula bajó de la telaraña en la que guindaba y fue deprisa al centro de la guarida a pedirle agua potable a los bandidos del sur. En ese momento, Cintia y Antuán cambiaron sus capas verdes por las marrones y se deslizaron por el cráter para entrar en él, ubicándose en su periferia, en donde la luz no llegaba. Cintia preparó su arco y disparó una flecha al candado que mantenía cerrada la jaula. El tiro fue certero, rompiendo el candado para que Tommy pudiese abrir la puerta. De inmediato, las tarántulas trepadas en los huesos gigantes que habían visto lo que sucedía, empezaron a vociferar en tono alto: “no, no, no”, alertando a su madre y a Morguil; quienes de inmediato ordenaron a sus súbditas y súbditos atrapar a Tommy. Cintia preparó una segunda flecha, esta vez con la cuerda que le había traído Antuán amarrada a ella desde un extremo y sujeta al esqueleto de una cabeza de cantus por el otro. La flecha fue disparada con la fuerza justa para que Tommy pudiese atraparla en el aire y así poder hacer un nudo a uno de los barrotes de la jaula y deslizarse por la cuerda para llegar a

donde estaban sus amigos.

Todas las mujeres de Iridia encerradas empezaron a gritar de alegría desde sus jaulas, emocionadas ante el hecho de ver al chico escapar y con la ilusión de que a ellas también las pudiesen rescatar.

Una vez el grupo trébol se reencontró, no les dio tiempo siquiera de darse un abrazo, pues las tarántulas y los bandidos venían tras ellos. Antuán le dio a Tommy una espada y una de las capas marrones y se dispersaron alrededor de la circunferencia del cráter. Una vez dispersos, los tres chicos se lanzaron al suelo y utilizaron las capas marrones para camuflarse con la arena.

Morguil ordenó a los bandidos perseguir a los chicos, llevando consigo lámparas y antorchas para poder buscarlos en la oscuridad, mientras que las tarántulas se columpiaban en las alturas de los huesos de las bestias muertas, vigilando todo el perímetro. Los chicos se mezclaron por completo con el suelo y en cuanto uno de los bandidos se acercaba solo, Antuán o Tommy se levantaban rápido y acaban con él —como si de plantas carnívoras se tratara—. Cintia, por su parte, hacía lo mismo, pero con las tarántulas; en cuanto veía que una de ellas se alejaba del resto, se levantaba y con su arco les disparaba flechas certeras a sus cabezas, para luego camuflarse de nuevo con el suelo.

Todos los bandidos volteaban a ver cuándo escuchaban el estruendo de una tarántula impactando contra el suelo desde las alturas, lo que le daba oportunidades a Antuán y a Tommy de actuar en las sombras. Además, las mujeres de Iridia gritaban desde sus jaulas y golpeaban los barrotes con las tasas de metal en donde les servían la comida, para distraer y confundir aún más a los bandidos y ayudar a sus héroes.

Los corazones de los chicos latían con fuerza, pues cualquier descuido los delataría ante los ojos de las tarántulas y sería su fin, la cantidad de bandidos que habitaban allí era impresionante y cada vez se acercaban más a ellos, pero, eso no era lo que más les preocupaba. Morguil había parado de buscarlos y ordenó que un grupo de bandidos continuase fundiendo el oro, y ya les faltaba muy poco para terminar.

Luego de unos minutos, los bandidos extendieron su búsqueda hasta el exterior del cráter, en donde hallaron a los caballos de Antuán y Cintia, y los llevaron a la fuerza a la

guarida. Los bandidos iban a matar a los caballos si los chicos no se mostraban de inmediato. La cosa no pintaba bien, los bandidos sabían que tres chicos no podrían con todos ellos y querían acabar con sus juegos de inmediato, y utilizarían cualquier medio para lograrlo.

Antuán traía consigo tres botellas con aceite para usarlas contra las tarántulas, pero debido a que la llovizna que había empezado hacía un rato se había convertido en lluvia, no le servirían de mucho. Incluso las fogatas de los bandidos empezaban a apagarse con semejante aguacero. Pero viendo la situación en la que se encontraban y lo que les harían a sus caballos, se vio obligado a utilizarlas para distraer a los bandidos y, con suerte, quemar alguno. Antuán se levantó del suelo de nuevo y lanzó las botellas hacia las lámparas que estaban cerca de las carpas. De las tres botellas que lanzó solo acertó dos, provocando dos explosiones que cubrieron algunas carpas en fuego, pero que no lograron herir a nadie. Para suerte de Antuán, las explosiones distrajeron por unos momentos a los bandidos y le dio tiempo de esconderse otra vez. Lo que ni Antuán, ni Cintia, ni nadie en ese lugar esperaría, era que Tommy iba a salir de su escondite e iba a correr hacia los caballos de sus amigos para liberarlos, quedando este a la vista de todos.

Bandidos y tarántulas corrieron por igual hacia Tommy. Y de la misma forma que en el bosque nebuloso, este gritó con fuerza: —¡Cintia, prepárate!

La chica salió de forma instintiva de su escondite e imbuyó una flecha en aceite. Los fósforos que le había dado Askar se habían empapado por la lluvia, por lo que tuvo que improvisar y acercarse a uno de los enormes huesos incrustados en el suelo y golpear la punta metálica de la flecha con él para generar la chispa, pero no fue fácil lograrlo, ya que sus flechas también estaban empapadas. Por otro lado, Tommy ya había llegado donde estaban los caballos de sus amigos, activó su kosmo y luchó con todas sus fuerzas para acabar con los cuatro bandidos que los custodiaban. Tomó los bolsos que llevaban los caballos en su espalda —en los que había varios frascos más de aceite—, y tan rápido como pudo, utilizó su espada para liberar a los animales.

Tommy miró a Cintia y notó que no había podido encender su flecha. Los bandidos se acercaban a él desde el suelo, las tarántulas desde las alturas y no habría manera de escapar de allí, estaba rodeado. Antuán quedó perplejo ante la decisión de Tommy, de nuevo su hermano parecía tomar la peor decisión posible. Pero, si había algo que sabía Tommy, más que confiar en sus decisiones y capacidades, era en confiar en sus

amigos. Así que sin tener claro qué sucedería, corrió al centro de la guarida y lanzó ambos bolsos con fuerza hacia donde estaba Morguil y sus súbditos fundiendo el oro, quienes ya habían terminado la pieza faltante e iban a colocarla al rojo vivo en su sitio para terminar con el gran aro oro. Los bolsos estaban en el aire y Cintia seguía intentando que su flecha encendiera, sin éxito, por lo que tuvo que moverse deprisa hacia el interior de la guarida y encontrar una posición desde la cual pudiese disparar su flecha y que esta atravesara alguna de las carpas en llamas, y, a su vez, impactar en los bolsos.

Cuando Cintia encontró una posición favorable para disparar, los bolsos ya habían caído en la estatua de piedra y varios bandidos empezaban a subirse en ella para quitarlos de allí. Así que sin perder tiempo ni calcular demasiado, Cintia preparó su arco y se dispuso a disparar, pero al momento de hacerlo, la madre tarántula, que había adivinado sus intenciones, la golpeo en el momento justo en el que ella disparó su flecha, por lo que desvió su trayectoria unos centímetros. Cintia cayó al suelo inconsciente por el golpe de la tarántula.

La flecha atravesó la guarida de los bandidos, desprendiendo en su viaje el aceite de su punta, debido a la incompatibilidad química entre el aceite y el agua que caía del cielo, hasta que llegó a una de las carpas que estaban prendidas en fuego. Pero debido al golpe de la madre tarántula, no pasó lo suficiente cerca como para atravesar las llamas, sino que apenas las rozó sin poder encenderse. Sin embargo, el otro extremo de la flecha, hecho de plumas de ave, recibió aceite por el desprendimiento del líquido de su punta, lo cual hizo que esta lograra encenderse por muy poco; pero lo suficiente como para prender fuego uno de los bolsos al impactar con él y generar una explosión gigantesca. La detonación ocasionó una onda expansiva que recorrió toda la guarida e hizo volar calcinados a los bandidos que se encontraban trabajando en el aro de oro. La explosión provocó un estruendo que se escuchó a kilómetros del lugar, más allá del bosque, llegando a los oídos de todo tipo de bestias: voladoras, marinas y terrestres.

Las jaulas en donde estaban las mujeres de Iridia se mecieron con fuerza por la onda expansiva, y de no ser por la altura en la que estas se encontraban, las prisioneras hubiesen sido calcinadas. Las carpas y los bandidos cercanos ardieron en llamas, ni siquiera la lluvia fue capaz de apagar el intenso fuego que rostizó a más de cuarenta bandidos en el acto.

Morguil logró esconderse a tiempo detrás de una de las costillas de la bestia

colosal, por lo que consiguió salvarse. Pero la estatua de piedra fue destruida por completo y la pieza de oro había caído al suelo envuelta en llamas junto a la pieza faltante. Uno de los dos objetivos del equipo trébol había sido completado, los bandidos ya no podrían tomar el control de los minotauros por los momentos, ahora solo faltaba aniquilar a Morguil.



A pesar de que muchos bandidos y tarántulas murieron a causa de la explosión, muchos otros tuvieron tiempo para cubrirse y salvarse. El estallido no fue lo suficiente fuerte como para librar al equipo trébol de la batalla, pero, el estruendo que generó podría ser la carta con la que no contaban.

La madre tarántula, luego de volver en sí misma por el golpe de la onda expansiva, tomó a Cintia inconsciente del suelo y la alzó frente a los chicos, que ya no tenían escondite.

—Siempre tienen que ser ustedes quienes arruinan todo —expresó la madre tarántula, mirando hacia arriba, dirigiéndose a las mujeres enjauladas—. Con sus caras y cuerpos horribles, quienes convencen a los apuestos hombres de actuar de manera

indebida. No me importa lo que digan los bandidos, hoy conocerán mi dolor, las mataré una por una.

Antuán y Tommy estaban desarmados, con al menos diez espadas cada uno en su cuello, viendo cómo la madre tarántula bajaba despacio a Cintia hacia su boca, sin posibilidad de defenderse.

La madre tarántula arrugó su cara antes de tragarse a Cintia, imaginando el horrible sabor de mujer humana. El silencio invadió el cráter entero, todos los ojos estaban sobre la tarántula y su presa, cuando desde fuera del cráter se escuchó —¡Disparen! —La madre tarántula se detuvo justo cuando tenía a Cintia a medio metro de su boca y viró sus ocho ojos en dirección al ruido.

Desde la oscuridad del bosque, la madre tarántula vio venir —y eso sería lo último que iba a ver— al menos veinte flechas, que impactaron en sus ojos y la dejaron ciega de inmediato. Cintia cayó al suelo de nuevo, mientras que la madre tarántula daba gritos de agonía.

En el cielo, de entre las nubes lluviosas, se dejó ver por primera vez en la noche la luna llena, la cual reflejó su luz sobre brillantes armaduras blancas con capas verdes en sus espaldas, posadas en fila alrededor del borde del cráter y montadas en caballo. En el medio del grupo de soldados, había una mujer alta, rubia, con tiara dorada y un anillo real en su mano. Era oficial, habían llegado los refuerzos de Iridia.

—¡Planeaba visitarte en unos días, reina Eva! —exclamó Morguil con alegría al ver a la mandamás de Iridia, mientras escuchaba el incesante: *"no, no, no"*, de las tarántulas; tal vez por la presencia del enemigo o puede que por los gritos de dolor de su madre—, pero jamás pensé que fueses a aparecerte aquí. Me harás la vida mucho más sencilla enfrentándote a nosotros en nuestro terreno.

—En tu terreno o en el nuestro, el resultado no será distinto —respondió Eva—. Acabaré yo misma contigo y vengaré la muerte de mi esposo.

La reina Eva había recibido días antes, en el palacio, al grupo de soldados que renunció a la misión en el pantano. Los soldados le contaron lo que habían vivido y el aprieto en el que estaban sus hijos. Ella, viendo el inminente final que les esperaba, no resistió la culpa de quedarse sentada en su trono, sin hacer nada, mientras que ellos luchaban. Por lo que se puso manos a la obra e intentó persuadir a los soldados que habían renunciado a la misión, de que volviesen a ir a la batalla, esta vez con ella liderándolos, cosa que no se había visto hacía mucho —desde que era una jovencita—. Eventualmente, unos treinta soldados terminaron aceptando regresar a la misión, ya que estar bajo las órdenes directas de la reina Eva era un privilegio para cualquiera y les daba una motivación extra. Pero ella sabía que no sería suficiente con treinta soldados, por lo que intentó convencer a varios hombres y mujeres, que no eran soldados, pero que estaban hartos de los ataques de los bandidos, de sumarse a la causa; e incluso llegó a reclutar hombres con los que jamás hubiese pensado compartir una aventura, pero la urgencia de tropas era máxima, y cualquier hombre o mujer que quisiera ayudarla sería bienvenido.

La reina Eva y sus soldados recorrieron el mismo camino que sus hijos, exceptuando la colonia de los minotauros, el bosque nebuloso y los problemas que estos les trajeron. Fueron directo y sin apenas descansar a donde creían que estaba la guarida de los bandidos. Para su suerte, cuando estaban cerca del lugar, se encontraron con la lechuza que había ayudado a los chicos, quien reconoció a la gente de Iridia por sus banderas y se acercó a la reina para informarle del trato que había hecho con Cintia sobre la comida ilimitada que le fue prometida. La lechuza, viendo que se encontraba ante nada más y nada menos que la reina de Iridia, decidió ayudarla guiándola hasta el bosque en donde se encontraba la guarida de los bandidos, para luego regresar volando en dirección a Iridia y esperar su recompensa. Una vez la reina Eva y sus soldados entraron al bosque, escucharon la explosión que ocasionó Tommy y se dirigieron de

inmediato hacia allá.

Solo hizo falta que la reina Eva alzara su mano, empuñando su pequeño puñal, para que la batalla empezara. Los guerreros con espadas activaron su kosmo para obtener más velocidad, destreza y fuerza, y bajaron a caballo por el cráter, listos para luchar. Mientras que los arqueros, quienes activaron su kosmo para obtener mayor puntería, se quedaron en la cima y cargaron una primera ronda de flechas que dispararon hacia los bandidos que resguardaban a Tommy y a Antuán. Los chicos aprovecharon el momento de distracción para tomar sus armas de nuevo y pelear con los bandidos que tenían cerca. La segunda ronda de flechas fue disparada hacia los candados de las jaulas en lo alto. Las chicas que estaban encerradas allí, descendieron por las cuerdas de las poleas que utilizaban los bandidos para subir y bajar las jaulas. Una vez tocaron el suelo, las chicas huyeron a toda prisa hacia el bosque. En cualquier otro momento, los bandidos del sur hubiesen resguardado a sus prisioneras, antes que nada, pero en ese instante su objetivo más grande era acabar a cualquier costo con la reina Eva, quitarle su anillo real y coronarse como los nuevos reyes de Iridia; y aprovecharían que estaban en superioridad numérica y en su terreno —del cual podían obtener energía casi infinita del suelo— para hacerlo.

Las tarántulas, que en primera instancia estaban confundías por la llegada de los soldados de Iridia, enloquecieron ante los gritos de dolor de su madre y se prepararon para atacar desde la distancia con sus telarañas. Mientras las tarántulas lanzaban sus telarañas desde arriba, los bandidos fulminaban a los soldados que quedaban atrapados en sus redes, desde abajo. Por contraparte, los arqueros de Iridia disparaban sus flechas hacia las tarántulas para contrarrestarlas.

En medio del campo de batalla, con una tormenta que había reducido a nada el fuego provocado por la explosión; la reina Eva bajó de su caballo solo con su pequeño puñal, y de inmediato el kosmo en su cuerpo hizo presencia, pero no como en los demás soldados, no. El aura verde que emanaban sus manos y pies era mucho más grande e intenso; al igual que su fuerza y velocidad, no tenía comparación, todo eso gracias al poder que le otorgaba el anillo real. Mucho tiempo había pasado desde la última vez que blandió su puñal en batalla, pero aún no perdía su toque. Ella sola hizo frente a más de seis bandidos a la vez, con un arma de no más de diez centímetros de largo, sin despeinarse.

La oscuridad de la noche se apoderó del lugar. Las lámparas que seguían encendidas dejaban ver solo siluetas, reflejos de armaduras, chispas de las armas al chocar entre ellas y los colores verde y amarillo que generaba el kosmo en las manos y pies de los combatientes.

Cuando Antuán se liberó de los bandidos que lo rodeaban, fue de inmediato, junto a varios soldados de Iridia, a enfrentar a Morguil.

—No sabes cuánto he esperado este momento —le confesó Antuán a Morguil cuando estuvieron cara a cara.

—¿Y quién se supone que eres tú, ricitos de oro? —le respondió Morguil—. Oh, espera, ¿no serás tú el hijo de la reina?… Hoy tiene que ser mi día de suerte.

—Pagarás por lo que le hiciste a mi padre y a todo nuestro pueblo, ese anillo y tu cabeza regresarán a Iridia como trofeos, te lo aseguro.

—Tienes toda la razón, mi cabeza y este anillo regresarán a Iridia pronto, pero para tomar el control del pueblo y coronarme como el nuevo rey.

—Eso lo veremos.

La batalla entre Morguil y Antuán empezó, y aunque el hijo de la reina estaba acompañado de varios soldados, el líder de los bandidos era una bestia del combate, había nacido para luchar, y con sus dos espadas hizo frente a todos ellos. Tommy, por su parte, decidió omitir cualquier tipo de enfrentamiento directo e ir a rescatar a Cintia, quien seguía tendida en el suelo mientras soldados y bandidos luchaban a escasos metros de ella. Cuando Tommy llegó al sitio y puso las manos sobre ella, vio un par de manos más que también la sostenían.

—Me alegra verte de nuevo, chico, escuché que ahora eres el hijo de la reina —dijo Bruno, muy feliz de ver a su amigo, junto a él estaban Mosquino y el Coyote.

—Y yo a ustedes —respondió Tommy con asombro, viendo a sus excompañeros de celda a la cara. No podía creer que estuvieran allí.

Tommy terminó de alzar a Cintia y subió al caballo de Bruno junto a ella. Sus excompañeros de celda también subieron a sus caballos, teniendo que ir juntos Mosquino y el Coyote, debido a que Tommy había tomado el caballo de Bruno; y cabalgaron hacia fuera del cráter para dejar a Cintia en un lugar seguro.

—¿El depravado Dave, vino con ustedes? —preguntó Tommy mientras cabalgaban.

—La reina Eva se volvió loca al sacarnos del calabozo, pero no tanto como para sacar al depravado Dave —respondió Bruno.

—Pero sí lo suficiente como para traer al Coyote —añadió Mosquino—. Mírenlo, este viejo decrépito no podría ni siquiera blandir una espada.

—Como vuelvas a decir eso te voy a rajar el cuello, desgraciado —respondió el Coyote.

—Como si pudieras hacer eso cara de iguana —prosiguió Mosquino.

—¿Y por qué aceptaron venir y arriesgar sus vidas? —cuestionó Tommy—, sobre todo tú Bruno, tú saldrás del calabozo en un mes.

—La reina Eva ofreció reducir nuestra condena si la ayudábamos, pero esa no fue la única razón por la que aceptamos —respondió Bruno—, después de todo, arriesgar nuestras vidas para reducir nuestra sentencia solo un par de años no iba a ser suficiente para sacarnos de allí. En verdad, cada uno de nosotros lo hizo por un motivo distinto, chico. Yo quería volver a blandir una espada y luchar como antes, quería volver a sentirme útil después de tanto tiempo encerrado. Mosquino, tal y como dijo una y mil veces en el calabozo, quiere ser un héroe para que así la gente de Iridia lo reconozca.

—En especial las mujeres —agregó Mosquino.

—Y el Coyote… En realidad, el Coyote vino porque no quería quedarse solo con el depravado Dave en el calabozo.

—¡Calumnias! Vine porque quería ayudarte, niño —alegó el Coyote con su voz

tosca y ronca—. Reconozco que ya tengo una edad y que tal vez no me quede mucho tiempo de vida —el Coyote tomó una pausa y escupió al suelo, como de costumbre—, pero no quiero morir en ese sucio y maloliente calabozo, si muero quiero hacerlo ayudando a mis compañeros, y tú eres uno de ellos.

—Bueno, en eso tiene razón el Coyote —explicó Bruno—, aunque cada uno tuvo sus razones personales para venir, todos estuvimos de acuerdo en que queríamos echarte una mano.

—Gracias, amigos —concluyó Tommy.

Tommy y sus compañeros siguieron cabalgando hasta salir del cráter; una vez afuera, bajaron de sus caballos y dejaron a Cintia acostada en el lomo de uno de ellos.

—Coyote, necesito que te quedes cuidando a Cintia —ordenó Tommy; pues el Coyote, aunque no quisiera admitirlo, era muy viejo y delgado como para estar en el campo de batalla. Los arqueros habían entrado al campo de batalla también y Cintia no podía quedar sola e inconsciente en el bosque.

—Está bien, me quedaré con ella, pero no nos quiten el ojo de encima. No quiero morir aquí —respondió el Coyote.

—Tranquilo, yo te mantendré a salvo —presumió Mosquino.

—Me refería a Tommy y a Bruno, no a ti, imbécil.

Cuando Tommy y sus compañeros de celda volvieron a la guarida, encontraron un caos total. Flechas y hachas volaban por los aires, chispas salían de las espadas de los soldados y bandidos por el choque entre ellas. Las pisadas firmes de los combatientes hacían salpicar el agua manchada de sangre del suelo, gritos desesperados se escuchaban por parte de los guerreros de Iridia al quedar petrificados por la mordida de las tarántulas o al ser atrapados ante sus redes mortales. Risas de vacile se convertían en agónicas cuando las flechas atravesaban el cráneo de una de las bestias arácnidas, que caían al suelo como moscas desde las alturas, y los caballos en los que habían venido los refuerzos de Iridia corrían hacia fuera del cráter, debido al olor a muerte que se respiraba allí.



La batalla contra los bandidos no estaba siendo igualada de ninguna manera. La reina Eva trajo consigo sesenta soldados, de los cuales la mitad de ellos eran civiles con poca o nula experiencia en batalla, mientras que los bandidos eran al menos ochenta, podían recargar su kosmo oscuro del suelo y tenían de su lado a la madre tarántula y a sus súbditas, que eran no menos de cincuenta. Sin embargo, ninguno de los soldados de Iridia bajó los brazos y lucharon hasta la muerte cada uno de ellos, sin importar si eran hombres, mujeres, soldados, exploradores o civiles. Ya no se trataba solo de vengar al padre de Antuán y esposo de la reina, se trataba de proteger a su pueblo y a sus familias de la más pura maldad.

El líder de los bandidos había logrado acabar con todos los soldados que estaban junto a Antuán y, aunque él estaba dando lo mejor de sí para vengar a su padre, la fuerza y habilidad de Morguil era muy superior, por lo que su madre y Tommy fueron a ayudarlo al verlo en apuros. Mientras que Mosquino y Bruno se quedaron atrás prestando apoyo al resto de los soldados en su lucha contra las tarántulas y los bandidos.

Aunque Morguil se encontraba luchando contra los mejores guerreros de toda Iridia: Tommy, Antuán y la reina Eva; aún podía hacerles frente él solo. El poder del anillo real hacía que la absorción de la esencia oscura del suelo fuera mucho más rápida.

Mientras la reina Eva y sus dos hijos luchaban contra Morguil, el resto de soldados de Iridia empezaron a caer uno tras otro. Las manos y pies de los soldados de Iridia, que en principio emanaban luz verde, comenzaron a apagarse, los arcos a caer al suelo y las armaduras blancas se tiñeron de rojo. Las tarántulas devoraron sin compasión a aquellos que lograron atrapar en sus redes, y mordían por la espalda, inyectado su

veneno, a aquellos que luchaban contra los bandidos. A ese ritmo la pelea acabaría pronto, al igual que la lluvia que empezaba a mermar.

—¡Auxilio! —se escuchó gritar a alguien desde la lejanía, pero los únicos que volearon a ver fueron Tommy, Bruno y Mosquino, pues reconocieron de inmediato la voz del Coyote que pedía apoyo.

Dos bandidos habían llegado al lugar en donde estaban Cintia y el Coyote escondidos. En el momento que Tommy miró hacia el dónde estaba el Coyote, casi recibe un espadazo de Morguil, por lo que se volvió a enfocar de lleno en su pelea. El chico no podía moverse de donde estaba o el líder de los bandidos acabaría con la reina Eva y su hermano. Bruno estaba en la misma situación que Tommy, luchando contra un bandido y no podía moverse de allí, por lo que el único que pudo ir a ayudar fue Mosquino, quien no lo pensó dos veces y fue deprisa a apoyar a su compañero.

Mosquino salió del cráter e hizo frente a los bandidos que habían capturado a Cintia y a su compañero de celda. A pesar de las constantes peleas y burlas entre el Coyote y Mosquino, ambos se querían como hermanos debido a todo el tiempo que habían pasado juntos en el calabozo. Y aunque este no fuera un santo en el tema de las mujeres, siempre luchó por sus amigos y compañeros, y esa vez no fue la excepción. Mosquino dio lo mejor de sí hasta el final para proteger al Coyote y a la chica que sabía amaba su amigo. Pero a veces la valentía y las buenas acciones no son suficientes en un día de mala suerte. Y el Coyote tuvo que presenciar como mataban a Mosquino frente a él, sin la posibilidad de hacer nada al respecto. El sueño de Mosquino se había cumplido, en ese instante se convirtió en un héroe, pero no de la manera que él esperaba, saliendo vencedor frente a todos, sino muriendo en la oscuridad a manos del enemigo, sin que nadie más que su compañero pudiese verlo.

Tommy escuchó la voz del coyote mientras luchaba con Morguil —¡Tommy, mataron a Mosquino! —el chico ni siquiera pudo voltear a ver cómo se encontraba Cintia y el Coyote, debido al adversario que tenía en frente. Las manos del chico en ese instante se iluminaron tan fuerte por su ira que parecía estar poseyendo uno de los anillos reales, y sin mediar palabras cargó contra Morguil con todas sus fuerzas, haciéndolo retroceder por primera vez desde que habían empezado a luchar. Antuán y la reina Eva, viendo la brecha que Tommy había abierto, cargaron también con todas sus fuerzas ante la posibilidad de derrotar a Morguil.

La fuerza incontrolable de Tommy junto al apoyo de Antuán y la reina Eva, colocó en serios aprietos a Morguil, a tal punto de hacerlo caer al suelo, quedando vendido, pero la oportunidad de acabar con el líder de los bandidos duró muy poco.

—Todos arrojen sus armas —ordenó uno de los bandidos que había capturado a Cintia y al Coyote—. Si no lo hacen les rajaré el cuello a esta hermosa chica y a este espantoso viejo.

La reina Eva y sus dos hijos voltearon a ver al bandido que les hablaba. Al hacerlo, lo vieron sujetando a Cintia con fuerza, la chica acaba de despertar y estaba tan conmocionada que ni siquiera se había percatado de que tenía un cuchillo en su cuello. Pero eso no fue lo único que vieron. Tommy, Antuán y la reina Eva estuvieron tan inmersos en su lucha contra Morguil, que no se percataron que los bandidos y las tarántulas habían acabado con la mayoría de sus soldados. Solo quedaban con vida unos veinte, que aún seguían en pie luchando; por lo que incluso si hubiesen matado a Morguil en el instante que pudieron, no hubieran ganado la batalla.

—¡Soldados de Iridia, todos, arrojen las armas al suelo! —ordenó la reina Eva al ver el panorama, no solo para salvar a Cintia, sino también al resto de sus guerreros. Habían llegado lejos, pero ya era hora de tirar la toalla, no había nada más que hacer.

—Te dije que esto ocurriría, muñeca, gracias por ponerme todo en bandeja de plata —Contestó Morguil con una sonrisa de mejilla a mejilla en su rostro—. Pero no te preocupes por tus soldados, no los mataré. A todas las mujeres sobrevivientes las trataré muy bien, en especial a ti, tú serás mi nueva esposa… Y los hombres, bueno, ya veré que hago con ellos, tal vez se los dé a las tarántulas como recompensa por ayudarme a luchar contra ustedes. Bandidos, amárrenlos a todos —ordenó Morguil y todos sus súbditos corrieron para amarrar a los soldados de Iridia.

La lluvia había escampado y el sol empezaba a salir para cuando los bandidos terminaron. Los soldados de Iridia fueron despojados de sus armas y amarrados juntos alrededor de una de las costillas de la bestia colosal.

Una mezcla de miedo con desilusión se apoderó de todos los soldados amarrados. Cuando miraban a su alrededor podían ver todavía los cuerpos de sus compañeros tirados

en el suelo, varios de los bandidos pasaron sobre ellos como si de alfombras se tratasen.

Morguil, quien ahora en posesión de dos anillos reales se sentía un dios, fue a donde estaba la madre tarántula recostada junto a sus súbditas, subió a su espalda y utilizó su kosmo para controlarla, ya que esta no podía ver nada. La llevó al lugar en donde había caído la pieza de oro y empleó cuatro de las ocho patas de la tarántula para levantarla del suelo y alzarla como si de un trofeo se tratase. Los bandidos ya habían añadido la parte que faltaba, por lo que la pieza estaba completa y lista para usarse.

—Hoy será un nuevo comienzo para nosotros —proclamó Morguil a sus súbditos —, hoy será el primer día de nuestra revolución. Pronto regresaremos a casa, de donde nos vimos obligados a huir hace décadas por culpa de las estúpidas leyes impuestas por sus gobernantes, que no hacen, sino denigrar y opacar la autoridad natural del hombre, que siglos atrás nuestros antepasados tuvieron la dicha de gozar, hasta que se alzó el muro y las personas como nosotros fuimos condenadas al encierro. Pero hoy reclamaremos lo que es nuestro y nadie podrá impedirlo.

Los soldados que estaban amarrados cerca de la reina empezaron a preguntarle qué sería de sus familias, de sus hijos, de sus hogares. Pero ella no pudo responder nada, no había manera de escapar de allí y lo que harían los bandidos una vez tomaran el control de Iridia era incierto para ella, solo les quedó mirar al cielo y rezar. Tommy no había rezado desde que vivía con sus padres y ya no recordaba cómo hacerlo, por lo que fue el único que no lo hizo; en cambio, comenzó a pensar en su siguiente misión, aquella por la cual se había embarcado en su misión actual y que lo obligaba a seguir adelante, y, sobre todo, a no morir. Recordó a sus padres, su casa en Marabina, a su tío, a su abuelo, al rey…

En cuanto a Tommy le vino a la cabeza la imagen del rey Dante, despertó de su trance y miró hacia donde estaba Morguil, quien se encontraba sentado sobre la madre tarántula, con sus ojos cerrados y sus manos levantadas. Al igual que sus súbditos, que habían hecho un círculo alrededor de él, transmitiendo el aura oscura del suelo, atreves de sus cuerpos hacia el aro de oro. La gran pieza se envolvió del kosmo oscuro de los bandidos y empezó a generar una especie de latido, muy suave, pero que cada vez se hacía más y más fuerte. Sin embargo, cuando el latido se hizo lo suficientemente fuerte, todos los que estaban dentro del cráter notaron de que no era el sonido de un latido, sino de un tambor.

Al menos diez bandidos salieron volando por los aires al recibir el impacto de una bola de cañón, lo que interrumpió el ritual para controlar a los minotauros. Cuando Tommy miró hacia el borde del cráter, por donde habían llegado los refuerzos de Iridia, logró ver a contra luz del sol naciente unas siluetas que le provocaron tanta felicidad de súbito que por poco muere de un infarto al verlas. Se trataba de la silueta de dos hombres grandes y robustos con grandes cuernos que salían de sus cabezas, detrás de ellos, había veinte hombres con relucientes armaduras blancas, y detrás de estos, un montón más de cabezas con cuernos.

—Kronos y Askar, ¿cómo se atreven a atacarnos?, ratas inmundas —gritó Morguil lleno de ira al ver de nuevo su plan frustrado.

—Vaya que eres sínico, Morguil, tú hablándome de atrevimiento cuando tu plan es usarnos como títeres —respondió Kronos con cara seria, brazos cruzados y su reluciente armadura con detalles en oro puesta, él estaba listo para luchar. A su lado estaba su tío con la misma cara y postura. Detrás de ellos estaban los soldados de Iridia que se habían quedado descansando en la colonia luego de la batalla con las tarántulas, impacientes por entrar al cráter y matar a los bandidos luego de ver a sus compañeros de Iridia muertos en el suelo. Y detrás de los soldados había un grupo aún mayor de minotauros, uno de ellos estaba sobre un rinoceronte con tambores en su lomo, los cuales el minotauro golpeaba para orquestar y dirigir al resto de sus compañeros en la batalla. Los minotauros habían ido a la guarida de los bandidos con toda clase de armas: espadas, hachas, cañones, mazos, lanzas, y también con algunos artefactos que solo tenían ellos por aquel entonces, como lo fueron la ballesta de repetición, el cañón de mano o los guantes con púas.

—Morguil, ya no resisto el peso del aro —expresó la madre tarántula con patas temblorosas.

—Suéltala, ya no nos hace falta —le ordenó Morguil a la madre tarántula en voz baja. De inmediato, ella dejó caer la pieza de oro, haciendo temblar el suelo.

—No es cinismo si la manipulación de sus mentes los beneficia a ustedes también —respondió Morguil, luego de que el aro de oro cayera al suelo—. Piénsalo, Kronos, no hace falta que manipulemos la mente de nadie. Si nos ayudan no solo serán los dueños

de Iridia junto a nosotros, sino que también les concederé esta enorme pieza de oro de más de diez toneladas. Ni siquiera en sus mejores sueños podrían conseguir semejante cantidad de oro de golpe.

—No has entendido aún a los minotauros, Morguil —respondió Kronos de la misma manera que lo había hecho con Tommy días atrás—. Los minotauros no nos movemos por oro, sino por hermandad, y tú atentaste contra la nuestra, en las sombras, como las sabandijas. Y no me malinterpretes, una vez acabe contigo y con tu amiga la madre tarántula, de igual manera nos llevaremos el oro. No porque seamos ratas sucias como tú, sino porque parte de ese oro es nuestro; y ya que te tomaste la molestia de fundir nuestro oro, con su oro robado para hacer una pieza gigante, nos la llevaremos completa para compensar los daños que va a ocasionar esta batalla.

—Como quieras, de igual modo no les daría una mierda —confesó Morguil en voz baja y prosiguió a gritar—. Atáquenlos.

Kronos gritó lo mismo que el líder de los bandidos y los tambores empezaron a sonar de nuevo. Cuatro minotauros se quedaron en el borde del cráter junto al que tocaba los tambores, preparando los cañones que habían traído y los dispararon sin contemplación contra los bandidos, mientras el resto de los minotauros y los humanos bajaron hacia el cráter desenfundando sus armas. Al llegar abajo, lo primero que hicieron los humanos fue desatar a sus compañeros, mientras los minotauros los protegían de los bandidos con sus armas de largo alcance.



—¿Por qué decidiste ayudarnos? —le preguntó Antuán a Kronos, quien estaba de espaldas a él disparando con una ballesta.

—No me lo agradezcas a mí, agradécele a tu amiga. En el momento que ella salió de mi despacho llorando, le contó todo lo que estaba ocurriendo a mi esposa —dijo Kronos mientras seguía disparando—. Y claro, como mi esposa no deja pasar ningún momento para fastidiarme la vida, me gritó frente a toda la colonia que, si no los ayudaba, se separaría de mí. Además, Askar, que estuvo más tiempo con ustedes, se convenció en que algo serio pasaba. Ahora que estoy aquí y veo con mis propios ojos lo que tramaban los bandidos, me alegro de haber venido.

Una vez los soldados de Iridia fueron desatados, corrieron a buscar sus armas y volvieron a la lucha. Tommy, Antuán, Cintia, Eva y Kronos, se separaron del resto y fueron a por Morguil, quien luego de dar la orden de ataque se había quedado atrás, esperando a sus adversarios sobre la espalda de la tarántula.

Si Morguil ya era demasiado fuerte con un solo anillo, ahora imagínate con dos y controlando a la madre tarántula, capaz de levantar diez toneladas con sus patas. El segundo anillo, además de darle más fuerza y velocidad, le dio una vista casi periférica de su entorno, pudiendo ver todos los rincones del campo de batalla que estuviesen

frente a sus ojos, como si de los ocho ojos de la madre tarántula se tratase. Pero poseer dos anillos reales al mismo tiempo iba más allá de incrementar tu fuerza, velocidad y visión. Morguil obtuvo con el segundo anillo una habilidad única. Así como el rey y príncipes de Jacinto podían controlar el flujo de la electricidad, el líder de los bandidos ahora podía controlar a su antojo los huesos de las bestias muertas en el suelo.

Morguil, que desde la espalda de la tarántula podía ver casi todo el campo de batalla, hizo brillar sus dos anillos reales color amarillo, y del suelo emergieron los esqueletos de las bestias muertas dentro del cráter, como si hubiesen cobrado vida propia, para apoyar a las tarántulas y a sus bandidos contra los minotauros y soldados de Iridia.

La primera en atacar del equipo trébol fue Cintia, quien disparó una flecha hacia el corazón de Morguil, pero de inmediato este usó sus nuevas habilidades para sacar un enorme hueso del suelo con forma puntiaguda para protegerse. Acto seguido, Tommy y Antuán corrieron hacia la tarántula e intentaron cortarle sus patas desde abajo, pero ahora que estaba bajo el control de Morguil, tenía mucha más fuerza y dio un gran salto vertical, tomando impulso con sus ocho patas, evitando el ataque. Justo en el sitio en donde la madre tarántula había saltado, salieron pinchos de hueso del suelo que intentaron atravesar a los chicos. Tommy y Antuán lograron esquivarlos por poco saliendo del lugar lo antes posible. Antes que la madre tarántula cayera en el suelo lleno de pinchos, estos se enterraron de nuevo en el suelo, para no herirla. Morguil, previendo los futuros ataques rápidos y fulminantes de los hijos de la reina, utilizó el poder de los anillos para desenterrar los huesos de todo tipo de bestias y los adhirió sobre las extremidades y puntos clave de la madre tarántula, a modo de armadura, haciéndola ahora además de fuerte, resistente. Su cabeza fue cubierta con el cráneo de un oso perezoso; sus patas, con columnas de anacondas gigantes, y su barriga, con el caparazón de una tortuga prehistórica.

Utilizar el fuego para derrotar a la tarántula aún seguía sin ser opción, pues en el suelo se habían formado charcos por la lluvia que había caído.

Kronos le dio su ballesta a la reina Eva y se lanzó al ataque con sus hachas, mientras la reina disparaba flechas a la distancia, pero tampoco lograron herir de gravedad a la tarántula, pues esta detuvo las flechas con sus brazos, que ahora eran duros como la roca debido a su armadura, y esquivó los ataques del minotauro.

Después de varios intentos fallidos de ataques individuales y en conjunto, la reina Eva se percató de una cosa. Bajo el control de Morguil, la madre tarántula había ganado velocidad, resistencia, inteligencia y fuerza, pero su campo de visión, aunque más receptivo ahora, seguía sin cubrir un pequeño ángulo de su retaguardia. Los dos ojos de Morguil no daban abasto para cubrir los trescientos sesenta grados de visión. Por lo que la reina Eva le pidió a Kronos que les ordenara a sus minotauros disparar los cañones a la madre tarántula, para distraerla y así poder planear su siguiente movimiento.

Una vez la orden de Kronos fue recibida, los cañones fueron disparos hacia la madre tarántula. Morguil volvió a sacar huesos gigantes del suelo para detener las bolas de cañón, y aquellas que lograron atravesar los huesos, las esquivó sin problemas. Para librarse por completo de los cañones, Morguil creó una muralla de huesos alrededor de él y de sus adversarios, para así neutralizar a cualquier atacante externo. Con la muralla arriba, el líder de los bandidos perdería noción de la batalla que estaban librando sus secuaces, las tarántulas y los esqueletos, pero, podría enfocarse de lleno en sus adversarios, que eran su prioridad. Sin embargo, para el equipo trébol, la reina Eva y Kronos, la muralla de huesos no importó, pues ya habían armado su plan.



Cuando la madre tarántula comenzó a acercarse a sus enemigos para atacarlos, Antuán corrió en dirección a ella, con la intención de cortarle las patas. Pero la tarántula lo esquivó de nuevo dando un salto hacia atrás, sin embargo, Antuán nunca se detuvo, sino que siguió corriendo en dirección a donde aterrizaría la madre tarántula. Antuán se

posicionó justo debajo de ella, esperando su aterrizaje. No obstante, Morguil fue astuto e hizo que la madre tarántula no amortiguara el golpe de la caída con sus patas, sino que dejó caer todo su cuerpo contra el suelo para aplastar a Antuán con el caparazón que tenía la tarántula en su estómago, sin importarle de ninguna forma el dolor que pudiese experimentar la bestia de ocho patas. La caída del arácnido provocó un gran estruendo y temblor en suelo.

La madre tarántula quedó con su estómago pegado al suelo y sus ocho patas extendidas. Antuán tuvo tiempo de esquivar rodando el ataque de Morguil y se posicionó justo detrás de la madre tarántula, intentando subir a ella para atacar al bandido desde allí, sin embargo, Morguil frustró su ataque utilizando las patas traseras de la tarántula para defenderse. Fue en ese momento que el plan de la reina Eva inició.

Mientras Antuán luchaba en la retaguardia de la madre tarántula y captaba la atención de Morguil, Cintia disparó una flecha hacia el cielo, cuya trayectoria calculó para que cayera en picado justo en la cabeza de Morguil. A su vez, Kronos se posicionó a unos metros de la madre tarántula, e igual que su tío Askar en el bosque nebuloso, le dio la espalda, bajó sus manos a la altura de la cintura y las juntó a modo de peldaño, para que a la reina Eva le sirviera de apoyo y fuera lanzada con fuerza hacia arriba. Cuando la reina estaba en el aire, usó la ballesta de repetición de Kronos para lanzarle a Morguil tres flechas, una tras otra, en distintos puntos del ascenso. Morguil se dio cuenta por muy poco, ya que estaba centrado en Antuán, y tuvo que girarse rápido para emplear tres patas de la tarántula para detener las flechas que venían en diagonal hacia él.

Justo después de que la reina Eva fuera arrojada, Tommy fue lanzado también, pero no hacia arriba, sino en dirección a Morguil, de frente. Tres de las ocho patas de la tarántula aún seguían colocadas a modo de barrera en dirección diagonal, por las flechas disparadas por la reina Eva, cuando Tommy llegó volando —por poco—, a su destino. El chico le daría la estocada al lobo azul con su espada, entrando por la brecha que había quedado entre las tres patas que lo protegieron de las flechas y la espalda del arácnido. Tommy sabía que solo tendría una oportunidad, así que usó todas sus fuerzas para su ataque. Sin embargo, Morguil empleó dos patas más de la tarántula, una delante de la otra, para protegerse de la estocada. La espada de Tommy entró con tanta fuerza que atravesó ambas patas, aun con la armadura de hueso, y su punta llegó muy cerca del corazón del líder de los bandidos.

Cinco patas habían sido utilizadas en ese momento, cuando Morguil, por mero instinto, miró hacia arriba y vio una flecha a punto de caer justo en su cabeza. De manera inmediata, la sexta pata fue empleada para bloquear la flecha de Cintia. Morguil había formado una especia de escudo delantero con las patas de la tarántula, que lo cubría desde su cabeza hasta los pies, pero había olvidado su espalda. Allí estaba Antuán para dar el golpe final al bandido. Ya no había ojos que pudiesen vigilar un golpe por la retaguardia. Morguil estaba tan aturdido, viendo la mirada rencorosa de Tommy atreves de la separación que había entre las patas de la madre tarántula, que no vio cuando Antuán se lanzó a por él por su espalda. No obstante, así como cuando sentimos la picada silenciosa de un mosquito y por instinto intentamos aplastarla. La madre tarántula, valiéndose del mejor sentido que le quedaba, sintió los pasos de Antuán sobre su espalda en dirección a Morguil y por instinto lo protegió del ataque con las dos patas que le quedaban por usar, sin saber lo que ocurría encima de ella. Ni siquiera Morguil se esperaba que la tarántula fuera a hacer eso. Cuando se dio vuelta, se encontró con otra espada que casi llegaba a su pecho y una mirada aún peor que la de Tommy. El bandido había quedado encerrado en un escudo de patas arácnidas con forma de media burbuja, que lo protegía desde todos los ángulos.

La suerte había acompañado a Morguil por mucho tiempo, pero tal parecía que había llegado a su fin, ya no había dónde ir. De pronto, y sin el consentimiento de Morguil, la madre tarántula abrió sus ocho patas, como si de una flor floreciendo se tratase, y las dejó caer al suelo, dejando al bandido expuesto e indefenso. Morguil miró con asombro a Antuán, quien le apuntaba al cuello con su espada, y se dio media vuelta de nuevo, en donde estaba Tommy apuntándolo también.

Cuando Morguil logró visualizar por un instante más allá de la fría mirada de Tommy, vio a Kronos retirando una de sus hachas de oro de la cabeza de la madre tarántula, quien al quedar sin ningún tipo de protección fue víctima del minotauro. Tal y como lo había prometido, Kronos asesinó a la madre tarántula él mismo, rompiendo así el escudo que había formado alrededor de Morguil con sus patas.

Los anillos reales brillaron de nuevo color amarillo y la muralla de huesos cayó a la par que la armadura esquelética de la tarántula. Morguil miró el campo de batalla, el cual había desenfocado para centrarse en su combate, y dio el trago más amargo de su vida al ver que los minotauros y soldados de Iridia habían acabado con todos sus secuaces —vivos y muertos—; solo quedaba él con vida. Cuando Morguil alzó la

muralla de huesos, perdió visión de las bestias esqueléticas que había resucitado, haciéndolas torpes y débiles ante los ataques de sus adversarios. Por otra parte, la ayuda de los minotauros fue la perdición de las súbditas de la madre tarántula y los bandidos, pues no pudieron hacer frente a las armas tan avanzadas de las bestias cornudas.

Para ese momento, incluso si Morguil hubiese logrado mantener viva a la madre tarántula, ya era muy tarde, la guerra había acabado. Además, el uso excesivo del poder de los anillos al resucitar a las bestias esqueléticas, levantar la muralla, controlar la tarántula y añadirle una armadura; lo había desgastado demasiado.

—Morguil, tu vida no vale nada para mí —exclamó la reina Eva para que todos en el cráter escucharan—, pero la guerra ha terminado y no hace falta que mueras. Serás llevado al calabozo, en donde pasarás el resto de tu vida vivo, pero encerrado.

—Sabes que eso nunca pasará —respondió Morguil agachando su cabeza y escondiendo una sonrisa enfermiza—, no soy como ustedes y jamás lo seré. Ustedes, con todas sus leyes sobre el adulterio y la manera en qué pretenden actúen los hombres, no son humanos. ¡Me enferma su mentalidad y me enferman todos ustedes!

Morguil desenfundó sus dos espadas y se lanzó enloquecido hacia Tommy. Siendo atravesado de inmediato por la espada de Antuán, que entró desde su espalda y salió por su pecho, vengando la muerte de su padre de una vez por todas y recuperando los anillos reales.

Fue así como la misión de los bandidos del sur llegó a su fin. Morguil había muerto junto a sus secuaces, e Iridia ya no corría peligro alguno. Los minotauros acabaron con la madre tarántula y recuperaron el oro que les fue robado, obteniendo en el camino algunas toneladas y amigos de más.

Los minotauros regresaron a su colonia, acompañados de los humanos para firmar un tratado de paz. En el cual ambas razas pactaban ayudarse la una a la otra en posibles conflictos bélicos y en sus respectivas economías.

Cuando el equipo trébol llegó a la colonia de los minotauros, se arrodilló ante la esposa de Kronos, la cual había sido la gran responsable de la cooperación de los minotauros. Ella, como siempre, luego de recibir a su esposo con un gran abrazo, atendió

a todos sus invitados humanos cordialmente, sirviéndoles los platos típicos de la colonia.

No solo los minotauros obtuvieron el estatus de héroes para los humanos, sino que los humanos, al ayudarlos a traer consigo la mayor cantidad de oro que habían podido presenciar nunca, y a salvarlos del control mental de los bandidos, consiguieron el mismo efecto en los minotauros.

Los soldados de Iridia pasaron tres días en la colonia, descansando, compartiendo y aprendiendo las costumbres de los minotauros. Antes de que los humanos partieran de regreso a su pueblo para poder darles un entierro digno a los soldados caídos; Kronos se acercó a los chicos cuando estaban a solas para despedirse y disculparse con ellos, ya que su orgullo no le había permitido hacerlo. Como agradecimiento, Kronos les dio un cuerno de minotauro bañado en oro, el cual no tenía ningún tipo de utilidad, pero sí mucho valor para él, pues se trataba de uno de los dos cuernos de su difunto abuelo, quien hacía muchos años atrás había luchado codo a codo con los humanos. También les ofreció a los chicos un paquete de cigarrillos para el viaje, el cual fue rechazado por Antuán y Cintia, pero Tommy, para sorpresa de sus compañeros, lo aceptó.

Fue al amanecer que la reina Eva y sus soldados partieron de regreso a casa, esta vez, sin ningún tropiezo en el camino y con muchas anécdotas que contar de su aventura.

XVI

NO OLVIDO, NI PERDONO

Desde la batalla con los bandidos del sur, un año transcurrió en Iridia sin ningún tipo de altercado, allí solo se respiraba paz. Tommy y Cintia habían cumplido la mayoría de edad, y Antuán, que ahora tenía diecinueve años, heredó uno de los dos anillos reales. El equipo trébol, junto a la reina Eva, eran considerados como los héroes de Iridia.

Un día, mientras Tommy estaba terminando de fumarse un cigarrillo, sentado en su cama a altas horas de la noche, alguien tocó la puerta de su casa, a la cual se había mudado hacía unos meses para independizarse. Su morada era tan humilde como el resto de las casas en el pueblo, con apenas veinte metros cuadrados y una sola habitación. El chico estaba terminando de colocarse sus botas, ya que su intención era salir por el pueblo, cuando escuchó que tocaron la puerta; y aún no tenía puesta su camisa. Sin embargo, supuso que se trataba de su hermano Antuán, debido a que tenían planeado encontrarse y abrió la puerta sin más, la cual estaba a solo dos metros de su cama.



—Cintia… —dijo Tommy, sorprendido, al abrir la puerta y ver a su amiga.

—¿Por qué nunca dices lo que piensas? —preguntó ella enojada, luego de tragar profundo al ver a Tommy sin camisa.

—¿De qué hablas? —respondió el chico.

—Antuán me confesó tu misión. Esa de la que no quisiste hablarme cuando estábamos en busca de los bandidos —exclamó ella.

—Pasa, pasa —indicó Tommy preocupado, pues no quería que nadie más escuchara la conversación. Y una vez Cintia entró a la casa de Tommy, este le preguntó —. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Que planeas volver a Jacinto —reveló la chica—. Tommy, he sido tu mejor amiga durante años y, aun así, no confías en mí.

—Si nunca te lo conté fue para protegerte, sabía que apenas te enterases, querrías venir conmigo, y no podría perdonarme que te ocurriese algo por mi culpa. Por eso le pedí a Antuán que no te dijese nada, pero veo que no se aguantó las ganas.

—¿Y me dejarían aquí sola? ¿Luego de todo lo que hemos vivido juntos?

—No, el plan inicial era ir a Jacinto solo Antuán y yo, pero luego de que se volvieron novios, decidí que lo mejor era que él se quedara aquí.

—Pues Antuán no piensa quedarse, me dijo que te hizo una promesa y la cumplirá. Él cree que tal vez no nos volvamos a ver, por eso fue a mi casa a despedirse de mí y a contarme lo que harían. Vine corriendo aquí apenas me enteré.

Tommy agachó su cabeza y puso su mano sobre ella, su plan no estaba saliendo como tenía pensado.

—No te preocupes, hablaré con Antuán para que se quede, no tiene sentido lo que está haciendo. Ustedes ya consiguieron su felicidad juntos y no tengo el derecho de arrebatarles eso. Ahora necesito buscar mi propia felicidad.

—Entiende que ni él ni yo seremos felices si te vas, es por eso que él está decidido a acompañarte, y yo también lo haré —Cintia tomó de la mano a Tommy—. No te dejaré solo.

Tommy separó con cuidado su mano de la de Cintia y dijo:

—Ya tomé la decisión, no hay vuelta atrás, iré solo.

—Y si te digo que estoy enamorada de ti.

—Tú estás con Antuán, no mientas.

—Cuando no sabes si el día de mañana estarás viva o muerta; y has esperado durante tanto tiempo al chico indicado, puedes cometer el error de decir que sí, al equivocado. No quería morir sin saber lo que se sentía estar en una relación, salir agarrada de la mano con alguien, recibir flores, amar y ser amada; pero hoy sé que cometí un error al decir que sí aquella vez —Cintia volvió a tomar la mano del chico—. Tommy, dime por una sola vez lo que en realidad pasa por tu cabeza.

—Decir lo que pienso ahora mismo sería un pecado —respondió, con su corazón latiendo a mil por hora.

—Qué bueno que somos humanos, Tommy.

Tommy no resistió un segundo más la tentación y tomó a Cintia con fuerza por su cintura y la besó. Durante el año que había transcurrido desde la misión de los bandidos, hubo cientos de cosas en la cabeza de Tommy que lo atormentaban, día y noche, pero en ese instante olvidó todo y se dejó llevar. A medida que pasaban los segundos, la pasión del beso no hizo sino aumentar, y con pasos lentos y dudosos fueron retrocediendo hasta la cama del chico.

—Cintia, ¿estás segura de esto? —preguntó Tommy al llegar a la cama.

—No lo estoy, pero quiero que este momento tan especial sea contigo.

No voy a contar todo lo que ocurrió en aquella cama, por supuesto, pero puedes imaginar las ganas y los nervios de dos chicos en su primera vez, luego de estar enamorados en silencio durante años el uno del otro.

Aquella noche tan especial para ambos, Tommy logró entender las palabras de su padre, cuando veían el cuadro de la mujer de espaldas en casa de su abuelo. En Cintia, el chico había logrado comprender la belleza interior de las mujeres, aquella que iba más allá de lo físico, y que hizo sentir Tommy como el hombre más afortunado en el mundo. Pero dicha sensación se esfumó cuando cayó en cuenta de que, en ese momento, no solo había atentado contra la principal ley de Iridia —que, para esas alturas, ya le daba igual, pues pensaba irse del pueblo—, sino contra su más importante principio, aquel con el que fue criado y que, para él significaba el legado de sus padres; la fidelidad. Y los chicos no solo habían sido infieles, sino que lo fueron de la manera más repúgnate, traicionando a su hermano y mejor amigo en el acto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cintia acurrucada a Tommy.

—Todo seguirá igual. Ahora más que nunca quiero cuidarte, debes de quedarte aquí. Te prometo que volveré a verte, no sé cuándo ni cómo, pero juro que te volveré a ver.

Tommy se levantó de la cama, se vistió, le dio un beso de despedida a Cintia y se marchó sin decir más, dejando a Cintia perpleja por su actitud. El chico sabía que quedarse allí más tiempo arruinaría sus planes. Desde que había llegado al pueblo, hacía cuatro años, su misión siempre fue salvar a sus padres, no había nada más importante que eso para él; pero ahora que al fin había podido decir lo que sentía por Cintia, y su amor fue correspondido, su mente ya no estaba segura de seguir con el plan.

El chico subió al lomo de Gideon y cabalgó directo al calabozo, ocultando su rostro con una capucha, en donde entró y sin remordimiento alguno noqueó a los guardias, como si de un delincuente se tratara. Liberó al Coyote de su celda, a quien había convencido tiempo atrás que lo ayudase llegado el momento justo, con la promesa de que al fin sería libre y podría conocer un reino que se adaptaría a él.

El Coyote y Tommy robaron un caballo del calabozo y se marcharon hacia el gran muro, en donde estaban Antuán y Bruno esperándolos. Bruno también decidió acompañar al chico en su nueva aventura, ya que, luego de salir del calabozo, no logró rehacer su vida, pues su esposa e hijos le dieron la espalda, aun después de ser parte del grupo que salvo a Iridia de los bandidos. Pero jamás perdió la esperanza en recuperarlos, y tenía la certeza de que, si ayudaba al chico en su odisea al reino de las leyendas, podría

regresar a su hogar como el héroe que ayudo al hijo de la reina y trajo consigo a los dos anillos restantes.

—¿Tienes todo? —preguntó Tommy al llegar al muro.

—Sí, aquí está todo —Antuán le entregó a Tommy la legendaria espada de cristal, la brújula y el mapa de su abuelo, todo envuelto en una tela oscura. Horas antes, Antuán había entrado al sótano del palacio y utilizó bebidas con calmante para dormir a los guardias que custodiaban el cofre en el que estaba la espada de cristal y pertenencias de Tommy—. ¿Por qué tardaste tanto en llegar, Tommy? Se suponía que tendríamos que reunirnos hace más de una hora.

—Me tomó más tiempo del que esperaba prepararme para regresar a mi reino —mintió Tommy.

—Pensé que ya estabas más que listo —respondió Antuán sin dudar en su hermano —. ¿Y hablaste con Cintia?

—Sí, tuve que hacerlo, ya que le confesaste nuestro plan, idiota. Dijo que quería venir con nosotros, pero la convencí de que se quedara.

—No tenía opción, hermano, tal vez no la vuelva a ver y quería que supiese la verdad.

—Te dije que podías quedarte aquí con ella, no es necesario que me acompañes.

—No digas bobadas, hicimos una promesa y la cumpliré, así como tú cumpliste la tuya de ayudarme a matar a Morguil. Además, Cintia podrá ser el amor de mi vida, pero tú eres mi hermano, y a un hermano jamás se le traiciona —esas palabras sentaron profundas en la mente de Tommy.

—Tienes razón —respondió con vergüenza.

—Hay que entrar ya, pronto los guardias despertaran y mi madre vendrá a buscarnos, y cuando se entere de que robamos la espada y sacamos al Coyote del calabozo, nos meterá allí de por vida.

Tommy sujetó la espada, se paró frente al muro, activó su kosmo y cerró sus ojos. Al cabo de unos segundos la espada empezó a iluminarse, pero de una forma muy tenue.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Antuán al ver que a Tommy le costaba activar la espada de cristal.

—Cállate, necesito concentrarme.

—Vamos, Tommy, no me digas que después de tanto tiempo aprendiendo a usar el kosmo, aún no sabes cómo activar la espada.

—No es tan fácil como piensas, Antuán.

—Fácil o no, tendrás que darte prisa, alguien viene hacia aquí —advirtió Bruno, al ver a un individuo encapuchado cabalgando a toda velocidad hacia ellos.

—Mierda, mamá está saliendo del palacio junto a sus soldados —dijo Antuán.

—Ya cállense, todos cállense, por favor. No me importa quién venga, estoy a punto de conseguirlo —expresó Tommy.

—Sabía que no te quedarías aquí por más que te lo pidiéramos. —escuchó Tommy decir a Antuán, todavía con sus ojos cerrados.

—Si sabían que no los dejaría ir sin mí, era tan fácil como invitarme y listo —dijo Cintia, quien bajaba de su caballo y se quitaba la capucha. Tommy no se inmutó ante la presencia de su amiga, no quedaba mucho tiempo, la reina Eva y varios soldados venían tras ellos.

—Antuán, Bruno y Coyote, pongan sus manos sobre Tommy, vamos a ayudarlo —pidió Cintia apenas bajó de su caballo, entendiendo la situación en la que se encontraba su “amigo”.

Todos pusieron sus manos sobre Tommy y la espada brilló de nuevo, esta vez con más fuerza que nunca, debido al anillo real que tenía Antuán en su mano.

Tommy respiró hondo, levantó la espada y la clavó en el muro con todas sus fuerzas. Allí apareció un pequeño agujero que se fue haciendo cada vez más grande. Cuando Tommy abrió sus ojos, el agujero ya era lo suficiente grande como para que pudiesen pasar todos con sus caballos. Pero sus compañeros quedaron petrificados al ver el interior de Jacinto, ninguno, salvo Tommy, dio crédito a lo que vio. Pero la reina Eva estaba a punto de llegar y no había más tiempo que perder.



—Es hora de entrar —anunció Tommy. Así fue como Cintia, Antuán, Bruno y el Coyote entraron por primera vez a Jacinto, y Tommy volvió al lugar en donde había nacido y crecido, el distrito Marabina.

Antes de que el agujero volviese a cerrarse, todos miraron por última vez Iridia, despidiéndose cada uno de su hogar. Algunos con mucha nostalgia, como fue el caso de Cintia, Antuán y Bruno; y otros con menos, como Tommy y el coyote.

Cuando la reina Eva llegó al lugar, solo pudo encontrar en el suelo una carta escrita el día anterior por Antuán y Tommy, que decía:

Tommy: Reina Eva, siento mucho causarle un nuevo dolor de cabeza. Sé que usted me ha abierto no solo las puertas de su casa, sino de su corazón, al considerarme como su hijo. Quiero que sepa que, aunque nunca se lo he dicho, la considero como una madre. Sin embargo, a pesar de todo el cariño que he recibido aquí en los últimos cuatro años, ha sido imposible para mí olvidar mi hogar. Y por hogar no me refiero a Jacinto, ya que lo haré arder en llamas una vez esté dentro, sino a mis padres, mi verdadero hogar. Fue por ese motivo que me tomé el atrevimiento de robar la espada de cristal, liberar a un prisionero del calabozo y traer a Antuán conmigo. Si salgo con vida de esta, puede encerrarme en el calabozo el resto de mi vida, pero no quiero morir sin antes intentar ver a mis padres de nuevo. Espero verla de nuevo algún día, gracias por todo.

Antuán: Mamá, siempre dices que el deber de un rey es proteger a las personas que quiere y confía. Y como futuro rey de Iridia pienso proteger a la persona en la que más confío, mi hermano. Durante todo el tiempo que ha estado en Iridia, ha demostrado su lealtad al reino y sobre todo a sus amigos. Llegando al punto de arriesgando su vida para vengar la memoria de mi padre, y ahora es mi turno de devolverle el favor. Trataré por cualquier medio de mantener a Tommy con vida, para que así la espada de cristal y el anillo vuelvan a Iridia. Por favor, no te enojes demasiado con nosotros, volveré con muchas historias que contarte.

—Reina Eva, detrás del papel hay algo escrito —dijo uno de los soldados que estaban con ella. Cuando la reina Eva volteo la nota, vio un pequeño párrafo escrito por Cintia con letra apresurada y temblorosa.

Cintia: Majestad, como su principal discípula, le pido mis más sinceras disculpas. Hasta hace unas horas nada de esto estaba en mis planes. Pero, sin su presencia en esta misión tan peligrosa, alguien debía de cuidar a sus dos hijos. Prometo traerlos a ambos vivos.

—Esto es lo que me pasa por ser tan benevolente con esos mocosos —dijo enfurecida la reina Eva mientras arrugaba la nota que le habían dejado los chicos—. Mi gran discípula no acata mis órdenes y mis dos hijos me engañan y roban en la cara —prosiguió con el mismo tono, y cuando convirtió la nota en una bola de papel arrugado, la tiró con rabia contra el muro. Luego, dio un gran suspiro, entendiendo que ya no había nada que pudiese hacer. Miró hacia el cielo, más allá del gran muro, cerró sus ojos y se dijo a sí misma: «Cintia, eres la única cabeza pensante en ese grupo, por favor, sé el lazo que una a mis hijos. Antuán, no te dejes llevar por tus emociones y piensa, sé la luz que guie a tu equipo en los momentos más oscuros. Y Tommy… continúa siendo el corazón del grupo, y no dejes de escuchar al tuyo, él te ha llevado más lejos que nadie. Suerte, chicos».